Luis Spota

RETRATO HABLADO

best sellers
grijalbo

EDITORIAL GRIJALBO, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - MEXICO, D. F.

RETRATO HABLADO

© 1975, Luis Spota

D. R. © 1975, Editorial Grijalbo, S. A.
Avenida Granjas 82, México 16, D. F.

Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser reproducido, en todo o en parte, en forma alguna, sin permiso.

1a. EDICION: 20 de marzo de 1975
15,000 ejemplares

2a. EDICION: 18 de junio de 1975
6,000 ejemplares

3a. EDICION: 6 de febrero de 1976
5,000 ejemplares

4a. EDICION: 15 de abril de 1976
5,000 ejemplares

5a. EDICION: 4 de junio de 1976
5,000 ejemplares

IMPRESO EN MÉXICO PRINTED IN MEXICO

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR EL 4 DE JUNIO DE 1976 – EN LA IMPRENTA DE EDICIONES SOL, S. A., CALLE S. SANCHEZ COLIN No. 20, COLONIA PROVIDENCIA, MEXICO 16, D. F. SE IMPRIMIERON 5,000 EJEMPLARES

Es preciso, pues, que sea justamente yo, y no el hombre que hay en mí, quien sea reconocido, llorado y amado.

CÉSARE PAVESE

Para Anne Marie Mengier,

con simpatía

[illegible]

77

a Rosa Marina
† 1973

1

Sólo una vez en los años que lleva como secretaria del Director General, ha escuchado Makrina Kuri la voz de Eugenio Olid —una voz pequeñita y amable como dicen que es, de talla y de trato, el hombre que habita en el tercer piso de un roñoso edificio de Nueva Castilla y que nunca, por lo que Kuri sabe, ha tenido interés, curiosidad o necesidad de venir a la capital para conocer este conjunto que aloja a las vistosas Torres Gemelas (las más altas del país), y los bloques de oficinas en los que encuentran asilo algunas de las principales empresas que componen lo que en el directorio aparece escuetamente citado, al principio de veintisiete páginas, como Olid, S. A.; un grupo industrial, comercial y financiero que apoya su solvencia, y la de sus innumerables subsidiarias, en los miles de millones de activos pesos que maneja, y su fuerza política en el poder que ha ido acumulando a partir de una madrugada de hace poco más de medio siglo en que un chico de quince, que no conocía mujer, salió de Avemaría Purísima, cruzó la barranca y el arroyo de Agualimpia, y llegó, ya anochecido, al rebumbio de feria que estaba viviendo el caserío que en la llanura derramó su desorden en torno a la iglesia franciscana; caserío que hoy se precia de ser, por la importancia de sus fábricas, refinerías, mataderos, plantas siderúrgicas, empacadoras, tecnológicos, bancos, almacenes y aeropuertos, la tercera, o quizá ya la segunda, metrópoli de la República. Recién admitida en los pisos superiores de las Torres; desconocedora de reglas que ni su antecesora ni su jefe se ocuparon de explicarle, Kuri acudió, en su primer día de trabajo, al

llamado de la luz que se encendía y se apagaba en el aparato, y respondió: "Dirección-General-del-Grupo-Olid-a-sus-órdenes", con la tersura, cortesía y exactitud que debe mostrar invariablemente una mujer que llegaría a devengar el más cuantioso salario que en la compañía se paga a un empleado de confianza. La voz que traía el hilo, tímida y acaso sorprendida de no encontrar respondiéndole la de Miguel o la de Rafael Balda, preguntó por el señor Rebul; y cuando ella, en su turno, inquirió: "¿De parte de quién, caballero?", y la voz dijo: "De Eugenio Olid", Kuri se sintió absolutamente estúpida y (nunca ha sabido por qué) se puso a llorar. Sus oídos habían sido tocados por la palabra de Olid, el hombre cuya imagen presidía todas las dependencias, visibles o no, de sus negocios. Más tarde, un Rebul, si no colérico sí enérgico, la ilustró: "Nunca, nunca, entienda Miss Kuri, debe usted responder a ese teléfono, a menos, claro, que el señor Balda o yo lo autoricemos. Ese teléfono es intocable. Sagrado", y la señorita Kuri aprendió que cuando Miguel Rebul dice nunca, quiere decir nunca. "Y si ni usted ni el señor Balda están presentes, ¿qué debo hacer?" "Buscarnos. Buscarme si es a mi aparato al que don Eugenio llama. Siempre tendrá usted medios de localizarnos".

En el tablero de instrumentos desde el que tiene acceso de vigilancia electrónica a todas las oficinas de las Torres (excepto al penthouse en el que habita Rebul desde que encontró más cómodo vivir allí que en su casa) Kuri observa el parpadeo verde-azuloso con el que el señor Olid está convocando al director. ¿Por qué no responde si se llevó a la Sala de Consejo una réplica portátil del Teléfono Sagrado? Cuando se inicia la tercera serie de guiños luminosos, Makrina Kuri, con algo de temor, activa la tecla correspondiente a la Sala y en el monitor aparece una vista general de la mesa y después, cuando opera el *zoom*, un acercamiento en medio *close-up*, de Rebul. A su lado se halla, en efecto, el aparato y si no lo atiende es porque montones de papeles, planos y carpetas lo ponen fuera de la vista. Resuelve usar el circuito de intercomunicación local. Miguel interrumpe su discurso y alza la bocina. Busca el lente. Kuri y él quedan cara a cara, cerquísima, en las pantallas. "El teléfono especial, señor", dice ella. Miguel aparta los estorbos. Tictac de luz, un destello fulgura a pausas en el sitio donde en los aparatos convencionales se coloca el

disco de los números. "Gracias, Kuri." Antes de hablar, y aunque no pueda oírlo, Miguel Rebul espera a que se borre el rostro de su secretaria.

Los japoneses son nueve. Unánimes, visten de negro. Idéntico a ellos en estatura, color, seriedad y modo de anudarse la corbata, es el señor Kakuei Nakayama —el experto al que hace cinco años importaron de Tokio, adiestraron en el uso del idioma y el conocimiento de las costumbres nacionales y designaron Asesor del departamento que maneja lo relacionado, a nivel de exportación, con el mercado oriental y las Acerías Olid. Cuando Rebul se dispone a hablar por teléfono, Nakayama alza la mano levemente y los negociadores callan, discretos, para no dificultar el diálogo del Director. Con alguna palabra que no entienden, Rebul indica a Nakayama que prosiga el regateo, y el regateo se reanuda, tan enconado como era hace un momento, entre los que quieren comprar y los que quieren vender.

Ni una sola vez, mientras recibe el mensaje que le está llegando por la Línea Olid, pide Miguel Rebul que se le aclare algo o se le amplíe un dato. Como de costumbre, se espera de él la decisión adecuada, el acuerdo conveniente. Decisión, acuerdo, que habrán de ser, conforme al estilo de la Casa, inapelables. Porque así se lo permite el largo cordón blanco, se acerca al ventanal. Desde el piso 87 de las Torres, la ciudad es una mancha en movimiento; una cuadrícula parda, como el rostro que Nakayama le mira; ahogada en polvo como la voz que el interlocutor, al principio, recibe de él; que vuelve a ser, luego, filosa, casi agresiva: "¿Está él ahí?" Pausa. "No, no es necesario. Ya hablaremos después". Siempre de soslayo, Nakayama lo ve consultar el reloj de pulso. "Si él dice que eso debe hacerse, que lo haga... Llegaremos, supongo, alrededor de las cinco..."

Los acereros (bajitos, melosos, tenaces, dueños del tiempo) callan; aguardan a que Rebul, ahora que ha terminado de hablar, ocupe la cabecera de la mesa y reasuma el mando. Como lo conocen menos que Nakayama, ninguno advierte que su rostro, árido de por sí, se ha vuelto más duro, como si sólo tuviera piedra debajo de la piel. "Dígales que debo ausentar-

me. Hágase cargo usted. Proceda conforme a lo convenido". Nakayama traduce. Parecen desconcertados. Luego, uno se alza y los otros ocho lo hacen. Disciplinados, se quiebran por la cintura. Rebul les devuelve la caravanita y con ella les entrega su única palabra en japonés, "arigato" que ellos, sonrientes, aceptan.

—¡Hey, Raf! Ven a nadar conmigo —gritó ella, en inglés, desde el extremo norte de la alberca.

—Estoy cansado —dijo él, también en inglés, y luego pensó en español: "No jodas", mientras seguía con los binoculares las evoluciones que a lo lejos, en el centro de la bahía, en perfecto equilibrio sobre los esquíes, realizaban la jovencita (su hija) y el hombre de pelo amarillo, su huésped (el señor Svenson).

Hasta fines de la década de los 40, Isla de Olid había sido una base naval norteamericana. En nueve años, los oficiales crearon para su gusto el balneario que es hoy, con la Casa Mayor de sesenta habitaciones; salas inmensas para conferencias; playrooms; porches y cuartos para juntas privadas; la marina; el helipuerto; el campo de golf, par 27; los asoleaderos que permiten tomar luz *au naturel*; el sistema de faros que funciona automáticamente a partir de las siete, y las canchas de tennis. En ese tiempo lucía un nombre indígena que, traducido, significaba Roca Lagarto porque su forma imita, con exactitud que a todos hace decir: "Pero, si parece un lagarto", la de uno de esos bichos que abundan en los esteros de tierra firme. El que ahora figura en mapas y cartas de marear, le fue impuesto (se cree que por Miguel Rebul para halagar al viejo) a raíz de que las finanzas nacionales, siempre a tumbos, pudieron ser salvadas gracias a una intervención, tan misteriosa como decisiva, de Olid. El Congreso no se rehusó a que el Presidente de entonces, además de algunas otras cosas que se ignoran, cediera al Grupo Olid el derecho de usufructuar durante noventa y nueve años, a cambio de una simbólica renta mensual de un peso, esta mínima parte del territorio que domina la Bahía de Gardenias, un paraje que los intereses Olid están convirtiendo (han convertido ya) en el más hermoso complejo turístico de esa Costa. Los muy

pocos a quienes se autoriza visitarla, arriban a la Isla en alguno de los tres helicópteros Olid Modelo A12, de guardia en la avenida Costanera Eugenio Olid, o utilizando el hidrofoil Olid-29 que, a partir del atracadero del Hotel del Rey don Alfonso, cruza la bahía en exactamente once minutos. En el *Inventario General de Bienes Inmuebles* de la empresa, la antigua Roca Lagarto tiene asignado como número de registro el P.I.001-209, y, como casi todo lo que es suyo, jamás ha sido vista, excepto quizá en fotografías o película, por su dueño. Pero la isla está siempre en servicio. La cuida un equipo permanente de veinticinco personas: técnicos en comunicaciones, jardineros, marinos particulares, green-keepers, camareras, mozos, policías, dos bar-tenders, un administrador. La visitan, poco o casi nunca, Miguel Rebul; con frecuencia, especialmente desde que enviudó, Rafael Balda y su hija Jo; algunos gerentes o directores generales (con sus familias; jamás solos ni en plan de juerga) y aquellos personajes a los que al Grupo conviene agasajar.

—Raf... No seas aburrido; ven...

—Dentro de un momento...

Y uno de esos personajes a los que es conveniente agasajar (proporcionándole, incluso, una nativa de piel cobriza o negra, con la que quiere, de ser posible, acostarse esta noche) es Gustav Svenson, que ha venido, acompañada por Elke, la de las tetas suntuosas que chapotea en la alberca grande, a discutir un convenio que involucra la compra-venta de, según informó a los reporteros que lo abordaron en rueda de prensa al llegar a la capital, un "sustancial volumen de productos de petroquímica básica"; convenio que, de concretarse, significará una ganancia considerable para Olid, S. A. *(División Crudos)* y, para el gobierno, un ingreso tampoco desdeñable.

Tipo enorme, de pecho ya blanco, bebedor de respeto, Svenson habrá superado los sesenta años. Elke es apenas algo mayor que Jo Balda. El primero de los saraos que se ofreció a los Svenson tuvo por escenario, la noche anterior, uno de los cabarets del Parador Roca Blanca (Olid, S. A.: *División Hoteles Internacionales)* y a él concurrieron, convocados por Velasco y guiados por los auxiliares de éste, los príncipes italianos, los marqueses españoles, los barones alemanes y los condes franceses que pudieron ser reclutados en el área, y los espontáneos socialités de la chabacana high-society nacional

que aparecieron en bandadas apenas cundió el rumor de que un magnate sueco, danés, noruego, de todos modos: escandinavo, y la linda muchacha que presentaba como su esposa, iban a ser objeto del homenaje público que les rendiría Rafael Balda, él mismo, por la cuantía de su fortuna, uno de los solteros más apetecibles del país.

El Bloody-Mary (tres le llevaba servidos esa mañana, Totó, el más hábil de los dos cantineros maricas) le aplacó los ardores que padecía en el estómago; le calmó la tensión que le hormigueaba en las manos y en la punta de los pies. Luego de un sorbo, Balda puso junto al Teléfono Sagrado los lentes de marino y a través de los suyos, oscuros para protegerse del ataque del sol, se dedicó a observar a Elke Svenson, la del mínimo bikini escarlata, atlética de formas, de piel sonrosada ahí donde la dejaba al descubierto la tela. Para llevarla a la cama (le parecía que eso estaba pidiéndole desde la víspera) sería necesario enviar esa noche al marido a tierra. Velasco había salido hacia la capital muy temprano y regresaría a media tarde con la starlet negroide que distraería a Svenson mientras su mujer, si es que lo era, descifraba ahí en la isla, con uno de sus señores, la veracidad de la leyenda que presenta como amantes insuperables a ciertos latinoamericanos de agitanada tez olivácea y esbelta figura, dueños, a los cuarenta, de inevitable experiencia mundana.

Elke nadó una vuelta más y salió del agua. Chorreante, su cuerpo espejeaba en la claridad de las once. Lo mejor de ella, lo que atraía a Balda, lo que obligaba a voltear aun a los muchachos del bar, eran sus pechos. La imaginó... Como una brasa, la tetilla del Teléfono Sagrado empezó a encenderse. En el estómago de Rafael Balda se agrió el jugo de tomate. Vio venir hacia él, sinuosa, gallarda, desnuda casi, a la apetecible señora Svenson, pero ningún apetito sensual lo removió ahora. La voz de Rebul estaba explicándole: fría, cercana, como si estuviese allí, entre ese sol y frente a esa hembra. Le molestó que Elke le alborotara el pelo al inclinarse a recoger la caja de cigarrillos Olid-Banda Oro; le enfadó que restregara los muslos, el calzoncito del bikini, las rodillas, contra su hombro. "¿A qué hora fue...?" Saberlo no cambiaba las cosas, carecía de importancia y, sin embargo, lo preguntó. Rechazó el cigarro que Elke, como si fuera un pezón, le acercaba a los labios. "Inmediatamente, Miguel... Haré que se le informe al

señor Svenson... Quiñones y Berensen, con el cónsul y el consejero, han manejado bien los distintos aspectos del asunto... No, ahora anda abajo, en el mar, skiando con Jo... Hicimos un break para beber un trago y..." Volvió ella a ofrecerle el cabo del Banda Oro. A Elke seguía pareciéndole positivamente hermoso ese hombre casi maduro, de piel oscura a causa del sol y rasgos algo achinados, junto al que se había sentado en la silla de asolearse; un hombre que de pronto, en cuanto se puso a hablar por teléfono, se transformó en un ser diferente: sumiso, bastaba verlo, a la voz que lo llamaba. "Inmediatamente, Miguel. Sí. Directo a Castilla. Calcula que salgo, digamos, en unos veinte minutos. Esperaré allá, como dices, si llego antes que tú". Un par de cabeceos afirmativos. "Dejaré a Jo aquí, con ellos. Velasco y los otros se harán cargo de atenderlos. Descuida, Miguel... Bien..."

Casi bruscamente, la apartó y recogió el estuche negro dentro del cual, animal reverenciable, reposaba el teléfono. Elke había empezado a vertir gotas de loción bronceadora sobre sus hombros, sus brazos, la parte alta de sus senos, y esperaba que él, como lo había hecho antes de meterse al agua, se ocupara de dispersar el líquido viscoso que pondría un matiz de color tropical en la palidez de algunas zonas de su cuerpo. Balda recogió el alambre y cerró el estuche. Con él pegado a la mano derecha parecía un obrero en calzoncillos blancos cargando su caja de lunch.

—Tengo que irme, señora Svenson. —Había algo solemne, fuera de lugar ahí, en su voz, en su actitud, ahora tiesas, reservadas—. Le ruego informar al señor Svenson que nos veremos, conforme a la agenda de trabajo, pasado mañana en la capital. Mi hija, y el resto del personal, el avión y todos los demás, quedan a sus órdenes...

Y antes de que Elke Svenson pudiera encontrar la media docena de palabras de una pregunta, Rafael Balda cruzó uno de los asoleaderos; indicó al piloto del helicóptero que le urgía partir en cinco minutos; convocó al de su jet 2-Blanco 0 y en tanto el agua tibia de la ducha limpiaba de su cuerpo el sol y la transpiración, le ordenó formular un plan de vuelo directo, sin escala en la capital, a Nueva Castilla. Un poco más tarde, vistiendo la ropa sport menos llamativa que halló en su recámara, encomendó a Jo atender a los huéspedes.

—¿Te vas?

—Ahora mismo.

—Tío Miguel dijo que íbamos a quedarnos hasta el viernes.

—Hubo cambio de planes. Te quedarás tú.

—¿Pasa algo malo?

—Si puedo te llamaré esta noche desde Nueva Castilla.

—Bueno. ¡Suerte!

Balda agradeció a la madre de Jo haberla educado así: una niña nunca debe querer saber más de lo que los adultos desean decirle. Jo estaba acostumbrada a no interrogar innecesariamente. Él le marcó un beso en la mejilla.

La recepción de audio era impecable, no así la de video. En la pantalla aparecían líneas multicolores, manchas, lloviznas de puntos, pero no lo que a Miguel Rebul le interesaba ver: a Samuel Laviana, doctor en Periodismo; catedrático en Ciencias de la Comunicación Humana por la Universidad de Berkley y la Nacional Autónoma; y jefe nominal de lo que genéricamente se llamaba *Publicaciones Olid* —un matutino; un periódico del mediodía; un vespertino; la *Hoja del Lunes,* dedicada a la poesía, y la *Revista Tiempo Nacional,* semanaria, en lo que a la zona metropolitana concernía; y los ciento siete diarios de provincia que integraban la CIO (Cadena Informativa Olid) y los dos o tres que aparecían en los países vecinos. Al cabo de varios intentos, Rebul acertó a detener el cuadro. Habló y su voz fue recogida en el piso 42 de la Torre Gemela izquierda: "Doctor Laviana. . ." Advirtió cómo se congelaba un gesto más de preocupación que de sorpresa en el rostro, tan parecido al de un búho, del hombre que estaba mirando ahora al ojo de la cámara: el mismo que parpadeó detrás de los cristales de sus gafas. "A sus órdenes, don Miguel." Así como las grabadoras instaladas en todas las salas de juntas de las Torres recogen de la primera a la última de las palabras que en tales sitios se pronuncian con el propósito de tener una minuta oral que puede ser consultada si es necesario, del mismo modo en la CCM (Central de Control Maestro) se lleva un cuidadoso registro visual de cuanto curiosean las VR-175 de circuito cerrado. Esta rutina de grabar todo sólo puede ser alterada, anulando los contactos de las cabezas de registro, por el señor Balda o por el señor Rebul.

"Quiero que venga inmediatamente", indicó Rebul, todo el énfasis martilleando en las sílabas, in-me-dia-ta-men-te, de su palabra predilecta. Saltó de su silla el doctor Laviana: "Enseguida, señor." Listo para interrumpir la conferencia, agregó Rebul: "Traiga, actualizado como supongo que lo tiene, el expediente biográfico del señor Olid." No aguarda a que el responsable de Publicaciones Olid *(División: Impresos; Diarios y Revistas)* diga algo, pues él ya está llamando a Larry Pavlevich López, un isleño al que respeta, y en ocasiones admira, aunque sea judío y ateo, porque tiene imaginación y talento. Le perdona ciertas frivolidades (la más repetida: abusa de su cargo para hacerles el amor malvadamente a chicas que aspiran a ser *estrellas* o modelos de *comerciales)* pues Pavlevich es elemento valioso para la empresa; tan valioso que en menos de seis años, y a costo mínimo relativo, ha logrado convertir un canal que el Grupo recibió en bancarrota, listo para la liquidación judicial, en lo que ahora es TeVeOlid-9 *(División Video-Radio):* la red más vista, y por ello más influyente, de la República. Le gusta, además, porque no renuncia a una cierta independencia de criterio que deviene, en momentos, altanería. "¿Pavlevich?". Pelirrojo, fumador de puro, desenfadado, estentóreo, todo él desaliño, Larry Pavlevich López se enfrenta al monitor. "Diga", su voz es algo ruda, así no ignore que es el Director General Rebul quien le habla. "Venga a mi oficina. Lo espero en diez minutos." Rebate Pavlevich que está diseñando un programa espectacular y que no podrá desocuparse en menos de media hora. No se irrita Miguel. Se ve a sí mismo en la época en que desafiaba la autoridad de don Eugenio, esa autoridad que desde hace mucho ya, ejerce ilimitadamente. Repite: "En diez minutos, y que la gente que está allí con usted espere instrucciones." Antes de levantarse Miguel garabatea una tarjeta-memorándum: "Kuri: Que Dept. M (antenimiento) revise circuitos TV DG (Dirección General) a P(ublicaciones)"; la inserta en el cartucho de plástico y la introduce en el orificio de acceso al sistema (tan parecido a los antiguos *pneumatiques* franceses) que le permite distribuir órdenes manuscritas, enviar documentos y aun paquetes, de su despacho a prácticamente todos los demás de las Torres.

Lo mortifica una duda: ¿debe o no llamarlo? ¿debe o no hacerle saber, directamente, la noticia que indirectamente le

entregarán, quizá esta misma noche, los periódicos de Roma? Como si fueran dados, vierte en la palma de su mano un par de aspirinas. ¿Cuántas ha ingerido desde las 6.30 de la mañana en que se levantó como todos los días? Acude, después, al librero situado a la izquierda de ese despacho inmenso, casi vacío, de muros deesnudos, pintados de negro, que no lucen más decoración que un retrato, al óleo, de Eugenio Olid y, en el panel opuesto, el *Organigrama* del Grupo que sólo es posible estudiar si el banco de luces que hay detrás de él está encendido. Aparta el gordo ejemplar de la edición del año del *Dictionary of World Economics,* de E. P. Stempleton, y descubre la botella de whisky que ahí esconde. Podría beber del que llena casi por completo la licorera de cristal tallado que se fabrica en una de las plantas Olid, pero no quiere que Kuri piense mal de un hombre, así sea su jefe, que acude a su primer alcohol antes que el sol alcance la vertical del mediodía. El whisky, legítimo de Edimburgo (no lleva su lealtad a la empresa al extremo de preferir el, por lo demás, aceptable *tipo* escocés que se elabora en Destilerías Olid [*División: Vitivinícola y conexas*]) lo entona; por un largo, un grato momento lo deja como flotando en una nada en la que no hay recuerdos, en la que carece de identidad y no se reconoce. Bebe otra vez a pico de botella y pone ésta en su lugar, atrás del mamotreto de Stempleton que la esconde a los ojos inquisitivos de Kuri o al interés, y aun a la codicia, de quienes asean por las noches su oficina inaccesible. Se pregunta si no está acudiendo al licor con demasiada frecuencia.

Sólo dos retratos ocupan la mesita chippendale a la que todos, incluso él, llaman escritorio. Uno, reciente, del último octubre, le ofrece la sonrisa de Eugenio Rebul, su hijo, destinado a manejar algún día todo lo que ahora él y Rafael Balda manejan: el imperio Olid; un imperio incalculable que recibirá, cuando complete su doctorado en Ciencias Económicas y adquiera la experiencia adecuada, enriquecido con la adquisición, ya en proceso de ser instrumentada, de nuevas empresas. Otro, muy antiguo y borroso, muestra el semblante triste, apagado, de su padre: don Carlos Rebul y Barrientos —banquero. Esa foto, la única más o menos actual que conserva, le fue tomada al señor Rebul cosa de un año antes de su muerte. Nunca ha podido localizar al fotógrafo que la hizo en Nueva Castilla, ni, en consecuencia, el negativo del que

salió la mala copia. Ésos son, lo admite, los únicos rostros que le importan, aunque por motivos distintos.

No se decide. ¿Llamarlo, inquietarlo? ¿Dejar las cosas así? Si recibiera oportunamente su mensaje, Eugenio podría llegar a tiempo de participar en el funeral, lo cual causaría muy buen efecto... Le parece que por el momento es mejor mantenerlo al margen. ¿Le habrá dicho Rafael a Jo lo ocurrido? Hay que pensar en el futuro; *ahora es cuando hay que pensar verdaderamente en el futuro.* Siente que su cabeza se despeja de oscuridades. Siempre es así, luego de unos sorbos... Jo, que era flacucha y granujienta a los once, se ha transformado a los dieciocho en una hembrita muy linda. Así sea Eugenio algo tierno, habrá que casarlo con ella. Los muchachos se llevan bien, han sido casi novios y proponerles que contraigan matrimonio no habrá de disgustar ni a uno ni a otra. Pactada la boda se aseguran todos que ningún intruso, ningún caza fortunas, penetrará en la cerrada estructura del Grupo Olid. Lo inquieta, de pronto, que Eugenio vaya a cometer la torpeza de enredarse en serio con una lagartona de las de por *allá*; de enredarse y volver casado, lo que sin ser del todo grave sí complicaría innecesariamente las cosas. Podría ocurrir, lo que sí las complicaría irremediablemente, que Jo, su ahijada, formalizara esa amistad-a-la-moderna que sostiene con Ulises de Souza, el *playboy* cuarentón con el que ha dado en salir y debido a la cual su nombre rueda ya más de la cuenta por las páginas de *sociales* de los periódicos.

—Kuri... Kuri... —se ha echado ansiosamente sobre la mesa auxiliar, ésta sí sobrada de timbres, teléfonos y monitores de televisión.

—¿Señor...? —hay asombro en el rostro de Miss K.

—Localice a mi hijo en Roma o donde esté de Italia. Comuníquese con Ruoti. Que lo encuentre inmediatamente. Por orden mía, debe salir hacia acá en el primer avión. Prioridad A. No olvide en insistir: Asunto Prioridad A... ¿Entendido?

—Afirmativo, señor.

—Bien...

—Señor...

—¿Sí?

Han llegado el doctor Lavianá y el señor Pavlevich.

—Déjelos pasar.

Una brisa que rueda de las montañas hacia el agujero que

llaman El Valle, ha limpiado un poco la nata de smog que ahora cubre casi siempre a la ciudad y de la que es responsable, en no escasa medida, el haz de chimeneas que Olid, S. A., ha ido plantando, en el curso de los años, en los que eran, entonces, suburbios, y que son ahora céntricos, grises, populosos, conflictivos barrios obreros. De todos modos, desde el piso 87 de las Torres (símbolo de la capital, que se reproduce en timbres y tarjetas postales, ya en monedas de cincuenta centavos y que pronto figurará en uno de los cuarteles del nuevo escudo de la metrópoli próxima a celebrar el cuarto centenario de su fundación) la vista es, a cualquier hora, espléndida, y en particular, si la niebla industrial es ligera, a ésta de poco antes de las doce. Dicen, en un sentido no del todo figurado, que las dos altas Torres Olid sostienen el cielo de la patria e impiden que se desplome y aplaste a una república que no acaba de acostumbrarse a que la gobiernen civiles, y cuya economía, voluble y precaria, está sujeta a muchas presiones de las que parece destinado a aliviarlo, por ciclos, el capital Olid. (Los inconformes murmuran que esas presiones, mayores en tiempo de administración militar, las produce a voluntad la organización que tuvo por creador a Eugenio Olid y que por traumaturgo tiene hoy a un hombre joven, glacial, misterioso como el viejo cuyos intereses cuida y cuyas ganancias, que se suponen formidables, comparte.) Esas Torres, a las que la letra O une a manera de puente (una O colosal en la que humea el sol, por las mañanas, al salir; en la que humea, por las tardes, al agotarse) producen ciertamente el efecto de estar apuntalando el techo de la urbe, quinta, por su tamaño, en Latinoamérica. Aunque lo conoce de memoria, contemplar el panorama siempre ha emocionado a Rebul, quizá porque observarlo le proporciona una reconfortante sensación de poder, de dominio, de fuerza. Católico que no va a misa, cuando se asoma a mirar los techos de la gran aldea siente estar más cerca de Dios —casi, a Su lado.

Sin volverse, porque su mirada seguía, atenta, la maniobra de uno de los reactores de Aerolíneas Olid que enfilaba hacia el Aeropuerto Internacional "Maclovio Borges", héroe de una cuartelada triunfal del XIX, ordenó, al sentir que habían entrado:

—Acérquense...

Lo vieron perderse por un momento, así que avanzaba hacia ellos, en el contraluz. El poder de Miguel Rebul no correspondía, figuráticamente, a su estatura: un escaso metro con setenta centímetros que mantenía sin adiposidades, aunque con algunos sacrificios, en una aceptable talla 32. Sólo un par de frágiles sillas había frente a su mesa. No los invitó a ocuparlas. Temeroso de que su aliento lo delatara como bebedor tempranero, Miguel exigió entre él y sus colaboradores la distancia que equivalía a la anchura de la mesa. Larry Pavlevich produjo entonces una gran humareda al encender un puro. Cargando el grueso Dossier Olid, lo desaprobó, con el crítico arqueo de una ceja, el encogido doctor Laviana. (No lo demuestran, pero ambos están preocupados. ¿Qué error de orden político habrá usted cometido, doctor Laviana? ¿qué otro exceso suyo, Larry Pavlevich, le habrán reportado al Jefe sus espías?) Se tranquilizaron. No había hostilidad en el semblante de Rebul.

—Tenemos una noticia grande, en exclusiva... —ni hubo tampoco emoción, color en su voz.

—¿La paz? —con algo de suficiencia sonrió Laviana—. Ya leí el *flash*, don Miguel, y estaba llegando el agregado cuando llamó usted...

—Una todavía más importante, doctor.

—¿Cuál más importante que el fin de esa absurda guerra en...?

Alzó el brazo Miguel Rebul y el bronco Pavlevich tascó el puro:

—El señor Olid acaba de morir...

Y fue en ese momento, cuando se escuchó comunicarles la noticia a dos extraños, a dos engranajes secundarios del Mecanismo Olid, cuando él (todavía tenía los sollozos de Sofía Vaquero enredados en el caracol del oído) también la creyó; cuando él admitió, por fin, que ese don Eugenio que gustaba recomendarles a él y a Balda: "No sean tontos; no se hagan viejos, porque el que se hace viejo se muere", era como todos, no obstante sus millones, perecedero, vulnerable, mortal. ¿Acaso su corazón, protegido por una maraña de rígidas costillas, no había acabado por fastidiarse y reventar?

Fue Laviana quien primero interrumpió el silencio con un murmullo:

—Créame, señor Rebul, que me siento terriblemente apenado... por *él*, por usted y por don Rafael...

Pavlevich tuvo un gesto cortés: retiró de sus labios el tabaco que fumaba, para decir:

—Mi pésame, Director.

—Gracias... —expresó Miguel, emocionado. Se rehizo: no era cuestión de empantanarse en sentimentalismos. Endureció, deshumanizó su palabra—. Ahora hay que tratar este asunto a nivel profesional...

Tic inevitable, con el anular de su mano izquierda Laviana empujó hacia arriba sus gruesos anteojos:

—Le daremos el cintillo de *La Extra*...

—¿Por qué nada más el cintillo?

—Bueno, señor... —Laviana se retorció; se retorcía siempre que lo obligaban a responder algo que no fuera una vaguedad—. La noticia principal de hoy, la *grande*, periodísticamente hablando, es la de la paz...

Tenso ahora, Rebul no lo dejó proseguir:

—Para el país, para la ciudad, para nosotros, incluidos ustedes, no puede haber una noticia mayor que la del fallecimiento de nuestro fundador. La paz se firma al fin de cada guerra... El señor Olid sólo muere una vez en la vida. Así que... cabeza principal: "Ha muerto don Eugenio Olid." En primera página, arriba, su biografía... Esta noche, en *La Extra*, mañana en el matutino y tres días en los demás periódicos nuestros. Y otra cosa: que los poetas de la "Hoja" le dediquen un número especial como benefactor del arte y la cultura que fue; que el semanario destaque lo más sobresaliente de su visión como pionero de las conquistas sociales...

Tiritando de pánico, el doctor Laviana, experto en asuntos de Comunicación Humana, se atrevió a argüir:

—¿Tres días la biografía... en primera plana? Podríamos, si usted quisiera...

—Tres días, como dije, doctor. Que los lectores, les guste o no, se aprendan de memoria la biografía del señor Olid... Eso es lo que quiero.

—Como usted lo disponga, señor... —Laviana reculó prudentemente hacia el silencio. Ahora el amo era este Miguel Rebul que sabrá de negocios, pero ni jota de periodismo. Muerto Olid, del que era en cierta forma protegido, ¿a quién acudir? ¿Por quién ser amparado?

Indicó Rebul:

—Los datos principales son éstos...: —Dictó a una grabadora los que conocía: lugar, hora, causa probable de la muerte. Le cedió el cassete, que Laviana recibió como si quemara, temeroso—. El resto, que su gente lo consiga allá...

Pavlevich habló antes de que se abatiera sobre él la cubetada de órdenes inevitables:

—A nivel nacional, me parece, es la noticia del año... Habrá que hacer un *Especial*, si lo aprueba.

—Aprobado —¿Por qué no eran todos como Pavlevich, que tenía el talento de adivinarle el pensamiento?

—Cadena de costa a costa. Color. Vivo y directo desde Nueva Castilla.

—Perfecto. Adelante.

—Habrá que llevar a Jacinto Olmedo para que maneje todo —Rebul asintió, porque eso, que despachara a Jacinto Olmedo (El Monstruo Sagrado de la Televisión Nacional lo llamaban) era lo que él se disponía a sugerir. Pavlevich miró su reloj y lo mismo hizo, como si se dispusieran a sincronizarlos, el Director General—. En media hora, si no dispone usted otra cosa, estaremos volando...

—Eso es... En media hora... —Miguel estaba disfrutando por primera vez de un nuevo aspecto del poder: ese que le permitía intervenir, así fuese sólo con generalidades y su Visto Bueno, en la confección de una noticia que sería, como apuntara con maña Larry Pavlevich, la del día, la del año, la del siglo, quizá, en la República. Recomendó:— No se escatime nada... Gástese lo que sea necesario. Pidan, usen lo que haga falta...

—División Cine —mencionó Pavlevich, invadiendo terrenos que no eran suyos— podría hacer, paralelamente a nosotros, un documental...

—Se hará... Una cosa más, señores: —Laviana y Pavlevich escucharon atentamente— El ángulo que debemos explotar es el de la leyenda fascinante que fue la vida de don Eugenio Olid... En caso de duda, consulten conmigo...

—¿Lo veremos en Castilla, Director?

—Los veré allá...

Se marcharon. Luego...

Resistió la tentación de acudir, por segunda vez, a la botella y se sintió satisfecho de ese éxito de su voluntad. Por una escalera de caracol, que pasaría por ser un elemento más de la escenografía de la oficina, llegó a su habitat —el penthouse

del piso 88 con frecuencia metido entre nubes. Empezó a desnudarse. Olid nunca disfrutó de estas costosas comodidades, de este paisaje, de esta piscina, del jardín de raras plantas tropicales que la rodea, de este amplio sauna en el que ha resuelto descansar cinco minutos como lo hace cuando está nervioso o abrumado de trabajo. Le agrada que sea hoy el día libre de Fausto, el bañero. Estar a solas en el calor que le ablanda la piel, reconforta. Trombosis, y el viejo carburador, ¡pafff!, a la mierda. Aun en el sauna existe, disponible, un panel con teléfonos a los que no afectan la humedad o las graves temperaturas. Pica la tecla del que está programado para que en su casa respondan el mayordomo, si anda cerca, o su esposa Erika Bazán de Rebul. Alguien está usándolo y él sabe quién. Murmura una palabra agresiva, que repite cuando, al insistir, la única respuesta que recibe es un pi-pi-pi-pi-pi que se prolonga sin variación.

—Cuelga... ¡Cuelga ya...! —se oye (o tal vez sólo lo piensa) murmurar.

Decide algo más drástico: usar el IECO (Interruptor Electrónico Carbonel-Olid) —sistema ideado hace cinco años por Severo Carbonel, uno de los técnicos de la compañía, que ha merecido, además de la riqueza y de los honores que hacia él se han derivado por su invento, cuyas patentes se utilizan ya en el extranjero, la gratitud del género humano. Gracias a Carbonel, ahora es posible no sólo informar a quien usa desmedidamente un teléfono que alguien aguarda la oportunidad de comunicarse, sino también interrumpirlo, invadir la línea que bloquea, anular la otra llamada. Y eso, sólo con mover la palanquita azul que se encuentra en el segundo tablero, es lo que hace Miguel.

Una voz brava, ronca, le sale al paso:

—¿Quién carajos se ha creído usted que es para cortar la comunicación?

"Está borracha", admitió Rebul al escuchar la voz de su mujer retumbando en el interior del sauna. ¿Vodka-y-jugo-de-naranja? ¿vodka-y-jugo-de-carne? "Borracha como casi todas las mañanas". La imaginó acostada en cama, la charola con restos del desayuno a un lado; el pelo prisionero de los abominables tubos de plástico en los que todas las noches lo enreda; la cara con plastas de la crema que, según ella, la rejuvenece. O si no en la alcoba, abajo, en el bar, a caballo sobre

un escabel, fumando, intercambiando naderías con alguna de sus amigas —conversadoras planas, parásitas, estúpidas también.

—Cállate —grita Rebul.

Hay un brevísimo silencio. Luego:

—¡Vaya, hasta que apareciste...! Creí que anoche, siquiera porque era mi cumpleaños, se dignaría el señor dormir en su casa...

—Terminé muy tarde, ya de madrugada. No salí...

—El chofer me trajo tu anillo... —Hay mucho sarcasmo en la voz de Erika Rebul, que ya no es tan bella a los cuarenta y dos años como lo era, todavía, a los treinta y nueve.

—¿Te gustó?

—No tuve tiempo de verlo. Lo eché a la caja donde están los otros... —Una pausa. Quizá esté bebiendo un trago. Luego— Rebul, ¿por qué diablos llamas a esta hora del amanecer?

Como si hablara de algo sin importancia, informa Rebul:

—Voy a estar fuera, creo, un par de días...

—¿A dónde va el señor?

—A Castilla...

—¿Otra vez? Estuviste allí anteayer...

—Sofía acaba de llamarme... —Es ahora él quien plantea el silencio y convoca, de ese modo, la curiosidad, el interés de su mujer.

—Aló... aló... ¿Para qué te llamó la bruja?

—Para decirme, óyelo bien; para decirme —marcaba muy lentamente las palabras— que don Eugenio murió esta mañana.

Largo es el silencio que sobreviene. Miguel Rebul sabe que Erika sigue allí, el teléfono pegado al oído, ¿pensando qué, sintiendo qué? Al cabo, por las bocinas que concurren al cuarto de sauna, baja sobre el sudoroso Director General del Grupo Olid, en forma de risa cacareada, el comentario:

—¡Hasta que hizo algo bueno, muriéndose, el gran cabrón de tu jefe!

—Erika ¡respeto!

—Respeto, ¡su madre...! ¿Sabes, Rebul? Pobres de los tipos del infierno ahora que les ha llegado allá el hijodela graputa...

Rebul cancela el diálogo. Abomina discutir con una persona ebria; más si esa persona es su mujer. La muerte de Olid, reflexiona mientras se pone un calcetín, es, también, la ansiada apertura hacia la libertad. Ahora podrá divorciarse; ahora

no tendrá a don Eugenio, puritano en ciertos aspectos, rehusándose a autorizar su separación oficial de la que ha sido su esposa por tantos años. Sin Olid que cuide el buen-nombre-de-los-ejecutivos-que-trabajan-con-nosotros, aguardará a que Eugenio chico y Jo casen; luego, ante los tribunales, perfeccionará la ruptura. Le dará a Erika lo que pida —precio bajo a pagar para no tener que seguir soportando su presencia, su amargura, su alcoholismo.

Con un ruidito de baleros meticulosamente aceitados, corren sobre sus raíles las puertas del guardarropa. En la sección destinada a Trajes Oscuros habrá, de menos, cincuenta: la mayoría sin estrenar. Elije uno gris, casi negro. Esos trajes le son confeccionados por los maestros sartoriales de la Boutique Signore d'O *(División Vestuario Masculino)* trajes que parecen de serie, pero que son tan costosos que sólo él y Rafael Balda tienen derecho a usarlos.

Los ojos de su memoria, que no envejecen, ven a don Eugenio allá en Nueva Castilla, una mañana antigua. Está mostrándole, con una humildad que es casi ofensiva, con mucho orgullo también, sus dos únicos trajes —tan viejos que su estilo ha vuelto a ponerse de moda. No recordaba el señor Olid cuándo compró el más deteriorado: el que de lo pringoso estaba para ser freído:

—No sé, Miguelito, si fue cuando la revolución de Peláez o cuando el general Iturrigoitia fue presidente interino... De todos modos viene de esos tiempos en que los paños, toca éste, eran buenos...

El otro, eso sí lo recordaba, lo mandó traer de "Almacenes Olid", de la calle de La Santísima. Eso ocurrió cuando hubo de viajar a la capital de la provincia, hará veintitantos años, para asistir a la primera exaltación como gobernador del general Teófilo Medina Irigoyen, el más amigo de sus amigos, el más compadre de sus compadres.

—Para que se ponga al día, don Eugenio, voy a mandarle una docena de los que estamos fabricando... De esos que vendimos, como prueba, sesenta mil el año pasado a Europa... De los que venderemos doscientos mil el próximo...

Cerrando el olor a cedro y naftalina del armario de elevado copete, Olid había sonreído:

—No te molestes, Miguel...

—Van a gustarle, don Eugenio...

—No necesito trajes, porque tampoco necesito demostrarle nada a nadie... Soy Eugenio Olid, así como me miras, con esta mi ropa consentida... —y acarició, como si fuera un muslo de mujer, el brazo de la chaqueta de cuero: una chaqueta café, ajustada por la cintura, sobre la que habían caído muchos soles, en la que se habían endurecido muchos sudores.

En el espejo de-piso-a-techo, Miguel Rebul se encontró frente a sí. Se echó en el bolsillo unos anteojos ahumados. Le pareció frívolo (él, que abominaba serlo) haberse perfumado con unas gotas de Aqua Signore d'O.

—Señor...

—Diga... —Hasta al vestidor lo rastreaba, por las bocinas, la eficiencia de Miss Kuri.

—Se reporta listo, arriba, el capitán De la Parra.

—Gracias... Ah, Kuri...

—Sí, señor...

—Mande un memo circular para que en absolutamente todos los retratos del señor Olid que tengamos en la Compañía, en la ciudad, en la República y en el extranjero, se coloque un crespón de luto para significar su muerte...

Kuri, que no conocía la noticia, demoró un instante, el que le tomó asimilar la sorpresa, antes de comentar:

—Créame, señor Rebul, que lo siento. Se pondrá el crespón, señor...

—Si es necesario, me comunicaré con usted por la línea abierta...

—Estaré al cuidado... Buen viaje, señor...

Cosa de un minuto después, el helicóptero personal del Director General del Grupo Olid despegaba de la Torre Derecha e iniciaba la precisa evolución que lo conduciría a la pista que por gracia del Gobierno Federal usan, en forma exclusiva, los aparatos de la fuerza aérea particular de don Eugenio...

2

Si ella hubiera acudido oportunamente al primer repique, como lo hizo el atardecer de aquel noviembre de hace ya seis años; si hubiera obedecido los campanillazos que la alcanzaron después, en la cocina, mientras aguardaba a que hirviera el agua para la infusión de yerbas medicinales, ¿estaría don Eugeenio Olid como ahora —desnudo, frío y ya algo rígido, inofensivo y dulce, sobre la sábana que le servirá de sudario?

—Sal y mira qué se le ofrece al doctor.

Con el aire de ausencia, de no estar en el mundo, que hace evidente su retardo mental, se va Sebastián:

—Sí... Sí.

Docenas de veces se ha hecho la pregunta y docenas de veces se le ha negado una respuesta que la aligere de remordimientos, a esta mujer que ha pasado dos tercios de su vida cerca de Olid —Sofía Vaquero que por cuna tuvo el Refugio de la Beata Margarita para Niñas sin Hogar; Sofía Vaquero, no amante, empleada o ama de llaves; Sofía la Imprescindible, después de don Eugenio, la pieza más importante: la que todo lo sabe y lo resuelve y lo alivia; la que ya una vez le salvó la vida al señor y no mereció la gratitud, siquiera, de una sonrisa; la que veló sus enfermedades, satisfizo sus caprichos, perdonó agravios, injurias, golpes.

—Señor... Mi señor... —suspira, seca la voz, ardorosos los ojos, removiendo una brizna de pelo blanco que ha caído sobre la frente de Olid.

Su abnegación, lo admite mientras mira el cuerpo que de lo enjuto parece un pedacito de madera apolillada, ha tenido la mayor de las recompensas: Eugenio Olid, el todopoderoso, buscó su oído para dejar en él la última palabra de

su vida; buscó sus pechos para acurrucar entre ellos la cabeza; buscó su regazo (él, pobrecito, que tampoco conoció padre o madre) para dejarse tomar, allí, por la muerte;

y ella estaba en la cocina, de codos sobre la estufa, de mal humor porque le dolía la cabeza, y Olid seguía alborotando el silencio con su campanita, exigiéndole que le llevara el té con el que mantenía domado su hígado, y ella gritó: "Voy, voy", sólo para manifestar su enfado, pues él no iba a oírla, pues su recámara está lejos, al otro lado del living, y como siempre que despertaba después de una noche de vino tinto, Sofía Vaquero encontró abominable trabajar ¿a cambio de qué sueldo, si ninguno percibía? con ese maniático-impaciente-autoritario-caprichoso-irascible cabrón al que no se le pueden ofrecer, porque de principio los rechaza, excusas o pretextos; y él insiste y ella, al paso tardo que termina por imponer la rutina, coló el bebistrajo, tomó la taza de peltre blanco que Olid prefería y acudió a la alcoba donde acataría otra rutina, otra costumbre aguardar, de pie, con el plato en la mano, a que él consumiera el líquido, refunfuñando inconformidades, quejándose de lo caliente (de lo frío) del brebaje; de lo mal que había dormido; de lo bochornoso (o gélido) de la temperatura; del exceso de frazadas (o de la falta de ellas); o si no, soportando que sus manos ávidas la manosearan por debajo de la falda, señal, ésta, que don Eugenio había amanecido de buenas y que no habría borrascas en parte del día;

pero al que halló hoy en la cama fue a un Olid agónico, de ojos agrandados por el terror, que braceaba buscando en el aire algún apoyo improbable; que al verla entrar la miró con la esperanza de que el milagro se repitiera; y cuando Sofía se acercó para colocar en el buró la taza de té, él la abrazó como si fuera un tronco y ella lo abrazó también y fue entonces cuando oyó La Palabra y supo, un poquito después, que la muerte es, en algunos casos, un sacudimiento, un calosfrío. tes de la inmovilidad, y luego algo parecido al sueño de un ño, al reposo de un feto sacrificado por el aborto;

sólo entonces, cuando en la boca de Olid cesó de silbar su aliento agrio, Sofía Vaquero tendió el cadáver sobre la cama; lo arropó con la colcha; recogió la campanita; fue al living y llamó al médico Porcela; enseguida, desde lo alto de la escalera, a Sebastián, que andaba todavía abajo en el primer piso, y tras de llorar un poco alzó la bocina del teléfono que

sólo usaba el señor Olid para hablar a la capital; al cabo de mucho tiempo pudo comunicarse, entre sollozos, con Miguel Rebul.

Ahora que Sebastián se ha ido y que escucha sus murmullos en la estancia donde el médico Sergio Porcela se ha puesto a escribir, Sofía se siente mejor. No la asusta manejar el cadáver (aunque nunca ha visto ni tocado otro); no le repugna limpiar meticulosamente la piel vieja, endurecida y seca, con un algodón que rezuma alcohol de alcanfor. De hallarse presente el que por órdenes de don Eugenio se convirtió en su esposo, hará de esto unos nueve años, no podría tocar así, con tanta confianza, el cuerpo que no poco tiempo dominó al suyo. Lo que concedía significación a ese cuerpo que se va empequeñeciendo (la parece) a medida que transcurre la mañana, ya no existe, ha cesado de manifestarse. Sesenta kilos de carne, a lo sumo; una cabeza flaca, de pájaro; unos dientes amarillos por las sales que contienen las aguas del rumbo; eso queda de Eugenio Olid; eso y lo que ella, así que termina de ungirlo y se sienta en el borde de la cama, recuerda;

y recuerda que durante los últimos días (después que el examen que le practicaron los especialistas traídos por Sergio Porcela demostró lo extraordinariamente buena que seguía siendo su salud a los casi sesenta y siete años) don Eugenio, que se había apartado de ellas por temor a los males que acaban con los glotones, según leyó en una revista de divulgación científica que publicaba Laboratorios Olid, reincidió en sus cenas recargadas de grasas y especias; en sus aperitivos a mediodía; en sus coñaquitos a la hora del postre; en el vino tinto, puesto al bañomaría, que humedecía sus verbosas veladas nocturnas: plácido fin de jornada en que gustaba hablar de los tiempos de otro tiempo, de los años viejos en que Castilla era algo más que un villorrio y su aire olía a majada de vaca y no, como ahora, a venenos; de esos días en los que siempre sobraba un minuto para que naciera una anécdota; de esas épocas de hombres-hombres que manejaban el cuchillo, el machete, la pistola con valor, desenfado y sagacidad. Las historias eran siempre las mismas, pero, buen narrador, al repetirlas Olid les añadía invariablemente un fresco encanto;

y, como la víspera, en ocasiones reclamaba la compañía de Porcela o la del abogado Deschamps:

—que manden al carajo lo que están haciendo y que vengan a verme; diles eso, sofía...

—licenciado, ¿podría usted venir? don eugenio necesita hacerle una consulta...

y con ellos jugaba, muy bien, a los naipes, y bastante mal a su más reciente afición: el ajedrez, cuyos misterios no conocía; si era póker, tute o canasta, bebía vino del que por cajas le remitía el Director General; si se inmovilizaba por horas, en silencio, frente al tablero, lo que consumía era uno de los brandies que pregonaban, como tantas otras cosas en el país, su nombre; la O característica de un escudo heráldico ocupado por las Torres Olid;

y ayer, el abogado Deschamps hubo de marcharse a las siete cuando apenas habían jugado una vuelta de canasta —y don Eugenio, que había bebido fuerte en la comida (la sopa de médula de res le desataba la sed); que había seguido bebiendo high-balls después de la siesta; que había vuelto al borgoña con la cena, llamó a Sofía; le ordenó que ocupara el asiento de Héctor Deschamps y reanudara la partida;

y como a él no se le puede rebatir cuando decide que uno haga algo, Sofía Vaquero accede y juega, juega distraídamente, apenas con el interés justo para que su adversario, que se mete a fondo en la pasión del naipe, no advierta que le está entregando, para acabar pronto, los *pozos*; que no se dé cuenta, pues se irritaría, que le está permitiendo, con sus torpezas, ganar —porque ganar, no importa que sean números acumulados en un papel, es lo único que alegra e interesa a Olid;

y luego que vuelve del cuarto de baño a donde ha ido una vez más a orinar parte del mucho vino que ha estado ingiriendo en las últimas dos horas, se acerca a ella, le busca los pechos, maduros y macizos, y murmura que los diablos le están calentando el cuerpo y le babea en la nuca palabras que lo excitan —y ella lo deja hacer, endurecida, con el abanico de las once cartas desplegado como una cola de paloma entre los dedos, y cuando las manos de él se dirigen al ruedo de su enagua, sabe lo que dirá después; lo que ya está diciendo; lo que le ha dicho, lo que le ha oído decir, cientos de veces antes:

—Llámalas... que venga una; una o dos, no importa... Corre, corre... —y él le dará una nalgada para que avive el tranco y Sofía irá a uno de los teléfonos; llamará a cierto

número que sabe de memoria, y ordenará que acuda a casa de don Eugenio la chica, las dos chicas, que estén disponibles;

y durante la media hora que demore en llegar la que ha sido convocada, Olid estará sobándola a ella, preparándose con ella, y ella, para no despreciarlo más, se pone a pensar en lo que hará al día siguiente: las compras que dispondrá para que Sebastián, su marido, las efectúe en el mercado; la ropa que revisará antes de echarla a remojo; las alfombras que tundirá para desempolvarlas; y cuando suene el timbre y Sofía vaya a abrir, Olid empezará con sus gritos, con su regocijo:

—Que pasen, que pasen... —y enseguida, tambaleando su borrachera, irá a la recámara y desde la puerta gritará—: Báñalas y vístelas; báñalas y vístelas...

y si la que llega es una de las cuatro o cinco jovencitas que complacen regularmente a don Eugenio, no habrá que explicarle mucho: se someterá, vigilada por Sofía Vaquero, al ceremonial: se dejará asear en el bidet, perfumar luego; peinar después. Proseguirá con otro, igual de escrupuloso, que la oscura jamona de oscura mirada irá dictándole: meterá las piernas en las medias negras que un liguero mantendrá restiradas y altas; introducirá pies y pantorrillas en las botas de charol blanco; aceptará el corset envarillado que eleva más sus senos; cubrirá todo esto, sin que falte el velo, con el traje de novia;

y cuando Sofía conduce a la chica a la recámara, a esta misma recámara donde ahora ella manipula el cadáver, casi siempre encuentra a Olid ya desnudo, ansioso, puesto de rodillas en la estera que hay junto a la cama; y la muchacha se dejará ceñir; sentirá sus uñas en el trasero; recibirá en la parte baja del vientre, a través de la tela, el aliento febril del viejo: así está pactado. No ofrecerá resistencia cuando él inicie la meticulosa tarea de ir soltando, uno a uno, los botones que señalan, del cuello a la bastilla, el centro del traje nupcial; nada de lo que él encontrará será removido: medias, portaligas, botas. Si él queda satisfecho (las chicas saben de qué modo complacerlo) llamará a Sofía Vaquero y dispondrá para la amiguita de la tarde el pago de una suma extra —un bien calculado veinte por ciento de los pesos que le entregarán al irse;

pero la que anoche vino fue otra chica; bonita, remilgosa y asustadiza, y don Eugenio no recibió de ella, muy torpe, lo que esperaba. Rotunda, la campana llamó a Sofía, que en el

cuarto de junto, luego de haber lavado los trastes de la cena, cabeceaba el sopor del vino tinto. Don Eugenio estaba diciéndole palabrotas a la muchacha, que sólo quería sacarse de encima el disfraz, cobrar por su trabajo y marcharse;

—La mitad... —chillaba él, golpeando con los puños el colchón sobre el que Sofía termina de amortajarlo. Le temblaban los labios— Sólo págale la mitad... No vale más la piojosa... Que se vaya y nunca vuelva; nunca...

la que lloró entonces, mientras recuperaba la blusa y el trozo de faldita con las que había llegado, fue la casi niña de pelo rubio y pechos cónicos, del tamaño de un dedo pulgar; una criatura que, quizá, hace un año habría sido confundida, aun viéndola sin ropa, con un efebo de piel lustrosa.

—¿Qué sucedió, muchachita? —a pesar de su desprecio hacia todas estas adolescentes que reclutaba para placer de don Eugenio, hubo algo tierno en las palabras de Sofía.

Sorbió la muchacha, anudándose el cinto:

—Es un... un viejo cochino. Quería que...

—¿Cuánto tiempo tienes en esto?

—Empecé el lunes... Digo, así: cobrando...

Eran explicables, con tan limitada experiencia, su torpeza y la pequeña crisis. Ya se acostumbraría. Ya anotaría, entre sus anécdotas hilarantes, ésta: "El día que me llamaron a casa del señor Olid...", y hablaría de la cólera del viejo y hablaría (o quizá no) de su propia turbación cuando no pudo darle, o hacerle, aquello por lo que iban a retribuirla.

—¿No te dio Yvette ninguna instrucción?

—No. Me mandó nada más... Y lo que el señor quería...

—Está bien ya... —dijo la señora Vaquero, fríamente.

Un temor oscureció los ojos tiernos, todavía cándidos, aún no encanallados, de la casi niña del pelo rubio:

—¿Va a pagarme... completo?

No dijo sí; tampoco, no. La llevó a la puerta. Corrió el pestillo. De abajo ascendió una vaharada de aire húmedo, encerrado, viejo. Le entregó sin merma, a pesar de la orden de Olid, el difícil dinero de su paga.

—Acostúmbrate y aprende... —fue lo único que le aconsejó.

Después, así que se ocupaba de colocar en su estuche las barajas y el bloque de notas y de volver a sus lugares sillas, cojines, tapetes y todo lo que fue removido, oyó ruidos en el cuarto de baño: al parecer, Olid estaba vomitando. Un golpe

firme, un largo glubglubblub, anunció que el agua de la caja, liberada por la cadena, caía dentro del excusado —decrépito, viejísimo, como todo lo que había en la ruina marcada de cuarteaduras cuyos muros sudaban salitre. "¿Si he vivido aquí toda mi vida, para qué cambiarme, Sofía? Además, tendríamos que comprar otros muebles, que están muy caros, hacernos a su modo, resignarnos a no encontrar las cosas si las buscamos. Seguiremos aquí, siempre." Rafael Balda apoyaba: "En eso tiene razón don Eugenio, Sofía. Está acostumbrado a este espacio, a estos ruidos, a este olor. Si él no quiere, ¿por qué ha de irse?", con lo cual no coincidía Miguel Rebul: "Debe usted mudarse, señor Olid; y mudarse pronto. Nuestro programa de remodelación exige que tiremos esta parte de la ciudad con todo lo que hay en ella." Sonreía Olid: "Cambia los planos, Miguelito. Cámbialos." "No es problema cambiarlos, don Eugenio. El problema que se crea es de orden estético. ¿Imagina usted el parche que representaría este edificio en una gran plaza rodeada de rascacielos?" No cesaba de sonreír el viejo: "A la mejor dejamos que haya plaza; a la mejor, que no", y así concluía, en un punto y coma de incertidumbre, la polémica. Lo verdaderamente cierto era que Olid no tenía pensado irse, jamás, de esa —la primera construcción que tuvo en Nueva Castilla más de dos plantas habitables.

—¡Sofía... Sofía! —la furia de Olid hacía más ríspido su grito.

Acudió ella. En la puerta del baño contuvo la respiración El olor a vomitadura resultaba insoportable:

—¿Qué se le ofrece?

—La sal de uvas. ¿Dónde demontres escondiste la sal de uvas?

Seguía desnudo: el pecho, la espalda, el costillar, las nalgas estriados de arrugas, abultado el vientre; saltado el ombligo; el pene casi invisible entre el vello ceniciento.

—Aquí está... —brusca, casi tirando del manotazo otras botellas y tarros, le mostró dentro del botiquín, en su sitio de costumbre, el frasco de la sal de uvas con la que él se curaba la jaqueca, el insomnio o el extreñimiento. Luego, agria siempre, conteniendo el arqueo de la náusea, preguntó:

—¿Es todo lo que quiere?

Gruñó él que sí y ella salió a buscar un aire menos viciado. Grande, silencioso, estólido, Sebastián dormitaba en uno de

los sillones, cerca de la puerta. No podía bajar a su habitación del primer piso hasta en tanto don Eugenio o Sofía (con la que nunca había dormido; a la que nunca había tocado como el patrón lo hacía; con la que se unió allí mismo con sólo firmar en un librote) lo ordenaran.

—Puedes irte, Sebastián —y él, súbitamente espabilado, apresuró su retirada. Si se hartó de comida en la cena ¿para qué se lleva, oculto bajo la filipina azul, un gran trozo de pan francés?

Apagó Sofía las últimas luces. Oyó a Olid salir del baño, azotar la puerta, entrar en su habitación. Pared de por medio, oyó después cómo rechinaban las muelles de la cama cuando él dejó caer su peso sobre la colcha. Se desvistió entonces. Se rascó la piel marcada por el resorte de la falda interior. A los cuarenta y siete años (bastaba verle los senos, las caderas, el vientre, los muslos) Sofía Vaquero sentía ser superior a esas zorras que cobraban buen dinero por dejarse palpar, chupar. En otro tiempo, ese cuerpo suyo, moreno y joven, calentó, como él decía, los apetitos de Olid; pero un día, y no supo exactamente cuándo o, más bien, por qué, el interés, de constante, se tornó incierto; menguó, terminó por apagarse. (En ocasiones, si don Eugenio la llama y ella está de vena, todavía lo sorprende...)

Se ha puesto el camisón cuando escucha la campanita y luego la demanda de un Olid incoherente y, supone, sucio:

—Sofía... Bonita, veeen...

Acude ella, pero no entra en la recámara. En el umbral prosigue con la obligación nocturna de cepillarse cien veces, para mantenerlo sedoso y limpio, el pelo que ya clarea de canas.

—¿Qué se le ofrece, don Eugenio? —nunca ha podido darle tratamiento menos formal. También en la época en que compartían la misma cama, lo nombraba así: don Eugenio. ¿Cómo olvidar que procede del Refugio de la Beata Margarita; que de allí vino como ayudanta de la antiquísima sirvienta? ¿cómo superar, por medio del tuteo, aunque sus cuerpos se conozcan, las diferencias que los separan?

Debido a que algo le queda de su borrachera, no son muy seguros, aunque tampoco sean torpes, los ademanes de Olid. Su mano baja sobre la almohada, aparta la sábana, le muestra el lugar que le está invitando a ocupar. Pero esta noche, la

primera en muchos meses que él la llama, Sofía no tiene voluntad de acompañarlo. ¿Para terminar lo que la niña que parece niño dejó a medias...?

—Me duele la cabeza, don Eugenio.

—Yo te aliviaré... Ven, quédate conmigo...

Responde ella apagando la luz, entornando la hoja de la puerta, retirándose. Cuando llega a su cuarto, seis, siete pasos más allá, Olid ha dejado de injuriarla. Pronto roncará sus tragos y Sofía dormirá mal, sufrirá una cierta angustia indefinible (como siempre que las golfas vienen a jugar con Olid); no hallará consuelo o descanso en la oración; la acidez le quemará el estómago, y muy temprano, por la mañana, oirá la campanita de don Eugenio; dejará la cama; saldrá al pasillo; pasará frente a la alcoba y, sin asomarse, irá a la cocina; pondrá a calentar el agua en la estufa.

Con el dorso de la mano toca, acaricia diríase, la mandíbula espinosa de barbas blancas de este hombre al que ya no teme ahora porque, muerto él, sus fuerzas son iguales: nadie aventaja a nadie. Éstos, entre la luz silenciosa que depura los visillos, son los últimos momentos realmente suyos que le quedan a su lado; nunca más volverán a estar así de cerca, así de solos, así de con ellos mismos. El silencio, pronto, se llenará de voces, quizá de llantos, y, la casa, de trajes negros y caras largas; pronto...

Se inclinó. Sus labios duros tocaron la mejilla rugosa del gran hombre. Resentía los efectos del cansancio, de la tensión de las últimas horas. Llorar la aliviaría, algo. Quiso hacerlo allí, junto al cadáver, junto a *su* muerto, en la recámara que ella y él colmaron a veces, en otros años, con risas, gemidos y obscenidades. Sus ojos, agotados, no la obedecen. Quizá, hablándole a Rebul, lloró las últimas lágrimas que le quedaban.

Un dolor extenso le molestaba la espalda, la cintura. Amortajar el cadáver, voltearlo, lavarlo, exigió, además de entereza de ánimo, un esfuerzo físico cuyas consecuencias estaba ahora resintiendo. Se desperezó. Ya el médico Porcela le daría alguna pastilla.

PERO no fue una pastilla, sino una abundante copa de coñac, lo que Porcela prescribió para la fatiga de Sofía Vaquero.

—Un trago a tiempo es la mejor medicina, decía don Eugenio, ¿verdad? —citó él, iniciando los recuerdos.

—Usted ¿lo cree?

—Lo creo, Sofía querida, y lo practico.

Llegó Sebastián con las copas. De cristal rosado, parecían manzanas serranas —o los senos juveniles que Olid le encomendaba a Sofía buscarle. Eran muchas. Tintineaban en la charola: una de esas charolas de hojalata esmaltada que regalaban, a manera de propaganda, las Cervecerías Olid. La colocó, obediente, a un gesto de su mujer, sobre la mesa en la que don Eugenio, ella misma, Porcela o Héctor Deschamps tiraban la carta o meditaban el jaque.

El médico, que siempre lo había mirado con gula, quizá porque Olid lo tenía de adorno, o tal vez porque siendo dueño de fábricas de licores no deseaba favorecer a la competencia (aunque la competencia fuera europea) desdeñó el *Reserva Marqués de Olid 1952*, y optó por ese famoso coñac de botella numerada que, junto con otros igualmente finos y caros, don Eugenio atesoraba más para ser vistos que bebidos.

—El señor nunca quiso tomar de ésos —apuntó Sofía, con aprensión, cuando vio al médico abrir el taraceado tabernáculo dentro del cual almacenaba Olid sus aguardientes.

—Por eso mismo, para que no se echen a perder de lo viejos, es que vamos a bebernos unas copas...

—Me parece una traición a...

—¿A qué, Sofía? A nadie estamos traicionando...

De ese modo, al rescatar de su cautiverio uno de los coñacs que gustaron a Napoleón (al que don Eugenio admiraba y del que poseía, diseminados por la casa, cuatro o cinco bustos de mármol, yeso y bronce) Sergio Porcela inició, es de suponerse que no con tal intención, el saqueo que habría de sufrir en las horas siguientes el hogar de Olid. Casi todas las botellas de las Grandes Marcas desaparecieron (algunas habrían de ser encontradas, en otros días, secas ya, en el cuchitril de Sebastián) como desaparecieron también pequeños objetos irreemplazables: el reloj que Olid recibiera, con su nombre grabado en la tapa interior, de manos del dictador Florentino Arrechederra que habría de morir, pobrecito, fragmentado por una bomba el día mismo en que informaba al Congreso cómo había logrado aplastar la insurrección de los fanáticos religiosos del '34; la cachimba de espuma de mar.

enegrecida por el uso, que para significar una borrachera iniciada en La Lonja y concluida una semana después en el burdel de La Juana, le heredó a un sagaz y todavía joven don Eugenio, el cónsul Noei MacPherson: el mismo MacPherson al que se alió en el asunto de los dólares; el fistol de oro y granate que perteneció al general Behamonte y que habría de ser lo único que hallaron suyo entre las cenizas de aquel incendio que fue necesario para atraparlo —ésas y otras bagatelas se perdieron para siempre a raíz de que a Porcela se le puso entre una ceja y otra desdeñar los productos de las Destilerías Olid y disminuir, ya con la conformidad de Sofía, los licores franceses que don Eugenio ¿por avaricia, por ignorancia?, nunca quiso catar.

El médico había terminado de escribir:

—El certificado de defunción, Sofía: un mero requisito que de todos modos las autoridades exigirán cumplir... —y lo había puesto junto a la botella, el mazo de barajas y el cenicero en el que comenzaban a hincharse las colillas; había hecho, luego, una llamada y se conducía, ahora, como el pulido caballero que consuela a una dama absolutamente afligida.

Suspiró ella y sus pechos, lo notó Porcela, se manifestaron sueltos dentro del vestido sin ceñir.

—Muerto él, doctor, ¿qué vamos a hacer ahora?

Sobresalió la ceja de Porcela. Sebastián y Sofía lo vieron fruncir los labios; mirar (aparentemente) la respuesta en la superficie del coñac que ya vaporizaba dentro de la copa. Lo escucharon, luego, decir lo que ellos, de algún confuso modo, sabían:

—Sentirnos muy solos, Sofía; eso es lo que vamos a hacer...

Zumbaban las moscas del mediodía y la luz iba matizándose en la habitación sofocada por los muebles, por las lámparas de pie con pantallas de sedas desvaídas, sobradas de cuentas de vidrio; por los tapices, reproduciendo escenas de caza, que colgaban de los muros; por el tú-y-yo de cojines raídos; por los tapetes que el severo uso había dejado delgaditos como hostias, y nadie se atrevía a ocupar la poltrona de Olid, desgastada, lisa hasta parecer de celuloide, en los sitios donde él la sobaba, ni a poner planta en la alfombra que el constante mover de sus pies (atleta ocupado en una carrera estacionaria que habría de durar la mitad de un siglo) terminó por agujerear en un diámetro de tres cuartas; poltrona, alfombra, donde él permanecía muchas horas leyendo los periódicos, escuchando a Sofía leérselos, recordando o nada más dejando pasar la vida; y sentían calor, porque don Eugenio no permitió que se instalara en su casa, o en los otros dos pisos del edificio, ningún aparato para enfriar el aire. "El aire se queda seco y eso es malo para la garganta", pontificaba, y ni la opinión técnica de Porcela, ni la insistencia de Miguel sumada ahora a la de Rafael, consiguieron hacerlo variar de parecer, y el calor los hacía transpirar y lo que sudaban iba acumulándose, lo que resultaba molesto, entre las arrugas del cuello, en las corvas o allí donde forman ingle vientre y muslos.

—Estuvo mucho tiempo en nuestras vidas —dijo Sergio Porcela— tanto tiempo, Sofía, Sebastián, que terminó siendo la razón de ser de estas pobres vidas nuestras...

—Vivíamos para él, doctor.

—Hay gentes que tienen ese mérito, y don Eugenio, qué duda cabe, era una de ellas. Gentes felices, porque saben que muchas vidas las rodean, y cuando se van, nos dejan sin el cuerpo que justificaba nuestra sombra. ¿Entiendes, Sofía?

Ella empezó a sollozar, a moquear con tal abundancia que empapó un pañuelo y fue necesario que Sebastián, torpote y servicial, fuera a la cocina y trajera de allí, desplegado como la vela de uno de los balandros que navegan en la cercana Presa Olid, un lienzo de los que Sofía usaba para secar los trastes.

—¿Entiendes, mujer, lo que quiero decir? —reiteró el médico, y su voz reberberó porque había hablado en el momento justo en que tenía la copa frente a los labios.

—No lo entiendo, doctor, pero se oye muy bonito, ¿y cómo no llorar?

Sofía se levanta y tiene que apoyarse levemente, con la punta de los dedos de la mano izquierda, en la mesa. Porcela calma las copas, la botella, los personajes del ajedrez que han estado a punto de caer.

—¿Te sientes bien, Sofía?

—Sí... Casi sí... —y ella sonríe, aunque tampoco sabe por qué.

—Después de tanto trabajo, estás relajándote... Es buena medicina el coñac, te lo dije.

Solícito, el médico se alza también y rodeándole con el brazo la cintura, le brinda el apoyo que necesita para que alcance,

sin nuevos tropiezos, la butaca de Olid. Llevarla así le permite constatar que los pechos de Sofía Vaquero conservan la magnitud (su afición a ciertas lecturas determina la calidad de sus metáforas) de los de una valkiria.

—Ah... —suspira ella.

—Pobrecita, descansa... Que nada te apriete por dentro... —y pretende poner los dedos donde le interesa.

Sin mostrar enojo, ella rechaza las manos, que él recoge. La ve echar hacia atrás la cabeza, apoyarla en el reborde seboso; quedarse quieta. Y ella, casi inmediatamente, se duerme, se olvida, que viene a ser lo mismo —y ha oído los campanillazos y ha experimentado su mínimo odio mañanero contra quien la trata sin afecto, como si fuese sólo una máquina eficaz que no cobra sueldo, ni pide nada, excepto techo y comida, por respoder el teléfono, acatar órdenes, guisar y, a veces, si se le exige, abrir las piernas. Se promete no volver de ese modo al vino tinto; le gusta, sí, pero en el futuro, para no marearse ni sentirse enferma, lo adelgazará con agua mineral. "Puta": decirlo así, entre dientes, le proporciona la enconada satisfacción de llamar como se merece a la tontita de ayer; y con un espasmo en la boca del estómago, admite que del mismo modo aborrece a las muy curtidas que suben a retozar con el viejo sátiro; y el cling, cling de la campana iba perdiendo brío al pasar la puerta de la alcoba, al volar a través del pasillo oscurecido, al entretenerse en el living antes de buscarla en la cocina donde lo recibía ya totalmente opacado, reducido; y aguardó a que se completaran los tres hervores obligatorios y sin hacer las cosas más de prisa de como las hacía siempre, tomó su tiempo, coló las yerbas, llenó la taza de peltre, recogió plato y servilleta ("Voy, voy, voy") y pensando cóleras contra quien la acuciaba con el cling, cling impertinente llevó su malestar a la recámara;

y al abrir lo encuentra tirado en el piso, como si hoy también hubiera caído de la cama, y Sofía Vaquero le echa encima una mirada muy cruel y aunque la luz no abunda, la que hay en ese momento en la recámara basta, sobra, para que los suyos sorprendan en los ojos muy asustados del señor Olid una sombra que sólo puede ser la del miedo; y pone entonces la taza en el buró (con cuidadito, para no derramar el té) y observa a Olid y no sabe lo que él quiere decirle, o lo sabe, pero no quiere entenderlo como hace seis años lo entendió, y

se sienta junto a él, como hace mucho que no se sienta junto a él, y él la abraza (igual que en otras épocas: ansiedad y ardor parecidos) y ella se deja abrazar, y lo abraza a su vez como si fuera un niño, y no recuerda si estuvo meciéndolo, no lo recuerda; sí, ¿cómo olvidarlo?, que Eugenio Olid empezó a temblar y a decir cosas con palabras rotas; a temblar como si todos los fríos del mundo estuvieran quemándolo y luego pronunció muy clara La Palabra, la única clara y completa palabra entre todas, y sobrevino, entonces, una sacudida firme, rápida, un leve estiramiento, y se aquietó entre los brazos de la mujer que lo ayudaba a recibir la muerte; y ella se pregunta si...

Ahora, alguien que no tiene lugar en su sueño ni en su recuerdo, le está tocando muy suavemente un hombro; se oye roncar por última vez.

—Sofía... Sofía, despierta —dijo la voz, amable, aunque el sacudón que la obliga a abrir los ojos, no lo es; todavía reposa en su cuello la mano enorme de Sebastián. Al lado de éste, sonriente, el médico Porcela.

—¿Qué, qué? —se agitaba así, con frecuencia, al ser despertada cerca del alba por alguna pesadilla.

El doctor pone su propia mano en la frente de Sofía Vaquero:

—Shhhh... Tranquilita, mujer... Te hemos despertado porque hay que despejar un poco la sala...

—¿Para qué la sala? —la mitad de su voz era un bostezo.

—Los de la funeraria, que han llegado ya, van a preparar el cadáver...

Súbitamente lúcida, se opuso Sofía Vaquero:

—Ellos, no... Ellos, no... —a gritos, y ante el estupor de Porcela y de los cuatro inmóviles enlutados corrió hacia el dormitorio de Olid y cerró la puerta.

A ella le gritó Porcela, tratando de meter su voz por alguna rendija:

—Abre, Sofía. Es necesario.

—Que se larguen... No lo toquen. Sáquelos de aquí... —como un papel, la voz de Sofía entraba en el living pasando por debajo de la puerta.

—Sofía, por favor... Nadie va tocar a don Eugenio. Pero alguien debe meterlo en la caja... Recuerda que ya está por llegar el señor Rebul...

Los cuatro de oscuro que habían llegado con los tubos de níquel y los mantones de terciopelo negro, y las ruedas de hule sobre las que se deslizaría en su momento esa especie de alta camilla de tijera que armarían para colocar en ella el féretro, aguardaban (como si no estuvieran allí) a que se resolviera el conflicto que su presencia había suscitado. Luego de mucho, la puerta se abrió. Por la hendidura, del ancho de un geme, Sergio Porcela vio la cara, otra vez serena, de Sofía.

—Pase, doctor... Usted sólo... Tú, Sebastián, quédate con ésos...

El ataúd, de pino, al que sólo le habían concedido una mano de pintura negra, llevaba allí, debajo de la cama de Olid seis, casi siete años. Alguna vez (una de esas ya raras veces en que se ayuntaban) Sofía Vaquero encontró muy excitante hacer el amor prácticamente encima de esa caja y precisamente con el hombre que la había comprado para que se convirtiera, de ser eso inevitable, en el estuche de su muerte.

Si era modesto por fuera, ninguna comodidad exhibía por dentro. Olid ordenó a Sebastián buscar en el mercado de La Candelaria (el que nació al siguiente día de que Nueva Castilla completó sus primeras cinco casas —la quinta alojó al burdel de La Juana Vieja, abuela de la que llegaría a ser la madrota más popular de todo el Valle) uno de esos que por llamarlos de algún modo la gente del pueblo llama "cajones de pobre", para que se sepa que hay otros, capitonados, confortables, llenos de pliegues y rosas de tela y clavos de cabeza labrada, a los que nombran "cajones de rico" porque son los señores de condición, los que pueden pagarlos y terminan usándolos. Pudiendo adquirir el más ostentoso del mundo, por uno de esos acuerdos que no se le entendían aunque de todos modos se le festejaban, el señor Olid mandó a Sebastián a La Candelaria y allí halló Sebastián a don Chicho Amezcua, propietario y maestro de la carpintería *La Garlopa de San José*, y le compró el féretro que más se asemejaba al que el patrón le recomendó escoger (algo muy simple: una caja de tablas pálidas) y de ese modo, con ella en equilibrio sobre la cabeza, pues ni don Eugenio ni Sofía le habían dicho que podía alquilar un vehículo o requerir la ayuda de un mozo de cuerda, Sebastián cruzó a pie casi la mitad de Nueva Castilla portando el "cajón de pobre" que Eugenio Olid, el más adinerado de los hombres del lugar, de la provincia, de la

República y, decían, del universo, habría de pintar por sí mismo y conservar en su recámara, previsoramente debajo de su lecho, todos estos años.

—Seis, doctor... Cuéntelas —y el doctor las contó y eran, en efecto, seis las muescas que don Eugenio había hecho, y pintado de blanco, en uno de los flancos de la caja.

—Una por cada año que le sacó de ganancia a la vida —dijo Porcela, levantándose. A pesar de que se mantenía en buena condición física experimentaba cierto quebrantamiento en todo el cuerpo; algo así como un cansancio. Rememoró: —Porque la otra vez lo sacamos del agujero por pura buena suerte...

—A Dios gracias, y a usted, doctor...

—Tú también hiciste lo tuyo, Sofía. Tuviste tiempo, ese tiempo que hoy te faltó.

Aunque la temperatura es en la recámara algo más alta que en el resto de la casa, el cuerpo de Olid se ha endurecido; tiene ya la rigidez de uno de esos santos de madera que le ha tocado cargar al abogado Deschamps durante la procesión (un mucho imitando a la sevillana) que afama la Semana Mayor de Nueva Castilla. ¿Podría creer alguien que hace tiempo, cosa que sólo Deschamps y él saben, Eugenio Olid desfiló también, amparado por la impunidad del capirote? ¿y que cantó saetas a su manera, para murmurar ciertos hechos que podrían considerarse reprobables?

—Así, con calma... Cuidado con la cabeza, Sofía, que no se golpee... Bien... Despacito... —y el cuerpo de Eugenio Olid Orellana (ya mayor necesitó apropiarse de un segundo apellido que no tenía) quedó, al fin, acomodado, asentado, tendido, dentro de ese cajón de pobre que una vez al año, el día de noviembre que se cumplía otro aniversario de su infarto, sacaba y desempolvaba para marcar con una raya el costado de pino; esa raya, de un milímetro o dos de profundidad y unos diez de anchura, que se entretenía luego blanqueando hasta dejarla como si fuera un hueso.

—¿Lo cerramos de una vez, doctor?

—No sería correcto, Sofía. Las visitas querrán verlo; nosotros mismos, sus amigos, su gente, querremos verlo...

—Doctor, don Eugenio no...

—Faltan cosas por suceder, Sofía. Hazte a la idea; ha muerto un gran hombre, uno de los más grandes hombres de nuestro país, te lo digo yo... Vendrá todo el mundo, y...

—Lo que usted diga, doctor, eso se hará...

Y lo que el médico Sergio Porcela dijo fue: "Vengan, pasen ya", a los de la funeraria; a esos cuatro llamados por él para armar los tubos, darles (como acaban de hacerlo) forma de mesa y montar encima de ésta, en el centro del living, el féretro de Olid.

Los muebles fueron replegados hacia las orillas y, de todos modos, la sala resultaba pequeña, mezquina. Esos muebles no habían sido movidos jamás de sus lugares. Esas lámparas tampoco habían sido, como ahora, inicuamente arrinconadas. Mudar de sitio la butaca de don Eugenio le pareció a Sofía, aunque no lo dijo, tan sacrílego como que pies ajenos a La Casa machacaran la tonsura que en el tapete habían abierto las botas del dueño.

Cenizas negras —los cuatro hombres de oscuro se desvanecieron. Nadie los miró marcharse, a nadie le cobraron por su trabajo, de nadie recabaron una propina. Dejaron de estar. ¿Habrían robado ellos parte de lo que se extravió?

Apenas Sebastián cerró la puerta y fue a conocer qué cara había asumido la muerte al meterse dentro del señor Olid, el timbre de la puerta sonó —riiiiiiing de martillito azotando un hemisferio de bronce muy sonoro.

El que entró, vestido ya de negro, resplandeciente, todo él *Lavanda Olid Extra Dry*, fue el abogado Héctor Deschamps. La presencia del ataúd; de los cuatro cirios nuevecitos, aún sin encender, que le hacían guardia; de Sofía, llorosa, con la nariz enrojecida (le pareció); de Sergio Porcela, con una copa de coñac en la mano (achispado, quizá); la atmósfera cerrada de almacén, bodega o montepío, lo turbaron un momento:

Tras un titubeo, abrió muy ampliamente los brazos:

—Sergio, ¡qué pena...! Sofía, ¡qué pérdida...! Increíble, increíble... Madame Deschamps, que está enferma, le envía, Sofía, su más sentido pésame...

—Gracias, abogado. Gracias...

—Quisiera, si lo permiten, hacer una guardia.

—Pase nomás...

Se plantó junto al féretro el abogado Deschamps. Tras de mirar cavilosamente el rostro de Eugenio Olid lo encontró muy parecido a una talla de los imagineros del XVII que se conservaba en el Museo de la Colonia. Porcela se acercó a él,

mas no para acompañarlo sino para ofrecerle una copa. Deschamps, santiguándose, interrumpió la guardia.

Tensa como una viuda, y como una viuda nacional, estoica y silenciosa, Sofía Vaquero los escuchaba. Palabras sueltas. Frases a medio decir. "Sólo se habla de eso". "Claro que la Televisión. Todo anda de cabeza. Si te asomaras" y "mañana, espérate a ver mañana" —y no sabía si sentirse péndulo, si moverse de aquí para allá, de allá para acá, se debía al coñac que había bebido, al cansancio que había vuelto a sus piernas o a que, como Nueva Castilla, también estaba llorando su orfandad.

Como estaba previsto, el jet de Rebul (un OL-12) abandonó la pista 6-izquierda y, al mínimo de revoluciones sus atronadoras turbinas, taxeó hacia la plataforma que en el Aeropuerto utilizaba Olid, S. A. En ella aguardaba desde hacia un cuarto de hora el idéntico OL-12 de Rafael Balda. Se estableció, de piloto a piloto, el contacto. El señor Rebul y el señor Balda descenderían de sus respectivos transportes y se reunirían en el sector iluminado por los reflectores de la unidad móvil de televisión que había ido a recibirlos.

Pocas palabras canjearon al coincidir en tierra:

—¿Buen viaje? ¡Morirse don Eugenio...!

—Mala cosa, sí...

—¿En qué disposición dejaste a Svenson?

—Favorable. Cederá el viernes.

—Ojalá podamos concluir los arreglos ese día.

—Confío en que sí.

Al fondo, junto a la boca iluminada del hangar privado de la Flota Olid (no hay que confundirla con Aerolíneas Olid, empresa absolutamente comercial de servicio público) relucía, tocada por las luces, la limusina que en las portezuelas delanteras mostraba el inevitable emblema de Las Torres y, bajo él, la sigla PQ, de la planta petroquímica local.

Con su chaqueta de tweed, su afabilidad característica y la varita mágica de su micrófono inalámbrico en la mano, avanzó hacia ellos, hablando, hablando siempre, Jacinto Olmedo. Entre los reflectores, atrás, el puro en una esquina de la boca, sobresalía Larry Pavlevich. Jacinto ofreció a Balda y

—Dentro de media hora se les dirá dónde, cómo, de qué modo y cuándo. ¿Estamos, caballeros?

Cortesano, el alcalde Júpiter Zentella se enredó en sí mismo, igual que una lombriz. Como no podía imponer su autoridad, sonreía:

—Esperaremos sus instrucciones, don Miguel... Más tarde tendré el gusto de saludarlo, ya oficialmente...

—Hasta entonces, Zentella.

El chofer puso a funcionar el faro, rojo e intermitente, del automóvil, y el aeropuerto se llenó de fulgores y, luego, del silbido de la sirena:

—Apague eso —gritó Miguel, picándole el hombro.

Corrido, obedeció el chofer. Sobre el eco del ulular menguante, preguntó a dónde deseaban dirigirse (primero) los señores: ¿A La Casa o a...? Rafael Balda le dio la indicación:

—Al edificio... —con lo que estaba indicándole que debía llevarlos al hogar del señor Olid.

Al cabo de un rato, un preocupado Miguel Rebul manifestó:

—Cuando haya tiempo, más tarde, quiero que juntos revisemos algunos papeles.

—Como gustes.

—¿Te quedarás en La Casa —cuando se hablaba así, de La Casa, estaba aludiéndose a una mansión que el Grupo poseía, para uso exclusivo de Miguel y de Rafael o de algún ocasional invitado, en el *Nuevo Country Club:* un palacete, de estilo colonial, desde el que se dominaba todo el fairway del hoyo 5, de considerable hermosura— o tienes otro plan?

—Hoy, ninguno. Iré a La Casa. ¿Tú?

—También.

Las primeras calles de la ciudad por las que cruzaron, estaban en silencio, pero no desiertas. Como si fuera noche de feria, la gente invadía los carriles destinados a los vehículos; formaba grupos en las esquinas donde había aparatos de TV o se vendían las *Extra*; guardaba sus ruidos. Remotas locomotoras parecían quejarse en la Casa Redonda o en los patios de la estación; lúgubres, las campanas de catedral, de inconfundible tañer, doblaban a difunto; más modestas, las de Nuestra Señora de las Rosas, de la capilla del Santo Niño del Oro y del templo de la Salud (ese adefesio modernista que en mala

hora autorizó Olid que se construyera) compartían, pregonándola, su pena.

—Parece que la gente ha sentido al viejo.

Asintió Miguel Rebul:

—Parece que sí.

IMPEDIDA por gruesos barrotes de hierro, la ventana se asoma a la planicie que poco a poco, lentamente, empieza a transformarse en una dilatada charca de luces. Muy nuevas, apenas del año pasado, las del Bulevard Olid son las que más brillan, con sus fulgores mercuriales.

—¿Otra copita, abogado?

—Gracias, médico.

—Buen coñac.

—Celestial. Ambrosía pura.

—Lástima que Eugenio no haya tenido tiempo de probarlo.

—¿Tiempo... o buen gusto?

De pronto, Sergio Porcela recordó, y se apartó de allí. Fue a situarse cerca del féretro; más cerca aún de Sofía Vaquero, al parecer estupidizada no se sabía si por la congoja o por los tragos que había seguido bebiendo.

Héctor Deschamps aspiró golosamente el bouquet del añoso coñac que el médico había tenido la luminosa idea de apropiarse. "No es que fuera tacaño", pensó, "lo que pasaba era que no conocía ciertas cosas buenas". A Olid, la ignorancia, así no presumiera de ella como los tontos, no lo mortificaba. "Sé lo que sé, y con eso me basta", decía, y lo que sabía, admitió Deschamps, humedeciendo la punta de la lengua en el líquido, lo sabía mejor que nadie. ¿Qué estudió Olid? De creerle, nada más el Silabario, las primeras letras elementales, y cómo sumar, con absoluta precisión, dos y dos. Su rúbrica, de enrevesados trazos, pregonaba lo limitado de su ilustración. "Pero al pie de cualquier papel, vale, ¡vaya que vale!, mi garabato, abogado." Bebió un sorbito.

Había algo de sol en el horizonte. A donde Olid, S. A., llevaba el progreso, la abundancia material (fueran Nueva Castilla, Puerto Gardenia, la Capital de la República; Santa Lucía, en el sur) llevaba también, con sus bancos y sus expertos, los humos tóxicos, las espigadas chimeneas, las multico-

lores refinerías; las nubes de asfalto que contaminaban el aire; los desechos que mataban las criaturas de ríos, lagunas y aun mares. ¿Cuántas fábricas había acumulado Olid en el valle de Castilla? ¿cuántas fumarolas habían destapado sus técnicos de variadas nacionalidades? Ahora no había, como alguna vez lo hubo, nada que estorbara la realización de un espectáculo al que don Eugenio era particularmente afecto: el crepúsculo vespertino, la tarjeta postal de cada tarde, el agotarse de una luz solar que había alumbrado todo lo que era suyo: casi todo lo que se mirara o se moviera en la llanura.

No pocas veces lo había visto Deschamps quedarse, literalmente, con la boca abierta, emocionado, en presencia de ese fenómeno increíble que es, en la latitud geográfica y a la altura sobre el nivel del mar en que reposa Nueva Castilla, una puesta de sol, y lo había escuchado decir: "¿Cómo es posible que alguien, frente a esto, pueda negar que existe Dios?"

Pero un año, recordaría, llegaron al valle los emisarios de la empresa anglo-belga: "Ar-Vel", productora de alimentos para el ganado; pagaron lo que se les pidió por unos predios céntricos; trajeron sus arquitectos; alquilaron fuerza de trabajo y empezaron a levantar, aislado como el primer diente, un edificio que de semana en semana crecía, crecía, y que continuó creciendo hasta que fue necesario contar cuarenta para decir el número de sus pisos. Desde esta misma ventana, con el auxilio de un rarísimo catalejo marino cuyo origen jamás logró establecerse con exactitud, se divertía Olid atestiguando el progreso de la obra, los problemas a que se enfrentaban los constructores; aprobando o no, según el caso, como si algo propio le fuera en ello, las rectificaciones que sobre la marcha debían hacer.

Sólo después que el edificio hubo sido completado; sólo después de que lo que parecía un palomar, o un mero amontonamiento de cajas de zapatos, fue vestido con grandes paños de cristal, comprendió Olid que jamás volvería a disfrutar, como tantísimo lo había disfrutado, de lo que más amaba en el valle, su valle: la suntuosa, elaborada, indescriptible diaria muerte del sol —lo único lindo de la vida que a él también se le daba gratis. Y no volvería a disfrutarlo porque el edificio "Ar-Vel" no nada más interrumpía el paisaje, no nada más se alzaba en el punto exacto en el que miles de tardes había

visto Olid hundirse los fulgores de *su* sol, sino que se había convertido en una especie de gigantesco espejo que al reflejar a todas horas la gran luz, cegaba a quien tuviera la ocurrencia de mirar hacia ese rumbo del horizonte.

—Vaya, abogado, y dígales que quiero que quiten de allí esa cosa...

Nada de lo que Olid dijera sorprendía ya a Héctor Deschamps; lo que dijo esa tarde lo hizo parpadear —rememora mientras huele y bebe; bebe y huele el licor antiguo.

—¿Tiene usted alguna idea de cómo *arreglarlo*?

—Dígales —con la uña de su índice casi arañaba los espejuelos redondos que Deschamps, víctima de un asomo de conjuntivitis, llevaba puestos—. Vea usted esos vidrios, abogado; no me deje mentir: véalos: ciegan, echan cardillo, joden todo el día... Así que, dígales que pongan paredes normales, lo que sea que no refleje...

—Estudiaré el caso, don Eugenio...

—No me estudie nada, abogado. Vaya allá y hábleles.

Las gentes de "Ar-Vel", seguramente porque eran nuevas en estos países, encontraron absurdo, inadmisible, que un señor, por muy Olid que se apellidara o por muy rico que dijera ser, pretendiese exigirles lo que por boca de su untuoso abogado estaba exigiéndoles: no más, ni menos tampoco, que modificar su edificio (premiado por el "Architectural Digest" a causa de lo audaz de su diseño), reemplazando sus paneles de vidrio por...

—Será mejor, Mr. Morris... —como siempre, tal era su estilo de actuar, Deschamps se mostraba conciliador— mucho, mejor para ustedes que procuren entender el punto de vista del señor Olid, que es también, dicho sea de paso, el de todos los que en Nueva Castilla vivimos...

Había invitado a jugar golf al señor Morris, Wyne Morris, un buen handicap 7. Aguardó a que embocara un largo putt. Morris hizo la anotación en la tarjeta del score. Era un inglés sólido, de poderoso drive:

—¿Qué les desagrada de nuestro edificio?

—Ese edificio, y nadie duda de su hermosura, desentona... Sus vidrios reflejan, molestamente para todos, la luz. Los pilotos de las líneas aéreas se han quejado; también los obreros de las fábricas... El sindicato con el que ustedes tratarán, está

molesto. Acepten, Mr. Morris, acepten, les ruego, y hagan los cambios que el señor Olid solicita. Está él dispuesto a pagar el gasto extra... Todos, créame, nos ahorraremos gran cantidad de problemas...

La respuesta de la casa matriz de "Ar-Vel" fue un no contundente. Deschamps comprendió, y así lo dijo a Morris, que tal negativa, avalada por Londres y ratificada por Bruselas, significaba la guerra: una guerra bien distinta a todas las que hasta entonces habían ganado los millones Olid.

Dos cosas dispuso don Eugenio cuando Deschamps le hubo explicado los alcances del No emitido por "Ar-Vel". Una: ordenar a Sofía que con lienzos negros cubriera totalmente las ventanas, para no ver el edificio que lo desafiaba ni padecer la agresión de sus reflejos. Dos: convocar, en horas y días diferentes, a las autoridades, a los clubes de servicio, a los líderes de los gremios, a los boy-scouts, a los curas: sentarlos aquí, en la sala donde han puesto en féretro con su cadáver, y aleccionarlos para que iniciaran campañas públicas contra esa compañía extranjera, quizá luterana, comunista o algo aún peor, que lejos de preservar la tradicional tranquilidad de Nueva Castilla traía, lo estaban viendo, discordia.

—Lo que cueste, se pagará... Hay que sacar a los niños a las calles... Hay que hacer paros... Hay que impedir que la materia prima les llegue a las bodegas de la fábrica esa... Hay que levantar multas de Sanidad Pública... Hay que demostrarles a esos cabrones que con nosotros no se juega... Hay que empezar, desde el domingo, a decirlo desde el púlpito en todas las iglesias...

Otro sentido, que ni Deschamps ni Olid advertían, tenía esa guerra. Fue uno de los tempranos aciertos de visión que tuvo Miguelito Rebul. "Ar-Vel" debía ser sacada de enmedio. Era una cuña, clavada muy adentro, en el campo Olid. No era ésta, como otras, una compañía nómada: una de esas que llegaban con la deliberada intención de ser engullida por el Grupo. Ésta, bastaba calcular su capital, su prestigio en el mundo, era seria, poderosa, arrogante, con subsidiarias, elaboradora de productos que competirían, tarde que temprano, contra los de Olid. Como fuese debía ser neutralizada, no únicamente en Nueva Castilla sino en todo el país. En tanto que Deschamps se entretenía jugando al golf con Morris y disputando por los vidrios del edificio, Rebul iba y volvía de

Europa con soluciones prácticas, tomadas luego de sus coloquios, no muy fructíferos, con personajes de la compañía.

Así, un año después de iniciadas las negociaciones, de realizados ciertos "ajustes" de cuya naturaleza sólo estaban enterados Olid y Rebul, y debido a que por la Presidencia pasaba un general-político sensible a cierto tipo de halagos (o de amenazas), "Air-Vel: Londres-Bruselas" depuso su actitud y se avino, mansita, a pactar; sólo que ahora (y Deschamps volvía a su papel de mensajero de don Eugenio) asociarse con una empresa que está a punto de ser na-cio-na-li-za-da, no seducía al señor Olid.

—El señor Olid —fue entonces cuando Miguel Rebul intervino ya directamente; no había querido reunirse con Morris en el club, sino en su despacho del edificio, y allí estaban— el señor Olid desea comprar... Este sobre guarda nuestra primera, que será también nuestra única y última, oferta... La toman y no hay problema. La rehusan y esta noche se promulgará, allá en la capital, el decreto expropiatorio de los bienes "Ar-Vel"...

Aunque llevaba viviendo ya cuarenta meses en la República (tiempo que le bastó para conseguirse una joven amante de piel morena bastante más linda y efusiva que la desteñida *beutiful wife* Mildred, y para adquirir, jugando a la plusvalía, casas y terrenos que en no muchos años lo harían rico e independiente) el señor Morris se sintió agredido, presionado, arrinconado por las palabras y la actitud del mequetrefe barbilampiño que había traído Deschamps.

—No estoy acostumbrado a que se me hable de ese modo, señor.

—Pues ya es hora que vaya acostumbrándose —dijo, pálido y duro, como si se le diera una orden o un consejo, Miguel Rebul.

Morris miró a Deschamps, como si buscara en él apoyo, ayuda, alguna luz. Deschamps, para no comprometerse, prefirió fingir que estudiaba el libro de mapas antiguos, motivo ornamental colocado sobre un fascistol de la época colonial.

—El plazo que nos conceden, ocho horas escasas, es demasiado corto. La gente de Londres debe consultar con la de Bruselas y eso consume tiempo...

Deschamps inmovilizó su mano sobre el mapa primitivo, atribuido a no recuerda hoy qué navegante, de Groenlan-

dia. No había escuchado a don Eugenio concederle a Miguelito facultades para tratar con tal aspereza a Morris, o sea a "Ar-Vel" y no deseaba que tal falta de experiencia, explicable en un joven que conocería de libros pero poco de cosas más prácticas, estropeara lo que tantos meses de palabras, ofertas, contraofertas, *public-relations,* había consumido. Por eso creyó oportuno, y necesario, colar una sugestión:

—Sería bueno oír un nuevo argumento. La Central de la compañía quizá tenga algo que aportar...

—Sí, eso es: consultemos. Tal vez mañana, o pasado... Un telex...

Rebul, condenando a Deschamps con una helada sonrisa y un fruncimiento de cejas, no se mostró partidario de aplazar más la discusión; postergar, para mañana o pasado, la decisión final.

—Entienda usted esto, señor Morris: el Presidente ha firmado ya el decreto que instrumenta la expropiación de todos los bienes de "Ar-Vel". El Presidente espera solamente el informe que le rinda el señor Olid sobre el resultado de esta plática que estoy teniendo con usted... Su respuesta es: "Vendo" y el Decreto se cancela. Su respuesta es: "No vendo" y por la mañana tendremos los Interventores del Gobierno Federal aquí... Algo más, señor Morris: vendiéndonos recibirán ustedes una suma considerablemente superior a la que les correspondería por concepto de indemnización. Y no tendrían que esperar un cuarto de siglo para cobrarla...

Nunca se supo, y tampoco lo pregonó Olid, cuánto pagó el Grupo por el negocio "Ar-Vel". Lo que de todos es conocido fue el comentario que don Eugenio hizo esa misma noche, y que dejó de una pieza, como se dice, a los miembros del Ayuntamiento:

—Empiecen a tirar ese estorbo mañana mismo...

No al otro día, pero sí una semana más tarde, el estorbo empezó a ser derruido y en sesenta días de él no quedó nada. La nueva sede "Ar-Ve-Ol" (don Eugenio logró adquirir el *know-how* de los anglo-belgas; utilizar su nombre a cambio de una regalía y asegurarse el monopolio de los alimentos balanceados) fue montada donde no interrumpiera la belleza, la amenidad, de este paisaje que amaba Olid. Wyne Morris aceptó quedarse a trabajar en la ciudad. La batalla que ganó Rebul (la primera significante de ese tipo) quedó

inscrita en el libro de las leyendas de Olid; sería parte de la crónica de sus audacias.

(Audacias que alguna vez Deschamps escuchó a Miguel Rebul calificar de absurdas temeridades en una era en que la computadora hace innecesaria la intuición.)

—Nos volvemos viejos, Deschamps; eso es lo cierto. Y los jóvenes, los que vienen empujando, no nos entienden ni quieren entendernos.

—La experiencia, don Eugenio: eso todavía cuenta.

"No nos entienden, ni quieren entendernos." Las palabras de Eugenio Olid le parecen, ahora más que nunca, valiosas a Héctor Deschamps. Ha ido por la quinta o sexta copa de coñac y, lejos de aflojarlos, el licor aprieta sus temores, pone más duros unos nervios suyos que en otras circunstancias estarían relajados, plácidamente borrachos. Ha preguntado, y le han dicho que Miguel Rebul y Rafael Balda se encuentran ya en la ciudad. Alguien de Petroquímica, que llamó hace un instante, avisa que estarán por llegar a casa de don Eugenio los que tienen ya facultades omnímodas (nadie mejor que él lo sabe) para manejar el Grupo y decidir el destino, sin excluir a nadie, de cuantos lo componen.

¿Qué es él, Héctor Deschamps Avila, en el Grupo —en la parte del Grupo Olid que radica en Nueva Castilla? En teoría, jefe del departamento que brinda consejo legal a las empresas Olid que operan en el valle; en teoría, porque hace muchísimo tiempo (años, admite) que las decisiones, jurídicas o de cualquier otra índole, se toman en el piso 87 de la Torre derecha en la capital. Ser abogado jefe-consultor en el valle propicia, para él, sueldo generoso; aguinaldo de Navidad; prestigio; no pocos negocios personales y tiempo (casi) ilimitado para el ocio, que Deschamps distribuye entre su golf de todos los días; su bridge en casa por las noches; algo de equitación los jueves, y su diaria visita, para charlar de negocios o política, al Amo Grande. En la práctica, Deschamps (y sabe que así lo consideran Los-del-87, con lo que quiere decir: Rebul y Balda) es una antigualla, un vejestorio ya en la quinta década de su vida; una reliquia del pasado; un testigo de cómo, con qué esfuerzos, trampas, crímenes y argucias, empezó don Eugenio a levantar su fortuna fabulosa; un acreditado caballero que vive más o menos tranquilo, rico, sin otra zozobra que algún mal talante ocasional de Olid, que lo

estima y que lo usa, con la confianza que la amistad confiere, para ciertos asuntos privados de los que no quiere enterar a nadie, ni siquiera, como los alude a veces, a sus Cachorros.

"Pero esta situación mía de privilegio, como no pocos envidiosos la consideran —piensa, de cara a la noche de la que han desaparecido ya los barrotes negros—, va a modificarse, estoy seguro, muy pronto... Olid ha muerto, y con él debe morir lo que fue de su tiempo; lo que llegó acompañándolo o se juntó a él en los principios, como yo... Olid creía mi palabra, mi buen juicio. Me estimaba. Miguel Rebul no me cree, menos me estima. Sobran pruebas. Soy un carcamal listo para el archivo. Don Eugenio tenía razón. Miguel y Balda creen estar de vuelta de todas las cosas, sólo porque son jóvenes... Los viejos, los fundadores del dinero que administran ¿qué saben ahora de negocios? Me gustaría verlos, tan remilgados como son, tan adictos a lo fácil: el avión: las mil secretarias: los consejeros: los researchers: las computadoras: los especialistas... me gustaría verlos, como nosotros lo estuvimos, indefensos ante la vida..."

SIEMPRE se dijo en Avemaría Purísima que don Gervasio Orellana vivía solo porque tenía muchas señoras, y ya se sabe que cuando se tienen muchas señoras no hay modo de tener una casa; se dijo también, y lo que ocurrió vino a corroborarlo, que no pasaba más de dos noches con ninguna para conjurar el augurio de aquella bruja según el cual moriría luego de haber dormido tres jornadas seguidas con una misma querida; de igual modo se repitió, hasta que llegó a tenérsele por cierto, que todos los muchachos entre nueve y veinte años, aun los de madre decente, eran (o podían ser) hijos suyos —producto de la bragueta más dispuesta de la llanura que se abre del lado de acá de la barranca. Andaría Gervasio Orellana, al que desde muy temprano llamaron *Don* porque su cuerpazo imponía y asustaban sus crecidos bigote rojos, en los cuarenta y cinco bien vividos. De la vida le agradaban, en ese orden, además de criar y vender cerdos de raza pura, las buenas nalgas, las buenas armas y el buen licor; prefería la música ruidosa y lo divertía traerla detrás mientras zigzagueaba por las calles del pueblo llenando de agujeros, a punta de

pistola, el cielo de sus amaneceres de farra borrascosa. Fuera de eso, que bien mirado no era mucho, Gervasio Orellana era laborioso hacedor de caridades. Poseía tierras, no extensas, y un matadero. Una vez al año, cuando la feria de Nueva Castilla plantaba sus placeres y sus tentaciones en la otra banda del cañadón, Orellana ensillaba un palomino, se echaba unos puños de oro en la bolsa, aceitaba la Smith and Wesson, y se iba. No volvería a vérsele en doce días; de él sólo se sabría que andaba de juerga, metido en el palenque o calentando a las mujeres alegres que concurrían procedentes de todas partes de la provincia, de la comarca.

Y ese día, el primero de la feria, Gervasio Orellana almorzó temprano y fuerte; se asentó el estómago con una cerveza y dos tragos de aguardiente y mandó comparecer al muchachito, avispado él, simpático y vivo no obstante lo escaso de su cuerpo, que iría a llevar los siete cerdos ya cobrados a su compadre Raymundo Galicia, que por Ave pasó la víspera, cerró el trato y pagó el importe.

—Me alcanzarás en Castilla, Eugenio.

—Sí, don...

—¿No te perderás en el camino?

—He preguntado las veredas, don...

—¿Tampoco perderás ningun animal, eh?

—Llegarán completos, don.

Desde lo alto del caballo, Gervasio Orellana rozó con la punta del rebenque, a manera de caricia, el pelo del esmirriado Eugenio Olid, huérfano absoluto, que le llevara el padre Mateo Olid (ya difunto) de quien tomó el apellido paterno como de Orellana tomaría el materno. ¿Sería éste, como tantos que le atribuían, uno de sus hijos, un miembro más de ese linaje que llevaba haciendo, a chorritos de leche fértil, casi treinta años?

—¿Te dieron bastimento?

—Lo llevo, don...

—¿A qué horas calculas llegar?

—A las que usted dijo, don: antes de que oscurezca, calculo.

Había bruma de Avemaría, como si muchos rancheros, sentados en círculo, estuvieran fumando los gruesos tabacos negros que les subían de la costa, y entre dos remolinos pardos se escondió, gallardo en el palomino, don Gervasio Orellana —el preñador certero, que se iba temprano porque de paso a

Nueva Castilla haría un alto en Natividad para ver si estaba tan digna de llevarla a la cama la criatura que la alcahueta Rosalba Rocha le tenía apartada. Pensó en Aleja, a la que había desflorado, vendida por la abuela, hacía tres noches; pensó en el terror que tenía al principio y en cómo, después, (tierna ella y muy cachonda) le costara trabajo quitársela de encima; tal vez le daría un hijo, rubito, ojo azul, como dicen que lo tenía el alemán del ferrocarril que embarazó a la madre.

De Ave a Castilla, obedeciendo la ruta dibujada en las cuestas de la barranca por repetidas generaciones de peregrinos, había (hay) once kilómetros; cuatro, entre piedras, caen hacia los tres de la planicie por la que corre en su fondo el arroyo de Agualimpia, y otros cuatro suben buscando el bordo y, en consecuencia, la tranquilidad del llano. Los más difíciles son los aledaños al pueblo del que salió Olid, detrás de los cerdos, antes que la niebla se convirtiera en sólo humedad. Halló las veredas que le dijeron; evitó las rocas que se desmoronaban; descifró, las veces que llegó a sentirse perdido, la incertidumbre de las encrucijadas. Esto le tomó horas. Tontos y colorados, flojos caminadores, los cerdos se cansaban o se dispersaban y entonces era cuestión de reunirlos, de correr tras ellos, de impedir que se despeñaran. En el vado, tupido de árboles y sombras, reposó él también. Era ése el sitio más lejano de Ave a que había llegado. Limpia, fría, rápida porque bajaba de cumbres muy remotas y altas, era el agua del arroyo. La bebió, sorbiéndola al paso. Dejó que los animales refrescaran el hocico en la blanda arena de las riberas y que chapotearan en la corriente. Emprendió, después, lo más difícil: el ascenso de la ladera opuesta —y al completarlo se le olvidaron el miedo y el cansancio, porque se veía en el mundo, extranjero y no sabía por qué hostil, de un pueblo grande, incomparablemente mayor del que procedía.

Un pueblo, a esa hora de la tarde, ruidoso y jaranero; estremecido por el estallar de los cohetones que reventaban justo encima de la iglesia; alegrado por la música de las murgas andariegas, los gritos de los borrachos, los relinchos de los caballos; ensordecido por el trajín de las carretas, de los carros que halaban asnos y mulos; por los pregones de los que vendían comida, y bebida, y golosinas y todo lo que él no sabía

que es posible encontrar en una hermosa feria tan colorida, amena y variada como estaba descubriendo que era la de Nueva Castilla;

y como no tenía prisa, pues ignoraba el mandato del reloj, y como no era anochecido pues en el cielo aún había luz, Eugenio Olid arreó sus cerdos, cada vez más lentos, por las calles atestadas y abrió la boca frente a las barracas de tiro al blanco y el traga-fuegos y la mujer de goma, y se relamía al mirar las cuidadosas pirámides de frutas y de dulces; el encaje azucarado de los buñuelos; las manzanas, como de vidrio, relucientes de caramelo; los racimos de plátanos; y lo deslumbró el colorido (variadísimo) de las botellas en las que los vendedores de conos de raspadura de hielo guardaban sus esencias de olor y sabor sin duda exquisitos;

y preguntando aquí y allá, dónde hallar un lugar que llamaban *Los Tres Compadres* —en el que estaría don Gervasio Orellana— hambriento y ya agotado, Olid cruzó una alameda; bordeó la iglesia; siguió por uno de sus flancos; dobló a la derecha como le habían dicho y se encontró frente a un muro de lomos, de espaldas, de sombreros anchos y cinturas empistoladas: ante un muchedumbre que se preguntaba cómo había ocurrido aquello; por qué, a causa de qué o por culpa de quién, esos dos hombres habían salido del palenque, donde tan a gusto jugaban, para, necios, batirse y matarse a balazos, allí, en plena calle, donde ahora reposaban, polvorientos y ensangrentados, inmóviles harapos de la vida;

y cuando, al fin, pudo meter la mirada y ver los cuerpos, reconoció, por su chaquetón de cuero blanco, que uno de ellos era el de don Gervasio Orellana, y le parecía imposible mirar así, tieso, difunto, con el pecho y el estómago vueltos una pulpa por las balas que en esos lugares le clavaron, al mismo hombre, un poco cansado de volquejar con la Aleja, al que ese amanecer había visto, jinete en el palomino, desvanecerse en la niebla, y del que había recibido, a manera de caricia en la cabeza, el toque afectuoso del rebenque. El otro, el que compartía con Orellana el polvo de la calle y los destrozos de la carne ¿quién sería?;

y hubo una agitación, un repliegue de mirones, el murmullo de alguien:

—Es la mujer del que baleó Gervasio Orellana —y una señora, morena y bajita, menuda como una pingüica, se echó

sobre el cadáver del que usaba chaqueta de pana, y empezó a gemir y luego, lo que resultó mortificante, a insultar no sólo al que le mató al marido sino a Dios y, de paso, sin excepción, a los que, en silencio, asistían a la escena;

y de voz en voz, Eugenio Olid (que nunca antes había visto la muerte; conocido el resultado de dos violencias o sabido de lo que son capaces dos iracibles cuando coinciden) pudo hacerse una idea de cómo, por algún problema de apuestas, de peso de los gallos, de amarre de navajas, Gervasio Orellana y Raymundo Galicia, el tratante de cerdos, se dijeron palabras y se echaron miradas fuertes, y de cómo, luego, para no incomodar a quienes ninguna culpa tenían de su querella, llegaron al tranquilo acuerdo de salir del palenque y buscarse a tiros, en la calle, los rincones del cuerpo;

y a poco llegaron, a caballo unos, en una carreta, otros, y alzaron un cuerpo, sólo uno, y se lo llevaron, y la mujer se fue también, y la mayoría de los curiosos volvió a la barraca donde se enfrentaban los gallos, o siguió camino, y pocos permanecieron, como Eugenio Olid, mirando, mirando, al otro cadáver, al que nadie venía a recobrar, al que nadie reclamaría —porque Gervasio Orellana, a fin de cuentas, no tenía familia, ni mujer de fijo; nadie;

y Eugenio Olid comprendió que nada sacaría plantándose allí ¿a esperar, qué? ¿a entregarle a quién los animales?, y razonó que si habían sido ya pagados por Raymundo Galicia y si Raymundo Galicia estaba muerto, no tenían dueño; pero aun no teniéndolo tampoco podía quedarse con ellos o volver al pueblo; y si nada de esto se hallaba en su mano hacer, ¿por qué no venderlos?, y preguntando quién se interesaría por los siete animalitos, tropezó a la entrada del templo con un hombre joven, ensotanado y largo, cuyo alzacuellos demasiado amplio para su nudoso pescuezo le inspiró confianza; de él recibió una orientación:

—Dile que te manda el padre Castro, el padre Maximiliano Castro... Ese señor, estoy seguro, te comprará algunos de tus animales...— y la dirección que recibió resultó ser la de un hombre que, a su vez, andaba buscando quién le vendiera carne, de buey o de lo que fuera, para hacer negocio en esos buenos días de la feria; y el hombre, Macedonio Antuñano, le ofreció un precio irrisorio por la manada, pero como Olid no quería arriesgarse a buscar negocio en otra parte, hizo

lo mismo que había visto y oído decir a don Gervasio Orellana cuando regateaba, y de ese modo, luego de mucha saliva, consiguió un pago si no abundante sí razonable por el lote de cerdos;

y completado el negocio que habría ser el origen de su fortuna, Eugenio Olid no supo qué hacer con tanto dinero como llevaba en el morralito (problema éste ¿qué hacer con el dinero?, que le saldría al paso, cada uno de los días de su vida, a partir de entonces) y teniendo ahora con qué comprar toda la feria halló que no se atrevía, por miedo o timidez, a entrar en una fonda, a acercarse a un fogón de frituras, a una carpa de dulces y frutas, y así, inesperadamente rico, padecía hambre y sed y dolor de vacío en el estómago; y vagó a la buena de Dios y por allá se encontró reflexionando que ya no podría volver al pueblo porque no faltaría quien preguntara dónde estaban los cerdos o quisiera saber qué persona se había quedado con ellos, y la explicación que ofreciera resultaría, para él, comprometedora;

y sin proponérselo, pues no tenía idea de dónde estaba, a causa sólo del azar, Eugenio Olid volvió al templo, y oyó la música y los gritos y el ruido que procedía del interior del palenque *Los Tres Compadres,* y escuchó a su espalda, otros gritos, y al volverse vio, caminando hacia él, corriendo casi, a un tipo con ropa de soldado y a una mujer —la misma que había recogido el cuerpo de Raymundo Galicia.

—Ése es... Ése es el muchacho que los traía...

...antes de que pudiera entender lo que pasaba le había caído al cuello la garra del soldado, joven y ya muy rudo, que le echaba a la cara su voz de autoridad:

—¿Dónde están, dónde están...?

Repetía la mujer:

—Que diga dónde están los animales que eran de mi señor...

El de la ropa militar le dio un golpe, no muy fuerte, en el pecho. ("Desde entonces, general-hijodeputa, tenías ya esas mañas", habría de rememorar Eugenio Olid treinta/cuarenta años después) y él sintió que todas las costillas se le hundían, que se asfixiaba.

—Los chanchos ¿dónde están?

—No... no... sé... señor —El terror que le concedía verdad a su mentira, no era fingido.

—Sí lo sabe, sí lo sabe... Yo lo vi aquí, con ellos. Los cuidaba... Mi señor estaba esperando que llegaran los siete animales. ¿Ve usted? Yo sabía cuántos eran. Mi señor los compró ayer, y ayer mismo los pagó, al infeliz de Gervasio Orellana, en Avemaría Purísima... Y este muchacho los traía... Por la sagrada memoria de mi difunto le juro que es verdad.

Se habían agrupado nuevos curiosos. Algunos gritaron cuchufletas al abusivo representante de la milicia que, valido de su fuerza, su uniforme y su mayor edad, golpeaba al pobre pastorcito, que no parecía indio aunque se comportara, encogido y temeroso, como uno; otros, quizá con menos copas bebidas, se limitaban a ser testigos del incidente. ¿Acaso el muchacho había robado, o intentado robar, el bolso de la mujer?

Apareció también la sotana negra. Desde la punta de su flacura, tratando de que en su voz hubiera firmeza, preguntó Maximiliano Castro:

—¿Qué pasa aquí... explíquenme?

Si la presencia del soldado intimida al pueblo, la del cura achica a ambos —habría de aprenderlo esa noche Eugenio Olid. El militar dejó de tironear a su rehén. Acalló sus gritos; su furia reclamante, la mujer que decía ser esposa de Raymundo Galicia. Se le preguntó si podía demostrar en forma satisfactoria la propiedad de los animales. Se le asustó con. Se le recordó que. Se le puso en el predicamento de. Eugenio Olid sabía que de lo que el padre dijera dependían, para él, muchas cosas; y el Padre Castro (ya arzobispo primado que en este momento gestiona en el Aeropuerto de la capital un lugar en el próximo jet a Nueva Castilla, pues es su deber acompañar al entrañable Eugenio) le proporcionó una coartada salvadora y logró así que la viuda se aplacara y que moderara su abuso el de las polainas blancas. "¿Que por qué lo hice, Geno? Pues para ayudarte a ti, igual que para ayudar a mi tío Macedonio Antuñano, a quien le negaban mercancía, como llegó a constarte, los carniceros del pueblo. Tú fuiste para él, aquella noche, en cierto modo, la representación más cabal de la Providencia, pues desde entonces, bien lo sabes, le cambió la suerte. Murió bendiciéndote. En cuanto a mí, para lavar el pecadillo que fue encubrir la primera de tus delictuosas actividades, viejo pícaro, recurrí a un acto de contrición; aunque, mirando bien las cosas, lo que

propicié fueron dos actos de caridad: uno, para el tío, que lo merecía; otro, para ti, que lo necesitabas". Alzó su copa y bebió con Olid. El general Teófilo Medina, que se había dejado engordar, puso a saltar sus papadas gelatinosas cuando dejó salir la risa. "¿Creerle? Pura madre. Esa noche, cura puñetero, tenías una cara de bandido que no podías con ella... Y si dije que creía lo que me estabas pidiendo que creyera, fue sólo para no seguir oyendo los jodidos gritos de la mujer... Y la cosa, vista por fuera, acabó allí."

Lo cierto es que apenas empezó. El padre Castro, que acababa de llegar a Nueva Castilla fresquecito del seminario, aconsejó al joven Olid que se largara de ese que prometía no ser un lugar hospitalario para él y que no volviera en un buen tiempo; el joven Olid consideró que el servicio de salvador que le había hecho el cura tenía un precio, y lo pagó, en forma de caridad para los pobres, con una moneda de oro (el más barato de los sobornos que de él recibirían la Iglesia y sus agentes), prometiendo acatar el consejo se marchó;

pero no llegó lejos. El soldado Medina lo apresó al doblar la esquina. Lo arrinconó en una oscuridad. Le dejó ir la rodilla a los testículos.

—Ahora, cabroncito, vas a decirme a mí dónde tienes los cerdos.

—Ay, señor... Yo no sé... —Olid sentía estar en la orillita del desmayo.

—Lo sabes y me lo dirás —y añadió otro golpe, ahora al estómago.

No insistió con más castigo. Le dio tiempo a que reflexionara, a que se repusiera. Cuando Olid pudo hablar, porque había recuperado el aire y ya no sentía ganas de vomitar, recibió de él no una confesión, sino una propuesta:

—Vamos a comer algo juntos. Yo pago...— que el soldado Medina, que también sufría hambre, aceptó.

De ese modo, por primera vez, Eugenio Olid se valió de él para lograr algo que le interesaba; en el caso, alimentarse; beber agua.

—Agua, no, ni lo quiera Dios... Se te picarán las tripas. Mejor un traguito de *fuerte*...

y trajeron *fuerte*, un corrosivo aguardiente de caña; y trajeron, para acompañarlo, carne seca y carne asada, de cerdo, de res, de cordero; y quesos de la región, y condimentos va-

riados, y cerveza para atenuar su picor; y café en tacitas de barro; y más *fuerte;* y Eugenio Olid se sintió, también por primera vez, hombre, macho, hombremacho, porque experimentaba el mareo de la borrachera —eso con que los jóvenes se gradúan de señor; y se sintió macho porque podía tutear a Medina ya sin temor, porque era su igual, porque era superior a él; hombre-hombre entero porque no escondía la cara en la vergüenza si alguna de las mujeres del lugar se le quedaba viendo; el soldado Medina, antes de perderse totalmente en la ebriedad, le dijo que si le daba el cincuenta por ciento ('mita y mita') de lo que había cobrado por los cerdos, él se olvidaría de todo y... pero Olid, con palabras inseguras, procedió a negociar, a cicatearle el monto de la participación, y mintiendo sobre la cuantía de la suma recibida, guardando secreto el nombre de Antuñano y encubriendo al Padre Castro, lo convenció de que aceptara las monedas que estaba ofreciéndole: un puñito de sol en la palma de la mano, que Medina arrebató;

y dueño ya de un dinero que era también muchísimo para él (aunque no fuera ni la quinta parte del que Olid recibiera de Antuñano) el soldado Teófilo Medina Irigoyen empezó a llamarlo hermanito del alma. cuñado de mi corazón, amigo/a/todas/madres, y

algo más tarde le preguntó si no le gustaría, para festejar el principio de su amistad, ir con las putas, y Olid le dijo lo que era cierto: que no sabía lo que eran las putas pero que si eran como decía Teófilo le gustaría saberlo; y el soldado Medina le hizo guasa tratando de sonsacarle si nunca había fornicado con oveja, cabra o becerra, y Olid, ruborizándose, volvió a mentir; y el soldado Medina, hermanito de mi alma vas a ver lo que se siente, dijo que la circunstancia de que fuera virgen merecía algoquevalgalapena y le consiguió una mujerona, de pechos como melones, toda ella revuelo de olanes y olor a sobacos peludos, y entraron los dos en una pieza muy pequeñita (o que lo parecía, porque la mujer era muy grande) y ella encendió unas velas y derramó granos de incienso en las brasas;

y luego del rezo con los ojos cerrados, de la ceremonia que comprendió oraciones musitadas sobre el pene fláccido; tres conjuros sobre el pene, ya sin miedo puesto en erección y el lento dibujo de tres cruces sobre diversas partes del cuerpo

(las tetillas, el ombligo, la masa genital —ceremonia, explicaría, que produce buena suerte a quien es objeto de ella y prosperidad a quien la practica) la mujer, Lala de nombre o de apodo, que tenía quince años consecutivos de venir a trabajar la calle en tiempo de feria, y también en épocas de cosecha de invierno, se encargó de iniciar a Eugenio Olid en el principal de los quehaceres del varón; un quehacer que él encontró atractivo sólo después de que lo hubo practicado por cuarta vez esa noche.

Junto a él, también con la copa entre los dedos, se plantó Porcela.

—¿Pensativo, abogado?

—Temeroso como todos debemos estar, diría yo.

—Cambiarán las cosas, ¿crees?

—Inevitablemente, médico.

Detrás de ellos se produce un ríspido sollozo. Es Sofía, toda ella otra vez lágrimas, que mira el interior del ataúd; que se niega a aceptar, después de tanto saños de verlo vacío, que lo ocupe ya Olid. Tierno, Sebastián le pone un brazo alrededor de los hombros. Reconfortada, Sofía detiene sus floriqueos, sus estremecidos suspiros, y se recarga en el pecho de su marido de papel.

—Ella, la más abrumada de todos —dice Deschamps— es la que menos ha de temer al futuro. Tiene asegurados los años, pocos o muchos, que le quedan. Igual que Sebastián.

Se apartan de la ventana. En el armario, el médico elige otra botella de marca diferente, pero no la descorcha. Con el abogado Deschamps, va a sentarse en el sofá más lejano beben, reflexionan; beben reflexiones. Sofía parece estar llorando hacia adentro; quizá por eso las lágrimas no alcanzan, ahora, sus ojos.

—Vamos a tener problemas, nosotros, hoy.

—¿Por ejemplo?

—Problemas, Sergio, de índole social... —Lo interroga Porcela con el tic de una ceja y Deschamps pregunta— ¿Has pensado quién debe recibir las condolencias?

Suspende Porcela el sorbo que iniciaba. Mira a Héctor Deschamps. Mira a Sofía Vaquero y vuelve a mirar al abogado.

—Ella, se supone. Ella que es, como todos saben, la mujer que hay en esta casa...

Hay un *toc* cuando el médico arranca el tapón de la botella que inaugura y un *clic* cuando esa misma botella hace contacto con el borde, ya seco y pegajoso, de la copa del abogado Deschamps. Dice éste, atusándose el bigotillo entrecano cuya punta derecha ha estado tratando de alcanzar con los dientes:

—¡Vamos, Sergio, un poco de seriedad...! Sofía es la sirvienta, la criada... Ahora que él está muerto, Sofía no puede aparentar ser lo que nunca, de fijo, fue...

—Creo, Héctor, que nos preocupamos de más... Miguel Rebul decidirá... ¡Hmmmm! Prueba esta delicia de alcohol...

Deschamps coloca la mano sobre la copa:

—Hay que medirse, Sergio. Los Genios están por llegar. Oliéndonos, no vaya Miguel a creer que...

—Miguel... Miguel... ¡Bah! —de un trago Porcela se zampa el coñac. Inclina la botella y su copa recibe otra abundante ración.

—A Miguel, ya lo sabes, no se le escapa detalle.

—Beber o no, es asunto mío; asunto de cada quien, y por muy Miguel que sea no tiene derecho a...

—El que manda, médico, siempre tiene derecho...

Un acceso de hipo interrumpe un momento el diálogo. Dos veces seguidas, ruidosamente, estornuda Porcela. Con los ojos llorosos, al cabo eructa:

—Perdón... Veo, abogado, que todos tienen miedo cerval a Miguel.

—El único que ha dejado de tenérselo ya, es don Eugenio... Te consta que sentía por Miguel un respeto muy especial, casi diría yo: una especie de temorcito... ¿Increíble, verdad?

—Alguna vez, es cierto, lo vi apocarse frente a ese pedante...

Sonríe al sesgo el abogado Deschamps:

—Tú, ¿no te arrugas delante de él? ¿no te sientes medido, calculado, pesado, tarifado, etiquetado por Miguel Rebul cada vez que te mira?

—Muy del estilo Olid es hacer que uno se sienta así.

—Comparado con Miguel, don Eugenio era más humano. De Miguel es imposible ser amigo. Ve lo que ha hecho con Rafaelito Balda...

—Él se ha dejado, toma en cuenta eso.

El féretro parece crecer, ocupar todo el poco espacio que resta en el living. Es ridículo, piensa Porcela (estornudando) que Olid haya aceptado una caja de tan exageradas dimensiones dentro de la cual se ve mínimo, como el de un enanito, su cadáver. ¿Por qué no se le ocurre a Sofía cubrirle con una manta las piernas? Tal vez, en cuanto lo vea, sea eso lo que ordene Miguel que se haga.

—Lo que sí hay que reconocer es que Miguel tiene personalidad.

—Cierto... Donde él está sólo él se ve... —Bebe. Con la lengua, chac, chac, aplasta el sabor del coñac contra el velo de su paladar. Luego —¿Te conté que hace unos ocho días tuvo don Eugenio la corazonada de que iba a morir?

—Él, que creía tener comprada también la vida, ¿hablando de la muerte?

—No de la muerte en general, Sergio... Sino de su propia muerte... y fue entonces cuando dictó las que vendrían a ser las motivaciones finales de su voluntad...

—¿Varió su testamento...?

—Diría yo: lo adicionó con...

De la calle asciende, y a ellos llega a través de la ventana, un pastoso rumor, como si una multitud estuviera protestando a gritos. Deschamps y Porcela se asoman. Cientos, tal vez ya miles de personas, han invadido las aceras, el arroyo, los prados y miran hacia lo alto, hacia donde ellos han de parecerles dos siluetas recortándose contra un deslumbrante fondo de claridad.

—A qué viene esa gente, no me lo explico.

—Morbosidad, Sergio. Sólo porque saben que ha muerto, creen que Olid estuvo vivo alguna vez; que existió...

—Dentro de un rato no podrá darse un paso por allí.

—Sería bueno, pienso, pedir auxilio al Ayuntamiento.

—No te metas. Deja que Miguel o Rafael atiendan a eso.

La muchedumbre se revuelve, temerosa, a la defensiva, cuando se materializa en la esquina, a velocidad más elevada de la prudente, un vehículo militar, embarrado y descubierto, del que sobresale una larguísima antena. El carro de combate frena con el chillido de sus cuatro llantas quemándose en el pavimento. Declina el lamento de su sirena.

—Llegó la calamidad...

—Era inevitable, Héctor.

Gordo, blanqueado él también por el polvo de quién sabe qué tantos atajos y malos caminos, salta a tierra el general de división Teófilo Medina Irigoyen. Un momento después escuchan, en el cubo de la escalera, los firmes taconazos con que castiga los peldaños.

Como si no lo supieran, Sebastián ha ido a esperarlo a la puerta, repitiendo:

—Es mi general... es mi general.

Sebastián es el único de la casa que estima al general Medina, quizá porque recibe de él propinas, cajitas de puros, alguna botella de licor.

3

A través del teléfono de la limusina, Miguel Rebul resumió las instrucciones que había estado dictando, en el curso de los últimos siete minutos, a Makrina Kuri:

—*a)* La Operación Níquel se transfiere para el lunes, a las 8.15 a.m.; *b) División Textiles* se desiste del juicio y concede prórroga de dos semanas; *c) Marítima Olid* se compromete a mantener los precios cotizados solamente hasta el último día del mes; a partir de esa fecha, y debido a la retabulación, serán aumentados en un catorce por ciento; y *d) Acerías Olid* acepta llevar a los tribunales de La Haya lo relativo al embargo de las veinte mil toneladas incautadas en El Havre. ¿Alguna duda?

—Ninguna, señor —algo temerosa llegó a Rebul la voz de Kuri—. Su hijo ha sido localizado, señor.

—¿Dónde? —En la palabra de Miguel había ansiedad.

—En Ámsterdam.

—¿Qué diablos está haciendo allí?

—Lo ignoro, señor, pero fue allí donde finalmente se hizo contacto con él.

—Se le comunicó mi orden?

—Afirmativo, señor. Es probable que esté viajando ya.

—Gracias, Kuri.

—Buenas noches, señor.

Cuando Rebul devolvió la bocina del teléfono al compartimento correspondiente, Balda aumentó un poco el volumen del televisor en el que había estado sintonizando los diversos programas, locales y foráneos, que RadioTV-Olid-9 y los otros canales, proyectaban para festinar la noticia.

—Apaga eso, ¿quieres?

Sin protesta o resistencia, Rafael Balda hizo lo que se le ordenaba y, como Miguel, se dedicó a mirar a la gente que más allá de la ventanilla, en las calles, en las esquinas, frente a donde estuviera funcionando un aparto de televisión, se agrupaba ávida de nuevas noticias, y un poco, les parecía a ambos, como temerosa.

—Mandé llamar a Eugenio —lo decía como si apenas lo recordara—. Me ha dicho Kuri que viene en camino...

Igual de vagamente, porque concedía su atención a las piernas de una chica parada en la acera, frente a la limusina que aguardaba el cambio de luces del semáforo, repuso Balda:

—Muy bien que Genito regrese...

Rebul miró también a la chica. Era una insignificancia, pero la falda cortita y las altas botas de cuero negro le conferían cierto atractivo animal.

—Ahora que llegue —sugirió— sería bueno que tú y yo habláramos de los muchachos...

—¿Sobre qué...? —La limusina estaba rodando suavemente.

—Si sabemos que Jo y Eugenio se gustan, es de suponer que podrían, de algún modo, formalizar un compromiso. ¿No?

Balda sonrió:

—¿Te gustaría, digamos... que se casaran?

Mirando con los suyos, inquisitivos, los ojos burlones de Rafael, puntualizó Rebul:

—Me gustaría, sí, y nos convendría a todos que lo hicieran.

—¿Temes que alguien de afuera se nos cuele?

—Tú apruebas a mi hijo Eugenio del mismo modo que te apruebo a Jo. Y ellos se gustan. ¿Qué problema hay, pues?

—Ninguno.

A Rafael Balda le agradaba la idea de que su hija Jo, tan libre y tan enamorada de Eugenio Rebul, se casara con este chico al que estimaba más, bastante más (hubo de admitirlo) que a su padre. Le pareció magnífico que hubiera sido Miguel quien planteara la conveniencia de celebrar la boda; de ese modo nunca, en el futuro, podría reprocharle trampas, segundas intenciones.

—Tienes razón, Miguel. Los muchachos deben casarse.

—Bien.

Alegró a Miguel Rebul que Balda no hubiera opuesto impedimento alguno. Su actitud, de hombre que para su única

hija busca lo que mejor le conviene, allanaba las cosas. Le palmeó la rodilla, casi con efusión.

Sin corresponder a la sonrisa de bienvenida, bobalicona y abierta, que le ofrecía Sebastián; atropellándolo como si entrara en una barraca del cuartel, irrumpió en la sala el general Teófilo Medina, Comandante en Jefe del Sector Militar en el que estaba enclavada la provincia. Polvo de muchas veredas exhibía en las botas reglamentarias; manchas de salsa en el pecho y de sudor en las axilas de la camisa; los anteojos verdes, que escondían su ligero estrabismo, parecían enharinados. A nadie miró. Sofía, el médico Porcela, Héctor Deschamps no estaban allí; nadie más podía estar donde reposaba, metido dentro de una caja de madera, la muerte de Eugenio Olid.

—Geno, ¡hermano...! —y el general Medina, que se movía con agilidad sorprendente en una persona de su edad (algo mayor que la del muerto) y de su peso (superior al centenar de kilos) se echó sobre el ataúd, lo envolvió con los brazos, casi lo alzó en vilo, mientras gruñía cosas que quizá sólo él y el difunto podrían explicar.

Temerosos de que el general Medina, en su arrebato, tirara el féretro, Deschamps y Porcela pretendieron abarcarlo, someterlo: pero él, con sólo lanzar hacia adelante el pico de la pelvis, los ahuyentó.

—General, modérese...

—Tranquilo, general...

—Déjenme... Déjenme con él... No se metan entre nosotros.

Se apartaron. En la oreja de Héctor Deschamps dejó Porcela una certeza:

—Está borracho.

—El hocico le huele a caño.

El general se pone de rodillas, como si fuera a ser recibido en confesión por Olid. Cara a cara, como estuvieron miles de veces a lo largo de una amistad que duró medio siglo, subiendo las lágrimas que se mezclan con el líquido que chorrea su nariz enrojecida y bulbosa, Medina Irigoyen musita:

—Geno, Genito, hermano, ¿por qué te me has muerto?

Conmovida, Sofía Vaquero se acerca a él; apoya una mano en su hombro forrado de grasa y con la otra saca del interior del féretro donde lo había echado al llegar, el sombrero tejano del general Medina. No se aparta. Se halla tan cerca, que él recibe, en el rostro, el calor de sus piernas, y la oye decir, como para sí:

—Dios lo ha llamado a *Su* santa gloria...

—¿Qué haré sin ti, hermano, amigo... padre?

—Estar como todos nosotros, general: muy afligido.

—El más viejo de tus amigos, tu hermano, eso era yo, Geno, Genito, Eugenio...

—Así lo estimó él siempre, general. Decía: 'Teófilo es como mi hermano. Cincuenta años juntos. En los tiempos buenos. En los tiempos malos'. Así decía...

A las de Olid citadas por Sofía, añade el general sus propias palabras:

—Sin fallarte nunca. Tu palabra, Eugenio, era ley para mí y órdenes tus deseos.

—Igual para todos nosotros los que lo queríamos, general.

Lloriquea, ahora con fuerza, el hombre cuya propia palabra administra la vida y la muerte de cientos de miles de personas (mayormente campesinos) que viven en las llanuras y las cordilleras de esa parte del país que las Fuerzas Armadas le han encargado, por recomendación de Olid, vigilar; mantener, a como haya lugar, calmadas, serenas, en orden; produciendo. Expande el pecho poderoso y pregunta, se pregunta —y es como si se recriminara:

—Juntos todos los días de medio siglo y cuando te toca morir ¿dónde estoy? En un bautizo, tragando vino, oyendo música... —Su voz, que ha ido adquiriendo un matiz de rencor, llega a ser una verdadera furia—. Eso estaba haciendo y te dejé solo, Eugenio; te dejé morir solo...

Termina en un grito y padece en seguida una serie de trepidaciones. La caja de madera, en la que se apoyaba, amenaza volcar. Deschamps y el médico intervienen y él vuelve a rechazarlos. Después, empieza a abofetearse, mientras, interrumpido por sollozos, repite que es un traidor, un mal amigo, un desagradecido, unhijodelagranputa por haberse hallado ausente mientras su Padre, Benefactor, Ejemplo, Guía, Hermano, Dios, entregaba el alma al Creador.

Sofía se echó también sobre él, arrodillándose a su lado

Murmuró palabras que tranquilizaron al general Medina y el general Medina se tranquilizó tanto y tan rápidamente que la abrazó a su vez y palpó la carne apetecible, lo que contribuyó a que su pena menguara aún más, y permitió luego que la generosa Sofía Vaquero ("¡qué buena hembra te fumabas Genito!") lo ayudara a levantarse.

Se encontró de cara con el abogado Deschamps, que le ofrecía una copa. La arrebató de sus manos y, como si fuera de agua, se la metió en la garganta. Vacía, la propuso nuevamente al proveedor:

—No puedo, nomás no puedo creerlo. ¡Eugenio muerto!

—Es de no creerse, pero ¡ahí está...!

—Llamé a su casa para avisarle, general. —Informó Porcela—. Su señora nos dijo que andaba usted de jira...

De sorbo entero, Teófilo Medina Irigoyen se bebe casi todo el otro coñac. Con la mano se alisa los poquísimos pelos que tiene perdidos en la vastedad de la cabeza. Antes de tragar el licor lo pasea, como si hiciera buchos, dentro de su boca de labios resecos por los soles del campo.

—Fui a la sierra —les hizo un guiño— a bautizar.

—¿Hijo... o ahijado? —inquirió Deschamps, al tanto, como todos en la provincia, de ciertas excentricidades del general.

—Hijo, abogado... Un Eugenio más, que puede ser el último... Estoy haciéndome viejo y por eso sudé la gorda, verdad de Dios que la sudé, para preñar a la becerra: chiquita, bonita, apretadita ella...

Un sorbo más y la copa volvió a quedar vacía el instante que demoró Deschamps en llenarla. Preguntó Porcela:

—Contando éste ¿cuántos hijos calcula tener ya, general?

—Que esté seguro de que son míos, míos, mi vivo retrato, digamos, psch, para no equivocarme ni presumir, unos ciento cuarenta, ciento cincuenta... Y éste lleva, como el primer varoncito que me da cada mujer, el nombre de nuestro Viejo, de mi compadre Eugenio.

—¿Los ve a todos, general?

—A todos, sí señor, como debe hacerlo un padre no desobligado... Los veo y paso temporadas con ellos. Los quiero y me quieren... Muchos de los mayores trabajan conmigo, ustedes lo saben... Como andan los tiempos, sólo la sangre de uno merece confianza... Por eso, ellos manejan las fincas, los negocios...

Recordó Héctor Deschamps que poseer fincas por docenas y negocios por cientos era otra de las debilidades del general, que gustaba además, siempre que podía, y sobre todo en público, alardear de honrado. Nadie como él (su consejero en asuntos legales) conocía qué tan crecida era la fortuna personal del compadrito de Olid: ni siquiera éste llegó a saber el valor de los bienes del comandante, ni los nombres de las personas a los que habían sido escriturados. Una pequeña complicidad los unía. Por recomendación suya, Medina tenía su dinero "grande" en bancos o valores que no eran de don Eugenio; en los del Viejo, sólo depósitos de modesta importancia.

Sonó el teléfono de la pared y Sebastián desenganchó la bocina. Asintió varias veces y llamó a Solía, que retiraba copas sucias, pedacitos de papel, motas de polvo, basuras diversas.

—Oh, gracias, Madre... Lo sé, lo sé... Duro golpe, en verdad... Eso espero, Madre: resignación... Sí... Oh, sí... Sí, Madre, a don Eurgenio le habría encantado... —Se puso a llorar. Medina, Deschamps, Porcela, Sebastián la veían asentir, un suspiro sí, otro también. Después de colgar, anunció—. Sor Fátima va a venir a ver a don Eugenio... Sebastián: baja y está pendiente cuando llegue.

El gene al había bebido el coñac demasiado aprisa y a la luz de los focos, velada por las pantallas de colores, se advertían manchas como de congestión, rojizas, quizá violáceas, en sus mejillas, a un lado de su boca, en la calva extensa. El abogado Deschamps no se apresuraba a darle más licor.

—¿Avisaron ya a los muchachos? —y al decir 'muchachos' el general estaba aludiendo, como todos sabían, a Miguel Rebul y a Balda.

Dijo el médico:

—Después de mí, fue Miguel quien primero lo supo.

—Deberían estar ya aquí —comentó Deschamps—. Hace mucho que avisaron del Aeropuerto...

—Se habrán atorado entre tanto gentío —supuso Medina—. Las calles están imposibles. Yo tuve que abrir sirena para que me dejaran pasar. Voy a ordenar a la Comandancia que manden tropa aquí abajo...

Se alzó precipitadamente, pero no completó el movimiento. Uno como aviso de vértigo le oscureció por dentro la cabeza, cegándolo. Volvió a sentarse y se exigió mantener cerrados

los ojos, respirar fuerte, a fondo, endurecer la espalda en posición de *firmes,* porque si no...

—¿Qué le ocurre, general? —Deschamps miró, luego, a Sergio Porcela.

Éste, al cabo de un momento, luego de contarle el pulso, emitió un diagnóstico:

—Parece que la presión se le desbalanceó un poco.

—Por el mucho coñac.

Algo respuesto, murmuró (los ojos cerrados, apretados las mandíbulas) el general:

—El trabajo... el cansancio... Siete horas viajando hacia acá, sin parar. Eso...

Abandonando la mano del general, sugirió el médico:

—Sería conveniente, don Teo, que se fuera usted a reposar. Lo encuentro muy agotado.

Recuperado; asombrosamente entero otra vez, el general lo riñó:

—¿Quién es usted para ordenarme lo que debo hacer? Dígame ¿quién le ha dado ese derecho?

Terció Deschamps, acostumbrado a las intemperancias del Comandante en Jefe:

—No se sofoque, general. Sergio tiene razón. Debe usted descansar. No olvide que mañana deberá estar fuerte, fresco en el sepelio...

—Así estaré, abogado. No se preocupe, y écheme un chorrito más...

A la mirada con la que Deschamps lo consultaba, respondió Porcela con un encogimiento de hombros. Consideró de su deber, sin embargo, advertirle:

—Modérese...

Contra lo que esperaba, Medina Irigoyen no lo llenó de improperios; no le disparó una de esas miradas suyas que le ponían blandas las piernas aun a los más templados coroneles. Estuvo de acuerdo... con ciertas reservas. Miró al féretro y como si pusiera por testigo al que había dentro, indicó:

—Palabras más, palabras menos, eso mismo me dijo, aquí, hace unos tres días, mi compadre Geno.

La ciudad de Nueva Castilla era un espejo y toda la luz de su sol, reflejada por millares de muros blancos, centenares de chimeneas, coloridos bloques de viviendas, altos edificios de cristal y aluminio, se vertía en el interior del living donde

ahora reposa (en su ataúd) Olid; y en ese momento de hace tres días, don Eugenio iba de la ventana a la puerta, de la puerta a la ventana, pateando su disgusto, diciendo cosas que sólo de él toleraba escuchar Teófilo Medina.

—Eres un pendejo, un soberano pendejo... Eso eres y eso es también tu hijo... ¿Cómo es posible que a los treinta y ocho años, con una carrera militar que lo ha llevado a ser coronel...

—Con tu ayuda, Geno.

—...empezando una carrera de político que lo llevará a ser gobernador...

—Porque tú lo apruebas, Genito.

—...y cuando todo mundo le tiene puestos los ojos, y en especial los que no lo quieren, que son la mayoría, el bestia de mi ahijado se haya comprometido así...?

—A su inexperiencia se debió, compadre.

Se encrespó más aún don Eugenio Olid. No admitía tal excusa, ni siquiera de un tonto como Medina.

—Si dejas que cultive mariguana en uno de tus ranchos, allá ustedes.

—Geno, compadre... Tú no creerás que... —farfulló el general, asombrado de que también *eso* lo supiera ya Olid; pero Olid lo redujo a silencio con un ademán.

—En el rancho La Soledad la cultivan. Tengo las pruebas. Y también las tiene el Procurador, porque él las compartió conmigo. Dos mil cien hectáreas tapadas con yerba. Teo, eso tienes. Me preguntó el Procurador, en consideración a nuestra amistad, qué le aconsejaba hacer. ¿Sabes qué le dije?

—¿Qué? —interrogó trémulamente Medina.

—Le dije: "Quémela, Procurador. Acabe con esa porquería de veneno". Eso le dije. ¿Te parece bien, general, lo que hice?

Humilde, asintió el general. Perdería una millonada. Tendría que devolver los anticipos que le habían dado los compradores.

—Lo que tú digas, compadre, siempre está bien dicho y bien hecho.

—Pero lo que no tiene madre es que el pendejo de tu muchacho se haya dejado coger por los que armaron la trampa.

—Yo también lo he regañado.

—Su tontería pone en peligro la candidatura.

—¡Ah, carajo!

—Habrá que enderezar las cosas; aceptar, ahora, ciertos compromisos de los que estaría libre si... En fin... Los del Partido vienen esta noche a recoger el subsidio del trimestre... Hablaré con el Secretario General... Por los servicios que me deben, les pediré apoyo para Eugenio... Lo malo es que el gobernador, aprovechando la coyuntura, querrá dejar a su cuñado...

—¿Y si le hablaras al Presidente?

—Como último recurso, él... Otra cosa: mándame al tarado de tu hijo. Va a oírme...

—Te agradeceré que le hables bien fuerte, Geno. Lo necesita. —El general se alzó y al echarle encima su corpachón casi lo ahogó con el abrazo. Sollozaba.

—Sin ponerse marica, Teo. Ya cálmate.

Sombra vestida de negro, Sofía Vaquero pasó de la recámara a la cocina llevando una escoba y un recogedor, en una mano; un balde, en la otra. De ladito la miró el general. "Qué buenas nalgas tienes, putona."

—¿Un traguito, Geno?

—Uno, pero chico...

Medina colmó la copa, del tamaño de un dedal, en la que don Eugenio bebía su *Reserva 52*. La suya, grande, esférica, tersa como una de las frutas que relucían en la cesta, la llenó hasta el borde. Desaprobó el señor Olid la avidez con que se zampó el trago; el apresuramiento con que volvió a servirse.

—Salud, compadre...

—No hay que abusar, general. Estamos envejeciendo y los años pesan. El poder, el mucho vivir, agota a los hombres y, lo digo por ti, nunca debemos quemar la vela por las dos puntas...

Suspira el general. Pone la copa al lado, en la mesita de juego. Con su pañuelo rojo empieza a frotar los vidrios verdosos de sus lentes. El coñac, la fatiga, acentúan un poco lo equívoco de su mirar. Cuando coloca en el puente de la nariz los grandes goggles, vuelve a ser el temido, inflexible, riguroso general Teófilo Medina Irigoyen.

—Eso fue lo último que me dijo: 'Nunca debemos quemar la vela por las dos puntas...' Y mírenlo ahora, muerto, bien muerto todo él...

Indaga Deschamps:

—Su hijo, nuestro futuro gobernador, ¿cuándo vendrá, general?

Algo torpemente, pues la lengua se le ha vuelto como de plomo dentro de la boca, Medina responde:

—Debe venir pronto... Ahora es cuando debe estar aquí.

—Sin don Eugenio para ayudarlo su asunto se complicará...

—Por eso mismo debe volver... —bosteza ampliamente el general; deja caer, después, la cabeza encima de su hombro. Se pone, sin más, a dormir.

Rebul continuó la discusión que dos semanas antes había dejado en suspenso Eugenio Olid:

—El asunto de los túneles... pienso que debe hacerse. Las posibilidades de utilidad, aun calculadas conservadoramente, son enormes.

—Es querer abarcar demasiado, me parece. Construyendo en superficie es ya difícil. Imagínate cómo será si nos metemos a ponerle agujeros a la tierra.

¿Por qué será así de corto Rafael Balda? ¿por qué ese temor a intentar cosas nuevas nuevas que heredó de Olid —aun cuando no ignora que fue arriesgándose a todo lo que permitió a don Eugenio crear, engrandecer hasta hacerla monstruosa para su época, la fortuna de sus empresas?

Seguramente divertido, en silencio, Olid ha estado escuchándolos discutir, alterarse, reconciliarse, disentir, coincidir, injuriarse, durante una hora larga. Le gustan los dos y a los dos los estima por razones distintas. Miguel: la imaginación, lo brillante, lo revolucionario, el juego peligroso. Rafael: la paciencia, lo seguro, lo conservador, el que sólo intenta lo que sabe que no irá a fallar. Le agrada que sean suyos. Se enorgullece de haberlos formado. Sin ellos ¿qué sería del Grupo, lo que el Grupo ha llegado a ser en la última década?

A veces, sin embargo, a él también lo exaspera la demasiada cautela de Balda. Como ahora, por ejemplo. Rebul propone formar una subsidiaria de *División Construcciones* y cavar los túneles que para el sistema de transporte colectivo (TC) va a exigir el desarrollo de tres metrópolis en expansión:

la capital, Nueva Castilla y Miraflores. El negocio según lo presenta Rebul, se ofrece atractivo. Ha confirmado, de labios del Presidente, al que llamó por teléfono, que si el Grupo Olid ejecuta la obra, cobrará en cinco años y recibirá la franquicia para manejar, durante un cuarto de siglo, sin pago de impuestos federales sobre sus ingresos, los tres ferrocarriles subterráneos.

—Sigo creyendo, Miguel, que de todos modos es mucha la plata que hay que invertir... —expresa, sólo para ver cómo reacciona Rebul.

La reacción de Rebul es, justo la que esperaba: un estallido vehemente. La cólera le chupa la sangre del rostro y le afila, hasta que parece una cuchilla, la pálida nariz.

—Cinco mil millones ¿mucha plata, si podemos refinanciarnos con dinero de fuera, don Eugenio?

Balda es un eco de Olid:

—Don Eugenio tiene razón. Cinco mil millones no son migajas. Comprometeríamos demasiado.

—El mercado de capitales está abierto para nosotros, lo sabes, lo sabe usted... Poco, si algo, arriesgamos. Véalo, don Eugenio, desde el punto de vista político...

Una llamada frenó a Miguel Rebul. Balda trajo el teléfono para que Olid no tuviera que abandonar su asiento. Luego de varios cabeceos y de sus respectivos "sí, sí, sí" don Eugenio garantizó a su interlocutor, al que nunca nombró, el envío de *eso* que le solicitaba. Colgó. Un retortijón le recordó que era tiempo de ir al retrete. Cuidaba mucho ejercer con absoluta regularidad, a hora fija, las funciones inevitables de su organismo; pero sólo podía cumplirlas cuando no había extraños (y con todo, lo eran Miguel y Rafael) en la casa: en ese breve mundo en el que no había cabida para quien no fuera Sofía o Sebastián.

—Déjame unos días los papeles, Miguel. Voy a darles otra leída...

—Los aprobará, estoy seguro.

—No digo que sí; no digo que no. Consultaré con la almohada. Tú, duerme tranquilo, me gusta el negocio...

En la limusina, que viajaba ya por el extremo oriente del Bulevard Olid, Rebul manifestó:

—De hecho, don Eugenio aprobó la operación.

—No del todo.

Endureció Miguel Rebul su fría voz:

—Muerto ya, ¿qué caso tiene que sigamos con: don Eugenio esto, don Eugenio aquello? De ahora en adelante las decisiones habrán de ser nuestras. Para bien o para mal, nuestras. Sigo creyendo que nos corresponde hacer los túneles... Hay algo más que no te he dicho: el Gobierno ofrece ampliar la franquicia de explotación del STC, de los veinticinco años prometidos a cuarenta...

Temeroso de la catarata de datos, cifras y argumentos que Miguel haría chorrear sobre él, Balda optó por ceder. ¿A qué oponerse si (cuestión de tiempo) terminará haciéndose lo que Miguel quisiera?

—De acuerdo. Se harán los túneles, patrón.

No se volteó a mirarlo. Adivinaba en su cara de piedra la animación, apenas insinuada, de una sonrisa.

Con Sor Fátima al frente, vistiendo el uniforme rosa y azul que coincidía con el de los *Castellanos* de Olid (el equipo de futbol que era la base del Seleccionado Nacional), los niños del Albergue de la Beata Margarita bajaron del largo autobús; formaron disciplinada fila; se abrieron paso entre la gente y, detrás de Sebastián que los esperaba, empezaron a subir la escalera. Cuando les fue imposible avanzar más, porque los primeros habían llegado arriba, se detuvieron.

Al escuchar los murmullos de las voces infantiles ascendiendo por los peldaños rechinantes, Sofía Vaquero se apresuró a recibir a la monja.

—Sofía ¡qué tristeza, qué pena, Sofía!

La señora Vaquero aceptó el abrazo de Sor Fátima: una monja habilidosa a la que don Eugenio nunca pudo negarle nada.

—Me consuelan tanto sus palabras, Madre.

—No puedo creerlo, Sofía. No puedo.

El general, que seguía bebiendo, se incorporó a la conversación de las dos mujeres:

—Tampoco lo creemos nosotros, y así es...

—El Señor —suspiró la monja de rostro redondo y piel sonrosada— se ha llevado a nuestro bienhechor. Los chicos del Asilo lloraron, los pobrecitos, de las cuatro a las seis de la tarde...

—Me parten el alma esas criaturas —dijo Sofía.

—Amaban tanto a don Eugenio.

Eructó el general:

—Eran como sus hijos.

Había incertidumbre en el semblante de la religiosa:

—Ahora... ahora ¿cuál irá a ser nuestro destino?

—Don Eugenio de seguro no los olvidó. Siempre pensaba en ellos...

—Y los niños, cada noche, lo encomendaban a Dios.

Los muchachos empezaron a meter bulla en la escalera. Sor Fátima pretendió imponerles silencio y compostura, sin lograrlo. Se asomó entonces el general. Sólo su gruesa voz aguardentosa logró calmarlos, atemorizarlos.

Se me callan... o los capo a todos, mocosos.

Sintió Sor Fátima obligación de ofrecer una disculpa:

—Tan emocionados están que pierden la disciplina.

Galante, propuso el general:

—¿Tomaría un coñaquito, Madre?

Se retorció la monja como si Medina Irigoyen, muy capaz de hacerlo, le hubiera pellizcado una nalga. Su cara conoció un intenso golpe de color:

—Oh, no... Lo más fuerte que tomamos es vinito de consagrar...

Al fondo, Porcela y el abogado Deschamps atisbaban al general y a Sofía atendiendo a la monja. Permanecían los tres en el metro cuadrado que, frente a la puerta, hacía las veces de recibidor. Sólo una percha para sombreros y paraguas, lo amueblaba. Algunos de los chicos, los que se aglomeraban en el rellano, volvían a inquietarse. Alguno se había escurrido a la sala. Atraía su curiosidad la caja negra, con su guardia de cirios apagados. Era pelirrojo y fue lo suficientemente audaz como para correr hacia el féretro, alzarse sobre la punta de los pies y mirar lo que contenía. Soltó la risa y se llevó un seco jalón del general Medina.

—Niños, hijitos, más respeto... —exigió Sor Fátima, amparando al pelirrojo, guiándolo hacia afuera. Luego consultó a Sofía—. Los chicos, ¿podrían pasar a ver a don Eugenio?

—¿Cuántos trajo, Madre?

—Ciento veinticinco Sofía. Los que cupieron en el autobús.

Rápidamente, el abogado Deschamps se aproximó:

—Buenas noches, Sor Fátima.

—Buenas noches, abogado Deschamps: mis condolencias...

Se reunió con el grupo, a su vez, el médico Porcela y los saludos, el pésame, los gestitos de pesar de Sor Fátima se repitieron en honor suyo. Deschamps, tirando de la punta izquierda de su bigote, opinó:

—Ciento veinticinco niños no cabrán aquí, Madre.

—Además, es peligroso —apoyó Porcela—. Su peso podría hundir todo esto...

Conciliador, el general:

—Que entre una comisión, Madre. Digamos: cinco o seis.

La monja mostró una decepción tan ancha como su cara:

—Venían tan ilusionados los pobrecitos... Además, los he tenido ensayando la tarde entera.

—¿Ensayando?

—Así es Sofía... Apenas supe por la radio la triste noticia, me permití componer un poemita y, con el coro del Asilo, estuvimos ensayándolo para cantárselo, si ustedes lo permiten, a nuestro don Eugenio... ¿Podría...?

En los ojos azul líquido de Sor Fátima brillaron estrellitas de esperanza, como ella hubiera dicho. Miró lentamente, dulcemente a cada uno. Porcela, que no soportaba ninguna expansión de índole sensiblera, que detestaba, además, todo lo que oliera a iglesia, también se sintió comprometido a permitir que.

—Podrían entrar unos cuantos... y cantar todos. ¿Sí?

—Bueno, que pasen.

Los chicos y chicas del Coro Mixto iban en vanguardia. Serían veinte y en cuanto se les aprobó el acceso, invadieron absolutamente todos los sitios, ya no muchos, donde entre tanto mueble se podía poner el pie. El pelirrojo, *prima voce*, volvió a espiar el rostro muerto de Olid y tampoco ahora contuvo la risa. Sor Fátima miró también ese rostro. Lo miró con profundo respeto. Se santiguó después. Invitó:

—Recemos.

Todos, empezando por el general Medina y exceptuando a Porcela, que era masón, se santiguaron. Los últimos de la fila, que habían quedado en la escalera, entre el primero y el segundo pisos, recibieron, de algún modo, la consigna de rezar también en cuanto lo hiciera Sor Fátima, y así, apenas ella recitó: *Si con Tu preciosa sangre, Señor, nos has redimido, que lo perdones Te pido...*", la casa de Olid se transformó en una catacumba resonante de voces.

—Dale, Señor, el Eterno Descanso.

—Luzca para él la Eterna Luz.

—Descanse en paz.

—Así sea.

Aun para Sergio Porcela (que descreía del poder de la oración y que conocía los ardides de que se valen curas y beatas para embaucar a los incautos) la escena resultó emocionante; más, pensó, por lo que tenía de espectacular que de piadoso. No censuró, pues, los entusiasmos de los otros: del general, que repetía:

—Maravilloso... —del cursi Deschamps, que comentaba:

—Conmovedor... —de la santurrona Sofía, que moqueaba:

—Cómo le hubiera gustado esto a don Eugenio...

La voz de Sor Fátima, y, más que su voz, el sonido de un silbato de plata que traía atado al cuello con un listón negro, impuso silencio a los coristas.

—Ahora, niños, niñas, cantemos... —El movimiento de sus brazos, el aletear de las membranas azules con nervaduras color de rosa de las amplias mangas de su hábito, acompasaron el conteo— Una... dos... tres... y

En la casa Olid resonaron dulces, bien adiestradas las voces blancas:

Oh, padre de los huérfanos:
venimos a decirte adiós
en este triste día
que te ha llamado el Redentor

—Maravilloso, sí, señor... —El general usurpó la palabra de Héctor Deschamps, y se echó un trago más.

Con lágrimas en los ojos
y llanto en el corazón
vienen tus niños, señor,
a ofrecerte una oración

En la pausa todos percibieron un sollozo, el de Sofía, que acariciaba el pelo ralo del cadáver.

Nos diste casa y sustento,
Por eso en este día
nos diste amor y alegría:
nuestro canto es de lamento

Héctor Deschamps sintió que algo, un tumor de llanto, le impedía la garganta. Carraspeó.

Adiós, hombre todo bondad,
adiós, generoso señor.
Llévate al viaje infinito
el recuerdo de mi amor

El teléfono de pared empezó a sonar. Sebastián corrió a atenderlo. Una mirada de Sofía, que él interpretó correctamente, le ordenaba descolgar la bocina y no responder. Así, nadie volvería a interrumpir.

Las alas azul y rosa de Sor Fátima removieron el aire espeso de respiraciones. Se acercaba el final de los versos que, como Sofía comentó con Teófilo Medina, "partían el alma..."

Adiós, don Eugenio Olid,
padre que el Cielo nos dio:
pide al Creador por nosotros
que aquí pediremos por ti.

No aceptaría jamás el médico Porcela que tuviese las mejillas humedecidas cuando concluyó el cántico; rechazaría tal infundio, incluso en la Logia, pero lo cierto es que sus ojos goteaban (lo vieron el general, Sor Fátima, Sofía, Deschamps) cuando se apagó el último verso.

El aire estaba ahora, además de apestoso a niños que no se bañan mucho, ardiendo. Quizá por ello, la media embriaguez del general se había intensificado; quizá por ello fue que propuso, para disgusto de Porcela y desaprobación de Héctor Deschamps:

—Ahora, niños, todos juntos: un *viva* para don Eugenio. Venga: ¡Viva don Eugenio Olid...! —y el coro respondió:

—¡Viiiiiiivaaaa!

Porcela murmuró:

—Está borracho nuevamente.

—Sí. Habrá que sacarlo.

—No se deja. Lo has visto.

—Entonces, hay que acabar de llenarlo de alcohol.

Sor Fátima había abrazado a Sofía y ambas participaban de la emoción que el general había creado con sólo proponer un viva en homenaje al difunto. Lloraron, entonces sí, cuando dirigió el grito con que los hinchas del *Castellanos* impulsaban su oncena a la victoria:

—a la bio, a la bao,
a la bin, bom, ba:
Olid, Olid,
rá, rá, rá...

Cuando nuevamente hubo un ensayo de orden y silencio, el abogado les largó el último discurso antes de mandarlos de vuelta al autobús:

—El mejor hombre del mundo fue don Eugenio Olid. Recuérdenlo ahora que son niños. No lo olviden cuando sean mayores... Gracias a él tienen ustedes qué comer, qué vestir, un lindo sitio dónde vivir y un oficio qué aprender. Cuando lleguen a la edad en que han de trabajar, las fábricas de don Eugenio les abrirán sus puertas del mismo modo que las abren, para quienes desean seguir una carrera profesional, las escuelas, los tecnológicos, las universidades que él sostiene o construyó... Éste es un día histórico para todos ustedes, y debe ser, también, memorable. Son afortunados porque han venido a visitar al señor Olid en la casa de su muerte (casa que será considerada pronto Monumento Nacional) y porque han cantado para él... Que el apellido Olid, que todos ustedes llevan, sea el máximo motivo de su orgullo...

Hubo abrazos del general y el abogado; de Sofía y de Sor Fátima, también. Sebastián, que no había entendido nada, estaba llorando. El chico pelirrojo embarraba un moco en el respaldo del sofá. Porcela sintió deseos de beber otra copita.

—Bueno, niños... Ordenaditos: Empiecen a retirarse...

Los chicos, comandados por Teófilo Medina Irigoyen, iniciaron la retirada hacia la escalera. Sor Fátima reiteró su condolencia y prometió a Sofía, "en cuanto todo esto, tan penoso, se calme", venir a confortarla espiritualmente. Dio su mano a Deschamps y al médico; aquél la tomó: éste fingió no haberla visto.

En cuanto se marchó la monja con los huérfanos, Sofía abrió las ventana tanto como se lo permitieron las rejas. El aire que subía, que entraba, no refrescaba, pero, al menos, limpiaba un poco, renovaba el ambiente que los niños habían dejado sucio. El general se acercó a Porcela y a Deschamps.

—Muy bonito y, sobre todo, muy sentido, el alabao, alabío, general —Como estaba burlándose de él, Porcela le hablaba muy seriamente.

—Se lo merecía el compadre, ¿no creen?

—Eso y más, general...

Sin pausa, bebió todo lo que el médico le había servido en la copa. Casi inmediatamente, el general empezó a creer que el piso se había vuelto de goma y que la goma se derretía, que las paredes se desmoronaban; que las orejas se le llenaban de moscas, que la piel de la cara se le iba restirando como un parche puesto a secar al sol, que su cabeza monda empezaba a congelarse. No se dio cuenta que Porcela y Deschamps lo habían abandonado, porque juntos, apenas los vieron aparecer en la puerta, corrieron a recibir, como también lo hizo Sofía Vaquero, a Miguel Rebul, serio, severo, personificación de la autoridad, y a Rafael Balda, en ropa sport, que demostraba sentir menos pesar que el otro Director por el deceso de Olid. El general cerró los ojos, en el sofá.

Desde el techo de un automóvil, ayudándose con un amplificador portátil de sonido, el muchacho cuyos despojos torturados identificaría su madre como los de Dionisio Campos Avelar, arengaba a las dos o tres mil personas que bloqueaban el paso de vehículos en Bulevard Olid, a unos cien metros de donde alzaba sus tres viejos pisos, su fachada carcomida, el angosto edificio en el que había muerto, por la mañana, el gran hombre.

—Éste es, y como tal debemos considerarlo, un día señalado para Nueva Castilla... ¿Por qué un día señalado? —La voz del que en ese momento nadie sabía que se llamaba Dionisio Campos alcanzaba a los espectadores de las últimas filas; iba al encuentro de los que llegaban—. Día señalado, día grande, día importante, porque hoy ha vuelto al infierno, de donde seguramente nos llegó, el explotador de trabajadores, corruptor

de gobernantes, masacrador de universitarios y politécnicos... No debemos guardar luto por él, como nos lo están pidiendo; no debemos contribuir con nuestra presencia aborregada al macabro carnaval de homenajes que debe estar urdiéndose ya... Olid representa lo peor de esa calamidad que es para nuestros pueblos el capitalismo, así pretenda aparentar que él es un capitalista avanzado... casi un socialista, a su manera... La historia de la fortuna de Olid, del ogro que está allá arriba, es una historia fundada en el asesinato, en el robo, en la amenaza, en la trampa, en el soborno. Una historia que todos debemos conocer, repetir...

Transportadas hasta el tercer piso por el magnavoz electrónico (que quizá ostentara la marca de fábrica o la patente Olid) las palabras entraban, ruidosas como pedradas, en la sala donde reposaba, ahora ya entre cirios encendidos y el respeto de sus amigos, el cadáver de don Eugenio. Mirarlo no le produjo a Miguel otra emoción que analizar, por ejemplo, un balance. Lo consideró como lo que era: un poco de carne que había muerto de lo que mueren los viejos. Rafael Balda, que se había propuesto no dejarse influir por la gratitud o los recuerdos, no logró atajar sus lágrimas, y quienes lo vieron llorar juzgaron que Balda era, sí, más humano, por eso más débil, que el otro Director —ese Miguel Rebul que, terminada su guardia de sesenta segundos exactamente, se apartó del féretro y se acercó a la ventana a tiempo de oír:

—... y fue, como a todos nos consta, menos al Procurador de Justicia, al Presidente de la República, un asesinato deliberado: un genocidio fríamente dispuesto por Olid...

Se apartó de los hierros. En la mesa de los teléfonos buscó el blanco. Correspondía a la línea particular del Jefe de los Servicios Especiales de Seguridad Olid: una policía *paralela* cuyos salarios cubría el Grupo en el valle y que proporcionaba ayuda, a veces aunque no fuera requerida para ello, a la fuerza pública gubernamental.

—¿Cervantes?

—A la orden, señor Rebul.

—¿Qué hace usted en la oficina si ante la casa del señor Olid hay un motín de agitadores? Venga y retírelos, y, si es posible, evite utilizar la violencia...

Cervantes, Omar Cervantes Robledo, que debía su cargo a Rebul, era hombre competente: pasó por el servicio secreto

de la capital, pero no dejó de ser honrado. Tenía, empero, cierta predisposición a la blandura.

—Señor: Si me permite informarle... Hace un cuarto de hora, apenas llegó el primer parte de la concentración, envié hacia allá dos transportes con Cascos Blancos. Si no han llegado, no tardarán... Y yo salía, don Miguel, a ponerme a sus órdenes...

—Lo espero... y limpie esa calle, Cervantes.

—Se hará, señor.

No decaía el grito de Dionisio Campos. (Así de fuerte se oiría, en la Jefatura de Policía; en la Procuraduría; en el cuartel de las Fuerzas Armadas, en la morgue municipal, el de la madre exigiendo que le entregaran las piltrafas de su hijo.) Al impulso de su propia ira, crecía, subía, abarcaba la ciudad. Era ésa la clase de cólera que a Olid le gustaba encontrar en los jóvenes para darse el gusto de amansarla con sueldos espléndidos, irresistibles.

—Pero la muerte física de Olid —enfatizaba Campos, enronquecida la voz, enardecido el gesto, violento el ademán— no significa la muerte de lo que él representa... Cuando un oligarca muere, deja al pie, como los bananos, dos, cinco, cien, iguales a él, peores, que continuarán las matanzas, las persecuciones, los chantajes... Por eso, a la juventud, engañada por las promesas, desengañada por lo que de esas promesas resulta, le queda sólo una opción, un camino: tomar las armas, buscar la sierra...

Movimiento de pinzas —por los dos extremos del Bulevard Olid llegaron, silenciosamente, los transportes de los Cascos Blancos. No tenían por qué rogar al orador que bajara de su tribuna ni solicitar, a quienes lo escuchaban, que se dispersaran. La radio les había llevado una orden que a criterio de sus jefes inmediatos dejaba Cervantes interpretar. "Limpien eso. Denles en la madre", y a eso, a darle en la madre a todo lo que se les puso enfrente, incluso colegas de otras policías oficiales en ropa civil, se dedicaron con sus cachiporras, las culatas de sus largas armas automáticas, sus bastones de bambú, los fuetes que emitían paralizadores rayos de energía eléctrica, sus botes de aerosol lacrimógeno...

Despejar el arroyo, el jardín de enfrente y los alrededores, y después acordonar la zona, tomó a los Cascos Blancos (Miguel Rebul los había contado) diez minutos. Al onceno, se

presentó ante él, en la mano su propio casco blanco tan parecido a un balón de basquetbol, el comandante Omar Cervantes.

—Órdenes cumplidas, señor.

—¿Hubo heridos, Cervantes?

—Serios, ninguno, señor. ¿Algo más?

—Mantenga en orden, tranquila, y cerrada, toda el área... El que gritaba, ¿dónde está...?

—Servicios Especiales va a hablar con él, señor.

—Importa que diga quién lo mandó, quién organizó el mitin, quién está azuzando a la gente.

—Haremos que nos lo diga, señor.

—Espero que sí...

—Don Miguel... ¿podría hacer una guardia para el patrón?

—Bien, hágala. Un minuto.

El comandante Omar Cervantes, que sólo una vez había visto de cerca a Olid, se puso, muy tieso, junto al ataúd. Movía los labios, como si rezara. Quizá estuviera haciéndolo. Al minuto justo, se santiguó (¡el colmo del servilismo!, le pareció a Porcela) dio gracias al señor Rebul, las buenas noches a todos, hizo *toc, toc,* con los tacones de sus botas bien lustradas, y regresó a la calle: corpulento, macizo, imponente en su uniforme azul marino con fornitura de charol.

Deschamps llevaba unos minutos padeciendo la mortificación de la duda. Si toda su vida, veinticinco años por lo menos, le había hablado de tú a ese mocoso que fue y que para él seguía siendo Miguel Rebul ¿qué tratamiento debía otorgarle ahora? El tuteo le parecía impropio; indiscreto, abordarlo con la familiaridad del diminutivo; demasiado solemne, llamarlo Señor o Don. Optó por una fórmula no comprometedora: el usted implícito en la cita por el nombre. Dependía de cómo le respondiera Rebul para que él supiese cómo, a partir de ese día, hablarle.

—¿Coñac, whisky... Miguel?

Rebul, que ansiosamente deseaba beber un poco de alcohol para reanimarse (su último trago había sido en el avión, media hora antes de aterrizar en Nueva Castilla) prefirió decir:

—Gracias. Ya sabe que casi nunca bebo.

Reparó en el general Medina —sapo sobre el sofá. Preguntó qué había pasado con él. Se lo informó Porcela, innecesaria-

mente prolijo. Su único comentario, que cada quien entendió como quiso, fue:

—Ya es tiempo de que se jubile. Ahora que el señor Olid no está más con nosotros, el general merece descansar...

Se creó un silencio entre ellos. Rafael había ido con Sofía a la cocina y la ayudaba, allí, a preparar café. Miguel hizo unas llamadas a la capital. Una, la más larga, por el Teléfono Sagrado, a Makrina Kuri. ¿Se tenían noticias del joven Eugenio? Dispuso que apenas llegara, si es que lo hacía en las seis horas inmediatas, un avión de la Compañía lo trajera a Nueva Castilla. Luego, se reunió con los demás, inevitablemente cerca del féretro, pero no había modo, estando él presente, de iniciar una charla, de aliviar la tirantez. Con su aire amenazador, Miguel Rebul invalidaba la posibilidad de la confianza.

Para hablar de algo, el médico Porcela mencionó, parafraseando a Sofía, lo que había dicho el señor Olid en el instante de morir. A Miguel Rebul le pareció que La Palabra demostraba la preocupación que el señor Olid tenía por ciertos asuntos, por ciertos negocios, que no marchaban todo lo bien que era de desearse.

—Pero, bien visto, nada importante aclara, ni nada importante expresa tal palabra... Habría que saber dentro de qué contexto, conforme a qué parámetros fue dicha. De otro modo...

Por la forma en que lo escuchaba expresarse, en que lo veía mirarlos, el abogado Deschamps tuvo la impresión que Miguel Rebul estaba haciéndoles el favor de tolerar que le hablaran y concediéndoles la gracia de conversar con él. En cierto modo, acertaba. Rebul era prácticamente inaccesible; en ocasiones, aun para don Eugenio. Pero don Eugenio lo justificaba siempre: "Es un hombre, Miguel, que sólo vive para el trabajo; fuera de éste, nada importa, nada cuenta; ni su propia vida particular. Me apena que su matrimonio ande ya de cabeza..."

Con la esperanza de avivar un diálogo que desfallecía; de captar el interés de Rebul, Deschamps consideró oportuno mencionar que don Eugenio, "con esa clarividencia que sólo a los hombres verdaderamente grandes les es concedida", había previsto su muerte y la había comentado con él.

—Don Eugenio, como buen supersticioso, nunca hablaba de morir —dijo Rebul.

—Sin embargo, hará cosa de una semana, don Eugenio habló de ello... Me dio la impresión de que ese día estaba preocupado...

Cosa extraña, don Eugenio se había puesto un raído sweter con cuello-de-tortuga y su chaquetón de cuero. Hace calor, pero a él parece no importarle. En la cocina se produce el ajetreo habitual de Sofía. Abajo, en el primero o en el segundo piso (donde está la oficina que no se ha usado en muchos años), canturrea Sebastián el tonto.

Olid estaba sirviéndose un vaso de agua mineral:

—¿Sabe, Deschamps? Sólo hablan de la muerte los que temen morir... Y hoy, no sé por qué, amanecí con miedo...

—Con miedo ¿usted, don Eugenio? —Rio Deschamps. Estaba eufórico: sin hacer trampas, sin anotarse menos golpes en la tarjeta, sin que el caddy le mejorara la colocación de la pelota, había logrado tirar el par del campo en el *Country* por primera vez desde que jugaba al golf. Día para la historia, ése. Por la noche, llevaría a cenar a Madelaine. Se lo merecía.

—Tengo miedo, eso dije.

—Se ve usted hecho un roble...

—En cuanto al cuerpo, así me siento. En ocho días, ¡qué maravilla!, no he tenido extreñimiento... y eso, a mis años, es la felicidad, Deschamps...

—Muy gracioso, don Eugenio...

—En cuanto a lo de adentro —con los nudillos, como si llamara a una puerta, se golpeó la frente— es distinto, Deschamps... Aquí, en la cabeza, tengo metido el miedo... Por eso quiero que en un papel quede escrito lo que habrán de hacer conmigo si un día de estos me encuentran frío...

Olid no estaba bromeando y así lo comprendió Deschamps, que lo conocía lo suficiente para saber cuándo era festivo su humor o cuándo decía las cosas en serio:

—Don Eugenio, ¡arriba ese ánimo! Olvide lo desagradable...

El señor Olid estuvo un rato frente a la ventana, apoyado en los barrotes que imitaban los de una celda. Cuando se volvió, Héctor Deschamps halló algo triste ("Muy triste, conmovedor podría decir") en la cara del patrón.

—Algo más, Deschamps. Anoche recibí un aviso...

—¿Otra amenaza, don Eugenio?

—No de ésas. Un aviso en serio...

Deschamps recordó el asesinato de los obreros; el reciente (y no resuelto) conflicto estudiantil; el atentado dinamitero contra el edificio que no llegó a consumarse; los ataques, no por velados menos feroces, que algunos periódicos le habían hecho en los últimos meses atribuyéndole, entre otras cosas, la muerte, que nadie creyó accidental, de un sacerdote-agitador que estaba sembrando ideas malas, ideas de reivindicación de legítimos derechos, entre los trabajadores de los aserraderos.

—Porque si alguien lo amenaza, don Eugenio, llamo al general y.

Moteada por las pecas de la vejez, la mano de Olid lo obligó al silencio:

—Déjeme terminar ¿quiere? —Había irritación, impaciencia en él—. En mi sueño, porque ha de saber que tuve un sueño, oí una voz que me llamaba. "Eugenio, hijito... Eugenio, m'hijo..."; una voz que decía otras palabras, además de ésas, que olvidé al despertar. Yo no podía saber, mientras soñaba, si era de hombre o de mujer la voz que repetía: "Eugenio, m'hijito... Venga conmigo, mi niño... Vámonos, que lo estoy esperando..."

Buscó una justificación para esa pesadilla, el abogado Deschamps: una que tranquilizara a Olid, que quizá eso estaba esperando que hiciera:

—Habrá usted cenado muy fuerte, don Eugenio...

—Nada cené, Deschamps... El médico Porcela está matándome de hambre: un chocolate, un pan dulce, y a la cama. No fue tampoco, quiero que lo entienda, una pesadilla. Sólo la visita de ¿quién...? ¿Del padre que no conocí? ¿de la madre que no tuve...? Por eso desde anoche ando con miedo.

—Estará cansado...

Volvió Olid a atajarlo con su manita enérgica:

—¿Para qué dejan sus lugares los muertos y vienen a hablar con los vivos? Para avisarles, Deschamps, que ya se acerca la hora...

—Exagera usted. Los sueños admiten muchas interpretaciones... —Ese *putt*, cinco buenos metros, en el hoyo 13, fue

sensacional. Y qué cara pusieron Lenny, Jorge, Ángel—. Muchas interpretaciones. Freud...

—Exagere o no, con un carajo, Deschamps: tengo miedo a morirme tan pronto... Por eso quiero que en un papel queden ciertas ideas...

Héctor Deschamps asumió entonces una actitud atenta, absolutamente de Consejero Jurídico:

—Si desea modificar el Testamento llamaré al Notario Albert...

Lo calmó, impaciente él mismo, Eugenio Olid. Hizo un gesto como si estuviera agria el agua que bebía:

—Nada tiene que ver con el Testamento lo que voy a decirle. El testamento se queda como está... ¿Tiene una pluma...?

Deschamps produjo una estilográfica de oro, regalo de Olid. Recuerdo de treinta años de servicios ininterrumpidos, personales y profesionales, al Señor.

La tomó Olid. En el bloque donde anotaba la contabilidad de las rondas de canasta uruguaya, empezó a escribir con su letra grande, irregular, antigua, de hombre que no demoró mucho tiempo en la escuela, que no descifró el encanto de la cultura. "Aplastándola así, va a arruinarle el punto", pensó al notar cómo don Eugenio clavaba la plumilla en el papel. Lo veía masticarse la lengua a medida que redactaba sus instrucciones:

—... y quiero, abogado —dijo, entregándole la página escrita— que lo que he ordenado aquí se cumpla, aunque les parezca raro, de pe a pa. A usted lo hago responsable de que así sea...

Impaciente, interesado, receloso, Miguel Rebul (así le parece a Deschamps, que se sabe ahora con un punto a su favor) traiciona su indiferencia, y:

—El señor Olid no me informó nada sobre esas instrucciones de que habla usted, Deschamps.

Reaparecieron, viniendo de la cocina, Rafael Balda, que la ayudaba con la charola de *Cervecerías Olid,* y Sofía Vaquero, que portaba la cafetera humeante. Rebul consideró impropio hacer tertulia allí, vecinos del muerto. Era la recámara de Olid el único sitio aislado y disponible de la casa, y ahí se reunieron. Sofía prefirió ausentarse. Alguien debía quedar de guardia en la sala, recibir a los que llegaran. Balda distribuyó las ta-

zas. Rebul le informó que, al decir del abogado, don Eugenio había escrito ciertas recomendaciones.

—Las traje, Rafael, porque supuse que les interesaría conocerlas, puesto que las dirige a todos nosotros...

—Si las trae, léalas... —dijo Rebul, gélidamente. Se había sentado en el borde de la cama sobre la que había muerto, después del amanecer, el señor Olid.

Primero, Deschamps se montó las gafas. Buscó después en las bolsas de su chaqueta de lino negro, el sobre. Enseguida mostró a los presentes que seguía intacto el sello de lacre que garantizaba el secreto. Por último, lo abrió. Antes de hablar se limpió de flemas la garganta:

—Yo las llamaría: "Instrucciones de un Gran Señor de La Modestia"... Dicen así: "Miguel, Rafael, Sofía, Maximiliano, Deschamps, Porcela, General, amigos muy queridos todos: deseo..."

Un estruendo que venía de la sala interrumpió, cuando se disponía a remontar vuelo, la lectura que iniciaba Deschamps. Algo grave parecía estar ocurriendo allí donde reposaba, tendido, de cuerpo presente, el señor Eugenio Olid Orellana. ¿Acaso pretendía alguien profanar su ilustre cadáver?

El general nunca ha podido explicar, cuando se ha tratado del asunto, si despertó sospechando que algo grave ocurría por el silencio tan cerrado que ocupaba la casa; si una súbita urgencia de ir al WC aligeró su sueño o si, como parece ser, al abrir los ojos todavía enturbiados por la ebriedad encontró frente a ellos la tentación de unas piernas sólidas, limpias de várices, cuyo atractivo hacían irresistibles las medias negras que alcanzaban a trepar muy arriba del muslo. Era Sofía la que estaba cerca de él, en una postura igualmente sugestiva, ocupada en recoger, sin doblar las rodillas, algunos goterones de cera ya fríos que habían caído al piso. Si algo perturbaba a Teófilo Medina, si algo lo hacía perder el control (mucho más que los tragos o el enojo) era el espectáculo de un trasero de mujer ofreciéndose a su examen de follador experto. No pocos había visto en su vida el Comandante del Sector Militar; contados, sin embargo, más suculentos que ése.

A su vez, Sofía tampoco ha podido explicar por qué, si conocía el atrevimiento majadero del general Medina, fue a

ponérsele enfrente, a despatarrarse de ese modo, casi encima de su cara. Sofía Vaquero ha alegado desde entonces que en todo pensaba, embargada por el dolor, menos en provocar, remover, exarcerbar los bajos, bestiales, sucios apetitos de ese hombre crapuloso que no respeta ni la paz de los sepulcros.

Cuando Teófilo Medina miró frente a sí, gloriosamente desplegadas, las carnosidades de Sofía Vaquero alargó la mano y cumplió, al palparlas, un antiguo deseo:

—¡Guapota...!

Ella, sorprendida, sustrajo el cuerpo tan alevosamente tocado por Medina, que apenas se mantenía en equilibrio. Como una lengua seca, uno de los faldones de la camisa reglamentaria del general colgaba por encima del cinturón.

—Compórtese, pelado...

Pero el general insistió en tocarla, ahora que ella se había puesto de frente, con el trapo de sacudir, lleno de migajas de cera, en las manos. Buscaba sus senos, no desdeñables tampoco.

—Tiene usted el culo más lindo del mundo, señora.

Podía tolerar, estaban en su derecho, que don Eugenio o los amigos decentes de éste, le dijeran piropos. Le desagradaba profundamente que los hombres usaran, como estaba haciéndolo el general, así fuera en honor a sus encantos, palabras sucias, gruesas, majaderas.

—Es usted un lépero, general. Cállese.

—Lindo y seguramente muy sabroso...

Empezó a retroceder, a dejar entre ella, que caminaba hacia la cocina, y el general que avanzaba sin mucha firmeza, un espacio de mesas, lámparas, sillas, sofás.

—Respete usted el lugar en que se encuentra, general.

—No te me vayas, Sofía...

Si don Eugenio pudiera verlo ¡qué decepción sentiría!

El general se pasó la mano por la bola desnuda de la cabeza:

—Pero no nos ve... Y no hagas escándalo, mujer; no te pongas difícil...

—Es usted un... un... repugnante.

Ahora los separaba, nada más, el féretro. Habían recorrido, describiendo un círculo, el living. El general Medina apoyó las dos manos en el borde y la caja basculó.

—Va a tirarla —chilló Sofía.

Para que no ocurriera lo que parecía inevitable, la señora Vaquero asió, con sus propias manos temblorosas, el extremo opuesto del ataúd. Rápido, el general Medina alcanzó a tomar con su izquierda la muñeca de la mujer y, sin soltarla, alargando al máximo su brazo para que su vientre librara la cabecera del féretro, la acosó:

—Un beso... un beso...

—Suélteme, cochino... Suélteme o llamo a Miguel...

Él se había puesto fuera de sí. Tocada por encima de la ropa, la carne de Sofía, en la espalda, en el pecho, en el vientre y aún más abajo, le parecía terriblemente codiciable. En su propio viejo cuerpo hubo una reacción, como en los tiempos jóvenes de virilidad siempre puesta a prueba, nunca derrotada —acaso sólo fatigada. Si la señora Vaquero quisiera, puesto que el compadre Olid era ya sólo una carroña destinada a los gusanos, él...

Sofía alcanzó a librarse de la mano que la sujetaba y la envió de revés, certeramente, a la cara de Medina:

—Cochino...

Sorprendido porque hacía mucho que nadie, ni siquiera Olid, lo había afrentado de ese modo, el general Medina no supo, de pronto, qué hacer, y mientras se le ocurría algo se limitó a gritarle:

—Puta...

Violenta fue la reacción de Sofía ante la injuria. Cesó de huir, de correr hacia la cocina y se enfrentó a él, con absoluta determinación de pelear: los puños amartillados, la cólera fulgurando en los ojos; y los puños cayeron en el rostro de torta, en el cráneo, en las lonjas de grasa que el general acumulaba en la barriga; y gritaba él, pidiendo que lo libraran de esa loca, y gritaba ella que se largara de esa casa quien parecía haberse criado en el calzón de un sargento sifilítico; y al estrépito acudieron Miguel Rebul, Rafael, Porcela y Héctor Deschamps;

y al verlos (error de juicio) supuso el general que venían en su auxilio y corrió a esconderse entre ellos, pero fue Miguel Rebul el primero en rechazarlo, el primero en reñirlo con rudeza comparable a la que usaba, y de la que a veces abusaba, Olid cuando se ponía frenético.

—Párese, general... ¿Qué pasa, Sofía?

Ella empezó a llorar. De alguna parte brotó el ausente Sebastián y protegió a su mujer. Quizá había estado masturbándose, pensó Balda.

—Ese hombre... —sollozó ella— me faltó al respeto, me dijo cosas horribles...

Ceremonioso, apuntó Medina:

—Le dije puta a la señora, que no es decirle mucho.

Él también enérgico, sugirió Balda:

—Cállese ya, general, y no la injurie más.

Sofía agrandó el primer informe:

—Me manoseó aquí, en presencia de don Eugenio...

El pecho de Sebastián volvió a recibir sus lágrimas. Miguel Rebul tomó una determinación:

—Ahora mismo, general, se va usted a dormir a su casa.

Se enfurruñó el general Medina:

—No quiero irme... No me ordenes que me vaya porque no voy a hacerte caso...

En cierto modo, así lo sintió Rebul, así lo sintieron los otros, ésa era la primera prueba a que se sometía (muerto don Eugenio) una autoridad, la suya, que nadie oficialmente le había concedido, pero que por descontado se daba que ya ejercía.

Aparentemente sin alterarse, aunque algo como una punzadura le atacó la vieja úlcera, dijo Miguel Rebul:

—Se me va ahora mismo, general... porque yo quiero que se lleve de aquí su borrachera... Ahora mismo. ¿Estamos? —y tronó los dedos tres, cuatro veces.

Se creó la tensión. El general Medina, que de un puñetazo podía doblar a Miguel Rebul, lo miró, primero, retadoramente; dulcemente, dócilmente, vencido, después. Se llevó la mano a la calva sudorosa. Metiéndose la camisa, trató de mejorar su aspecto.

—Miguelito, ¡déjame quedarme...!

—Váyase, general... No me obligue a echarlo a patadas...

Para sorpresa de todos, el Comandante obedeció. Porcela y Deschamps lo acompañaron a la salida del piso. Comentarían entre sí, después, lo que cada uno estaba pensando en ese momento: *había jefe*. El nuevo jefe del Grupo Olid había asumido el poder en el momento de expulsar inapelablemente al general. No requirió discursos o circulares. Le bastó tronar los dedos unas cuantas veces.

Se imponía un estimulante. Rafael Balda le sirvió una copa

Las reformas que a fines de la década de los 50s se hicieron a los artículos 37 y 39 del texto constitucional prohibían a los funcionarios reelegirse para dos periodos consecutivos de gobierno y, nunca más, ser agraciados con tres reelecciones (Art. 39; incisos b, c, d). Se pretendía evitar el continuismo, nefasto para la vida y el desarrollo político, social y económico del país; de un país que había caído en la rutina de que lo gobernaran civiles entre un golpe de estado y otro —práctica ésta que de tan repetida permitió a diversos sociólogos extranjeros intentar la teoría de que el Ejército cedía temporalmente el poder para demostrar, a tout-le-monde, que los abogados son incapaces de ejercerlo y justificar la presencia, en Palacio Nacional, de un alamarado uniforme revistiendo al general-presidente, o al presidente-coronel de turno.

Otro tabú, no escrito aunque sí rabiosamente acatado, era el que prohibía que el Presidente (excepto que fuera soldado, como el general Rivera Hutchinson, en el 59; el coronel Hudson Hernández, que lo derrocó en el 63, y el general Arístides Dupont-Schmidt, de ascendencia francogermana, al que un terrorista hizo pupa con una bomba en el 69) firmara con apellido extranjero. Por esa razón, y a pesar del interés del Grupo Olid, de las diligencias del Arzobispo Castro y de la simpatía de un sector no escaso del ala izquierda (o radical) de la facción conservadora del Partido en el poder, el ingeniero Ulises McGregor Ruvalcaba estaba seguro de que su carrera concluiría al terminar, dentro de cuatro meses, su tercer mandato como gobernador de la provincia en la que Nueva Castilla reclamaba el mérito de ser la ciudad más industriosa y rica. McGregor, que debía su encumbramiento a Olid, hubo de aceptar un capricho de éste:

—Sería bueno, Ulises, que un muchacho joven, que es además militar, fuera tu sucesor. ¿Te gusta Genito Medina?

Había osado rebatirle débilmente:

—Los Medina, don Eugenio, y usted lo sabe mejor que yo, no son populares en este tiempo... Lo de la huelga no se olvida, y la muchachada anda caliente... El general, por ejemplo...

Olid no lo dejó proseguir. Lo había llamado, no para oír sus opiniones, sino para decirle:

—Quiero que propongas de gobernador a Eugenio Medina. El general Olaguíbel me ha dicho que ya es tiempo de que las Fuerzas Armadas tengan en la provincia un gobernador de ellos, un soldado, y al ministro no pueden dársele pretextos pendejos... porque: o ponemos un militar que sea amigo, que sea *nuestro,* o nos ponen a uno que no lo sea, o que lo sea de *ellos*... Así que tú verás, Ulises, de qué modo enfrías a los calientes y calmas a los revoltosos para que no hagan bulla cuando el Partido postule al coronel Medina, mi ahijado...

La muerte de Olid resultaba, pues, providencial para Ulises McGregor, que podía ser gobernador, aunque no Presidente por más que unas seis generaciones de McGregors hubieran nacido, vivido, muerto y renacido en la República. Sin El Gran Elector que lo estorbara, él podría maniobrar, negociar de tal suerte que le permitieran sugerir (ya que no imponer) a su heredero. Tenía dos candidatos: el teniente coronel Jasmín Fierro, para dar gusto a la tropa; y su propio pariente, Júpiter Zentella, esposo de su hermana, alcalde en Nueva Castilla, socio suyo en algunos de los negocios con cuyas ganancias deseaba amenizar los años de vida que le correspondería vivir en el retiro. Una cosa le garantizaba, razonablemente, Júpiter: lealtad.

—¿Qué piensas hacer... ahora?

McGregor, que tenía fama de elegante, seleccionó entre los diez o veinte de ese color que su guardarropa le ofrecía, el traje negro de mejor corte. Metió las piernas en el pantalón:

—Luego del pésame a La Hiena y El Chacal —como mucha gente en ciertos círculos, él también designaba con tales apodos a Rebul y a Balda— tendré que tomar el avión y correr a hablar, mañana mismo, con el Presidente de la República...

—¿Crees que haya alguna oportunidad para mí, Ulises?

—Si el general Olaguíbel no tiene mucho interés personal en el nuevo gobernador, tu chance, nuestro chance, es grande...

—El Chacal, La Hiena... ¿no querrán apoyar al hijo de Medina?

Ulises McGregor se echó al cuello una corbata negra, tejida, de fabricación francesa. Empezó a trenzar el nudo Windsor.

—Lo dudo. El junior les cae a los dos tan en los huevos como el padre, especialmente a Rebul, que será el que man-

de... Ellos no dirán: queremos a éste, queremos a aquél. Se limitarán, si les conviene, a aceptar al que se les proponga. Si no, buscarán a uno que les guste... En cambio, el viejo quería siempre hacer política: quitar, poner, cambiar gente.

—Vaya que sí... Me chupaba la sangre a toda hora: Júpiter: cesa a éste, trâslada aquél, nombra a fulano... Y era igual de terco si se trataba de un concejal que de un barrendero...

Con un clip de oro, McGregor fijó su corbata. Dio unos tironcitos a las puntas del cuello de su camisa.

—Quien me preocupa es el Presidente.

—¿Por qué él?

—Sin Olid aquí, pretenderá colar a uno de sus amigos... y ese amigo podría ser el agrónomo Echeveste.

—¿Echeveste? ¿Cómo, si es Ministro de Agricultura?

—Y está enseñando el cobre. Si la presión de la Central Campesina se endurece, tendrá que correrlo. Es inevitable, excepto que quiera un problema mayor, que no querrá... ¿Hay algo mejor, para todos, que mandar a Echeveste a esconderse aquí como gobernador? Además, Echeveste es amigo de la gente de Olid. Rebul no lo recusaría...

Esto desmoralizó al señor alcalde Júpiter Zentella. Si su cuñado tuviera más poder, más decisión, las cosas podrían venir, para él, de otro modo. Pero el gobernador, que había aprendido las reglas básicas de la supervivencia política en un país donde era difícil conocerlas, buscaba la suya, tratando de impedir que Eugenio Medina alcanzara la gubernatura. Muerto Olid no tenía por qué ser fiel a los secretos. Revelar las relaciones del coronel Eugenio Medina con los cultivadores de mariguana (él mismo, con su padre, uno de ellos) provocaría un escándalo colosal, del que algún beneficio, ¿por qué no?, podría derivarse para el nieto de McGregor El Tozudo.

—Habrá que echar a rodar, hoy mismo, una bola... —dijo a Júpiter, mientras vertía gotas de Colonia en su pañuelo igualmente negro.

—Tú dirás...

Se lo explicó. Para Júpiter Zentella, las puertas del cielo, como expresó, volvían a abrirse. Su cuñado el gobernador era un genio de la alta política. No debía alentar, como McGregor El Mañoso recomendaba, demasiadas esperanzas. El Grupo Olid mantenía en Palacio al Presidente no por la fuerza de

las armas sino por el poder eficaz del dinero —y le refirió de qué modo, cuando la crisis de hacía ocho años, los recursos Olid salvaron al país.

...iban siendo aquellos unos meses difíciles, enredados de intrigas, sombríos. La República había terminado finalmente de contraer la enfermedad de América —las guerrillas. Lo peor no era que vagabundos en armas anduvieran de monte a sierra, sino que las finanzas del país tropezaran un día y mañana también. Desfallecía el dólar y el peso nacional conocía vicisitudes. El Gobierno, dicen que asesorado por Miguel Rebul, buscó liberarse de la dependencia tradicional: modificó fórmulas; admitió, lo que no había hecho nunca, préstamos europeos y asiáticos; comerció con los árabes, cosa que enfadó a los protectores de siempre. Casi seguidamente a estas medidas, se intensificó el quehacer de los emboscadores en las montañas; el de los saboteadores en las ciudades; empezó, no se sabía entonces financiada por quién, una destructiva, desmoralizadora, pertinaz campaña de infundios. En bancos y *super-markets*, almacenes y barberías, se auguraba, en voz baja primero; con descaro después, la devaluación de la moneda. Muchos decían que les constaba que los Grandes Ricos seguían llevándose el oro a Suiza o a Nueva York. Juraban que el Ejército, molesto por la torpeza con que estaban manejándose Los Asuntos, se disponía a sentar a un general economista en La Silla. Trascendió un hecho cierto: seis banqueros de Berna habían venido a conversar con Olid. (Vinieron, sí, a buscar una alianza que les permitiera, con la complicidad del Grupo, operar en el ámbito latinoamericano.) Se produjeron compras de pánico. Prosperó desaforadamente el mercado negro. En la duda, la gente acumulaba víveres y las muy escasas divisas seguras que conseguía adquirir. Las compañías dedicadas a otorgar créditos trepidaron como con el sismo del 58, y el país padeció la gran convulsión cuando otro rumor dispersó que Olid, el capital más crecido del hemisferio, emigraba: el ermitaño de Nueva Castilla ponía a remate sus propiedades y, al marcharse, mandaba a la Patria a hacer gárgaras...

—Y fue entonces —relató Ulises McGregor— cuando el Presidente vino aquí con su Ministro de Finanzas... Excepto yo, que ocupaba el cargo que hoy tienes tú, nadie lo supo. Sabrá Dios de qué hablaron, pero se adivina, por los resultados, que

... viejo ladino de Olid logró alguna ventaja muy grande y se hizo dar lo que pedía. El caso es que no sacó un peso del país, ni cerró fábricas, bancos o refinerías. En una palabra, nada hizo de lo que amigos y enemigos dijeron que haría. Con él estuvo Miguel Rebul... Insisto: no sabría decirte qué exigió Olid para no arrastrar al desastre, ese negro Jueves Santo, a la tan jodida república. Sí quedó claro, unos días después, que el Presidente Procopio Moreno aprobaba la candidatura a la Presidencia del tipo que Olid apadrinaba y que él odiaba a morir: el idiota que ahora nos gobierna: Gómez de Lara...

La pregunta que preparó el alcalde Zentella se la habían hecho, años atrás, algunos observadores:

—Todo ese lío ¿no habrá sido organizado precisamente por Olid para apoderarse, en cierta forma, del Gobierno?

Devoto a la saludable costumbre de nunca decir toda la verdad, el gobernador McGregor expresó:

—Es posible... —y entregando a su cuñado la bocina del teléfono que había descolgado, dispuso—. Ahora llama, y da tus órdenes... Yo daré las mías, a la capital, algo más tarde...

Júpiter Zentella se comunicó con el jefe de la policía metropolitana, aliado suyo en el negocio de la planta industrializadora de basura, y enumeró las instrucciones que debían ser diseminadas, inmediatamente, entre los elementos del Cuerpo que le fueran del todo adictos.

—Esperemos, ahora, que la bola ruede, como quieres.

No bien se difundió la noticia de que Eugenio Olid había muerto, de los mercados de Nueva Castilla desaparecieron las flores. Para las once de la mañana, una corona de dimensiones modestas se cotizaba cuatro veces más cara. Para las trece horas, había que pagar por ella, en la reventa, diez tantos su valor. Para las cinco de la tarde, no importaba cuánto se ofreciera: eran inconseguibles. (Se ha dicho, y también escrito, que los jardines públicos en Castilla, Avemaría, García-Barrios y la lejana Tamoqui, fueron saqueados.) Ni los más viejos recordaban algo semejante y tal demanda debía atribuirse a que en medio siglo nadie de mayor importancia que Olid había tenido la suerte de morir en esa parte de la provincia. El deseo, la compulsión colectiva de comprar ofrendas y

enviarlas a casa de don Eugenio, demostraba que ninguna persona o empresa, que en una forma u otra estuviera relacionada con él o sus negocios, deseaba pasar por alto la oportunidad de significarse con una tarjeta, un crespón, el logo de una fábrica, en ese momento de duelo.

—Siguen llegando canastas, liras, ramos, coronas, don Miguel. Hemos bloqueado docenas de calles con todas esas flores. ¿Qué hacemos, señor?

Para desazón del comandante Cervantes, decidió Rebul:

—Llévelas a donde quiera, pero no las acumulen sobre el Bulevard. Al señor Olid no le gustaban las flores de muerto...

Respetuoso, objetó Omar Cervantes:

—El problema, señor, es que hemos desquiciado, de hecho, el tránsito en toda la ciudad... Aunque ya la rechazamos como a usted le consta, la gente sigue agrupándose. Le hemos pedido que se organice en colas... y ahora demanda que se le permita ver el cuerpo de don Eugenio.

Intervino Balda, dirigiéndose a Rebul:

—Habrá que organizar eso, Miguel, porque si no, tendremos tumulto.

—Lo tendremos de todos modos...

Ansioso de hacerse notar, de ser útil, apuntó Héctor Deschamps:

—¿Y si, para darle gusto a la multitud, expusiéramos un poco el ataúd en la calle?

Aunque no lo dijo, a Rebul le pareció idiota la sugestión:

—La calle, abogado, no es lugar para exponer al señor Olid. En todo caso...

Detuvo sus palabras y el silencio creó la atención de Cervantes, Balda y Deschamps, y una poquita de curiosidad en Sergio Porcela, que había asumido una cierta actitud crítica, de indiferencia hacia Rebul:

—¿Llevarlo a catedral?

—Podía ser, o también a...

Consideró Héctor Deschamps que ése era el momento para terminar de revelar el contenido de las *Instrucciones* que escribió, y luego confió a su custodia, don Eugenio Olid; instrucciones que se referían, precisamente, al trámite de su sepelio.

—Señores, yo quisiera, si me lo permiten...

—Espere, abogado, por favor... —Lo interrumpió Rebul.

Instruyó a Balda— Llama inmediatamente a Zentella y dile que la velación de don Eugenio habrá de hacerse en el Auditorio Municipal... Que avise en cuanto esté listo...

Trató de interferir Deschamps:

—Desearía, señores, que escucharan...

Con un movimiento de su mano, Rebul lo puso al margen:

—Si no encuentras a Zentella, llámale entonces al gobernador; y si no a él, al Presidente del Consejo Consultivo. El Auditorio, por ser un lugar neutral, agradará a todos, y así nadie se sentirá sub-estimado...

—¿Algo más? —Rafael Balda había asumido (según advirtieron Deschamps y Porcela, casi sin sorpresa) la docilidad de un eficaz secretario.

Cervantes aguardaba:

—¿Nuevas instrucciones, don Miguel?

—Su gente ¿bastaría para organizar la Seguridad en el Auditorio?

—Con el refuerzo de otros grupos de la Compañía, por ejemplo: Petroquímica, Pentatlón, karatekas, no habrá problema... Anilinas podría prestarnos a su equipo de lucha libre... Me han avisado, señor, que vienen caravanas de todas partes... Tal vez los estudiantes quieran aprovecharse y provocar.

—Hay que mantener todo bajo control. Cómo pueda lograrlo, es asunto suyo, Cervantes.

—Entendido, señor.

Retornó Balda:

—Ni Zentella está en su casa, ni McGregor en la de su madre. Aquí me dijeron que los dos salieron hacia acá, hace un rato.

—De todos modos habrá que llevar el cuerpo al Auditorio. Porcela...

—Diga usted.

—Llame a la funeraria. Necesitaremos una carroza cerrada, dentro de un cuarto de hora, aquí...

Satisfecho, ahora, de poder servir al Hombre Fuerte, el médico Porcela fue a la mesa de los teléfonos a cumplir su orden. Rebul instruyó después a Deschamps: debía ponerse en contacto, in-me-dia-ta-men-te, con los sectores que deseaban hacer guardias (masones, clubes, fraternidades de artistas, federaciones sindicales y demás) y notificarles que serían recibidos en

el Auditorio. Deschamps gozó también porque Miguel lo utilizaba.

—En relación a esto, quisiera decirle que don Eugenio, en sus *Instrucciones*... —con algo de impaciencia, Rebul volvió a interrumpirlo:

—Me informará después, Deschamps... Ahora haga lo que le digo. Ah, y llame a la Televisora y ponga al tanto a Pavlevich, Larry Pavlevich, de lo que vamos a hacer en el Auditorio...

La casa, súbitamente, se llenó de voces. Sebastián había puesto a funcionar el aparato de televisión en el que don Eugenio veía, por las noches, sus programas de viajes; las películas de policías y ladrones que lo entusiasmaban, el noticiero de Jacinto Olmedo, y jueves y domingos, el futbol.

Voces de gente importante, voces de gente humilde, voces de personajes, voces de don-nadie, decían:

—... una verdadera tragedia nacional...

—... sin el señor Olid, el país queda disminuido...

—... hombre como él, ninguno...

—... de su fibra, de su patriotismo, ya no nacen...

—... nunca acabará la Patria de llorarlo...

—... hizo siempre el bien, no como otros riquillos...

En todos los canales, aun los de la competencia, se repetían las expresiones de pesar. Olid, Olid, Olid, Olid hasta la náusea, pensó Rebul apagando el receptor.

—Vaya con Sofía a preparar más café —dispuso, y Sebastián lo obedeció.

Estaba sirviéndose, un poco a escondidas, otra ración de coñac cuando lo abordó Sofía discretamente:

—¿Quiere oírme un asunto, Miguelito?

—¿Cuál, Sofía?

—¿De dónde tomo el dinero para el gasto de mañana?

Algo perplejamente indagó Rebul:

—¿Dinero para el gasto? ¿No tiene usted dinero para el gasto, Sofía?

Dijo ella tristemente:

—Lo tiene don Eugenio... Todas las noches, usted lo sabe, me daba lo que iba a necesitar al día siguiente. Y ahora, él ya no está...

Sonrió Rebul. "El mismo don Eugenio de siempre: metódico, cuidadoso de los centavos, casi tacaño." Recordó la gra-

cia que le hizo saber que Olid había abierto una cuenta personal (y secreta: cuenta de clave) en uno de sus propios bancos de Nueva Castilla. Cuando se lo dijeron, Miguel lo dudó: Olid, que contaba sus millones por millares, ¿guardando once mil pesos en una línea de ahorros? La investigación que ordenó habría de revelar otro dato sorprendente: en otra cuenta de inversión a largo plazo (que le producía un punto y medio más que las cédulas hipotecarias) el todopoderoso señor Olid Orellana atesoraba ciento veintiocho mil pesos. Le preguntó: "Si es usted dueño de todo el oro del mundo ¿para qué tiene esos misteriosos depósitos, don Eugenio?" Como si lo hubieran sorprendido haciendo algo vergonzoso explicó Olid: "Hay que guardar un poquito para los días malos." En su carácter de Presidente General del Grupo, el señor Olid devengaba el sueldo más alto que una sola persona recibía en el país; aseguraban que aventajaba, lo menos diez veces, al del Presidente de la República; sin embargo, por órdenes suyas, los días 29 era obligatorio enviarle, en efectivo, una suma apenas igual a la que recibía, como salario, un jefe de almacén. "La diferencia, Miguel, reinviértela. Búscame un plan atractivo. Los intereses gástalos en bonos." El único despilfarro que se autorizaba era jugar cien pesos a cada uno de los tres sorteos semanales de la Lotería Nacional. Lamentó siempre su mala suerte: jamás obtuvo un premio, por mínimo que fuera.

—¿Sabe dónde guardaba don Eugenio el dinero?

—En su buró, Miguelito.

—Pues tome de allí el que necesite, Sofía.

—Como el señor era muy cuidadoso con las cuentas, dejaré un apunte cada vez que saque algo...

—Como usted guste, Sofía... Ah, otra cosa. —Ella lo miró con cierta zozobra. Rebul, desusado gesto, le puso una mano en el hombro. Le dijo, cordial— De nada tiene usted que preocuparse. De nada. Usted y Sebastián seguirán teniendo todo lo que les haga falta hasta el fin...

Ella enrojeció, sintiendo que todo: casa, muebles, gente, todo, se ponía de cabeza. Buscó la mano de Miguel Rebul y la besó:

—Dios lo bendiga siempre, don Miguel...

—Ya, Sofía: tranquila, sin llorar. —Rebul había advertido cómo la ama de llaves de don Eugenio cancelaba el trato familiar de Miguelito, que siempre le había dado, por el muy formal de *don* Miguel que le concedería a partir de ese momento.

Sofía se dirigió a la alcoba del difunto, y Rebul a la mesa de los teléfonos. Descolgó la bocina del Sagrado y apenas lo hizo recibió la voz alerta de Makrina Kuri, centinela nocturna a casi dos mil kilómetros de distancia:

—¿Novedades, Kuri?

—Llamó su esposa, señor.

—¿Y...?

—Quiere saber si debe ir allá, con usted.

—Dígale que se quede tranquila donde está. ¿Más noticias de mi hijo?

—Ninguna, señor.

—De haberlas, llámeme.

—Sí, señor... Señor: seguiré de guardia aquí todo el tiempo que sea necesario.

—Gracias, Kuri. Buenas noches.

Después, con Balda y Cervantes, decidió la ruta que debía seguir el cortejo. El Politécnico y la Universidad, aunque ello significara hacer un largo rodeo, serían evitados. Latente la agitación, no convenía correr riesgos. Se preferirían calles anchas, avenidas abiertas. Las fuerzas de Seguridad, de la compañía o del ayuntamiento, no responderían las provocaciones, de producirse éstas.

—No quiero otro zafarrancho como en junio, Cervantes.

—Pase lo que pase, no lo habrá, señor.

Vino Sebastián a traerle café en la taza a él destinada. Hecho por Sofía, el café era bueno. Bebió la mitad, mirando el cadáver —lo único tranquilo en la sala colmada de muebles y de gente que se movía entre ellos. De Unda y sus ayudantes habían hecho un trabajo limpio, rápido y silencioso. La piel de Olid se veía tersa, quizá por la sustancia que le aplicaron al tomarle la mascarilla. Hablaban por teléfono, el médico Porcela y el abogado Deschamps; hablaban entre sí, afinando los detalles del recorrido, Balda y Cervantes. Sebastián vigilaba la puerta de la calle; en la cocina continuaba sus quehaceres la señora Vaquero —y él, con los músculos de los hombros endurecidos por la fatiga, y una leve amenaza de jaqueca latiéndole en las sienes, bebía café como si estuviera en un coctel, junto al muerto. Decidió ir al baño.

Y allí estaba el baño, idéntico a como lo vio por primera vez, siendo él un jovencito: el mismo irrigador colgado de un clavo; la misma bacinica de peltre con desportilladuras; la misma enorme tina de metal pintada de amarillo a la que se le había añadido el refinamiento de una ducha portátil; el mismo bidet sobre el que Sofía cabalgaba (era de suponerse) y hacía cabalgar a las nenas que amenizaban el tedio vespertino de don Eugenio;

estaban también el antiquísimo espejo de biselada luna francesa, roto en el ángulo inferior izquierdo; la calcomanía con los números de la Cruz Roja (números que fueron útiles en la década de los 30s, cuando el viejo la pegó allí) ; los grifos que imitaban cabezas de león; la alta, angosta taza del excusado y la caja desde la que bajaba, al tirar uno de la cadena de cobre, el ruidoso torrente del agua; estaba el vaso (que alguna vez contuvo una veladora de parafina) y dentro de él dos cepillos de dientes, sin filo, de tan usados, en las cerdas: rojo el de Olid; azul el de Sofía;

estaba la desgastada navaja Solingen con la que Olid se afeitaba desde siempre, y la tira de cuero en la que le sacaba filo; estaban, dentro del botiquín (que abrió) la brocha y el tarro con la pastilla de jabón; las gotas para los ojos; los supositorios para abatir la fiebre o el dolor; el frasco de la sal de uvas; la botellita con la tintura de yodo y un tubo de vidrio casi vacío: "violeta de genciana"; la frivolidad de una caja de talco y su respectiva borla; una latita con la grasa verde que olía a mentol; estaba

Bebía lentamente en la intimidad de ese recinto inviolable. Ningún pensamiento se mecía dentro de su cabeza. El coñac, y ahora el café, le habían permitido encontrar el sosiego que andaba buscando, que tanto necesitaba a veces. Solto el agua y permaneció con los ojos perdidos en la blancura de los azulejos que tenía enfrente.

ERAN tres. El mayor, que cumplió veinte años en abril último, ya había conocido la experiencia de la cárcel. Haber sido "preso político" constituía el orgullo máximo de su joven vida. El otro no llegaba a los dieciocho. La chica prefería guardar su edad exacta. Llevaba dos botes de pintura; uno con aceite

color sangre; con aceite negro, el otro, y cuatro brochas. Una gran barra de luz iluminaba el cartel normalmente destinado a anunciar la *Oli-Kola (División: Refrescos y Jugos)* y hoy dedicado a proponer:

EUGENIO MEDINA
NUESTRO CANDIDATO A GOBERNADOR PROVINCIAL

La idea, se les había dicho, era alcanzar el anuncio montado en la azotea de una construcción de dos pisos y pintar leyendas injuriosas contra el tirano que pretendía imponerles al coronelito rapaz y vicioso. Media hora les costó subir y pintar (así lo ordenaba "la clandestinidad") MUERA OLID EL MONSTRUO y les faltaba añadir Y SU BANDA DE ASESINOS cuando se les vino encima, atrapándolos, encandilándolos, el reflector de la que debía ser, y era, una patrulla policiaca. No tenían más posibilidad de fuga que matarse saltando hacia la calle. La luz los tuvo así, prisioneros, deslumbrados, cosa de un minuto. Alguien les gritó:

—Acaben pronto y váyanse.

Apagando el faro, la patrulla se alejó. Ellos no lo podían creer. Eran tres —y tuvieron valor para pintar las cinco palabras que faltaban.

ESCUETA fue la consigna del Comité de Lucha de la Sección 28 del Sindicato de Cortadores de Caña de Nueva Castilla: "Hay que pintar bardas. Hay que denunciar la explotación de que hace víctima a la clase trabajadora el millonario Eugenio Olid. Hay que fustigar a la oligarquía que él representa". Varias bandas de obreros, con pintura, brochas y cojones se metieron en la oscuridad y dedicaron la noche a escribir en las paredes. La policía, los Servicios Especiales, los soplones, estaban ocupados porque Eugenio Olid, a Dios gracias, había muerto por la mañana. Podían, así, desempeñarse con rapidez y, casi, sin peligro. Sobre el fondo blanco de un largo muro que corría a la entrada de la Estación del Ferrocarril Central, cuatro o cinco activistas redactaban un grito:

NUESTRA CIUDAD ES LIBRE: OLID NO LA ROBARÁ MÁS cuando como si fuera una de las ametralladoras con las que alguna

vez los habían barrido las tropas del general Medina Irigoyen, el reflector los delató. Alzaron las manos, rindiéndose; pero nadie vino a golpearlos. Después de un tiempo, el chorro azulenco y cegador fue apagado. ¿Les permitían huir por un pasillo de tinieblas? Tampoco los acribillaron las balas de la Ley de Fuga.

DESPACITO, a vuelta de rueda casi, el sargento Francisco Acosta, del Cuerpo Municipal de Radio-Patrullas, terminaba la cuarta de sus rondas por la Avenida del Batey, una de las que desaguan en la arteria femoral de Nueva Castilla que proclama el nombre de su más ilustre ciudadano —Eugenio Olid, el viejecito por el que todos, en la radio y la televisión, en los periódicos y en las iglesias, están llorando. Como el sargento Acosta, su pareja, el cabo Luján, también venía contando (y llevaban treinta) los dibujos, las leyendas, las siglas, que alguien iba dejando, quizá tres o cuatro cuadras adelante de ellos, en las vidrieras de los comercios, en los muros de mármol de los bancos, en la piedra vieja de los templos.

—Ése es bueno —opinó Acosta y le puso la luz del buscador de la radiopatrulla.

—"Olid: viejo cabrón, bienllegado al infierno" —leyó el cabo Luján.

Un torpe dibujo ilustraba la leyenda: una cabeza de macho cabrío de cuyo pescuezo pendían las letras O-L-I-D. Era temprano, pero la ciudad andaba ya en las calles. La radio informaba a los patrulleros que una ríada de cientos de miles de personas, en ordenadas filas, se dirigía al Auditorio Municipal, donde el cuerpo del señor Olid estaría expuesto a la veneración pública hasta la mañana siguiente.

La patrulla de Acosta reconoció la luz roja de un semáforo. Junto, obedeció también un largo automóvil negro, un Olid-Special de siete asientos, ocupado por dos sombras. La más próxima a la ventanilla correspondía, entrevió el cabo Luján, a un hombre ya mayor, vestido de negro, que miraba ansiosamente hacia lo alto.

—¿No es el arzobispo Castro, tú?

—Si no es él, se parece mucho.

El largo Olid-Special, que seguramente llevaba prisa, se les

adelantó. Dobló en la primera esquina y no volvieron a ver sus luces. Abandonaron la Avenida del Batey y tomaron, siguiendo siempre la huella que iban dejando los pintores, la angosta calle de Fray Lope de Lira, misionero en la Conquista, benefactor de los indios.

Entonces avistaron a los muchachos. Eran tres. El mayor, que cumplió veinte años en abril último, ya había conocido la experiencia de la cárcel. Haber sido "preso político" constituía el orgullo máximo de su joven vida.

Por segunda vez en la noche, los dos estudiantes de Ciencias Químicas y la chica, de Arquitectura, habían sido atrapados; por segunda vez, los patrulleros, feroces de costumbre, los dejaron marcharse sin golpearlos, sin quitarles los botes de pintura, sin vejarlos ni con la palabra. No lo entendían. Como tampoco entendían el sargento Acosta y el cabo Luján que las instrucciones dadas a los jefes del Cuerpo por el alcalde Zentella hubieran sido:

—No se metan... Orden superior a todas las unidades de servicio... Dejen que los estudiantes, los obreros, quien sea, pinten, rompan o griten lo que quieran esta noche... Es orden superior. Orden superior... No molesten a nadie... a nadie detengan...

El cabo Luján comentó:

—Tenía buenas piernas la chiquita...

—Sí —confirmó el sargento Acosta, algo entristecido.

—¿Por qué habrán ordenado los jefes que les demos facilidades a los que pintan?

—Cosas de los políticos, Luján. Cosas que uno no entiende. Por eso ha de ser.

4

El automóvil del arzobispo Maximiliano Castro y Antuñano quedó varado frente al riguroso escollo de tropa que impedía el acceso al lugar de la velación, establecido diez cuadras más allá. Como estaba afirmándolo a las cámaras de Jacinto Olmedo el erudito Clodomiro Capistrán, Cronista de Nueva Castilla, "ni cuando los *Castellanos* disputaron la final del Campeonato Nacional de Futbol a los elusivos y al parecer imbatibles *Halcones* de las Fuerzas Armadas" se habían visto muchedumbres que aventajaran a las que esa noche continuaban reuniéndose alrededor de la mole del Auditorio.

El de guardia en ese sector, un oficial del todo bruto, no entendía razones y le importaba madre, dijo, que el permiso de pasar le estuviera siendo solicitado por el eclesiástico de más alta jerarquía en el país.

—No me obligue a reportarlo a sus superiores, capitán.

—Si quiere, quéjese también ante Dios Padre. —El capitán no era católico, lo que explicaba la actitud de su respuesta.

—Exijo mayor respeto para el Señor.

—Y yo de usted, que se discipline. Por aquí no pasa.

Una sirena desgarró la gritería; una sirena ante cuya exigencia se iba abriendo un tajo a través del cual, arrastrándose (así de angosto era) ganaba lentos metros el comando en el que viajaba, además del chofer, un hombre gordo, tocado con una vistosa gorra galoneada. Al verlo, el capitán largó un par de órdenes y los soldados hicieron retroceder, a culatazos, igual a hombres que a mujeres. El comando se detuvo junto al Olid-Special del arzobispo Castro:

—Alabado sea Dios, ¡si erés tú, Maximiliano! —El general Medina Irigoyen se echó a tierra rápidamente.

El arzobispo salió de su automóvil:

—Teo, llegas oportunamente.

—Hermanito de mi corazón, ¡qué gusto...! —gritó el general, apretando la cintura estrecha del arzobispo, alzando, como si fuera un poste de dos metros, su cuerpo tan ligero.

—Bájame, Teófilo. Bájame —pidió el arzobispo, porque, ahora en silencio, la gente se divertía mirando a dos de los más notorios personajes de la ciudad enredados en una especie de baile que tenía algo de cómico y mucho de ridículo—. He debido detenerme ya una vez... Es imposible seguir...

—¿Cómo que es imposible seguir? —bufó el general Medina, sofocados sus excesivos kilos de gordura. Alzó la voz todavía más—. ¿Quién carajos dice tal pendejada, Maximiliano?

Con dulzura, delató el señor Arzobispo:

—Este hombre lo ha dicho, y con muy feos modos...

Medina encaró al capitán, lo empujó (casi) al proyectar hacia él su fuerte mandíbula inferior. Movimiento reflejo, el capitán se llevó la mano al kepí, cuadrándose:

—Mi general... señor... Yo le decía...

La mano abierta del general Teófilo Medina alcanzó la cara del capitán, que hubiera caído si no lo detiene, con su cuerpo, uno de los soldados que le velaban la espalda. Los curiosos se apartaron, ensanchando el círculo. El chofer de Medina alivió del seguro su metralleta, por las dudas.

—Óigame, capitancito de cagada —la voz de Medina se aflautó, indicio de que su enojo era cierto e intenso—. Por si no lo sabe, el señor arzobispo, Mi Hermano El Señor Arzobispo Castro, pasa pordondeselehinchenloshuevos cuando él quiera... ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor —aceptó el capitán con rencorosa sumisión.

—Además —prosiguió el general, en agitación sus repetidas papadas; rojizos los ojos; pesado de tufo a coñac el aliento— además se me reporta arrestado al cuartel, inmediatamente, en este momento, y le dice al oficial de turno que está a mi disposición...

—Afirmativo, señor.

—Antes de irse, haga que vengan veinte elementos a despejarnos el camino...

El arzobispo Castro sintió algo de pena por haber provocado el incidente que culminaría con el arresto disciplinado del capitán.

—No es necesario, Teófilo, que seas tan drástico... El hombre se extralimitó, sí, y me habló majaderamente, pero lo has castigado ya...

—Hermano, Max —el general hizo que se tambaleara al colocarle una tosca palmada en los riñones—. Lo mando arrestado no porque se extralimitara, pues un soldado no se extralimita nunca cumpliendo una orden, sino por pendejo... ¡Mira que no conocerte ti...!

A pesar de la descubierta de soldados, los dos vehículos (en vanguardia el comando: la sirena ululando) no pudieron avanzar siquiera un centenar de metros. El general Medina aceptó la sugestión de Castro: cubrir a pie la distancia que los separaba aún del Auditorio; y a paso vivo la cubrieron, siguiendo a la tropa que apartaba, eficaz y discreta, con la culata de sus rifles, a quienes dificultaban, sólo por estar allí, por no poder apartarse a tiempo, por no hallar sitio hacia dónde retroceder, la marcha del gordo de los entorchados y del flaco ensotanado que iba con él; y entre soldados y curiosidad —como en los años de la última, sanguinaria guerra religiosa en la que logró sobrevivir gracias al amparo de Olid— el arzobispo Maximiliano Castro y Antuñano alcanzó, por fin, la entrada del Auditorio.

Con su micrófono, lo abordó Jacinto Olmedo. (¿En qué momento se había mudado a ese traje oscuro, elegantísimo, impecable como todo en él, la notable vedette de la televisión?) Frente al arzobispo y el general se encendió un chisporroteo de relámpagos. Cuando se tranquilizaron las cámaras de la prensa, Olmedo inició su interrogatorio.

—¿Sus primeras impresiones, Ilustrísima?

—De infinita tristeza, Jacinto, porque ha muerto no sólo un notable hombre de nuestra Patria, un probado cristiano, sino el más querido de mis amigos...

—¿La suya, general Medina?

—La mía... ¿qué? —el general Medina Irigoyen se puso, repentinamente, arisco.

—Digo... ¿qué impresión le causó saber que había muerto don Eugenio Olid?

Inhaló profundamente el general Medina. Luego, con el aire fue soltando las palabras:

—Como una patada de mula en la boca del estómago...

Hubiera preferido saber que el muerto era yo y no Eugenio... Pero, ni modo, así es esto. Yo creo que...

Dejar en el uso de la palabra al general era riesgoso. Muchas tonterías había dicho ya en transmisiones anteriores. Experimentado, Jacinto Olmedo apartó el micrófono, le ofreció una graciosa sonrisa al imprevisible interlocutor y se volvió hacia el arzobispo Castro, ¡qué diferencia!, mundano, ameno charlista.

—Lo hacía a usted camino a Roma, Ilustrísima.

—Camino a Roma iba, Jacinto querido, cuando la noticia me sorprendió en el Aeropuerto...

—¿Podría decirse cuál es el motivo real, verdadero, señor Arzobispo, de este viaje suyo tan misterioso...?

—Nada hay de misterioso en mi viaje, Jacinto. Como Arzobispo Primado del país voy con frecuencia al Vaticano. Ello forma parte de mi rutina...

Casi arrancándole el micrófono al desprevenido Jacinto Olmedo, metió baza el general Medina:

—Te voy a decir, muchacho, lo que Maximiliano iba a hacer a Roma.

Se sobresaltó Monseñor Castro:

—General, por favor...

—Mira, Jacinto, entérate: el padre Castro iba a Roma porque Eugenio Olid logró que lo hicieran cardenal.

—Teófilo, ¡por Dios!, discreción...

Vivamente, pues siempre sabía cuándo una buena noticia lo era en verdad, Olmedo exigió la confirmación inmediata de ésa:

—¿Podría considerarse que va usted a ser nuestro primer Cardenal?

Porque se sabía visto en gran *close-up*, el arzobispo Castro exhibió la más seráfica de sus expresiones. Asintió humildemente. Diríase que al hacerlo encendía sus rubores. Por otra parte ¿a qué negar lo que en uno o dos días más sería anunciado por la Santa Sede, ya en forma oficial?

—Sí, Jacinto... Su Santidad ha resuelto honrar a nuestro querido país concediéndome el capelo...

Una vez más interfirió el Comandante del Sector Militar, que conservaba puesta la gorra centelleante de reflejos dorados:

—Y si Eugenio no se nos muere, Maximiliano hubiera pasado de Cardenal a Santo...

Porque ésas eran ya palabras mayores, el arzobispo dejó de tutearlo y lo reprendió con severidad:

—General, no diga usted tonterías.

Medina Irigoyen ignoró al Arzobispo:

—Tú sabes, Maximiliano, que si el difunto logró que te hicieran cardenal, poco trabajo le hubiera costado que te canonizaran...

El arzobispo, casi-cardenal, Maximiliano Castro abrevió la entrevista; dijo "gracias" y, con una ligera reverencia se despidió de los televidentes y de Jacinto Olmedo, y penetró en el interior del edificio.

—Espera, Padre...

Sudoroso nuevamente, entre soldados que lo amparaban, el general Teófilo Medina seguía el vuelo de la sotana negra que se alejaba ya por el espacioso vestíbulo de piso y muros revestidos de mármoles de la provincia.

El comentarista no festinó la última indiscreción del militar (a quien consideraba un sujeto absolutamente zafio); abundó, en cambio, en la primera:

—No sólo bienes de orden material hizo en vida el señor Olid; los hizo también, acabamos de oírlo, en el orden espiritual... Así, tendremos en don Maximiliano Castro y Antuñano, Arzobispo Primado de la República, nativo de esta Nueva Castilla, a nuestro primer purpurado...

La primera guardia de un minuto, la que inauguraba las que seguirían toda la noche, fue cubierta, se explicó al público de la televisión, por las personas más allegadas a Olid: Miguel Rebul y Rafael Balda, al frente del féretro; el médico Sergio Porcela y el abogado Héctor Deschamps, atrás; Sofía Vaquero y Sebastián (porque el general había sido enviado a dormir en casa su borrachera, y se suponía de viaje a Roma al arzobispo Castro) uno a cada lado de la caja de ostentosa humildad. Esos segundos de recogimiento y rostros entristecidos fueron llevados por la cadena Olid a los receptores de la República; anotados, desde plurales ángulos, por los reporteros gráficos de diarios y revistas. Correspondió cumplir la segunda ronda al gobernador de la provincia, Ulises McGregor, al señor alcalde Júpiter Zentella y a los miembros del Ayuntamiento.

Continuarían relevándose metódicamente, disciplinadamente, de ocho en ocho, aquellos que tenían por qué exhibir su pesar en torno al ataúd con las seis rayas blancas cuyo simbolismo a nadie, periodista, locutor o curioso, se le ocurrió esclarecer.

Como en política los minutos suelen tener, en ciertos momentos, extraordinario valor, en ése lo tenían para el gobernador. Abordó a Rebul y, concediéndose la familiaridad de tomarlo por el brazo, lo acercó a un rincón. Allí, cabeza con cabeza, le habló bajito, como si le propusiera un negocio o un crimen.

—¿Tiene usted interés en determinado candidato a la gubernatura de nuestro Estado, señor Rebul?

—¿Lo tiene usted, McGregor...?

—De tenerlo usted, don Miguel, mi interés sería el suyo. ¿Acaso el joven coronel Medina?

—Descártelo. No me gusta.

Algo sorprendido por la descarnada opinión de Rebul, McGregor quiso confirmar lo que no creía haber escuchado:

—¿Debo interpretar que no le interesa al Grupo sostener la candidatura de Medina chico?

—Es lo que estoy diciéndole, McGregor.

—¿Ha pensado en alguien con quién reemplazarlo?

—¿Tiene usted a alguien a quién proponer...?

—Tal vez sí, don Miguel.

—Ha de ser un civil. El Presidente Gómez de Lara no quiere seguir distrayendo, en puestos políticos, a los militares. El Ministro de las Fuerzas Armadas está conforme, en nuestro caso particular, por diversas razones... Un civil, McGregor.

Sonrió el gobernador. Las cosas se facilitaban grandemente:

—¿Qué tal... Júpiter Zentella? Ha sido un magnífico alcalde aquí.

—¿Podrá ser un mediano gobernador? Es lo que estaría por verse...

Lo desabrido del comentario de Rebul desconcertó, fugazmente, al gobernador Ulises McGregor. Era necesaria una aclaración:

—¿Aprobaría usted a Zentella, señor Rebul?

Reposó en él una mirada. Luego, habló muy despacio para que la intención que arrastraba sus palabras no fuera a escapársele al gobernador:

—Señor McGregor: apruebo yo, aprueba el Grupo Olid,

en lo que a esta provincia se refiere, cualquier candidato del Partido Revolucionario Unificador que respete los principios que sustentó, porque le fueron gratos, don Eugenio Olid... Esto significa: si usted quiere dejar de heredero en el gobierno a Júpiter Zentella tendrá a Júpiter Zentella. Que sea su cuñado no es, por otra parte, para los fines prácticos, mayor impedimento... El Grupo Olid no es conflictivo, usted lo sabe, y no le gusta tampoco que lo sean los políticos, los funcionarios a los que considera amigos... ¿Está todo claro?

—Muy claro, don Miguel.

—Así como lo ha hecho usted, el Grupo confía en que Zentella aceptará su ayuda incondicional y devolverá la suya, llegado el caso... Trabajando en esa forma, armónicamente, como un equipo, nadie conoce problemas; le consta...

La cabeza se le llenó de humos al gobernador McGregor. El joven Rebul, lo confirmaba esta noche, era menos duro, menos gatoso, menos hijo de puta que el viejo Olid. Había cedido prácticamente sin regateo. Nada exigió que no fuera lo que todos, en el caso, dan siempre. Esta libertad que Miguel, por desconocimiento del terreno en que pisaba, le concedía, le estaba concediendo sin cortapisa ninguna, le permitiría conjuntar una Legislatura Provincial más adicta a él que a Zentella, lo que lo colocaría en una inmejorable posición de fuerza y le permitiría, por seis años largos, ser el Supremo Elector de la provincia. Si nada ya había que hablar, era mejor dejar en paz a las palabras. Arribaban, en parvadas, comisiones de líderes obreros, casi todos de la capital de la República: líderes viejos, muy duchos, muy ricos, todavía muy ambiciosos. Bueno sería no dejarse ver por ellos esta noche.

—Puede usted tener la seguridad, la garantía —dijo— que Júpiter Zentella hará una administración fielmente apegada a los lineamientos que acaba usted de señalarme y que son los que favorecen los intereses de nuestra provincia...

Desinteresado ya, aburrido, molesto su estómago por la palpitación desagradable de la gastritis, Miguel Rebul advirtió:

—La disciplina que nos enseñó don Eugenio, y que no variará aunque él haya muerto, exige que o se somete uno a ella o busca otra cosa en qué ocuparse... Recuérdele eso a su pariente, McGregor.

Lo que en los primeros minutos, cuando se permitió el acceso al público, amenazaba convertirse en incontrolable tumulto, media hora después, en cuanto intervinieron los técnicos en relaciones públicas que Rebul había hecho traer, asumió la apariencia de un desfile absolutamente calculado: silencioso, fluido. Se había conseguido que el continuo pasar de las personas se ajustara a un ritmo. Dos filas de espectadores, cinco-en-fondo, rozaban el ataúd y, sin detenerse, salían del Auditorio cuyo aforo superaba los veinticuatro mil asientos. Las guardias fijas eran permitidas, cada quince minutos, únicamente a Los Personajes Políticos, Militares y Civiles de Rango Superior.

Nadie dejó de advertir que había entrado, a la zaga de una atemorizadora escolta, el arzobispo Castro y su escudero, el general Medina; nadie, tampoco, dejó de advertir de qué modo el capitán que comandaba a la tropa pedía a los que en ese momento cumplían guardia (líderes de un gremio metalúrgico) que se apartaran con el propósito de que el Jefe Militar y el Jefe Religioso pudieran hacer la suya sin tener que compartir con nadie el minuto en que sus pensamientos, sus recuerdos, los aproximaban, como cuando estaba vivo, al Ilustre Muerto.

...Eugenio Olid había quedado muy deteriorado a causa del infarto. La barba sin cortar, quebrada de arrugas la piel del rostro, parecía un ancianito. Su voz, dura siempre, era, por lo suave, la de un niño triste. El obispo Maximiliano Castro fue, cuando se hubo ido el médico Porcela (que no le simpatizaba mucho por su ateísmo) la primera persona a la que Olid admitió en su recámara.

—Te veo estupendamente rejuvenecido esta mañana, Geno. Hecho un pollo... —una mentirita blanca a nadie ofende y sí ayuda a levantar el ánimo.

—Aquí entre nos, Max, me siento del todo jodido, muy jodido...

—Se te pasará en un par de días... ¿Por qué no haces que Miguel y Rafaelito te lleven al mar?

—No les metas esa idea; no quiero que me muevan de aquí —protestó. Si se había rehusado a que lo trasladaran al Pabellón de Cardiología 'Eugenio Olid' del Hospital Central de

Nueva Castilla ¿iba a permitir que lo subieran a un avión y lo llevaran a la Isla o a algún otro lugar por el estilo?— No, señor. Apuntó, quejumbroso—. Aquí, en mi casa, con ustedes, es donde me siento bien...

Toda huesos y pellejo la mano de Eugenio Olid tocó la orilla de la cama, indicándole a Maximiliano Castro que allí asentara su impecable sotana. Con esa misma mano oprimió, después, la del obispo. En sus ojos había gratitud.

—Mi buen Eugenio, el gran Eugenio... —suspiró Castro, sonriéndole.

—¿Sabes, padre...? Cuando el dolor me pegó aquí —se tocaba el pecho, comedidamente, como si temiera lastimarse— pensé en ti... Pensé en ti como si fueras Dios. Guárdame el secreto, pero tenía un miedo bárbaro a morirme...

—No te has muerto, ni en mucho tiempo morirás, Eugenio. Estaremos juntos... ¿Te acuerdas de cuándo nos conocimos?

—¿Podría olvidarlo, Maxi?

—Éramos un par de niños. Yo acababa de recibir mi primer trabajo, una suplencia en la parroquia...

—Buenos amigos nos hicimos.

—Dios dispuso que nuestros caminos se cruzaran la noche en que murió Gervasio Orellana.

—Cruzados han seguido siempre.

—¡Qué peleas llegamos a tener...!

—A veces, de fieras. De verdaderas fieras rabiosas. Pero, eso sí: siempre te quise bien: te respeté aunque no tuvieras razón... y casi nunca la tenías.

—Después de cada lance, así nos dejáramos de hablar un mes, nuestra amistad se robustecía...

—Se hacía más honda, sí.

—Una amistad, Geno, ya lo sabes y mil veces te lo demostré, de la que me he sentido orgulloso.

Asintió débilmente el señor Olid. Sin dentadura postiza, su cara parecía ser un higo muy seco:

—Hubo épocas en que ser mi amigo te causó problemas... hasta con tus superiores.

—Las hubo, sí... Cuando la Guerra Religiosa, por ejemplo. Muchos no comprendían que pudiera ser amigo de alguien, como tú, que vendía armas al Gobierno para que mataran a los nuestros...

—A ustedes también se las vendía, y casi regaladas.

—... amigo de alguien que soltaba sus millones para que el gobierno pudiera combatirnos... Pero nuestra amistad, y por eso ha sido perdurable, nunca fue infamada por la política... Pudimos ser amigos, los grandes amigos que seguimos siendo, porque éramos, somos, diferentes, uno del otro.

—Como dos polos.

—Yo —el obispo Maximiliano Castro se apartó de la cama; comenzó a caminar los pocos pasos que le permitía la pequeñez del cuarto— yo, hombre consagrado a servir a Dios; tú... consagrado a vivir, a ganar dinero, a juntar poder...

—En esos años ¡qué descreído era...!

Sonrió el obispo Castro:

—Yo me había impuesto una tarea, Eugenio: recuperarte para mi redil.

Asintió Olid, como si lo supiera. Patética resultó la sonrisa desdentada que parecía estar rumiando:

—Y lo conseguiste, curita tramposo.

—Eras violento. Cruel.

—Otros lo eran más que yo... Su vida o la mía: sus negocios, sus tierras, sus gentes, sus fuerzas... o los míos.

—Decían que eras malo.

—Sólo práctico, padre.

—Que te hacías justicia por tu mano.

—Los otros no tenían tiempo de hacerla para nadie.

—Que mataste gente.

Dos pedacitos de carburo, ardieron los ojos de Olid:

—Me he confesado contigo. Mi mano está limpia. Nunca dije: maten.

—Lo sé... Digo hoy sólo lo que ellos decían de ti. Que mataste, que permitiste que mataran en tu nombre.

Olid lo tomó, por la manga de la sotana, con cierta ansiedad. Lo sacudió:

—Ocho o diez revoluciones, si no es que más, he pasado, Padre... De no haber sido como fui, ¿estaría aquí, contigo, viejo y medio muerto, pero vivo y tranquilo porque acabas de recibirme en confesión? ¿Estaría, di...?

—Agitarte no ayuda a que sanes, Eugenio. Por favor, tranquilízate...

Se reclinó Olid en el respaldo de almohadas. A causa de su flacura, de su cara sobresalía, como una quilla, la nariz.

—Me gustó una cosa de ti, Padre.

—¿Cuál?

—Nunca me echaste sermones. Eso me gustó.

—Siempre tenías abierto el corazón, así no te dieras cuenta. Eso facilitó mucho mi trabajo de reconciliarte con el Señor.

—En esos días tenía muy poco tiempo para pensar en Él.

—Porque eras muy joven entonces, Eugenio... En la región secreta que yo te conocía, eras bueno, limpio; duro, sí, y también muy generoso. Soy prueba palbable de tu bondad. ¿Sin ti, sin tu ayuda, sería Obispo...?

La mano de Olid volvió a cubrir la mano, igualmente nervuda pero fuerte, de Maximiliano Castro.

—Ahora, óyeme bien, padre. —Le hizo una señita para que se aproximara. Estaban tan juntos como hacía un momento, cuando Olid recitó su larga relación de pecados recientes. En voz baja, no fuera que alguien oyera lo que no debía, dijo— Ahora he resuelto que seas arzobispo. Tenemos todo en Castilla, menos arzobispo. ¿Quién mejor que tú para ser el primero?

Una burbuja de vanidad ahogó, fugazmente, al obispo Maximiliano Castro y Antuñano:

—¡Eugenio...!

—Shhhh... y después de que seas arzobispo. no sé cuánto después, haré, si vivo, que te nombren cardenal... También a los de Roma puede hablárseles, y en su momento les hablaremos... Con paciencia, y algo de tiempo, te pondremos cerca del Papa.

Durante un momento quedó sin habla el obispo Castro. ¡Él, arzobispo...! (¿No preferiría el Vaticano a Nicomedes Sahagún, de tendencia reaccionaria?) ¡Él, ¿cardenal,...? (¿Tendría Olid también poder en la Santa Sede?) Por decir algo, y también para restarle solemnidad al silencio en que de pronto se encontraron mirándose, dijo con cierta guasa:

—Y te prometo, querido Eugenio, que mi primera misa de Cardenal la oficiaré para ti.

—¿A mi salud?

—A tu salud, sí, señor —y los dos estuvieron riéndose fuertemente, por lo que de báquico tenía el comentario, hasta que, atraído por las carcajadas, reapareció el médico Porcela y casi riñó al obispo por haber alterado de ese modo a don Eugenio.

Ahora estaba aquí, junto al cadáver del hombre que en media docena de años (por arreglos de los que era mejor

no enterarse) había logrado, conforme a su promesa, convertirlo en arzobispo de Nueva Castilla —primer paso para llegar a ser lo que sería en una semana más: Cardenal de Nuestra Madre la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Promesa por promesa, correspondía ahora cumplir la suya. "Será la misma de cuerpo presente más sensacional que imaginarte puedas, querido hermano Eugenio."

SIENTEN que la suerte los favorece. Las cámaras de televisión, encadenadas en red nacional, enfocan ahora, y allí seguirán durante los sesenta minutos por venir (excepto en los *cortes* para injertar anuncios comerciales) el féretro donde Olid duerme lo que los de antes llamaban el sueño-de-los-justos. Que haya tantísima gente los favorece, también. La vigilancia de la policía, del Ejército, de las otras fuerzas de seguridad, no es apretada: podría decirse que no existe. ¿Es posible cachear a todos los que en oleadas entran en el Auditorio? Otros compañeros, fuera, están cumpliendo lo suyo: pintar bardas, dibujar cosas ofensivas contra el miserable que dispuso balear a los trabajadores. Dos del escaso grupo de cuatro que componen, deben acreditar a Olid su orfandad. Tal vez, en esa nada que es la muerte, los otros quinientos que murieron estén juzgando a Olid. En este presente que es la vida, ellos, los muchachos que intentarán hacer lo que su célula de lucha no aprobó, se disponen a castigar su momia, su cáscara.

Forman dos parejas. Muchacho/muchacha. Cada una camina en la fila que le corresponde. De fallar una, acertaría la otra. Así está calculado. Hay riesgo, pero vengar la muerte de sus muertos merece tomar el que sea. Si no los jóvenes, ¿quiénes pueden ser desesperadamente valientes? Estiman que en unos diez minutos más alcanzarán el cuadrado de parquet pulido como vidrio en el centro del cual se halla, entre huesos que arden, el féretro de Olid. Los cuatro sólo desean que ningún policía de los que habrá entreverados en la multitud, los reconozca e impida su venganza —el espectáculo de su venganza. Por lo menos, Mario Corrales no teme que lo maten allí, frente a miles de testigos. Esas cosas se hacen mejor a solas.

—...y como es posible que mis pocos y queridos amigos a los que acabo de nombrar deseen, si viven todos para entonces, hacerme un entierro de mucho lujo, muy de rico, y como es mi propósito que se me sepulte con la mayor modestia y discreción, pido que hagan lo siguiente... Primero: que pongan mi cuerpo precisamente en la caja que compré hace seis años cuando me salvé del ataque. Debe ser en ésa y no voy a permitir que sea en otra..."

Sonrió el abogado Deschamps. "Lindo viejo chiflado", y le dio una palmadita en el hombro, del todo improcedente, al arzobispo.

—¿No me va a decir, don Eugenio, que hasta el ataúd tiene ya preparado?

—Claro que lo tengo, Deschamps. Venga nomás...

Lo lleva a su recámara. Se pone de rodillas. Deschamps pretende ayudarlo. Él lo rechaza. Algo negro, largo, va saliendo de la oscuridad que hay debajo del lecho.

—Ésta es la caja... Una hermosura de caja —resoplando, Olid pasea los dedos por la superficie de la tapa—. La cajita en la que van a guardarme. ¿Le había dicho que la tengo hace tiempo...?

—Oí algún rumor, cuando regresé de Francia. Sin embargo, creí que, como tantas otras, cosas que de usted se dicen, ésta sería también una exageración...

—No lo es.

—¿Y eso...? —Deschamps señala, aunque no se atreve a tocarlas, y no sabe por qué, las seis rayas (rejas de un ventanuco de celda) pintadas de blanco.

—Cada raya, un año de vida, desde el ataque. Cuente: seis rayas, seis años... Me pregunto si habrá una séptima...

—Usted, don Eugenio, téngalo por seguro, nos enterrará a todos.

Pretende Olid levantarse pero no puede hacerlo por sí mismo. Acepta que Deschamps lo ayude a guardar el féretro con el que, a cuestas, Sebastián atravesó media Nueva Castilla y provocó las habladurías de la ciudad. Retornan al living.

—Algunas noches, cuando no puedo dormir —ilustra Olid— saco la caja, le quito el polvo, me le meto dentro. Ensayo cómo voy a quedar cuando llegue el día de rendir la vida...

Enfría el ánimo de Héctor Deschapms el énfasis macabro que Olid pone cuando se refiere a La Experiencia. Él teme morir y cuando muere alguien cercano a él, también él muere un poquito.

Olid toma el pliego en el que ha dejado anotadas sus precisas disposiciones. Es la voz de Rebul, en otro instante que no es el que el abogado Deschamps rememora, la que repite sus palabras en esta sala contigua a la enorme donde su cuerpo se ofrece al examen de los curiosos:

—Segundo: como única ceremonia religiosa pido que se diga una misa común, sin faramallas de ninguna especie...

Suspira el arzobispo Castro:

—¡Qué lástima! Yo pensaba en algo más digno de él —lo que le vale una mirada reprobatoria de Miguel, a quien ha interrumpido, y que ahora prosigue:

—...una misa de pobre que será dicha por Maximiliano, si está aquí...

—Lo estoy, Eugenio...

—...en el lugar donde quiero ser sepultado.

Se han ido acercando, y ya rodean atentamente a Miguel Rebul: Sofía Vaquero, Rafael Balda y el general Medina, que se tambalea. Se producen los:

—¿Dónde? ¿cuál? —inevitables.

Continúa, luego de carraspear, Miguel Rebul:

—Tercero: ese lugar es el pueblo donde nací: Avemaría Purísima, que tanto quiero aunque nunca haya vuelto a visitarlo.

—Conmovedor... —dice Castro. "No me gustaría perder el vuelo de mañana a Roma: no me gustaría"—. Conmovedor apego de don Eugenio a su terruño natal.

Miguel avanza:

—Cuarto: mi tumba se cavara en el Cementerio Público de Avemaría y sobre ella sólo pondrán una cruz de fierro negro, con mi nombre y mis flechas. Ningún otro adorno: lápida, cripta o monumento...

—¡Una cruz de hierro...!

—Y sin adornos... —Sofía rompe a llorar.

—¡Vaya humildad...!

—Modestísimo.

El general Medina Irigoyen, que está muy conmovido, se receta otro gran trago para achicar sus lágrimas. Los ma-

chos, ha sido su norma, no lloran, excepto (y así justifica aquel episodio en Rancho Viejo, cuando estuvo a punto de ser fusilado por el teniente Rudesindo Moctezuma) excepto que

Es ahora don Eugenio leyendo, para información del abogado Deschamps, aquella mañana a la que esta noche el mecanismo del recuerdo proporciona actualidad:

—Quinto y último: —se había puesto de pie; movía la mano izquierda como si marcara, con el índice, el compás a las palabras que solfeaba—: Entre Castilla y Avemaría me acompañarán únicamente mis amigos. Nadie más: Miguel, Rafael, Teófilo, el médico Porcela, el abogado Deschamps, mi querida Sofía, el señor arzobispo Castro. Los que están, los que vivan. Nadie más. Ni comisiones, ni políticos, nadie. Sólo ellos, que son mi familia...

—Así lo haremos, don Eugenio, en caso de que nos toque hacerlo.

—Así deben hacerlo, Deschamps: como yo lo dispongo... Otra cosa —Olid se aplica a anotar un post-scriptum: el que a Miguel corresponderá repetir. La letra es indecisa. Algunas palabras parecen mal dibujadas; lee:

—Quiero que mis amigos, mi familia, lleven mi ataúd cargando, caminando, siguiendo el mismo camino, sólo que en sentido contrario, por el que yo llegué a Castilla. No irán, quede esto bien claro, por la autopista, sino por el atajo de pastores que el general Medina conoce mejor que yo...

—Como mi mano, Eugenio; como mi mano...

El abogado Deschamps lo miró algo críticamente. Olid captó el reproche, el azoro implícitos en esa mirada:

—Uted, Deschamps, creerá que pido que me lleven así, cargándome, sólo por molestar. Ésa será la última prueba de amistad que espero recibir de ustedes...

El general colocó en el hombro de Rebul, a quien disgustó que lo hiciera, su mano sudorosa; le echó después a la cara, con el aliento alcoholizado, la promesa:

—Te llevaremos como quieras, viejo querido: ¡cómo carajos no...!

Al terminar de leerlo, Miguel guarda ese documento privado, uno más de los muchos relativos a Eugenio Olid que ha ido coleccionando al paso de los años. Exigir el traslado de su cuerpo a hombros de sus amigos, le parece una *boutade*, la más inesperada de las que organizó ese don Eugenio im-

previsible siempre, desconcertante en ocasiones. Juntas las manos y sus dedos índice apoyados en los labios, el arzobispo Castro reflexiona. De su abstracción lo aparta la pregunta de Rebul:

—Para que pueda estar usted a tiempo en el aeropuerto de la capital ¿a qué hora desea decir la misa de don Eugenio en Avemaría?

Vuelto a la realidad, el prelado:

—Digamos que a las dos... para llegar a las seis, cuando muy tarde, y seguir inmediatamente a Roma .

Opina el general:

—Si quieres la misa a las dos en Ave, sería necesario irnos de aquí a eso de las cuatro de la mañana...

—¿Tan temprano? —inquiere Balda.

—Por la autopista, en coche, Rafael —dice Deschamps— el viaje nos tomaría, lo sabemos, quince minutos; pero, por la barranca...

—Por la barranca —el médico Sergio Porcela aporta su especulación— haremos, si bien nos va, todo un día...

—Un día no, pero sí muchas horas —expresa Rebul— ¿Cuántas, general?

Medina Irigoyen se ha vertido un largo lagrimón de coñac en la pechera; tan largo y tan ancho que parece una corbata. Atragantándose, responde:

—A paso de hombres, unas diez horas, diría yo.

Rebul mira su reloj. Quienes lo usan de pulsera (y Sergio Porcela, que lo prefiere de bolsillo) consultan el suyo.

—Diez horas... Saldremos de aquí entonces, como el general dice, a las cuatro.

—¿De dónde? —indaga Deschamps.

—De aquí, naturalmente... General Medina...

—Señor...

—Encárguese de lo necesario. El señor Olid dispuso que fuéramos solos, y solos iremos. No quiero errores, general.

El general se cuadra:

—Solos iremos y sin errores.

El hombre ha estado mirándolo, le parece, con insistencia. ¿Lo habrá reconocido? ¿lo recordará tan claramente como él

recuerda a quien lo torturó? Vuelven a dolerle las quemaduras en los testículos; a punzarle el caracol del ano. Es un policía, uno de los que supuso que estarían escondidos entre la gente. Pero la mirada fue casual. Está seguro. Cayó sobre él. Eso fue. Necesita un minuto más para llegar ante el ataúd. Rosa María le aprieta el brazo, ¿con miedo? ¿para infundirle a Mario Corrales un valor que podría escasear en el momento de la verdad? Rosa María es brava. Lo demuestra arriesgándose a que los maten. Anoche hicieron juntos el amor, por primera vez. Intentarlo en un automóvil es siempre difícil. Hoy por la mañana le gustó más. La ama. Le ha confiado la botella. Se la devolverá cuando sólo un par de metros los separen de la caja. Roberto y la compañera Isabelita Heredia vienen, algo atrás, en la otra fila. Es la compañera Heredia (a) Marina, la que encubre la pistola que Roberto, de ser necesario, usaría. Mario Corrales está seguro de que la confusión facilitará su fuga. Si llegare a perder contacto con Rosa María, ésta sabe dónde aparcaron el *Mini-Olid*. Ha dejado de creer —por eso no pide la ayuda de Dios, como cuando era niño, para que los saque limpios de este trance. En la bolsa del pantalón lleva el encendedor: un tubito translúcido lleno de gas. Lo ha probado y funciona.

—Ahora —murmura—. La botella...

Rosa María se la entrega. La agita Mario para humedecer la mecha. Dentro de un segundo estará al lado del hombre cuya muerte agradece al destino. Oprime-la-rueda-dentada-que-raspará-la-piedra-de-la-que-saltará-la-chispa-que-encenderá-la-llama-que-deberá-aplicar-a-la-borla-de-algodón que hará estallar, dentro del ataúd, la bomba molotov con la que va a castigar el cadáver de Olid. Pero la rueda no gira, la rueda se ha atascado, la rueda se niega a producir la chispita, y la fila se ha detenido; los que vienen atrás lo empujan y al ver lo que Mario tiene en la mano (una botella de *Oli-Kola* llena de algún líquido) y al sospechar qué se propone hacer, la persona que viene a su espalda, una mujer, grita, grita, y su grito inicia el desorden; y el hombre que ha estado mirándolo adivina, porque es un profesional, qué pretende hacer Mario Corrales; qué hubiera hecho ya si el tubito cargado de gas funcionara.

Se lanza sobre él y lo derriba, y otros policías se materializan (se ve entonces que en esa zona eran docenas) y atrapan

también a la muchacha, que no quiso correr y abandonarlo cuando Mario, tirado ya en el suelo, le gritó:

—Vete... vete... —y la otra pareja, la de Roberto y la compañera Heredia, tienen parecida mala suerte. Roberto le ha arrebatado la pistola automática a la compañera Heredia y, apuntándole al cadáver, ha tirado del gatillo; pero, por sus nervios, por el miedo que ha vuelto transparente su rostro de veinte años, se ha olvidado de retirar el seguro y el arma queda muda, inútil, inofensiva, en el extremo de este brazo que de pronto siente que se le ha roto porque alguien, otro agente de seguridad, lo ha golpeado con el cañón certero de una poderosa .45. Después todo se vuelve más gritos, empellones, puñetazos, tinieblas.

Aunque él no participó en el forcejeo que ha culminado con la captura de tres muchachos (dos varones y una joven) que pretendieron atacar a tiros y con una bomba incendiaria el cadáver del señor Olid, el comandante Omar Cervantes irrumpe, agitado y resoplando, en el lugar donde se encuentran Balda, Rebul y los demás. Rebul ha visto parte de la escena, aunque sin comprenderla en detalle, en uno de los televisores del Director; en el otro prosigue, ya en su undécimo round, la pelea de box.

—Para informarle, don Miguel, que todo está ya bajo control. Detenidos: tres terroristas.

—¿Identificación?

—Ninguna, todavía. Parecen, y deben ser, estudiantes.

Vuelve del baño, cerrándose la bragueta, el general Medina. Enterado de lo acontecido, se dispone a intervenir. ¿Acaso no es el Comandante del Sector Militar? Rebul impide que llegue, siquiera, a la puerta:

—General Medina —grita, y la suya es una orden paralizadora—. Vuelva acá. Usted no intervenga en este asunto. Haga el favor...

—¿Cómo no meterme si esos comunistas hijos de puta quisieron...?

—El comandante Cervantes está a cargo de la seguridad. El Ejército no tiene por qué mezclarse... Es una cuestión privada, nuestra y de esos muchachos...

Todavía rebate, punzándose el pecho con un dedo, el general Teófilo Medina Irigoyen:

—Lo que se refiere a Eugenio es asunto mío, lo ha sido siempre, te guste o no.

Pálido, tenso, frágil si se le compara con el voluminoso, irritado general que desafía en público, y otra vez la pone a prueba, su autoridad, Miguel Rebul mueve la cabeza. Siente, sabe, que lo miran y que lo miden, cada quien con su propia intención y con su propia vara. Rafael Balda, Castro, Porcela, Deschamps, Sofía y, lejano, en su nebulosa, Sebastián. Siente, asimismo, que otro sinodal igualmente severo es Cervantes. Guardándose las manos en las bolsas de la chaqueta para que su titubeo no exprese lo que la firmeza de sus palabras enuncia, Rebul le recuerda:

—Aquí, señor general Medina, se hace lo que yo digo, y yo digo que usted no va a meter las patas en el caso... No quiero, óigalo bien, que estropee la investigación... Si no desea que me enoje verdaderamente con usted, le agradeceré que cumpla la orden que le he dado y que deje a los otros cumplir las suyas. ¿Tiene algo qué objetar, general Medina?

Frente al silencio ansioso de todos, el general Teófilo Medina, divisionario de cuatro estrellas, al que poquísimos le hablaron así de fuerte y ninguno vivió para contarlo, abatió la cabeza calva pintada de grandes pecas. Asintió. Al expresar de ese modo su obediencia, aceptó, ahora ya abierta y definitivamente, la autoridad del mequetrefe que sabía imponerla.

—Se hará como tú digas, Miguel.

Elegante en la victoria (tal era su norma) Rebul puso unas palmaditas corteses en el lomo del militar.

—Así está mejor, general. —Su voz había vuelto a ser amable, amistosa—. Ahora vaya a arreglar lo del traslado...

—Afirmativo... —dijo Medina Irigoyen, y se marchó, calándose la gorra.

Porcela fue a dejar su copa sobre el escritorio. Don Maximiliano Castro abandonó la mano de Sofía, a la que confortaba. Balda pensó en los pechos de la mujer Svenson. Miguel recabó informes:

—¿Les pasó algo al cuerpo... al ataúd?

—Afortunadamente, nada, don Miguel.

—Los terroristas ¿qué hizo con ellos?

—Irán camino a Las Palomas. Dispuse que los llevaran allá —dijo Cervantes. Las Palomas era el nombre de una granja avícola experimental, aledaña, hacia el sur, a Nueva Castilla; era también una de las cárceles particulares que el Grupo Olid mantenía, siempre en servicio, en la provincia.

—No vayan a matarlos, Cervantes...

—De eso esté seguro. Se les respetará...

—¿Dice que hay una mujer entre ellos?

—Así es, señor.

—No la toquen. Nada de cogérsela... Porque es tiempo, Cervantes, de que todos empecemos a saber que habrá cambios... A ella, repito, no la toquen... A usted, Cervantes, lo responsabilizo... Hay que averiguar quién promueve el sabotaje, quién aporta armas y dinero a los estudiantes; quién fomenta la agitación, quién planeó el atentado contra don Eugenio... ¡Nombres, nombres...! Tráigamelos...

—Los obtendremos, señor.

Es tarde. Tal vez, cerca de las once. El caudal de dolientes no decrece; diríase que aumenta. Reportan de las postas periféricas que interminables columnas de autobuses fluyen hacia Nueva Castilla como si la muerte de Olid, fuera, igual que es la feria anual, pretexto para la holganza. En la capital (responde Makrina Kuri a las preguntas de Balda) no hay novedad. Empieza Miguel Rebul a sentirse fatigado. Ansía beber a solas, que es como verdaderamente disfruta del licor. Llama a Rafael. Antes de retirarse al *Country*, deciden cumplir una guardia final de despedida; también deciden que el agente que Cervantes ha puesto a cuidar la puerta del despacho, o alguien de Relaciones Públicas, conduzcan a Sofía y a Sebastián al edificio donde vivieron con Olid. Cuando llegue la hora de partir hacia Avemaría, pasará a recoger a la señora Vaquero.

Fresco, como si no llevara horas hablando, Jacinto Olmedo informa al teleauditorio, en base a la tarjeta que le ha hecho llegar Larry Pavlevich, que habrá cambios en el programa: el sepelio del señor Olid no ocurrirá en la Rotonda de los Hombres Ilustres, como se daba por seguro, sino en el cementerio de la cercana comunidad de la que el nunca-bien-llorado-desaparecido era oriundo. De todos modos, el pormenor de los funerales será transmitido, en vivo y en directo, desde Avemaría por RTV-Olid-9.

Cuando se han marchado ya Porcela y Deschamps en el auto de éste, y se disponen a hacerlo Balda y Rebul en su lumi-

sina, se escucha, proviniendo del lado norte del Bulevard Olid el fragor de una caravana que se acerca. Entusiasmado, cuando estaba a punto de dar por terminada sin un *high-light* su floja transmisión (¿cómo hacer ameno un desfile de caras largas? ¿cómo entusiasmar al público recitando los nombres de quienes hacen guardias y más guardias durante horas?) Jacinto Olmedo expresa:

—Algo pasa... Algo fuera de programa, señores y señoras de la República... Sí, eso es... Ahora lo vemos... Precedido por una motorcada de... seis, ocho, diez, catorce, veinte... de veinticuatro policías de tránsito, se aproxima a este magno Auditorio Municipal el Primer Mandatario del País, el Señor Presidente don Tito Livio Gómez de Lara, quien, abandonando los muchísimos deberes que fatigan su atención, ha venido, desde la capital del país, a rendir homenaje al gran impulsor de nuestro desarrollo económico y social, don Eugenio Olid Orellana, su amigo...

El arribo del Presidente a Nueva Castilla, no anunciado a Rebul o Balda por el Estado Mayor (Sección Segunda) trastornó sus planes de reposo. El señor Tito Livio Gómez de Lara, luego de la guardia ante el féretro, pidió que se le invitara al sitio donde, unos años antes, decidió el futuro político de que ahora gozaba, el entrañable don Eugenio Olid. Recordó el buen café que Sofía Vaquero sabía hacer y solicitó una tacita. Sebastián había sido mandado a dormir. Sofía descansaba en su alcoba. Sin testigos, los tres charlaban. Lo que más preocupaba a don Tito Livio, y no tardó mucho en plantear el tema, era averiguar cuál sería la actitud que el Grupo Olid, muerto don Eugenio, asumiría respecto al gobierno de abogados, humanistas y tecnócratas que encabezaba.

Miguel se había puesto los anteojos de gruesos aros y su rostro adquirió una severidad muy apropiada. Indicó, reflexivamente:

—Nuestra actitud ha sido invariablemente amistosa hacia el Gobierno de la República. No veo por qué variarla ahora, señor Presidente.

Gómez de Lara, que lo gustaba sin azúcar, removió el café con la cucharita:

—Lo sé... El señor Olid, y pruebas sobran en la Historia, fue siempre amigo del Gobierno. Pero, como usted ha dicho hace un momento, si los tiempos cambian las personas cambian igualmente...

—El Grupo Olid seguirá fiel a su política de brindar pleno apoyo a las Instituciones... La muerte de don Eugenio Olid no modifica nada... El Grupo Olid, como por televisión me permití expresar, no es una persona: es un organismo cuyos recursos han sido puestos, íntegramente, al servicio de la economía nacional...

El Presidente lo escrutó. Cuidaba sus palabras, buscaba un sitio firme donde asentar el concepto.

—Me complace oírle decir eso...

—Me complace decirlo...

—Al trascender la noticia del infausto deceso, en la Capital corrieron ciertos rumores alarmantes.

—Estoy informado, señor Presidente.

—Hubo compras de pánico en el mercado de los dólares.

—Nuestros bancos —explicó Rebul— surtieron sin esfuerzo ni problema la demanda... Para las seis de la tarde, la cresta de la ola, como se dice, había pasado... Se espera un día tranquilo mañana; esto es, hoy...

—Ojalá sea así... El país no está en condiciones de padecer sobresaltos de esa naturaleza.

Habló Balda. También él tenía algo que decir, asi no fuese más que una repetición de lo que ya había dicho Rebul:

—Por lo que a nosotros respecta, no tiene usted por qué preocuparse, señor Presidente... Hemos sido, somos amigos del Gobierno Federal; seguiremos siéndolo en tanto que...

Don Tito Livio Gómez de Lara, de profesión abogado, volvió a mirarlo, ahora al sesgo, lentamente:

—¿En tanto... qué...?

Intervino Miguel:

—Para utilizar una afortunada expresión suya —le dio coba, a la que lo sabía sensible— la relación Olid-Gobierno continuará en los mismos términos que hasta ahora, y aún mejores, mientras usted, el Gobierno, mantenga las mismas reglas del juego. De otro modo...

—¿Sí? —un temor oscuro agitó al Presidente.

—De otro modo, señor, tendríamos que garantizar, en al-

guna forma, la seguridad de nuestros intereses... Lo que es legítimo, ¿no le parece?

—Sí, claro. Legítimo —el Presidente puso al lado, en la mesita donde Olid jugaba a la canasta, al ajedrez o a hacer todos los días nuevos millones frescos, la taza de café apenas probado—. Puedo asegurarles, señor Rebul, señor Balda, que nada variará; que nuestras relaciones serán, incluso, incrementadas... El Gobierno debe siempre recoger la experiencia de ustedes, promotores, responsables de Nuestro Milagro Económico... recoger esa experiencia y aplicarla en otros campos menos explorados, menos afortunados... Nunca dudé que nos ligaba una amistad igual de firme que de profunda... Señores, amigos, las reglas del juego continuarán inmutables durante mi Administración y si cambian será para mejorar...

—Perfecto, señor —apuntó Miguel, levantándose porque el Presidente Gómez de Lara acababa de hacerlo.

—Miguel —el Presidente hablaba ahora sin almidón en la voz, llamándolo por su nombre, como antes—. ¿Podría pedir a usted un favor?

—Menciónelo, señor Presidente.

—Me gustaría que aceptara una invitación a desayunar que nuestro Ministro de Finanzas va a formularle por orden mía... Me gustaría que comentara con él, ya en el lenguaje de ustedes los financieros, lo que entre amigos, a título particular, hemos hablado aquí... Le agradecería que me lo orientara, usted que sabe tanto... ¿Podré agradecerle a usted ese nuevo servicio, Miguel?

—Tendré mucho gusto en servirlo, señor.

Iban los tres hacia la puerta. El Presidente pareció recordar algo. Se detuvo:

—Ah... He resuelto, señores, emitir un decreto para que Nueva Castilla lleve en el futuro otro nombre... Que se llame ¿les parece? Olidia, O-li-dia, en reconocimiento a su verdadero fundador, el hombre que la colocó en el mapa del progreso...

—Agradecemos tal distinción para nuestra ciudad, pero, conforme a las instrucciones que don Eugeio dejó, y que debemos acatar al pie de la letra, me temo que nos vemos obligados a pedirle que no produzca tal Decreto, señor Presidente... Nueva Castilla debe seguir llamándose así...

Pareció consternarse el Presidente Tito Livio Gómez de

Lara. Al cabo de unos parpadeos propuso algo que Balda y aun Rebul, hallaron aceptable:

—¿Y si la llamáramos Castilla de Olid?

—Castilla de Olid... Se oye bien, señor Presidente.

—Previo Visto Bueno del Congreso, la rebautizaremos así...

Cuando llegaron a la acera, donde, rodeado de motociclistas y coroneles, esperaba al Presidente un largo automóvil de sólido blindaje, Miguel Rebul escuchó una nueva sugerencia del señor Gómez de Lara que lo alarmó:

—He resuelto, también, que a partir de mañana se guarden tres días de luto general en esta provincia. Es una forma muy bella, creo, de honrar a nuestro don Eugenio.

Saltó Miguel:

—Muy bella, bellísima, señor Presidente, pero muy costosa. Resentiríamos enorme pérdidas...

—¿Pérdidas, dice usted?

—Cuantiosísimas —enfatizó Balda; y Miguel:

—Incalculables. Piense que durante las treinta y ocho horas que duró el paro en las unidades de mieles del ingenio, el pasado diciembre, perdimos treinta y ocho millones de pesos...

—O sea —ilustró Rafael—. Un millón a la hora.

—Si interrumpimos la actividad de nuestras plantas durante setenta y dos horas como usted propone, las pérdidas totalizarían setenta y dos millones... Don Eugenio sería el primero en no consentir semejante despilfarro... —Con una cordialidad no común en él, Rebul rodeó con el brazo la cintura del mandatario, que iba armado—. Dejemos, señor Presidente, las cosas como están, de ese tamaño... No hagamos alto en el camino, don Tito... El país necesita dinero, mucho dinero... Sigamos produciéndolo, ¿le parece...?

Estuvo conforme el Presidente. Si no querían cambio de nombre a la ciudad, no lo tendrían; si no querían tres días de duelo, tampoco los tendrían. Allá ellos. Se iba tranquilo, sintiéndose libre de toda deuda de gratitud, ahora que Olid era difunto. Conocía, creía conocer, la posición del Grupo hacia él y su gobierno. Reiteró a Rebul el ruego de que desayunara con su Ministro de Finanzas. Recibió de Rebul la promesa de hacerlo.

Con sus veinticuatro sirenas a todo grito, los motociclistas partieron. Camino al aeropuerto, parecía que iban tirando de un largo gusano negro de reluciente piel.

5

A la rudeza torpe de Isaías Fuentes, que es su segundo, el comandante Omar Cervantes prefiere métodos casi nunca violentos —y, por ello, casi siempre más crueles y eficaces. Conoce el valor de la paciencia y si el tiempo no apremia, utilizarla es uno de sus recursos predilectos. De origen militar. Fuentes golpea hasta que los presos dicen lo que él quiere que le digan: rara vez la verdad, lo que ayudaría a los investigadores.

Cuando llegó a Las Palomas, el comandante Cervantes se encontró con una novedad desagradable. Dionisio Campos, el muchacho que capturaron mientras peroraba contra Olid en el Bulevard, estaba agonizando.

—¿Qué hicieron con él, Isaías?

—No aguanta nada el niño ese, comandante.

—Conteste. ¿Qué hicieron con él?

—Lo de siempre, y ya está muriéndose.

El médico residente en Las Palomas, un tal Luis Cobo, explicó a Cervantes que Isaías había torturado a Dionisio Campos llenándole el ombligo con pólvora y haciéndola arder con la brasa de un cigarro.

—¿Lograron siquiera que dijera algo?

—Dijo que, según sabe, los *Atlantes,* o la Liga 27 de Mayo, una de las dos bandas, quiere robarse al señor Olid y pedir, como rescate por su cadáver, la libertad de cien presos políticos, de aquí y de la capital...

Al informe de Fuentes añadió Luis Cobo el suyo:

—Esa fue su segunda declaración, comandante. Antes, hizo otra.

—¿Que dijo en ésa?

—Habló también de que los *Atlantes,* secuestrando a Olid,

iban a exigir que por televisión se presentara a por lo menos cincuenta de los *Pumas*...

—Están locos esos idiotas... —comentó Cervantes—. El gobernador McGregor nunca aceptará en público, y menos por televisión, que los Pumas existen...

—Es lo que el muchacho dijo, comandante.

—¿Morirá, doctor?

—Es probable que sí.

—Manténgame informado...

Cervantes se encerró en su oficina. Se humedeció la cara con agua fresca. Decidió no secarse. Empezaba a encontrar la punta del ovillo. Los *Atlantes,* los más radicales del Frente Urbano de Liberación (comando que se había formado a raíz de la matanza de universitarios y politécnicos, en abril del 74) buscaba, realizando una hazaña así de brillante, recuperar un poco del prestigio que había alcanzado con los secuestros de junio y julio, y la ocupación de casi veinte jets de línea; prestigio que perdió cuando algunos rufianes que no perseguían reivindicaciones políticas o ideológicas, se dedicaron a cometer latrocinios que acreditarían al FUL. Olid, el cuerpo de Olid, podría convertise en valiosa mercancía permutable. Para recuperarlo, las compañías Olid, el gobierno de la provincia, quizá también el de la República, pagarían lo que se les pidiera; o, como parecían ser los propósitos del Frente, se verían forzados a presentar públicamente a los *Pumas* —equipo de agentes especiales a quienes se confían tareas que no conviene encomendar a la policía o al Ejército, y cuya existencia se apresuró a negar enfáticamente el gobernador McGregor, de visita en la ciudad, la noche misma en que esos jóvenes civiles endurecidos en espartanas disciplinas de cuartel y manejados por invisibles jefes militares causaron entre el gremio estudiantil (que conmemoraba con su desfile un antiguo sacrificio) una matanza peor que aquella por la que, en silencio, caminando por las calles de Nueva Castilla se manifestaban. Luego de indicar: "Estudiantes de tendencias políticas antagónicas fueron culpables de la masacre", el gobernador rechazó la pregunta de cierta cautelosa prensa: "¿Están los *Pumas* al servicio de su gobierno, aquí y en otras ciudades de la provincia, señor?". Dijo: "Ya es tiempo de acabar con esa mentira. Los llamados *Pumas* no existen; no han existido nunca. Son invención de los reporteros sensacionalistas". Se

le exhibieron fotos donde los *Pumas* aparecían golpeando, tiroteando, apresando estudiantes, fotógrafos, transeúntes, incluso gendarmes. McGregor las miró con displicencia, les negó valor documental. "Ustedes, que todo lo saben, díganme en qué departamento de mi gobierno están encuadrados esos *Pumas*. Enséñenme, no fotos que cualquiera puede retocar, sino recibos, nombramientos, documentos, algo que nos permita creer que cientos, o miles como ustedes dicen, de estos individuos cobran por servicios a la Administración... ¿Cuadrillas de choque? Pues ustedes acusan, prueben dónde entrenan, quién las manda, a quién benefician... Vamos, amigos, seamos serios: no echemos a volar la fantasía. Los *Pumas* no existen..." Alguien planteó preguntas incómodas: "¿Quien mató a los muertos, señor Gobernador? ¿quién ametralló a los heridos en el Hospital Civil? ¿Va a investigarse la matanza?". McGregor prometió: "En cuanto haya denuncias concretas, y como muestra de mi absoluto deseo de aclarar los acontecimientos, procederemos contra los responsables de la zacapela...". Hubo denuncias, pero las investigaciones se diluyeron en la nada. Al parecer, visto el desinterés de las autoridades, la memoria colectiva prefería olvidar a los *Pumas* para no tener que seguir recordando a sus víctimas. Los *Pumas,* que habían sido temporalmente dispersados, volvieron a Nueva Castilla, reanudaron su labor. La memoria del Frente Urbano de Liberación seguía viva, activa... Cervantes hubo de admitir que el plan era bueno, ingenioso. ¡No les falta imaginación a los extremistas...! Incautado por el FUL el cadáver de Olid, el gobierno (del Presidente al Gobernador al Alcalde), estaría obligado a desdecirse, a aceptar que, en efecto, la hacienda pública paga el salario de los *Pumas* provocadores. Sonrió. Pensó en ocho o diez de los que le antipatizaban y los imaginó confesando ante las cámaras que eran, en verdad, lo que sus jefes pretendían negar. Con la camisa sucia que se había quitado, se limpió el sudor del pecho y las axilas. ¿Qué cara pondría McGregor si se viera obligado a...? El cansancio lo vencía. Cuando Miguel Rebul venía a Castilla la vida de Cervantes, invariablemente, se dislocaba. Más, hoy. Había tenido un día difícil. Seguiría teniéndolo, por lo visto. Llamó por teléfono a su mujer. Ella le informó que no había cedido la fiebre que estaba quemando al más pequeño de sus hijos. Quizá fuera algo más serio: pulmonía. Cervantes se alarmó.

Debía pedir una ambulancia a Petroquímica, de donde él dependía. Apenas pudiera, la vería en la clínica. Colgó y, para estar seguro, realizó personalmente la gestión que le había encomendado hacer a su esposa.

Cuando entró en la deshabitada sala donde por costumbre se realizaba la mayor parte de los interrogatorios, Omar Cervantes no había resuelto aún qué método iba a usar con Mario Corrales, el más importante de los tres detenidos en el Auditorio. Su récord lo describía: agitador desde el 71; ateo; marxista; hijo de un obrero muerto en un enfrentamiento con la milicia; miembro del FUL. Se tenían sospechas, aunque no pruebas, de que había sido becario de la Universidad Lumumba de Moscú y que conocía los métodos de terrorismo urbano gratos a los coreanos del norte. No se consignaba que estuviese afiliado a los *Atlantes*. Una nota, de puño y letra del primero que lo castigó, informaba: "Hay que apretarle mucho para que hable. Tipo duro. De respeto..."

Cervantes montó a caballo en la única silla que amueblaba el largo cuarto y apoyó los brazos, y en éstos la barba, sobre el borde del respaldo. Dijo al agente de guardia:

—Trae al de pelo crespo...

Si lo habían golpeado, ninguna huella lo proclamaba. Anillas de acero inmovilizaban, por la espalda, sus manos. Cervantes pensaba en su hijo enfermo. "Dios: que no vaya a ser pulmonía." Tato, el primogénito, murió de eso. No deseaba otro luto tan pronto en la familia. Propuso:

—Confiesa y acabemos...

—Nada tengo que decir —contestó, altivo, Mario Corrales.

—Vas a confirmarme algunas cosas que sé; es todo...

—No sé nada de nada.

—¿Qué te proponías atacando el cadáver del señor Olid?

—Nada.

—¿Por qué llevaban una bomba incendiaria?

—Para calentarme el café.

—¿Por qué tu amigo —Cervantes leyó el nombre en la tarjeta—: Roberto Cortina Grajales intentó balacear el cuerpo del señor Olid?

—Pregúnteselo a él.

—¿Eres *Atlante?*

—Le voy al *Castellanos*...

—Los *Atlantes* no juegan futbol, niño. Pertenecen, como

tú y otros equivocados, al Frente Urbano de Liberación; al FUL, si prefieres... ¿Militas en el FUL?

—¿Con qué se come eso?

—Oye esto para que veas lo que sabemos de ti —Cervantes recitó los datos que sobre Marios Corrales, su familia, sus amigos, sus compañeros, había anotados en la tarjeta. La información era muy completa—. Como te consta ahora, conocemos cantidad de cosas relativas a ti...

—Si todo lo sabe ¿para qué hace más preguntas?

—Mira criatura —propuso, conciliador— ahórrate molestias y ahórrame trabajo. Sólo quiero saber qué se propone hacer el FUL. Fallaste tú; fallaron tus amigos... ¿Qué sigue?

—No sé —Corrales miró el techo, distraído. Como todo en esa habitación, era blanco. Por alguna razón, no tenía miedo.

Sin alzar la voz, comentó Cervantes:

—¿No será, muchachito, que el FUL y sus *Atlantes* quieren secuestrar al señor Olid y pedir, para devolverlo, la entrega de presos políticos y la presentación, al público, de los *Pumas*? ¿Qué sabes tú de eso...?

Para un policía de su experiencia no pasó desapercibido cuánto impresionó a Corrales lo que acaba de indicar; tanto, que Corrales abrió la boca para decir algo y luego apretó las mandíbulas, como si temiera decirlo. Corrales sabía del plan (lo supo temprano, esa mañana) aunque no participaba en él. Atacar con la molotov el cadáver de Eugenio Olid o a balazos agredirlo, era un proyecto particular, absolutamente suyo y de Roberto Cortina Grajales, que no hubieran aprobado el Frente y, menos aún, los *Atlantes*, su brazo ejecutor. Desde hacía tiempo había oído que se maquinaba un secuestro grande, el de Olid, por ejemplo, y pedir algo, igualmente grande, a cambio. Ahora Cervantes le informaba qué. El comandante insistió. Deseaba marcharse. ¿Estaría ya su hijo en la clínica de Petroquímica? Si Mario Corrales colaboraba. Tenía instrucciones de no ser rudo con él. Podía presionar a la amiguita de Mario (buen recurso, viejo y probado) pero lo reñiría Miguel Rebul y en estos días estaba obligado a ser muy cuidadoso si deseaba conservar su empleo, en peligro si, como ya se rumoreaba por allí, había reorganización en las empresas del Grupo.

—Nada sé...

—Óyeme bien, Corrales. Ayúdame a terminar mi trabajo y

te prometo, palabra de honor, que en un par de días te vas... Eres culpable, pero de nada, de nada, te vamos a acusar. Coopera. Sólo eso te pido. Coopera. ¿Cuéntame como está el plan para secuestrar el cuerpo del señor Olid...?

El silencio de Mario Corrales fue la única respuesta. Llamó entonces al agente que había traído al muchacho. Algo le susurró. Corrales lo vió asentir; luego, marcharse. Escuchó también:

—Y traigan a la muchacha... —Cuando estuvo a solas con Mario, Cervantes se acercó a él. Mario se puso en guardia, temiendo el golpe por sorpresa en el estómago, el rodillazo en los testículos; el ataque, con el canto de la mano, a la garganta. Sólo hubo palabras—. No me obligues a hacerte cosas feas. Habla y acabemos...

Quizá envalentonado, Corrales dijo:

—¿No le pagan por averiguar qué hace la gente decente en este cochino país? ¿por qué me pregunta cosas a mí...?

Volvió Cervantes a montarse en su silla. "En cuanto mi niño sane y acabe este lío, voy a dormir una semana completa", pensó. "Ahora viene la presión, el chantaje", pensó Corrales. "Aquella vez le apretaron a mamá. Hoy este hijo de perra lo hará con Rosa María. Lo que no sabe es que ella es dura, es mujer de revolucionario", y se sintió fuerte, importante.

El agente volvió con Rosa María, también esposada. Los seguían cuatro tipos, corpulentos y oscuros, sin chaqueta, inconfundiblemente policías. Cervantes no se ocupó de mirarlos. Le bastaba saber que estaban allí.

—Oye, muchachita —habló el comandante, sin buscarle la cara, con la suya todavía entre las manos— tu novio está queriendo demostrar lo que ya sabemos que es: muy valiente, muy leal, muy hombre... Le he pedido que me ayude, que confirme unos datos. Un sí, un no, bastarían. No quiere... Ahora te pido a ti que lo convenzas...

Gritó Mario Corrales:

—No hables. No les digas nada. Nada.

Rosa María parecía estar muy asustada. Nunca antes había pisado una cárcel. Nunca antes, tampoco, la habían tenido a solas en un cuarto, rodeada por individuos siniestros, de mirada torva, que le hacían señas y le decían cosas obscenas. Mario le había dado una orden y ella acataba. No abrió la

boca. Por lo demás ¿qué podía informar si todo lo ignoraba? El comandante Cervantes, que no conseguía enfadarse, que experimentaba un enorme fastidio por tener que desahogar esa diligencia, reiteró:

—Ayúdame, ayúdalo a él y nada pasará...

—No... —por Rosa María respondió Mario.

Cervantes se alzó, suspirando:

—Conste: por tercos los dos, no me dejan otro camino.

Hizo a un lado la silla, violentamente, y el salón, que no tenía más luz que la de un alto foco, se vió más amplio, diríase que más vacío.

—No vaya a pegarle a ella —le advirtió Mario.

Cervantes no se dió por aludido. Gruñó a los otros cinco policías:

—Desnúdenlo...

Lo dominaron, entre todos, fácilmente. A tirones le arrancaron la ropa. Como una cáscara le sacaron de encima el pantalón, el calzoncillo. Uno ya sabía lo que tenía qué hacer. Con una llave de lucha aplicada al cuello paralizó a Mario Corrales.

—Listo, comandante... —El tipo conocía su oficio. Mario Corrales no podía hablar, moverse, gritar; casi, respirar.

Tres de los hombres, abierta la bragueta, se manipulaban el miembro delante de la muchacha, que se replegó buscando el amparo de la pared.

—Es tu última oportunidad, Corrales —anunció Omar Cervantes—. O me cuentas lo que sabes, lo que has oído decir, o dejo que ellos te monten delante de tu amiguita... Tú dirás...

El que lo sujetaba aflojó un poco la *china* para que Mario Corrales pudiera responder; pero Mario Corrales, medio asfixiado, pegó de gritos, lanzó tres o cuatro fuertes amontonamientos de palabras que no llegaron a ser frases; pretendió zafarse. El agente apretó el brazo y volvió a ponerlo quieto.

—Tú lo quisiste, niño... —suspiró Cervantes, como si lo lamentara. Se volvió a uno de los otros; el del casquillo de oro en un diente demostró estar ya listo, príapico y risueño, para cumplir la orden—. Tú, dale...

Los agentes obligaron a Mario Corrales a doblarse por la cintura, a separar las piernas. Súbitamente, cuando ya el policía le había puesto la mano en el hombro y buscaba violarlo,

el muchacho se ablandó, dejó de resistir. El que lo sofocaba le permitió caer. Desde el suelo, vencido, humillado, dijo que hablaría.

—Váyanse... —Los policías salieron de prisa; con su propio calzoncillo en la mano, el sujeto del diente dorado.

Sollozando, avergonzado, Mario Corrales dijo lo poco que sabía: en efecto, según había oído decir... Lloraba también Rosa María. Comprendía. Perdonaba. Tal vez hubiera sido para él más fácil resistir los golpes, las quemaduras, el ahogo en el barril de agua helada, que *eso*... Sintió amor y piedad (no sabía si más amor o más piedad) hacia el jovencito con quien, apenas anoche, en el asiento de un automóvil, se había iniciado en la pasión del sexo. Después de recoger los informes (que no eran mucho, pero que eran mejor que nada) Cervantes permitió que ella juntara su cuerpo al de Mario. Dispuso que el agente de guardia en la puerta les quitara las esposas. Autorizó que se les reuniera, hasta nueva orden, en la misma celda .

—Denle a él algo que ponerse, a los dos una cobija y qué comer... Denles —los miró con simpatía, tan cerca uno del otro, como huérfanos— denles lo que quieran...

Atufado, Isaías Fuentes lo abordó en su oficina. Le parecía absurdo que Cervantes se hubiera limitado a interrogar, así por encimita, a Mario Corrales y a su muchacha. Si el comandante deseaba, él podría hacerles confesar lo que fuera necesario.

—Déjalos en paz... A esos dos no se les toca. Si lo haces, Fuentes...

Retrocediendo, lo calmó Fuentes:

—Okey, okey... Ni un pelo se les va a tocar...

—Más vale que lo entiendas. —Ya para salir, pues había resuelto ir a la clínica, dijo—: Y ve haciendo el informe, completo y con detalles, de lo que le pasó al otro muchacho...

—¿Qué vamos a hacer con el fiambre?

—Rinde tu informe, y ya decidiré...

Lo que Cervantes acababa de indicarle por teléfono preocupó a Miguel Rebul. "¿No van a dejarme dormir siquiera unas horas?" Se desnudó y en el cuarto de baño hizo gárgaras con

un líquido antiséptico, fuertemente oloroso a menta, para encubrir el hedor del vaso de whisky que había bebido antes de apagar la luz y tenderse a reposar. Por el interfono llamó a Balda a su recámara y lo puso al tanto.

—Te esperaré abajo.

—¿Llamo al chofer y a los de seguridad?

—Déjalos, pobres diablos.

Rafael Balda se ofreció a manejar el auto, un sedán Olid común:

—Pasemos por Sofía.

—Bien.

—Hay que ordenarle al general que refuerce la vigilancia. Con helicópteros, o algo así...

En la penumbra, con sólo un parpadeo, estuvo de acuerdo Rafael Balda:

—Este asunto de los terroristas hay que arreglarlo de una vez por todas, Miguel... Está visto que el inútil de McGregor les tiene miedo...

—Me ocuparé de ello personalmente.

Pensando en voz alta, indicó Balda:

—Hoy, quieren el cuerpo de don Eugenio. Mañana o pasado te querrán a ti, a mí... a nuestros hijos.

—Si algo nos ocurriera, las órdenes son no ceder, no pagar, no negociar. Hazlo una vez y te obligarán a doblar las manos, siempre...

—Claro que no hay que ceder, Miguel, pero no puede uno matar a la mitad de los estudiantes.

—Matarlos ¿para qué? Tienen líderes. Hay que buscarlos. Oírlos. Dejar que nos oigan. Si es indispensable, averiguar cuál es su precio... Ponte al habla con ellos.

—Cuando pase todo esto...

—Esos muchachos que hoy arman barullo terminan trabajando, más tarde o más temprano, para nosotros. Que tomen conciencia de ello...

—Ahora están muy politizados, y éstos no son nuestros tiempos, Miguel.

Con cierta amargura, evidente en su voz, comentó Rebul:

—¿Hay alguien que no esté dispuesto a venderse, si la oferta es razonable?

Con otras palabras, aunque con semejante intención, Rafael Balda había oído a don Eugenio Olid decir muchas veces

algo parecido. "Todo tiene un precio. Aun las mujeres que presumen de ser decentes tienen el suyo. Para algunas, ese precio es el matrimonio...", y el viejo reía porque había vivido de sobra para saber que era verdad.

Con lo mejor de su habilidad, que no era escasa en sus años de profesión, el arzobispo Maximiliano Castro se defendía de las comisiones que pretendían obtener de él un permiso que sólo Miguel Rebul, o quizá, también, Rafael Balda, podían otorgar.

—Repito, señores —empezaba ya a fatigarse— que las disposiciones de don Eugenio Olid fueron muy claras y terminantes: nada de homenajes; nada que ofenda, aun después de muerto, su humildad de auténtico cristiano.

Rebatían —como lo hizo el jefe de los Caballeros de Colón (Capítulo de Nueva Castilla):

—Por su propia grandeza, el señor Olid no puede pertenecer sólo a ustedes, sus amigos. Es un bien de todos nosotros. Por eso pedimos...

—...exigimos

—...demandamos

—...reclamamos que se nos permita acompañarlo hasta su última morada.

El Gran Maestro de la Logia, don Alfonso Espinosa Tornel, solicitó, a nombre de los masones de Nueva Castilla, el privilegio de rendir un homenaje privado al Ilustre Difunto. Amigo de Espinosa Tornel, y en ocasiones huésped de su *foursome* en el *Country Club*, el arzobispo Castro barajó los mismos argumentos. ¿No era bastante tributo a don Eugenio haber hecho guardias, allí, en el Auditorio?, por qué no dejaban a los señalados por él cumplir la orden de conducirlo a hombros, sólo ellos, al camposanto de Avemaría?

Los técnicos en relaciones públicas estaban pasando sus malos ratos. Cuando fracasaban con el arzobispo, a ellos acudían, en procura de apoyo, los que insistían en formar parte del cortejo. Gente de primera, VIPs a los que no podía ofendérseles, desdeñándolos: delegados de las cámaras de comercio y turismo; directores de agencias internacionales: Cruz Roja, FAO, BID, UNESCO, etcétera, que habían hecho viaje desde la metrópoli; representantes de la banca y la industria de

transformación; miembros de la Legislatura local; caudillos gremiales; en pleno, el equipo *Castellanos* que llegaba del aeropuerto; catedráticos de la Universidad y de los Tecnológicos de la comarca; pintores, poetas, cineastas, novelistas y demás becarios Olid —todos, embravecidos, alegando derechos de amistad, de lealtad y cariño, exigían, sí, exigían (igual que el Decano del Cuerpo Diplomático, cuatro o cinco embajadores y por lo menos tres Ministros del Gobierno Federal) no sólo ser fotografiados contiguos al féretro, sino escoltarlo a...

—Eso, caballeros, no puedo decidirlo yo... —dijo el arzobispo cuando los grupos, los delegados, las comisiones rompieron el orden que los mantenía aparte, unos de otros, y lo rodearon, manoteando, empujándose, tratando de ser oídos antes que los demás.

Providencial le pareció a Monseñor Castro la aparición, allá al fondo, de Miguel Rebul y de Rafael Balda, que llevaba del brazo, cabizbaja, enlutada, de lento andar, a Sofía Vaquero,

—Señor Arzobispo, tenemos derecho.

—Caballeros, escuchen... Allí viene el señor Rebul. Hablen con él...

El señor Rebul, cuando fue abordado por los gesticulantes, vociferantes, se mostró inflexible:

—Un poco de orden, por favor... Debemos respetar, todos, ustedes y nosotros, la voluntad del señor Olid.

A nadie sastifizo la negativa de Rebul. Consideraron que era demasiado egoísmo el suyo privarlos del triste placer de acompañar al Hombre a su tumba. Los grupos se apartaron. Tuvieron cónclave de susurros. No obstante lo tardío de la hora, las filas seguían gruesas, continuaban fluyendo, arrastrando los pies sobre el parquet, ahora ya no pulido, del Auditorio. Por la mitad iban ya los cirios. El aroma de la cera enrarecía, con el confuso olor de la multitud, el ambiente.

El general Medina halló a Rebul en el privado. Produjo un rápido parte de novedades. El Batallón de Asalto (las mejores tropas a sus órdenes) ofrecería la protección que por teléfono había exigido Rafael.

—Cincuenta paracaidistas —explicó, trazando con el plumón un diagrama rojo sobre el cristal del escritorio— cincuenta elementos absolutamente de fiar, con oficiales seleccionados por mí, nos escoltarán hasta la orilla de barranco... Quince, al

flanco derecho; quince, al flanco izquierdo. Vanguardias, diez. Retaguardia, diez...

—Me parece que es demasiada tropa...

—Preferible pecar de más que de menos, Miguel.

—¿Dónde está ahora esa gente?

—Afuera, lista en sus transportes. Además...

—¿Sí?

—El resto del Batallón vigilará la ruta... Por Bulevard Olid hasta Independencia... Tomamos 27 de Agosto para doblar a la derecha por Avenida Constituciones hasta alcanzar la carretera vieja... ¿Apruebas?

—Sí.

Sofía Vaquero ocupaba nuevamente la butaca en la que había pasado, sentada y silenciosa, la mayor parte de la noche. Afectuoso, la acompañaba Rafael Balda. Entró el arzobispo, seguido por Élfego Sotres Rocha, director de Relaciones Públicas de Petroquímica Olid, en el valle.

—Déjalos, pobres diablos.

Rafael Balda se ofreció a manejar el auto, un sedán Olid común:

—Miguel: la gente sigue amotinándose. No hay poder humano que la convenza de que don Eugenio no quiso que se hicieran fantochadas...

Categórico, Rebul:

—La respuesta sigue siendo: no.

—Si me permites decirlo, Miguel, creo que podría haber una fórmula para conciliar lo que ellos desean y lo que nosotros no debemos concederles...

—¿Cuál?

—Proponen, y me parece aceptable, transportar ellos a don Eugenio, turnándose cada equis número de cuadras, de aquí a la barranca... De ese modo, cumplirían su afán de llevar la caja, recibirían prueba de que no los hacemos menos y no quebrantaríamos la obediencia que estamos obligados a guardar a la orden del señor Olid.

El jefe de Relaciones Públicas, del que Rebul sólo recordaba que tenía un nombre imposible, apoyó la propuesta del arzobispo:

—Así, nadie se sentiría discriminado. Es importante que todos queden satisfechos, ¿sabe usted?, para no estropear la imagen del Grupo... Calculo que por lo menos veinte comi-

siones tendrían chance de tomar parte en este ¿cómo explicarlo para que me entienda?, en este desfile de relevos...

—Está bien. Ya lo dijo. Ahora puede retirarse —ordenó Miguel. Desconcertado por no recibir ningún comentario, Élfego Sotres Rocha retrocedió.

Dijo Maximiliano Castro:

—Eugenio sólo pide que lo llevemos, a través de la barranca, a Avemaría... No aclara empezando dónde... o mejor: no define desde qué punto determinado debe partir su cortejo...

Cuestión ésta, reflexionó Rebul, que podía considerarse interesante. Entraron, atrincherados en las más abrigadoras de sus ropas, Sergio Porcela y Héctor Deschamps; un momento después, casi pisándolos, el alcalde Zentella.

—¿Es cierto, don Miguel, que el sepelio va a efectuarse en Avemaría? —preguntó ansiosamente.

—Por orden del señor Olid, así será, Zentella.

—En Avemaría, un pueblo rabón, no hay garantías ni facilidades para

—Si no las hay, Zentella, haremos que las haya.

Zentella, así cuidara de no demostrarlo, estaba positivamente furioso. Sepultar a Olid en Avemaría, esa zahurda, significaba un gran tanto a favor de su colega, el alcalde Carlomagno Inguarán. ¿Quién, sino él, que no tenía ningún mérito, iba a figurar en los periódicos, en los documentales cinematográficos, en la televisión, en la historia? Él, Júpiter Zentella, que había trabajado a fondo las cuatro o cinco últimas horas organizando la sorpresa de una movilización de masas, el espectáculo extraordinario de una marcha multitudinaria por esas calles de la ciudad, era puesto al lado, reducido a ser una mera presencia pasiva. (El gobernador Ulises McGregor, por razones hasta entonces no del todo nítidas, guardaba secreto el Visto Bueno que Rebul había dado a la candidatura de Zentella, y éste, en consecuencia, sentía perder terreno, prestigio, estatura, ante quien actuaba ya como sucesor de don Eugenio.)

Habló el general Medina:

—Todo lo que haga falta lo mandaremos a Ave.

Ordenó Miguel a Júpiter Zentella:

—Ocúpese de que los servicios municipales de transporte lleven gratis a todos los que quieran ir.

—Usted lo dispone, señor...

Abandonado ya por los extraños, el despacho del director parecía, de lo silencioso, vacío. Rebul y el general estudiaban la ruta propuesta; Rafael aportaba alguna pastilla para aliviarle el dolor que comenzaba a crecerle en la cabeza a Sofía; con un mondadientes, Deschamps se limpiaba las uñas. A causa del mucho coñac, el médico Porcela tenía agrio el estómago. Componiéndose los pliegues de la sotana, volvía del cuarto de baño el Arzobispo.

—Está bien... —dijo Miguel, cansadamente. Los detalles, aun los más nímios, habían sido analizados. La vigilancia suplementaria de dos helicópteros garantizaba un desfile sin temores. ¿Qué insensato pretendería medir su astucia, por grande que fuera, contra los numerosos paracaidistas?

—Todo caminará sobre ruedas, Miguel —prometió, satisfecho y seguro de sí mismo, el general Medina.

—Eso espero, general. —Eran las tres de la madrugada con once minutos. Resolvió Miguel Rebul—. Es hora de empezar.

Incluida Sofía Vaquero, todos se pusieron tensos como si fuera El Amo Grande quien les hablara. Le correspondió a Rebul el derecho de ser el primero en salir del despacho. Afuera, hizo saber a Los Notables que había resuelto permitirles conducir, por turnos, en la forma que les sería explicada, el féretro del señor Olid desde el Auditorio hasta el borde de la hondanada. A partir de allí, los íntimos de Olid continuarían el traslado.

Hubo murmullos aprobatorios, sonrisas de gratitud, guiños y cabeceos significativos. Los hombres de Relaciones Públicas (Élfego Sotres Rocha más que ninguno) respiraron aliviados. Todo mundo, al fin, quedaría complacido.

Después de equiparse con la gran chaqueta de piel que del auto le trajo su asistente (además de algunas otras cosas) el general Teófilo Medina Irigoyen convocó a la tropa. Con sus armas cortas, sus cascos muy ceñidos y sus camaleónicos uniformes, los cincuenta paracaidistas se desplegaron como se les había dicho: quince a cada lado; diez adelante y diez atrás del féretro.

—¡Aaaaaaatencióooon! ¡Yaaaaaa! —la voz del general fue obedecida: los Guardias cerraron distancias y formaron un cerco de ametralladoras portátiles en torno a la caja negra y a quienes (seis miembros de la Cámara de Comercio de Nueva

Castilla) les correspondió, por sorteo, ser los primeros en sostenerla.

Vista desde un helicóptero, parecía (palabras de Jacinto Olmedo para consumo del auditorio del país que muy temprano vería el video-tape) "una cuarteadura a través de la cual es posible asomarse a la claridad que hay del otro lado del tiempo"; descrita desde el nivel más modesto de la tierra firme (crónica que le valdría al doctor Laviana ganar la «Pluma de Oro» que se otorga al mejor texto periodístico del año) semejaba un "río de lava despeñándose en la tiniebla de un abismo". De un modo o de otro, la columna que seguía al ataúd de Olid era un sinuoso resplandor en movimiento —la suma, según los menos exagerados, de cincuenta mil antorchas, entre las que ardían, produciendo humaredas polícromas y surtidores de escamas luminosas, otras cincuenta mil bengalas, originalmente calculadas para que en una hora gastaran el metro de su longitud.

Al frente de esa incandescencia, entre el silencio de las calles de una Nueva Castilla insomne y apesadumbrada, que se acodaba en las ventanas para ver lo que parecía ser un ensayo de la procesión del Jueves Santo en la que también hay teas humeantes y chisporroteos similares a los de un soplete de soldador —marchaban, al ritmo previsto, mantenido por el paso invariable de los paracaidistas de la escolta, las comisiones que cargaban a Olid, los fotógrafos que recogían los grandes y aun los mínimos detalles del acontecimiento, y en compacto grupo, los seis hombres y la mujer a quienes el difunto había designado depositarios de su cadáver, como lo fueron, en vida, de su confianza, su afecto, su amistad.

Por el frío, todos parecían ir fumando. El espectáculo de los hachones era deslumbrante y había que abonarlo (pensó Rebul) a la magra cuenta de aciertos del alcalde Zentella. Le agradó que hubiera usado su imaginación; que hubiera resuelto quemar las antorchas y las bengalas que los pirotécnicos de la provincia fabrican para ser consumidas durante las fiestas tradicionales del valle: Navidad, Año Nuevo y el día santo de la Semana Mayor en que Nueva Castilla, como hoy, se convierte en asombrada espectadora de sí misma.

Este amanecer no hay risas ni jaranas, cohetes o saetas:

sólo rumor de pasos que se van dejando comedidamente sobre el pavimento, y que "pone la carne *chinita*, de gallina" como, usando el lugar común, comenta el general. El único otro ruido que se percibe es el que producen, entre el aire, los helicópteros: uno de las Fuerzas Armadas; otro, de la televisión. Los pilotos militares se mantienen en contacto, a través de un *walkie-talkie*, con el edecán de Medina. Se ha informado a Miguel que el comandante Cervantes acaba de completar una redada y que unas tres o cuatro docenas de socios conocidos del FUL están en Las Palomas o en la cárcel municipal.

Precaución que molesta a Rebul —en cada crucero, en cada coincidencia de avenidas vigila un tanque con torreta de doble cañón. Encendidas sus luces blancas, rojas y azules, las autopatrullas recorren las calles paralelas a la que va ocupando la columna. Tanquetas antimotines viajan, sus reflectores bien metidos en los quicios, media cuadra más allá de la punta del cortejo.

Una gigantesca letra Z al rojo vivo marcada en el pecho de la ciudad, está humeando todavía allá abajo cuando el más exacto de los relojes declara que en Nueva Castilla la madrugada alcanza las tres con cincuenta minutos.

Abierta entre la noche y el día, una hendidura del ancho de una uña promete un amanecer verdoso. Nueva Castilla, sus hombres y sus mujeres, y también los que vinieron de lugares remotos, forman horizonte al borde de la barranca. Describiéndolos, Jacinto Olmedo produce otra de sus metáforas. Larry Pavlevich dispone suspender el control remoto apenas Miguel Rebul, Balda, el arzobispo Castro, Deschamps y Porcela reciban, de manos de los últimos porteadores, el ataúd que ocupa Olid.

Luciendo la cuarta chaqueta diferente de la jornada, Jacinto Olmedo concluye la primera fase de un trabajo informativo que inició la víspera, en el aeropuerto, a eso de las seis de la tarde y que culmina, faltando uno o dos minutos para las cuatro de esta madrugada, que ya exige un trago, en el sitio donde la llanura de Nueva Castilla baja a la cañada de Agualimpia.

—A partir de este momento —informa a su auditorio— estamos obligados a respetar la postrera voluntad de don Eugenio

Olid... No habrá, así, testigos para la marcha a través del formidable tajo que se adivina allí, en la semi penumbra... Ahora que los más cercanos amigos del señor Olid han iniciado el descenso, nosotros concluimos una etapa más de nuestro deber informativo... Alrededor de las catorce horas lo reanudaremos desde Avemaría, donde habrán de ser sepultados los restos mortales del prohombre desaparecido... Jacinto Olmedo, el productor Larry Pavlevich, el personal técnico que hace posible esta transmisión, nuestros patrocinadores, deseamos a ustedes...

La caja apenas pesa. El arzobispo, Sofía y el general van a la zaga. Los cuatro que llevan a Olid siguen una vereda llana, amplia, sin duda muy pisoteada y el descenso, en el primer centenar de metros, se realiza fácilmente. Hay neblina y, piensa Rafael, es como estar sumergiéndose en la pileta de una casa de baños.

El general ha tomado la precaución de colgarse en bandolera, por encima de la chaqueta forrada con zalea de borrego, tres considerables cantimploras que le preparó el sargento asistente. Atesorará cada una dos litros de líquido. Sofía Vaquero se ha puesto sobre el vestido negro un abrigo que también huele a naftalina; un pañuelo blanco le recoge el pelo. Supone Rebul que la sotana impedirá más tarde, cuando la vegetación se espese, el andar ahora rápido del arzobispo.

—Vean bien dónde pisan, para no caerse —sugiere Miguel y luego ordena—. Caminen parejos...

—Él tiene razón —secunda Deschamps, sus ojos inútiles en la oscuridad a medias—. Nada ganamos, ni llegaremos antes, poniéndonos a correr. Más vale ir pian pianito...

Balda murmura:

—El general debería ir adelante...

—Déjalo —dice Rebul—. Donde está estorba menos...

Es como si estuvieran en un limbo gris, más húmedo a medida que en él penetran. Apretada, la niebla sólo aprueba que miren justo el sitio donde les corresponde asentar la planta del pie. Piensa Deschamps: "Suerte que no ha llovido. Un resbalón, y ¡al carajo!" Tres estornudos seguidos preocupan a Porcela, "Seguro: va a darme catarro." Advierte uno como dolor en sus huesos. Se reprende por haber dejado en casa su

maletín lleno siempre de "Muestra médica. No negociable. Prohibida su venta".

—Si Svenson no discute innecesariamente los términos del acuerdo de octubre...

—No discutirá. Está conforme —ataúd de por medio, habla Rafael Balda.

—De ser así, asumiríamos una posición de ventaja...

—El tipo parece un hueso, pero no lo es.

Al mover la mano, Miguel encuentra la cabeza de un clavo que sobresale de la tapa:

—Hay que cuidarse de ésos.

—Svenson juega abierto. Va a lo que quiere.

—Todos vamos a lo que queremos.

—Es menos complicado que nosotros... Todo parece ser claro en él...

—"Parece" has dicho. A veces, averiguar que alguien no lo es te sale costando un huevo.

—La que está bien es su mujer...

—Sí... Tiene un aire de puta que... —Igual de fría que la bruma, recoge Rafael la opinión de Rebul. Invariablemente sus comentarios sobre las mujeres resultan ser, en el mejor de los casos, despectivos.

Ahora, en la soledad de la cañada, Rebul se siente expulsado del mundo; separado de aquello que para él tiene importancia. Le hace falta un teléfono, un vehículo para su voz: un receptor para las respuestas que demanda o los informes que requiere. Ha supuesto siempre que sin él al tanto de ellas, las cosas no marcharán. Por eso no se concede, como Balda, las mínimas satisfacciones: ir de pesca, que le gusta; jugar al golf, que le haría bien; esquiar, que parece interesante; tumbarse al sol, en la Isla. No viene al caso pero recuerda algo que publicó la semana anterior uno de esos pasquines que se ostentan como de oposición: "La Reforma Agraria le saca la vuelta a las haciendas de Olid, a las propiedades rurales del viejo oligarca, para no afectarlas. ¿Es posible, con tales ejemplos, creer en la justicia social de que tanto habla el Presidente?" El frío es más severo de lo que suponía. Hay una acometida muy ligera de dolor en su duodeno: ese irritante, amortiguado dolor que enfurece. De todos modos, así sea tempranísimo, un sorbo de algo lo calentaría. Escribió la otra noche, en su cuadernito: "¿Cómo dormir tranquilo si escucho pisadas de hombres

en la luna?" Ha llenado docenas de blocks con palabras que olvidaría inmediatamente si no las anotara. No lleva un *Diario*. Sólo un recuento de pensamientos, de ocurrencias. Don Carlos Rebul, su padre, hacía lo mismo. Cuando ha leído esos breves textos de estricto uso personal ha podido conocerlo (conocerse), justificarlo (justificarse). Constituyen, se le ocurre pensar, la crónica privada de algunos momentos de su vida; los momentos incompartibles de su tensión, de su ebriedad. ¡Lo que llegaría a saber de él quien tuviera acceso a sus propias libretas... ! Pero están seguras donde las esconde. Quizá algún día las cederá a Eugenio Rebul (o permitirá que las encuentre) para que de ellas derive una poca de enseñanza.

Aunque la caja no pesa mucho (entre dos, supone, podrían transportarla sin mayor esfuerzo) las agudas aristas empiezan a molestar su hombro, desacostumbrado a estos trabajos. Su memoria recupera la imagen del padre: su rostro sanguíneo, su orgulloso bigote, su porte formidable. La familia, ellos tres, comen en silencio. Papá, hoy también, ha vuelto mordiéndose los pelos del mostacho. Irascible. Inabordable. Temerosa, mamá no le habla; casi tampoco lo mira. Recibe Miguel un vago: "Hola", dejado caer, al pasar, sobre él, niño que se queda con las ganas de mostrarle las excelentes notas logradas en la escuela. Papá anda, como dice la vieja nana, ido, ausente. Del Banco trajo el aliento alcohólico de los coñacs que antes iba a beber al bar de La Lonja y que ahora consume a solas en su despacho. Su esposa quisiera rogarle que espaciara los vasos de vino que llena y vacía como si no se diera cuenta. Teme su cólera. Mas, respeta una conducta que le parece, en caballero como él, injustificada. "¿Siguen las dificultades?", es lo único que se arriesga a suponer, cuando ya al borgoña suceden el café y el *Martell*. Carlos Rebul y Barrientos, bufa: "Siguen, sí. Olid insiste... Pero, ¡no!" Mamá, mirando la greca de la servilleta, contando con la uña del meñique los hilos verticales, aventura: "Un arreglo, ¿por qué no... ?" Papá afirma el puño izquierdo en la mesa; el agua que hay dentro del vaso de mamá sufre un temblor: "Con ese bandolero, nunca..." Eso fue hace mucho tiempo —quizá cuando el pino del que esta caja fue hecho era tan tierno como lo era, ese día, en que oyó hablar por primera vez de Eugenio Olid, el Miguel Rebul adulto que hoy lo conduce, en su ataúd, al cementerio.

Apartándose de Sofía y del general Medina, al que la señora Vaquero le niega la palabra, el arzobispo Castro arrima la orla de su sotana, que empieza a empolvarse, a los pies de Rebul.

—Quiero hablar contigo, Miguel.

—¿De qué, Padre?

—De mi viaje de regreso. Estoy preocupado.

—¿Por qué razón?

—Me pregunto si llegaré a tiempo a la capital.

—Llegará. Esté seguro.

—Anoche, después de mil llamadas, el Padre Velázquez, mi secretario allá, consiguió que me reconfirmaran el boleto para salir hoy por la noche a Roma.

—¿Cuál es entonces su problema?

—Cómo ir de aquí a la capital, hoy mismo. Ése es mi problema.

—Tranquilícese. Terminada su misa, Padre, un helicóptero lo llevará al aeropuerto y de allí, lo mandaré a la capital en el jet de Rafael o en el mío...

—Confío totalmente en tu palabra, Miguel.

Algo más adelante, la parda vereda se convertía en angosto cuello de botella y monseñor Castro desistió de marchar al parejo de Rebul y de los otros tres y, deteniéndose, esperó a que se reunieran con él la atufada Sofía Vaquero y el general Medina.

(Invisible, porque el cielo algodonoso no muestra fisuras, un helicóptero ronda por encima de las nubes. Ha de estar volando al ras de ellas pues, en ocasiones, los que conducen el féretro sienten golpes de viento, como si estuvieran bajo un abanico eléctrico.)

—No vaya a caernos encima el muy idiota... —rezonga, atrás, el médico Porcela. Estornuda y sacude la caja.

—Va muy alto —lo tranquiliza Deschamps.

Rafael Balda ha estado pensando en Jo. Lo que Rebul le propuso, al parecer casualmente, como si apenas se le hubiera ocurrido, le parece bien: soluciona para él varios problemas que empiezan a inquietarlo. Casada con Eugenio Rebul, Jo deja de ser motivo de preocupación para su padre (¡esas correrías en las que anda; esos amigos que la rondan; esa promiscuidad a la que parece estar aficionándose!) y pasa a serlo de su marido, y quizás más que de éste, de su suegro: el disciplinado, disciplinario Miguel Rebul. El rigorista y casi

puritano tío Miguel. El de la amarga, infeliz vida privada, Miguel Rebul. Por medio de esa alianza (su hija casada con el hijo de Miguel) asegura todos los años de su futuro, y no se refiere al dinero, que lo tiene en abundancia. Se garantiza, de esa suerte, la libertad que necesita para vivir, ahora que ha dejado de interesarle luchar. Luchar ¿para qué? Miguel Rebul luchará por el clan: por Eugenio; por Jo-es-posa-de-Eugenio; por los hijos que de ellos vengan; por Rafael Balda, amigo, socio y, pronto, pariente político: consuegro. ¿Quiere Miguel hacer todo, pensar por todo, resolver todo, estar en todo? "No seré yo quien se lo impida." Pregunta:

—¿Te sientes cansado?

—No.

Estornuda Porcela nuevamente y la caja, por lo brusco del sorpresivo sacudón, está a punto de resbalar del hombro de Héctor Deschamps.

—¡Cuidado, señores! —En la voz de Rebul hay algo de furia; como un eco, el dolor sigue rondándole el duodeno.

Como lo acomete otra descarga de estornudos, los tres compañeros de Sergio Porcela se detienen. El abogado Deschamps, él solo, soporta el extremo del ataúd que le correspondería alzar al médico. Rebrilla la pequeña lámpara lapicero que lleva el general:

—¿Qué sucede? —inquiere, en guardia.

—El médico está enfermándose —explica Deschamps.

—Un, chtsss, catarro... chts, bárbaro...

—¡Jesús, María y José! —invoca Sofía.

—Salud, médico —expresa el Arzobispo.

En la penumbra que empieza a ser muy ligera, Miguel observa al general descolgar del hombro una de las cantimploras. Lo ve librarla de su tapa de rosca, beber unos sorbos de lo que contiene, limpiar la embocadura con la palma de la mano, y cederla al médico.

—Échese un buen fajo... y se sentirá bien

—¿Qué es, general?

—No será veneno, médico. Chúpele y no pregunte.

Desconfiado, o quizá sólo con repugnancia porque debe aplicar sus labios al mismo orificio en el que ha puesto los suyos el general Teófilo Medina, bebe Sergio Porcela. Después del primer trago, abre mucho la boca como si necesitara llevar

a sus pulmones aire nuevo, fresco, en abundancia. Está atragantándose. Tose golpeadamente.

—¿Qué le dio, general?

Medina Irigoyen ha retirado de las manos de Porcela, que sigue arqueándose, la cantimplora forrada de lona verdeoliva y la cede al Director del Grupo Olid:

—Coñaquito... Pruébalo. Es del fino. Te hará bien para este friazo...

—Coñac ¿tan temprano? —Rebul finge un pequeño asombro.

—Medicina, diría yo, ¿verdad, médico? Toma un poco; no vayas a enfermarte tú...

—Como medicina, pase... —accede, hipócritamente. ¿Por qué lo avergüenza beber en presencia de otras personas? El sorbo es grande. Casi enseguida una luz se enciende en su cabeza; una onda de calor, o varias ondas concéntricas van llegando a su pecho, su vientre, sus brazos, su espalda.

Propone la cantimplora a Rafael, y Rafael, con la mano izquierda que no se ocupa del ataúd, la admite. En el silencio del frío brumoso se percibe, claro y rápido, su deglutir.

—Su turno, abogado... —invita Balda, y la cantimplora viajando por encima de su hombro, llega a la retaguardia del féretro.

Dominados sus estornudos, Porcela ha vuelto a meter la cuña de su hombro debajo del cajón negro y da, así, oportunidad a que, sin dejar de caminar, el abogado Deschamps participe del coñac.

El arzobispo se rehusa. No quiere iniciar el día bebiendo licor tan fuerte. Pero el razonamiento de Teófilo Medina lo convence: "Imagínate, Padre, que no es el primer trago de hoy sino *otro* de los de anoche." Ríen todos, y el religioso que pronto será Cardenal y que quizás hubiera llegado a ser santo, se moja, y no avaramente, la garganta.

La única que se resiste es Sofía. Ella no desea beber, no desea mancharse el aliento con la pestilencia del alcohol; preferiría, en todo caso, una de las galletas de nuez que lleva en la bolsa del abrigo. Miguel la persuade:

—Se sentirá mejor, Sofía. Ande. Un traguito.

—Sólo porque usted lo ordena, don Miguel...

Ahora, que han de ser las cinco y que cumplen sus primeros sesenta minutos de marcha descendente, corresponde al

arzobispo contribuir con su ayuda. Podría reemplazar a Porcela que, a pesar del coñac, no se siente restablecido. Más alto que el resto, Castro obliga a modificar el método de traslado. Como no puede ponerse la caja al hombro (hacerlo equivaldría a echarle todo el peso de ella a Rafael, que va adelante, del mismo lado) Miguel Rebul propone, y ellos aceptan, tomar el ataúd por la base y, como si estuvieran alzándolo del piso, llevarlo así.

Unos pasos los convencen que el procedimiento no es adecuado y sí fatigante.

—Hay que buscar otro modo de cargarla —propone Rebul, que está alterándose.

Eligen un lugar donde, cuidadosamente, colocan el féretro. Por el barranco se encallejona el viento que los hace tiritar. La niebla mantiene su consistencia. El talud, no muy acusado, se extiende sin límite.

Deschamps, que se ha propuesto ser ameno, servicial, simpático en presencia de quien ahora tiene facultad para confirmarlo en el sueldo que devenga o mandarlo al archivo de la jubilación, inicia una charlita para dar tiempo a que el general y Sofía, que vienen rezagados, siempre sin hablarse, terminen de llegar:

—¿Sabe que anoche el padre Castro nos enteró de un secreto de don Eugenio?

—Tenía muchos, Deschamps.

—Éste es el más insospechado, creo.

La voz gangosa, impedida ya por lo que le empieza a chorrear abundantemente por la nariz, comenta Porcela:

—Yo lo conocía, pero él me comprometió a no mencionarlo.

Inquiere Balda:

—¿A cuál de todos sus secretos se refiere?

Susurra el abogado:

—Don Eugenio era franciscano...

—¿Fraile, el señor Olid?

Aclara Castro:

—Fraile, no, Miguel... Pertenecía a la Orden de los Terciarios.

—Don Eugenio no pisó una iglesia en siglos.

—Es cierto, Miguel. Pero no dejaba de estar en contacto con Dios. Lo sé bien.

—Usaba, además, un cilicio...

Sofía, dos pasos adelante, seguida por el general, se incorpora al grupo. Busca Deschamps la confirmación de lo que acaba de decir:

—¿Es cierto o no, Sofía, que don Eugenio usaba un cilicio...?

—¿Un qué...?

—Una cuerda con la que se mortificaba la cintura —le aclara el arzobispo.

—Ah, sí... Rasposa y llena de nudos —asiente ella.

—Lo ven —indica Deschamps, jubiloso—. Éste era uno de sus secretos...

y Sofía lo recuerda desnudo, como aquella tarde, correteando por el living; haciendo zumbar lo que ahora la enteran que se llama cilicio y que ella nombró siempre: la reata, el cinto, con el que a don Eugenio, ciertos días, le daba por azotarla y, también, por dejarse azotar; y lo recuerda así, pelledjudo el vientre, veteadas de rayas blancas las nalgas escuálidas, los bracitos de hueso y pelo, gritándole: "Párate, mocosa. Párate ya...", a la zorrita que Yvette le había remitido para que se dejara babear un rato, sí, mas no a que le lastimaran la piel con verdugones que le durarían semanas; y lo recuerda, así, jadeante, sin poder hablar porque a su edad no es fácil recuperar el aliento, tirado en la butaca, sudoroso, todo él cólera porque la niña no se dejó alcanzar y ha cerrado por dentro la recámara; y se recuerda diciéndole: "Déjela, no sea malvado", cuando él exige que la saque de allí y se la traiga para castigar en el sofá su desobediencia y se recuerda

El arzobispo está diciendo:

—... y con él hostigaba implacablemente sus carnes, aun durante sus enfermedades. ¿Alguien más admirable que Eugenio...?

Sofía, ahora, pide otro sorbito de coñac. Meloso, pues ella demuestra menos hostilidad hacia él, se lo brinda el general Medina.

—Bueno, hay que seguir —dispone Miguel.

Balda y él alzan la caja y, con la seguridad con que los albañiles transportan anchos, pesados girones de madera entre el enredo de los andamios, se la ponen: aquél, sobre el hombro derecho; éste, sobre el izquierdo. Ahora corresponde a

Miguel ir atrás: la mejilla en contacto con la madera rugosa, Ambos ajustan la cadencia de su andar. Ganan metros con rapidez. Es preferible que solamente dos, y no cuatro como empezaron haciéndolo, lleven el ataúd.

Los otros no se apresuran. En la niebla, que continúa adelgazándose, retumban como explosiones los estornudos del médico. El arzobispo Castro, que no quiere contagiarse ("Llegar a Roma a meterme en cama, con fiebre y mocos, ¡no!") se aparta de él. Camina atrás de todos. Inventa la necesidad de alzarse la sotana en el matorral para darles, entre la bruma, una larga ventaja.

—Bueno... —rebate el general— De acuerdo: nadie es perfecto, y menos Geno...

—Tenía lo suyo, como todos —es lo que Deschamps, cautamente, opina.

—Pero hombre, lo que se dice hombre, sí que lo era... Y muy bueno, además, si se le encontraba el camino del corazón. ¿Verdad, Sofía?

—Sí. Muy bueno era...

—Cuando se es tan rico como él —reflexiona Deschamps— los actos de un hombre son juzgados con otro criterio, vistos con otra óptica. Se le atribuyen intenciones a veces bien distintas de las verdaderas...

—Mi compadre Eugenio era un señor de una sola pieza, no un dos caras. Cabrón, con permiso de usted, Sofía; cabrón, digo, si era necesario serlo, y un niño bueno como un pan casi siempre...

Después de beber, el general Medina pone la cantimplora, que ya casi no pesa, en manos de Sofía. Ella bebe también como si no se diera cuenta, y la deja colgar de su propio hombro.

—Acá Sofía lo conocía mejor que nosotros en sus debilidades y en sus grandezas. ¿Fue así? —una sonrisa distiende oblicuamente los labios, muy bien dibujados, de Héctor Deschamps.

—Usted lo dice, abogado: así fue...

Porque va a decirles algo que cree importante y que merece la atención del abogado y de Sofía, y quizá la del médico Porcela y la del arzobispo Castro, el general Medina se detiene y los detiene con el impedimento de sus brazos abiertos. Poquito a poco aumenta la cantidad, la intensidad de la luz.

Ya es posible reconocer, con cierta nitidez, los rasgos. La nariz de Porcela es una esponja.

—Debería usted suspender aquí, médico. La pulmonía no respeta a nadie, lo sabe.

—Ni don Eugenio lo perdonaría ni Miguel lo autorizaría. ¿O será a la inversa? —comentó Porcela luego de estornudar tres veces en el curso de las catorce palabras.

Apartándose de él (¡ese temor al contagio!) dijo el arzobispo:

—Su estado de salud, que comienza a causarme preocupación, justificará que usted se marche, Porcela. Causa de fuerza mayor... Eugenio, desde donde esté, sabe que abandona usted por enfermedad, y Miguel Rebul no es tan inhumano para...

HACEN alto. Más que dejar de verlos han dejado de oírlos. En la bruma se enredan las palabras. No desea Miguel extraviarse en esa región incierta de la barranca en la que siguen penetrando. Tampoco desea que los del grupo vayan a variar de rumbo.

Balda está de acuerdo en que el general, con tanta palabrería, es culpable de que el cortejo se haya desmembrado y opina, secundando a Miguel, que ya chochea.

—Me gustaría mandarlo ahora mismo de regreso.

—A mí también —Miguel Rebul se frota las manos, entumecidas por el frío y la humedad.

—¿Has pensado en que es tiempo de jubilar a unos cuantos...?

—¿Conservarías a Porcela, al abogado Deschamps?

—¿Los conservarías tú?

—Tenemos muchos jóvenes en lista de espera.

—Hay que abrir caminos para ellos.

—De acuerdo.

Allí abajo, quizá un millar de metros tierra adentro, la temperatura es desapacible. Otro helado vientecito cava un hueco en la niebla y a través de él, muy al fondo, los ven caminando despacio, su atención puesta en el general que mueve los brazos rechonchos a medida que habla.

—Apúrense, que esto no es paseo... —grita Miguel y su voz, frenada por la bruma, no corre mucho.

—Ya vamos —responde el general, pero no aviva el paso.

Porcela acumula estornudos y ya nadie, ni el arzobispo, le desea *salud*. Siente que un dolor le maltrata la frente. Siente que el aire le llega, aún más gélido de lo que es, a la garganta, a los pulmones. Padece lo que en la región, con sentido de la imagen, llaman "cuerpo cortado". Quisiera largarse, buscar la querencia de su cama... Del hombro de Sofía, que la lleva como un bolso de mano, retira la cantimplora. Tal vez embriagándose un poco resista mejor el embate de lo que dentro de él, como temía, evoluciona de catarro común a gripa segura. ¿Cuántos mililitros de licor habrá vertido en su sangre desde que empezó a beber, anoche?

Cuando se reúnen con Rebul y con Balda, que se echa vaho en la palma de las manos, son reprendidos:

—¿No pueden caminar más aprisa? ¿No puede callarse un momento, general? Si queremos llegar a Avemaría hay que hablar menos y avanzar más...

—Cierto, general —concede Maximiliano Castro—. Hay que apurarse; si no, perderé mi avión...

En el *walkie-talkie* de Medina Irigoyen hay un rechinido. El piloto de uno de los helicópteros se reporta, sin novedad, a su base. Informa que quizá millares de vehículos (autos, camiones, tractores, buses, motos, bicicletas, aun carros tirados por bestias) han invadido, ocupándola por completo desde la entrada del valle, la autopista federal y por ella ruedan morosamente hacia la ya colmada Avemaría.

—¿Qué más? —indaga Medina.

—Va a hablar el comandante Cervantes.

A nadie que no sea Rebul podría rendirle informes Omar Cervantes. El general le cede el aparato a Miguel... Su pantalla, no mayor que una caja de cigarrillos, está oscurecida. A esa hora, la unidad de televisión que la provee de imagen aún no ha comenzado a operar.

—¿Jefe Rebul?

—Diga, Cervantes.

—Hasta las 545 aeme la única novedad es que han sido capturados veintitrés carteristas.

—¿Algo de Las Palomas que deba yo conocer?

—Estamos buscando a las personas que nuestros amigos mencionaron. Acaban de traerme a dos de ellas.

—Guárdelas hasta que esto termine.

—Afirmativo, señor. Es todo.

—Enterado. Cambio y fuera.

Rebul devuelve el transmisor/receptor al general y éste da por terminada la comunicación con los helicópteros y la central terrestre que controla y coordina sus vuelos. De no ocurrir algo imprevisto, alguna emergencia, el próximo enlace habrá de producirse dentro de una hora.

Dice Rebul:

—Queda mucho por caminar...

—Mucho —concede Medina.

—...y estamos perdiendo el tiempo, general, por culpa suya...

No concluye Medina la acción de beber que ya iniciaba:

—¿Mía, dices...?

—Habla, habla, habla y detiene a todos.

Eco de Miguel, recomienda Balda.

—Hay que caminar como al principio: rápido, sin cansarse... Si no se siente capaz de hacerlo, general, regrese.

—¿Volver? Nunca —Medina echa para adelante el pecho. Mueve vigorosamente el kepí—. Estamos con Geno y con él seeguiremos hasta llegar arriba.

—Eso queremos todos, general: llegar arriba —dice Miguel, algo ásperamente— pero, deteniéndonos, frenándonos, poniéndonos a platicar como en un día de campo, no adelantamos nada...

Asiente el general, sumiso. Él ha estado contando cosas sobre Eugenio Olid que los demás no conocen: cosas que es el momento, Miguel, de recordar, de valorar. En cierta forma, éste es el velorio que sus amigos hacen al más importante ciudadano de Nueva Castilla —tierra también de hombres secos que no creen en la posibilidad del mar... de valorar, de recordar. En su alcoba, él los escucha: sus padres disputan. Papá ha vuelto borracho. Mamá lo reconviene, con ternura y comedimiento, porque ¿cómo olvidarlo? sus iras suelen ser tempestuosas. El nombre de Olid cae de cuando en cuando, como gotas de ácido, en las palabras de la pelea. Miguel oye a don Carlos llamarlo ladrón de caballos, bandido, hijo de... El general Medina concluye la excusa que presenta a Miguel por la demora involuntaria en que ha hecho incurrir al grupo.

Balda levanta, por el extremo que le corresponde, la caja de Olid. Espera que Miguel haga lo propio por el opuesto. Siguen buscando el camino que todavía, a causa de la indeci-

sión de la luz, se esconde debajo de sus pies. El catarro se le ha vuelto ruidoso y, manía de viejo, cada media docena de pasos Porcela suelta un ¡ay! que irrita, por reiterado, a todos.

—Vuelva a su casa, doctor. Está usted muy mal —recomienda Sofía.

—Quisiera, pero hay que seguir esta comedia hasta el final...

Quizá porque Porcela enfatizó la palabra *comedia* se crea, instantáneamente, un estado de tensión, algo así de peligroso como un estado de alerta. Frente a ellos aparece el puente de luz de un arco iris. ¿Presagio de buena fortuna? Supersticioso como es, Balda se alegra de que el signo sea favorable.

—¿Qué es lo que quiere usted decir con eso de "seguir esta comedia hasta el final...?

El médico Porcela está bebiendo ahora, y al terminar de hacerlo, labios y lengua empapados de coñac, aclara:

—Eso nada más, *señor* don Miguel Rebul... Seguir la comedia hasta el final... Porque usted estará de acuerdo conmigo en que esto que hacemos es sólo una lamentable exhibición de hipocresía...

—Espera —dispone Miguel, y Rafael Balda se detiene. A una indicación de Rebul, depositan la caja en el suelo. Miguel Rebul encara a Porcela—. Comedia, primero... Hipocresía, ahora... son palabras que necesitan ser explicadas. Que exijo lo sean...

De pronto furioso, el general Medina planta sus dos manos en el pecho de Porcela, que se dispone a estornudar nuevamente, y lo zamarrea:

—¿Qué carajos está usted queriendo decir, mediquillo de mierda...?

Con un decidido movimiento de su mano derecha. Porcela se quita las del general que le arrugan las solapas del abrigo. Sonríe, al parecer. Un gesto borroso, de quien no quiere comprometerse, vuelve bobalicona su cara.

—Nada estoy queriendo decir. Las palabras no tienen sentido. No quise que las mías tuvieran ninguno, don Miguel.

A Medina Irigoyen no satisface la explicación e insiste en sacudirlo, ahora por un brazo:

—Usted dijo que éramos unos hipócritas.

—Calma, señores, por Dios —les propone Castro.

Entre Porcela y Medina se inserta Deschamps. Los aparta:

—Tranquilos, tranquilos... Aquí no ha pasado nada. Dense la mano y...

El general esconde las suyas detrás de la espalda:

—Yo no se la doy al hijodeputa que me dice hipócrita.

—No he dicho tal cosa, general, ni lo he aludido a usted. He dicho que todos participamos en un acto de hipocresía.

—De amistad, médico, si le parece...

—De hipocresía, porque... ¡espérense, déjenme hablar!... Todos, quien más quien menos, todos tenemos algo que resentir de Olid...

Es Miguel Rebul quien impone su autoridad no sólo para frenar lo que empieza a convertirse en un zafarrancho verbal, sino para continuar el viaje, que está padeciendo demasiadas interrupciones.

—Calle, médico, y usted también, general... Ahora, sigamos...

Pero Sergio Porcela, seguramente porque el coñac lo ha afectado en los cuatro o cinco últimos minutos, no obedece. Sigue hablando: la vista en los zapatos sucios, el pensamiento divagando en otros tiempos. Cuando nadie espera que lo haga; empieza a sollozar y luego, como si hubiera recobrado la furia perdida en los muchos años de servidumbre a que lo acostumbró Olid, se echa sobre el féretro y comienza a castigarlo con gritos y puntapiés.

—Asesino... Asesino...

La erupción de su cólera; el esfuerzo de las patadas; los gritos que cayeron en el charco de la niebla sin dejar ni el recuerdo del eco —lo vaciaron, lo serenaron, lo dejaron sin las explicaciones que nadie pedía pero que cada uno esperaba. Lo dejaron como si fuera otro; como si de otro, y no suyos, fueran los rencores que terminaron, al cabo de tantísimo tiempo, de tantísimo olvido, rebelándose contra su deliberada sumisión.

Medina Irigoyen es el único que elabora un juicio:

—Es usted un malagradecido, Porcela. Un malagradecido, sí señor...

Mortificado, el arzobispo Maximiliano Castro lo empuja sin miramientos:

—Basta, Teófilo... No es lugar ni momento para recriminaciones. Cállate...

Entristecida, y también llorando, Sofía Vaquero ampara al

médico Porcela que, en principio, la rechaza y termina dejándose abrazar por ella y por ella conducir a donde pueda reposar unos momentos, mientras se agotan sus sollozos;

y el lugar sobre el que Porcela y Sofía se sientan es una caja de madera pintada de negro, dentro de la cual llevan a Eugenio Olid a entregar al más modesto pedazo de tierra que jamás poseyó. Deschamps comprende que es una irreverencia, una gran falta de respeto, que una y otro apoyen sus traseros en el féretro y se dispone a intervenir, pero un gesto de Rebul lo congela.

—Lo que nos faltaba... —comenta Balda sin mucha claridad.

—Tarde o temprano lo que se lleva dentro, sale —dice Miguel, y pide al general la cantimplora. Le corresponde agotar, con el prolongado sorbo, su contenido.

Medina Irigoyen considera que es engorroso cargarla, inútil ya porque está vacía, y la dispara hacia la bruma lechosa que se asienta abajo. Varios segundos después perciben el ruido que la cantimplora produce al rebotar, quizá contra alguna piedra, y siguen escuchando, cada vez más leves y distantes, los que se agregan a ese primero.

—Está hondo el barranco. —La conjetura es de Héctor Deschamps.

—Así parece...

Confortado por Sofía, Porcela está ya tranquilo. Sin hostilidad, Miguel inquiere:

—¿Se siente mejor, médico?

—Sí, ya... —Porcela y Sofía se alzan, abandonando el asiento.

—¿Sigue con nosotros?

—¿Me lo permitiría?

—Naturalmente.

—Gracias. Yo quisiera... —hay algo patético, ahora, en Porcela. Carece ya de la arrogancia que lo envalentonaba. La voz que le escuchan ha envejecido. Su paso es de anciano— Quiero pedirles perdón a todos... Estoy algo enfermo... Son nervios... Perdón, en particular, a don Eugenio...

Le permiten que toque la caja que Miguel y Balda se han puesto nuevamente a hombros. Le permiten, también, que llore un poquito más. Empiezan a caminar.

—Calmadito, médico... —Le recomienda con dulzura, al pasar junto a él y Sofía, el arzobispo Castro.

—Gracias...

Un helicóptero, ¿otro? ¿el mismo de hace una hora?, viene, con su vuelo rasante, a perturbar la tranquilidad de la neblina. Los pasos, las voces, en ocasiones el rodar de una piedra, informan a Porcela y a Sofía Vaquero, que Miguel, Rafael y los demás, aunque no puedan verlos, continúan cerca y que un grito suyo puede alcanzarlos —y es entonces cuando Sergio Porcela oye otros gritos, los gritos de una niña de apenas dieciséis años, de aquella Carmita Porcela Vidaurri, huérfana de madre, que llama a Sofía para que la salve del viejo don Eugenio que se vuelve loco, que le enseña algo pálido y seco que se ha sacado de entre las piernas y que le dice palabras, cosas, que ella nunca antes ha oído y que

—¿Por qué, Sofía? ¿por qué, si usted estaba allí, dejó que aquello pasara? ¿por qué?

Demora mucho Sofía Vaquero su respuesta. Hace tanto tiempo de eso. Hay tanto olvido entre aquella tarde y este amanecer:

—Será mejor, médico, que no piense más.

—¿Podría... podría usted dejar de hacerlo si Carmita hubiera sido suya?

Como todos los jueves, el médico Porcela había ido, con Carmita, a comer a casa de Olid: rutina jamás alterada desde que la niña quedó huérfana y a su padre le fijó don Eugenio un día de la semana para que lo examinara, antes de beber juntos unas copas, gustar los platillos que le daban a Sofía fama de imaginativa cocinera, agotar una o dos botellitas de vino tinto y después, mientras jugaban a las cartas, pedir y entregar chismes de alcoba, habladurías en torno a los adulterios más sabrosos de Nueva Castilla; especular sobre la virtud de una, sobre el descaro de otra, hasta el anochecer.

Cuando era tan pequeña que don Eugenio no la toleraba en la mesa de los mayores, Carmita Porcela compartía la de la cocina con la señora Vaquero. Cuando aprendió a manejar los cubiertos y a no meterse los dedos en la nariz y, sobre todo, cuando su cuerpo se llenó de tantas y tan vistosas redondeces que nadie creía que tuviera quince años la noche que ganó el título de Reina en el baile Blanco-y-Negro del *Country* (el sarao de más postín en la provincia) la hija del médico fue admitida al lado de Olid, al que llamaba

también papá y del que se dejaba, porque no había malicia en ello, besar, acunar, palpar.

Y ese jueves, el que Sofía Vaquero no quiere recordar ni Porcela olvidar, Eugenio Olid y el médico bebieron fuerte antes de la comida y siguieron bebiendo fuerte durante ella, y cuando Sofía trajo el café y lo colocó a un ladito de la mesa verde, Carmita supo que era tiempo de ir a la cocina a ayudar a la vieja señora antes de ponerse a darle cuerda, como todos los jueves se lo permitía don Eugenio, a los varios relojes diseminados por la casa; el señor Olid se levantó también y de paso al baño habló por teléfono con alguien y quizá le dijo algo de importancia porque (así le pareció a Sofía) repitió dos veces las palabras que ya había dicho una, y dos veces también comparó la hora de su reloj de chaleco con la de uno de pared;

y marchaba la partida de cartas por la mitad, cuando el teléfono (uno de esos teléfonos de entonces: negros, con el auricular colgando de un ganchito y una ridícula bocina a la que había que acertarle para que no se desperdiciara la voz) empezó a cascabelear. Un hombre que se rehusó a identificarse ("El señor Olid me está esperando") pidió hablar con él y don Eugenio, aunque no acostumbraba aceptar llamadas a menos que supiera quién las hacía, acudió al aparato, y:

—¡Qué barbaridad...! ¿Cuántos...? Aquí está conmigo... Sí... Ahora sale para allá...

y colgando el auricular que parecía un tulipán en la horquilla del teléfono, regresó a la mesa y dijo:

—Vamos a tener que interrumpir, Porcela.

—¿Pasa algo malo, don Eugenio?

—Avisan que ha habido una explosión, con heridos y tal vez muertos, en Molino de Rosas... Será necesario que vaya usted allá, inmediatamente...

Como Jefe Regional de los servicios médicos de la (entonces) Compañía Industrial Olid, S. A., Sergio Porcela, así se sintiera harto de comida y algo beodo, estaba obligado a obedecer la orden. Molino de Rosas era, y es, en relación al centro de Nueva Castilla, un paraje lejano. Veinte años atrás llegar a él, por difíciles caminos sin pavimentar, exigía poco más de una hora de viaje. Hoy, siguiendo la autopista Olid, sobra con quince minutos.

—Dejaré a Carmita en casa y...

—No es necesario que se retrase, Porcela... Vaya directo a Molino... La niña se quedará con Sofía y conmigo.

Olid llamó a Carmita y se puso a jugar con ella a la baraja. El único de los juegos de naipes que la chica conocía era el más simple: adivinar cuál de las cuatro cartas propuestas tenía más probabilidades de ser igualada por la próxima que saliera del mazo.

Haciendo esto, atinando o fallando, Olid y Carmita Porcela pasaron el rato. Olid fue al cuarto de baño y, antes de regresar al living (desplazándose rápida, silenciosamente, en puntas de pie), cerró con llave la puerta que comunicaba éste con las otras habitaciones. Jura Sofía que, atareada en la cocina, no advirtió, hasta que todo hubo pasado, la malvada, ventajosa, incalificable acción de don Eugenio. Aunque nunca la ha creído, Porcela admite la verdad de su palabra.

Los que sí oyó, los que tuvo que oír, fueron los gritos que en la sala se alzaron; unos gritos de los que hablarían los vecinos de la casa contigua (había una, de viviendas, que Olid compró y mandó demoler al poco tiempo); un estrépito de muebles derrumbados, de cosas de vidrio que se rompían —y por último, un alarido, el terrible alarido del que Carmita Porcela Vidaurri se colgó cuando saltó, ¿o la obligaron a saltar?, por la ventana: por esa misma ventana que don Eugenio mandó luego enrejar con sólidos barrotes de hierro.

Al anochecer, cuando ha cumplido con los trámites que en un caso de esa índole se exigen, Porcela recibe, en presencia de Sofía, del Procurador (interino) de Justicia Héctor Deschamps y del coronel Teófilo Medina Irigoyen, el pésame que el señor Olid le ofrece con su largo, trémulo abrazo:

—Sé cómo se siente, querido Porcela... ¡Morírsenos así de trágicamente mi ahijadita...!

La versión que prevaleció fue la de que Carmita Porcela, de dieciséis años, muy linda y de hermoso cuerpo, sufrió un ataque de epilepsia y, sin que nadie pudiera evitarlo, se lanzó a través de la ventana al vacío. El peritaje oficial, que en persona formuló el Jefe de la Policía Judicial, coronel Medina, resumía: "Muerte Accidental". El informe del Procurador Deschamps, del que sólo se hizo una copia que terminaría desapareciendo de los archivos, no mencionaba en ninguna de sus dos páginas varios detalles significativos: por ejemplo: que antes de caer Carmita provocó desgarres en su ropa interior;

que en su cuello eran visibles varias escoriaciones y una gran hematoma, como si alguien hubiese pretendido estrangularla, ni que de entre sus dedos fueron retirados mechones semejantes en color al de los cabellos del señor Olid —del entristecido señor Olid qué no hubiera podido explicar cómo era que lucía una dentellada en el dorso de la mano derecha y varios largos arañazos en la frente.

El médico Porcela, que ha estado dejándose llevar por sus inciertos pasos, tropieza; luego, pisa en falso y se lastima, aunque no seriamente, un tobillo. Para que pueda frotarse, le ofrece Sofía Vaquero el sostén de su brazo. Luego, se miran:

—¿Por qué le hizo Eugenio *eso* a mi Carmita?

Ella, con la mirada dura que le llega muy adentro a Porcela, pregunta, reprocha:

—Después de *aquello*, ¿cómo pudo usted seguir siendo amigo del señor. . . ? ¿cómo fue que, estando en sus manos hacerlo, no lo mató, ni le causó un verdadero mal?

Él sacude la cabeza. Con los dedos se enmascara: quizá esté llorando:

—Desde entonces, Sofía, sé que soy más repugnante que el estiércol. . .

6

Apenas se funden los últimos harapos de la niebla, cae sobre ellos, animada por los pequeños ruidos de la barranca, la firme luz que ha de llevar horas quemándose en el cielo absolutamente despejado. A poco, la ropa de abrigo sobra. El general se hace líos con el chaquetón y sus tres cantimploras. Maximiliano Castro ha de librarse del alzacuellos. Sofía transpira. Miguel Rebul se protege, con silencio hostil, de la charla de los otros, de sus comentarios a propósito de ese calor que parece afectar poco a Rafael Balda y casi nada a Deschamps y al médico Porcela, algo mejorado (quizá a causa de la bebida en que insiste) de su ruidoso catarro.

Serán las ocho de la mañana. El de la luz recuerda el tono de la miel. Largas sombras frescas dejan tras de sí los que cargan el féretro —ahora: el general Medina, al frente, y a la zaga, con pasos a veces inseguros, el abogado Deschamps. Si a las ocho es así de intenso el calor, para las once, cuando estén cruzando los casi cuatro kilómetros que tiene de ancho el fondo de la cañada, será bárbaro. Rebul empieza a padecer sed; no la del que precisa agua para refrescarse: una sed de otro género: necesidad de proporcionarle a su cuerpo el alcohol que le está exigiendo. Podría pedir la cantimplora. Lo evita, para no disminuirse a los ojos de quienes lo respetan (y lo temen, que es mejor) por su ascetismo, su control y lo demás que lo convierte en modelo digno de imitación.

La pendiente, ahí, es fuerte, y aún no se adivina, entre la espesura, el fin del talud. Propone un alto el general Medina. Su gordura lo ha cansado. Buscan dónde plantar la caja negra que ahora exhibe, junto a las seis rayas verticales, las desportilladuras que le produjeron los puntapiés con los que

la agredió, al padecer su arrebato, hace ya tiempo, Sergio Porcela.

—Hay que refrescar —propone el comandante del Sector, destapando otra de las cantimploras, y Miguel Rebul nada dice que pueda ser interpretado como desaprobación.

No hay modo de procurarse una sombra y Sofía se inquieta, no por ella, aclara, sino por el cadáver:

—Con tanto calor ¿no le pasará nada a don Eugenio?

Pronunciadas detrás del pañuelo que ya gotea, suenan cavernosas las palabras del médico:

—Puede pasarle que se pudra...

—Diría yo, médico, que acabe de pudrirse quien lo estuvo toda la vida... —El comentario de Héctor Deschamps, totalmente inesperado, no encuentra respuesta.

Corresponde a Miguel Rebul beber el primero. Para no ahogarse, da un sorbo precavido. Cata el líquido que le humedece la lengua y experimenta, con la fuerza de un orgasmo, una abundante descarga de saliva. Es un buen whisky: ¿lo producirá *Destilerías Olid*? Sorprende una mirada inquisitiva: Rafael Balda lo atisba. Rebul se siente juzgado —y no favorablemente.

—Bebe tú... —le ordena, ofreciéndole la cantimplora, gorda, redonda y pesada como uno de los afamados quesos manchegos que en Santa Rita elabora Granjas Modelo *(División Lácteos Olid)*.

Lo obedece Balda.

—Para ser hecho por nosotros, no está mal...

—Es pasadero...

—A Svenson le encantó...

—A ése, por lo visto, le encanta todo.

El general Medina es el último en refrescarse. Bebe como perro (censura con el pensamiento el arzobispo Castro) a largos tragos ruidosos. Por los ángulos de la boca, el whisky resbala y le encharca las papadas. Con su pañolón rojo, obligatorio en la milicia (pero no a los oficiales) se enjuga por igual el sudor y el alcohol con que se mezcla.

—¿Otro traguito, Miguel?

—Ya está bien, general... Sigamos.

Con ayuda de Balda, Rebul levanta la caja y la coloca a hombros de los dos que todavía deberán llevarla otros veinte minutos. Ahora que el general Medina no los distrae con su

cháchara, los socios del cortejo marchan unidos, a buen paso, sin dispersarse. Los obstáculos que agrandaban, primero, la penumbra y, luego, la neblina, resultan fácilmente superables a plena luz. Miguel mira hacia lo alto y hacia atrás. El borde irregular de la barranca es una línea distante, imprecisa, mellada y sin filo.

—Estos lugares no han cambiado —resopla el general —En mis tiempos, cuando andaba por aquí, en las revoluciones, en la Guerra de los Curas, o persiguiendo contrabandistas, yo...

Rebul se desentiende. Gente tonta, el general lo aburre —y es de noche y ha oído las pisadas de su padre tratando de hallar en la oscuridad de la madrugada el camino del comedor, o, tal vez, de la cocina, y sigue oyendo los ruidos que produce al tropezar con las sillas; al tirar un cajón que se resiste; los rechinidos con que lo delata una duela del piso que enmudecería si alguien se decidiera a poner el clavo que le falta en el sitio donde coincide con la de junto. Hasta su recámara (en la que no puede dormir porque sufre miedo, porque tampoco, sin saberlo, le es posible sustraerse a la tensión que desde hace meses tiene enfermos a papá y a mamá) asciende la pompa sonora del *chuc* de lo que no puede ser más que el corcho siendo arrancado de una botella de vino;

y decide bajar, o por lo menos salir de su cuarto; pasar en puntitas frente al de mamá y papá (donde mamá estará dormida a estas horas que han de ser como las tres de la mañana) y asomarse, entre los barrotes de la escalera, al comedor; y desde ese su preferido observatorio del segundo rellano, recibe la sorpresa de ver que mamá, en camisón, acompaña a papá y que éste, en efecto, como lo pregonó el ruido, el *chuc*, está bebiendo un vaso de tinto;

cosa desacostumbrada en él, tan pulcro y aliñado, papá tiene abierto el cuello de la camisa, deshecho el nudo de la corbata; suelto el chaleco. Su pelo ha perdido el perfecto orden que la gomina le impone. Lo ve quitarse el saco de paño catalán, severo de corte, negro de color (¿o habrá sido azul marino, o gris oscuro?: ya no lo recuerda si es que alguna vez lo supo) y colocarlo, cuidadosamente como él hace todo, en el respaldo de la silla. Lo ve meter los pulgares detrás de las anchas bandas elásticas de los tirantes y estirarlas un par de veces como es inevitable que lo haga cuando se empantana

en un lento soliloquio o cuando, pensativo, se pone a dar vueltas por la sala. Le llegan sus palabras:

—Hay una posibilidad de arreglo.

—¿Con él...? ¡Qué bueno!

—Con él, no. Con él, nunca.

Mamá ha cometido una imprudencia. Lo sabe, y calla. Callar así, es como si retrocediera hasta el fondo de la silla de duro, recto respaldo en la que está sentada. Papá bebe, saboreándolo, el vino.

—El arreglo se hará con el Banco Holandés, de la capital. Ha enviado a un abogado. Me visitó esta tarde. Estará un tiempo aquí, estudiando los balances, los papeles todo... Si el informe es favorable...

Alza el vino, propone un brindis en silencio, bebe, casi con alegría, tal vez seguro de que sus preocupaciones están a punto de terminar. El Banco Holandés lo pondrá a salvo de la necesidad de someterse a la que sería para él la peor de las humillaciones —hacer negocios con ese forajido, usurero, explotador de putas, regente de burdeles, vendedor de armas a leales y traidores, solapador de alambiques clandestinos. ¡Puaff...!

Mamá lo abraza. Ella misma sirve un poquito de vino en el otro vaso y bebe. Papá, y así habría de ser hasta horas antes del final, empieza a dejarse adormecer escuchando sus desmesurados planes, que no son otra cosa (ni lo fueron nunca, admitirá Rebul cuando los analice con los conocimientos del técnico en finanzas) que sus propios, irrealizables sueños de grandeza convertidos en palabras.

Con suficiencia arzobispal, monseñor Castro conjetura que esos ruidos que Rafael Balda fue el primero en escuchar (y que ahora perciben todos) deben atribuirse a la agitación natural del viento.

—No son cosa del viento —lo contradice Balda.

—Tampoco creo yo que lo sean —expresa Rebul, con algo de aprensión.

—Más bien —indica el general—. Podría tratarse de...

Asiente Miguel Rebul y el general Medina prefiere no exponer completa su hipótesis. Sigilosamente ponen en el suelo la caja. Escuchan, buscando el origen de *eso*, demasiado mecánico para ser natural. El abogado Deschamps, urgido de orinar, clava su chorro a unos metros del negro bloque de madera —y otra vez, como varias antes, la cercana espesura crepita: clic, clic, clic.

Podría tratarse, piensa Miguel recordando el informe de Omar Cervantes, del comando de los *Atlantes:* ¿qué mejor lugar que éste, pleno silencio y soledad, para secuestrar casi impunemente el cadáver de Olid? ¿para matarlos a todos sin que puedan defenderse, saber siquiera de dónde les llegan las balas asesinas? ¿de qué sirve ahora la ayuda de los helicópteros que el general, por orden suya, ha mandado a ponerse en paz?

—General —lo llama, baja la voz.

—Ordena...

—Son *ellos*, creo.

No dice más; no tiene que decir más. El general, que conoce el peligro, asiente:

—Podrían ser...

Lo ve desenfundar su "Parabellum" reglamentaria: un gran objeto barrocamente tatuado con hilillos de oro en el cañón, en la empuñadura. Escucha el chac, chac que sus quijadas de acero producen cuando, para cortar cartucho, Teófilo Medina Irigoyen tira de ellas. Escaso armamento le parece una pistola. Más lo tranquilizaría que fuera un K-30 o algún otro compacto rifle automático.

—Quédense aquí, calladitos todos —susurra el general.

Su orden parece abarcar, porque la ha dicho mirándolos, sólo a Porcela (que poco ayudaría, con ese catarro en que tiene nadando la nariz), al arzobispo Castro, a Deschamps y a Sofía Vaquero. Sin tener con qué defenderse, Miguel Rebul se siente amiedado, en absoluta inferioridad. A nadie le confesaría que el pánico le ha llevado a la punta de los dedos algo de frío. Es la primera vez que su vida está amenazada (o podría estarlo) por un enemigo armado. Cazador por afición, hombre que trata rifles y pistolas en el polígono de la Fábrica Nacional de Cartuchos Olid, que conoce el suspenso de la búsqueda y no teme la sorpresa de la celada, Rafael Balda, aunque ansioso, está menos alarmado.

—Si esos cabrones empiezan a echar bala, tírense al suelo; háganse chiquitos... —dispone el general Medina.

Pero no avanzan, no acuden al encuentro de los ruidos

(tan diferentes a los otros ruidos que entre el follaje se repiten) porque el general busca, primero, localizarlos, calcular el lugar, o los lugares, de donde proceden. Como Balda, está seguro que no los produce la naturaleza —el viento o un animal—. Es posible, Miguel Rebul lo subraya, que miembros del Frente Urbano de Liberación vengan pisando sus pasos, o que, avisados por la televisión, se hayan adelantado a ellos. Jacinto Olmedo reveló anoche a su auditorio que el féretro sería trasladado de Nueva Castilla a Avemaría —y la hondonada, este desierto sobre el que cabalgó en sus tiempos de tropelero; este arbolado sobaco de la tierra es ¡si no lo sabrá, él que organizó tanto!, lugar ideal para un ataque guerrillero.

No avanzan porque esperan, para que los oriente, uno más, otro, de los ruiditos; y el ruidito se escucha al tiempo que el médico Porcela, él también, deja su orina sobre la humedad que causó antes Héctor Deschamps. El clic ¿o fueron varios? proviene de un lugar, deduce Medina, situado unos veinte o treinta metros hacia la derecha; un lugar, está ahora seguro, algo más arriba de éste donde han resuelto acampar.

—Están por allí —el general señala con la deslumbrante pistola sobrada de oros e iniciales, un punto indeterminado en el verdor. —Ábranse... sepárense... agáchense...

Siente Miguel Rebul que él, no habituado a este tipo de acciones, sin una navaja siquiera con qué atacar si es atacado, sobra allí. En todo caso, el único que debería enfrentarse a los *Atlantes* emboscados sería el general Medina, porque es, también, gracias a su arma, el único en condición de repeler los disparos.

Acatan, sin embargo, la orden del Comandante del Sector: el ágil gordo que lleva la "Parabellum" en alto como si quisiera, así, señalarse, decirles dónde anda entre el matorral. Años de experiencia le conceden la destreza que ahora exhibe para avanzar sin ser, casi, notado, oído. Nada parece que pesen sus ciento y pico de kilos. Taimado como un indio kikú (de los que por allí andaban antes de que el alcohol, las venéreas y los pistoleros de los fundadores de Nueva Castilla los diezmaran) don Teófilo y sus catimploras no alborotan las ramas: mueve apenas los arbustos: aplasta la grama con sus gruesas botas de cuartel sin producir ruido.

Balda ha levantado una rama seca. Medirá poco más de

un metro: recta, maciza, redonda como un bat de beisbol. Se siente, pues, armado, por más que ese brazo de árbol no sirva para defenderse de un tiro. ¿Lo tendrá alguno de los guerrilleros en el grano de la mira? ¿En qué momento lo atravesará, como si fuera una hoja más, el proyectil?

Quizá los que han armado la trampa, aguardan a tenerlos más al descubierto; más cerca; más en un abra. Ha leído Miguel Rebul (leer es ya, por lo excesivo de su trabajo, algo que sólo se permite cuando ha de sentarse en el inodoro: nunca un libro o un artículo completos; siempre resúmenes que envía el doctor Laviana, que Miss Kuri transcribe a las tarjetas rosas que, rotas en pedacitos, arrastrará el agua) que las escaramuzas en las que intervienen guerrilleros, comandos urbanos o rurales, son breves: una, dos docenas de disparos con su consecuencia inevitable: la victoria, la derrota, o, de no haber una u otra, la huida, el repliegue, la vertiginosa desaparición. Se lucha prácticamente a ciegas; se tira al bulto; a lo que se mueve; se mata y luego se pregunta, todo lo que pueda representar un blanco, un enemigo, es suceptible de ser destruido. ¿Será el blanco de uno de esos forajidos que ahora están quietos y en absoluto silencio? Morir aquí, a lo idiota, él, que es hombre importante. Se recuerda, a colores de óleo, en la portada de *Time,* citado, en páginas interiores, como uno de los más notables young executives de Latinoamérica: uno de los que están rescatando de su abulia de siglos a este Tercer Mundo del Mañana. Se ve juvenil, handsome, talented, en el retrato que vino a pintarle Stanley Glaubach y cuyo original adorna su recámara en el penthouse sobre el piso 87. Morir aquí, en el barranco, sin tener ni la excusa de un rifle en la mano, víctima absurda de un desplante que, sin embargo, debe hacer para que nadie piense, ni nadie diga que el Ejecutivo de aquel año es, además de lo que se le atribuye, cobarde.

Algo, al cabo, se mueve. Lo que sea, se delata. Las frondas se han agitado. Rápida bola de manteca, Medina se mueve: casi en cuclillas, así de inclinado está, gana unos metros. De pronto, como si entre el boscaje hubiera encontrado la rendija por donde meter una bala, tiende el brazo, tira del gatillo, dispara —y el ruido, allí donde su bala alcanzó, pierde cautela, se deja oír, se esparce. Alguien corre, alguien huye, alguien pone distancia entre él ¿entre *ellos?* y el arma

que ataca. Y el arma vuelve a tronar y los que escapan (es fácil adivinarlo por el destrozo que producen entre los matojos) son más de uno, quizá dos o tres, porque en dos o tres direcciones es simultáneamente perturbado el bosquecito.

—Párense, hijosdesuputamadre... —grita el general Medina y sigue vaciando, ya sin preferencia de lugar, el cargador de su arma.

Los ruidos de la escapatoria, de la desbandada de quienes han venido a emboscarlos, terminan en la inmovilidad de las ramas y del alto pastizal que hay más allá; terminan con un grito que es más de súplica que de rendición:

—No tiren... Por favor ¡no tiren...!

Con voz que tiene la dureza, la seguridad del que se sabe triunfador, exige Medina Irigoyen:

—Las manos en alto... donde yo las vea, cabrones... Acérquense...

—No tiren... —repite la voz del que ruega: una voz blanda, insegura.

Medina inserta otro cargador pesado de balas en la culata de su pistola. Instala un nuevo proyectil en la cámara aún caliente. Dispone:

—Suelten las armas... Bajen de uno en uno... —Miguel Rebul, que se ha puesto detrás de él, ve que la nuca del general Medina, redonda como el morrillo de uno de los toros de lidia que se crían en las dehesas Olid de Barlovento, pasa, de pálida que era hace cinco segundos, a ser intensamente roja—. Al que intente una pendejada, la que sea, lo parto por la mitad... ¡Vengan...!

Aparecen dos muchachos. No llevan barba ni pelo largo. Tampoco visten uniforme. Su aspecto en nada se parece al de los estudiantes o los militares. Uno se cubre con una chamarra, quizá de nylón, amarilla. Las bolsas se miran abultadas, repletas. ¿Guardará en ellas las granadas de mano? El otro trae colgando del cuello lo que, a distancia, podría ser confundido con binoculares.

—Es una cámara —define Balda, cuando alcanza a distinguirlos claramente.

El que más atrás viene bajando, sólo lleva una mano, la izquierda, en alto: entretiene la otra sosteniendo una cámara (ésta, presumiblemente de cine) que apoya en el hombro.

—Párense ahí... los dos.

Obedecen el grito/orden que Medina les echa. Aceptan, también, la exigencia de que arrojen al suelo, donde él pueda verlos, sus armas, sus bombas, lo que entre sus ropas oculten.

—Prensa... —el que lleva la Nikón negra, con el largo telefoto, se identifica, quiere identificarse, con esa palabra: —Prensa.

—Noticiero de televisión. —Le sigue el de la cámara de filmar: una Auricón compacta, de baterías.

Desconfiado, cubriéndolos con su "Parabellum", a unos cinco metros de distancia, Medina insiste en que tiren cámaras, sus bombas, lo que sea.

—Somos periodistas —aduce el más alto—. Reporteros gráficos.

—Haga lo que le digo, pendejo.

El que lleva el pasamontañas de tejido de punto, se encrespa: es rubio, sólido; acuna ahora en los brazos, amparándola, su máquina Auricón.

—Usted no puede insultarnos así...

Acostumbrado a que sus órdenes se obedezcan sin retobos, el general Medina suelta, a la altura de la cabeza del que habló, un nuevo disparo. A la explosión sigue un largo rumor de hojas perforadas.

Algo, otra vez, se mueve sorpresivamente unos metros más a la izquierda del sitio donde se mostraron los dos jóvenes que se identifican (y que quizá lo sean) como miembros de la prensa gráfica. Eso que se mueve, torpe, aceleradamente, no avanza mucho. Rumbo al atropellamiento de ramas que va señalando su carrera, dispara cuatro o cinco veces la "Parabellum" del general Medina Irigoyen.

—No le tire... No le tire... —suplica el fotógrafo del pelo rubio.

—Alto, cabrón... o lo mato.

—Es un compañero... No le tire.

Como si una de las balas le hubiese acertado, el que escapa parece haberse detenido. La quietud de la vegetación presagia (se le ocurre pensar a Rebul) que quizá ha sido tocado, o muerto. La incertidumbre dura lo que un segundo. Entre las ramas aparece, apartándolas como si se tratara de una cortina, un rostro muy pálido —el rostro lampiño de un muchacho sin duda más joven que los otros dos. Camina, despacio, con

los brazos bien en alto. Atada a una correa negra le cuelga del hombro una cajita.

No se sabe, durante los primeros momentos, si se tratara de una mujer de pelo largo o de un chico que se ha dejado crecer el cabello más de la cuenta como está en boga hacerlo desde hace varios años. Medina le exige que ponga en el suelo la caja de esquinas metálicas.

—¿Qué hay dentro de eso...?

—Material...

—Rollos de película...

—Lentes.

Dispone el general, alerta siempre el arma:

—Con el pie, tú —apunta al último de los que capturó—. Arrima para acá la cosa esa...

Lo obedece. Mira a Rebul como si de él esperara algo. Rebul (tampoco admitirá que siente miedo) tiene un desplante. Se inclina. Opera la cerradura metálica. ¿Y si estallara un artefacto explosivo? Alza la tapa de la caja negra que está forrada, por dentro, con pana verde, algo desgastada. La ocupan muchas cajitas de aluminio. Algunas lucen la etiqueta roja que advierte: MATERIAL EXPUESTO.

—¿Qué andaban haciendo por aquí? —Es Miguel, ahora, quien comienza a interrogarlos.

—Trabajando...

—¿Por cuenta de quién?

—De nadie. Trabajar es nuestro negocio.

El general se acerca al que lleva la Nikón. Casi lo estrangula con la correa de que pende el aparato.

—¿Nadie les dijo que este asunto es particular? ¿nadie les dijo que no queremos mirones, eh?

—El asunto es noticia, por eso estamos reportándola...

—¡Qué noticia ni que mis bolas!

Puesto en cuclillas, Miguel Rebul experimenta la malvada satisfacción de ir abriendo, para que el sol la dañe, las cajas que contienen la película. Ésa es, en cierta forma, la venganza que se cobra por el miedo que le hicieron pasar, hace unos momentos, los tres fotógrafos; estos tres insolentes sujetos que, al amparo del matorral, los espiaban, filmaban, oían, juzgaban y, quizá también, grababan sus palabras.

—Oiga usted... ¡Deje eso...! No abra las cajas... Está velando los rollos...

El que ha protestado es el que acaba de ser apresado. Salta hacia Rebul pero no lo alcanza. Certero, dueño de todos sus reflejos, Rafael Balda lo frena con un garrotazo a mitad del pecho. El fotógrafo hace: "¡Ughhf!" y cae, y ya caído recibe más golpes en los hombros, en la espalda, en las piernas, porque se ha enconchado, protegiéndose la cabeza. Los otros, al ver cómo lo tunden con la rama seca, se olvidan de la automática vigilante, pretenden defender al camarada.

—No le pegue...

—Alto... quietos —gruñe Medina.

-Déjela... déjela...

Y en un instante se comprometen en un forcejeo, en un jadear e insultarse y derribarse y rodar sobre/entre el pasto; alguien, sin mucha fuerza, ha rozado con el puño un lado de la cara de Rebul. ¿Cuánto hace que nadie lo agrede así? El general Medina distribuye golpes con el cañón de la pistola. Zumba en el aire el leño que Rafael Balda deja caer sin odio, como simple diversión, sobre los tres muchachos que tampoco se libran de algún puntapié...

—Rafael... General... No les peguen más...

El grito de Miguel es desobedecido. Aunque ya dos de los tres fotógrafos no se resisten (están indefensos, ovillados, vencidos) Medina sigue pateándolos; Balda descargándoles garrotazos.

—Que los dejen... —grita, ahora más fuerte.

El más joven de los tres, el último que llegó, es el único que aún pelea. Balda acaba de doblarlo con un severo ataque al estómago. Se echa sobre las rodillas: esconde la cabeza; llora. Grita:

—No... Ya no... —Resbala entre sus manos la boina que le escondía el pelo: largo, en desorden, de mujer.

Balda la ve y se siente miserable: la muchacha no ha de ser mucho mayor que Jo: igual de joven, igual de tierna. Va a levantarla; tal vez a ofrecerle una excusa, cuando algo lo arrolla al chocar con él; lo arrolla y lo saca de balance. Es el general Medina que dedica toda su furia a la fotógrafa a la que ha tomado por los cabellos y sacude violentamente.

Es Miguel Rebul, que está más cerca, el primero que trata de dominar al desbordado Medina.

—No te metas, Miguel... —jadea, amenazador—. No te metas en esto... y suéltame...

Balda acude al relevo y sólo después de nuevos empellones logran, entre los dos, someterlo. Medina se ha puesto de un color rojizo intenso. Su barriga sube y baja, agitadamente. Todas sus papadas tiemblan. Chorros de sudor, del grueso de un dedo, le rayan el pescuezo.

—Hi... jos de...puufta... Desufgraciaufdos... —masculla, con la voz tipluda del coraje.

Sufre un último acceso de ira, uno como innecesario resumen de su cólera, de su tensión. Se apodera de la cámara de cine y la estrella contra el cuerpo de un árbol. Saltan vidrios, engranes, el portarrollos, las baterías de cadmio.

—Esto les va a costar muy caro... —les advierte, él también furioso, el fotógrafo rubio.

—Cállese...

—Vamos a acusarlos... —añade, ahogándose él también. Con el índice señala a Rebul y a Balda—. A ustedes, en lo personal, vamos a demandarlos...

Miguel Rebul sabe que han abusado de su fuerza, de la situación de ventaja en que por azar se colocaron. Admite que no tenían derecho en castigar a los tres fotógrafos, a esos dos muchachos y la chica, que no hacían otra cosa que conseguir una constancia gráfica de la parte secreta, vedada al público, a la curiosidad del pueblo, del sepelio del señor Olid. Como todo tiene un arreglo propone:

—Presenten un recibo por el importe de lo que se haya podido maltratar... La compañía pagará... Incluyan en la cuenta lo relativo a sus emolumentos personales...

El fotógrafo del pelo rubio el de los agujeros de la nariz dilatados por la ira; el de las delgadas manos temblorosas, rehusa.

—Va a haber demanda... Esto no se va a quedar así...

El general Medina, de un empujón, lo lanza contra el árbol que recibió el impacto de la cámara.

—Ahora... largo... Si vuelvo a verlos por aquí... si los veo allá arriba, en el entierro ¡no la cuentan, cabroncitos...!

—Vamos a publicar esta violación a...

—Fuera, ¡vamos, largo...!

Como en los tiempos en que aprendió la violencia alternando con hombres que habían hecho de ella una costumbre, el general Teófilo Medina Irigoyen disparó las últimas balas de su cargador a los pies de los reporteros gráficos, y a

carcajadas, que estremecieron su enorme vientre sudoroso, festejó los apuros que ¡pobres muchachillos pendejos! pasaron los tres para no resultar heridos y la rapidez con que emprendieron, cayendo y levantándose entre el pastizal, el retorno a la ciudad o al lugar de donde hubieran venido.

El médico Porcela ha tomado una de las cantimploras que el general, cuando marchó con Balda y Rebul a localizar el origen de los ruidos, dejó sobre el féretro de Olid. Ha bebido un sorbo despacioso y se ha puesto a tamborilear, con los dedos índice y medio de cada mano, en el recipiente vacío a medias, como lo hacen los indios que se arriman una vez al año, con sus panderos y sus flautas de carrizo, a la feria de Nueva Castilla. Mira de reojo, sardónico e innegablemente ebrio, a Héctor Deschamps. El arzobispo Castro pretende plantear un tema, el que sea, para que lo discutan los tres y no vuelva Porcela a insistir en lo que la prudencia del abogado evita.

—Yo creo que la misa para Eugenio...

No le hacen caso. Porcela sigue redoblando sobre la cantimplora resonante; sigue buscando los ojos, que no se le enfrentan, de Héctor Deschamps.

—Suéltalo, abogado... Echa lo que llevas dentro.

—Doctor, por favor —interviene Maximiliano Castro—. Compórtese. Deje en paz al amigo Héctor.

Porcela sonríe, los labios babeantes de tibio whisky:

—Purifícate, abogado... ¿No es verdad que la confesión purifica?

Sofía Vaquero, que se ha quitado el abrigo y se abanica con la mano porque el calor está exprimiendo los zumos de su piel, secunda al arzobispo y ruega a Porcela que no moleste con su insistencia a don Héctor.

—Suéltalo, Deschamps... Habla. —Porfía.

Al fin habla, desdeñoso, Deschamps, retirándole el tuteo:

—Está usted borracho, Porcela. Demasiado borracho para que pueda uno discutir con usted... Y discutir ¿sobre qué?

—¿Lo preguntas, sabiéndolo? Discutir, por ejemplo, diría yo, sobre las perradas, las porquerías que cometió contigo nuestro querido Eugenio.

—De él sólo recibí atenciones, Porcela.

Fuerte, breve, es la risotada del médico. A distancia se perciben rumores en la maleza. Balda y Rebul, siguiendo al general Medina, rastrean entre el follaje.

Algo imprudente, Sofía comete el error que cuidadosamente ha estado evitando Monseñor Castro: toma partido.

—Lo que el abogado dice, es cierto... Don Eugenio siempre lo quiso bien como amigo.

Rencoroso, la mira el médico:

—Usted, cállese... Usted, la que menos derecho tiene de hablar.

Deschamps puntualiza:

—A la señora se le respeta, Porcela.

—La señora, con el debido respeto de mi parte, es una puta. O...

Se escandaliza Maximiliano Castro:

—Ésas no son palabras para tratar, en mi presencia, a una mujer, y le prohibo...

Sofía Vaquero se pone a llorar. Rechaza el pecho huesudo, oloroso a incienso, que el eclesiástico le ofrece.

—Lépero... Miserable.

—Miserables, señora, somos todos. Pero nos falta valor para aceptarlo. Y Olid era el más sucio de nosotros.

Castro le pide no batir más el lodo y respetar la memoria del que yace dentro de la caja. Humano, habrá tenido, ¿quién no?, fallas, debilidades; habrá cometido, ¿quién no?, injusticias... Ahora es quehacer de Dios, no de sus semejantes, juzgarlo.

— Palabras para sacarle el bulto a la verdad, señor Castro... Aceptemos que todos tenemos razones para odiar a Olid; para desear que se ahogue en el infierno...

Ahora fuertemente, solloza Sofía Vaquero y llama ingrato, mal nacido, sucio, desleal por decir tales cosas, a Sergio Porcela. Nervioso, el abogado Deschamps sólo repite: "Cállese", o "Es mejor que no se hable más", y el arzobispo Castro llega a la conclusión, y así lo expresa, que el hombre es injusto con aquellos a los que debería sentirse ligado por deudas de gratitud.

—Sí, ya sé a dónde va —admite el médico—. Que si no hubiera sido por él... En efecto, mucho recibí de Olid... Sin su ayuda, tal vez seguiría recetando lavativas... Pero,

¿cuánto me obligó a pagar por lo que tengo?... Tú, Deschamps, ¿qué diste a cambio de tu fortuna, eh...?

—Fortuna que hice yo solo, de principio a fin...

—¿Por qué no aceptas que fuiste el bufón de don Eugenio? ¿el gran cornudo por don Eugenio?

Deschamps alza la mano como si quisiera, con un revés, castigar a Porcela. Interviene Castro. Lo inmoviliza tomándolo por la muñeca izquierda:

—Señores... un mínimo de educación. ¡Por favor...!

Provocador, sintiendo que no es él sino otro el que dice las cosas (dejó de ser él, cuando dijo las suyas) Sergio Porcela imita la vocecita agua, inolvidable para quien la oyó alguna vez y tuvo que obedecerla, de Eugenio Olid:

—Abogado: una maroma... "Sí, don Eugenio"... Abogado: cuénteme ese chiste... "Pues verá usted, don Eugenio"... Abogado: a las tres, bien lavadita, mándeme a su señora... "Para que usted la disfrute, don Eugenio..."

El abogado Héctor Deschamps le envía, sin acertarla, una bofetada al rostro. Se da cuenta, ahora, que sus pasos no son firmes; que también, aunque no tanto como a Porcela, el licor que ha estado bebiendo desde la víspera afecta su juicio, sus reflejos, sus movimientos. Lo contiene, tomándolo por los hombros, poniéndolo a un lado, cerca de Sofía, Maximiliano Castro.

Quizá porque comprende cómo está sintiéndose en ese momento, Sergio Porcela le ofrece la cantimplora. Deschamps lo mira largamente a los ojos. Encuentra en ellos, tal vez, una cierta solidaridad, una cierta conmiseración.

La acepta. Bebe.

Incómodo, Olid debía retener, pues no era cosa de soltarlas entre tantísima gente, las flatulencias que lo hinchaban, luego del abundante desayuno. Lo mejor de Nueva Castilla, de la provincia y aun de más lejos, colmaba las tribunas del Club Hípico y seguía los vertiginosos vaivenes del juego de polo en el que se dirimía, como era ya costumbre de todos los años, el *Mazo* de oro, donado por don Eugenio, y la *Copa* concedida por el Presidente de la República.

El match lo divertía apenas, no obstante que por su

cuenta corrían los gastos totales del equipo. La cuarteta enemiga, de militares venidos de la capital, superaba en técnica, experiencia y cabalgaduras, a los empeñosos civiles de Castilla, entre los que se distinguían por su arrojo, su gallardía y muy buena monta, un joven de cintura flexible y bigotito rubio que había galopado la mañana entera sin otorgarse tregua o reclamar descanso.

—El número 19, ¿quién es? —preguntó Olid, sin apartarse, de sus ojos, los binoculares.

El padre Castro depositó el informe:

—Es un abogado... Se llama Deschamps... Héctor Deschamps... Es el que el Banco Holandés mandó para ayudar a Rebul Barrientos...

El nombre del individuo por el que más detestado se sabía, irritó a Eugenio Olid y hacia él dirigió, después, sus prismáticos. Lo halló en el lujoso palco de su propiedad, al centro de la tribuna derecha: fanfarrón, saludador, con su inalterable aire de suficiencia, acompañado de una mujer de triste semblante y del jovencito, el niño casi, que era el hijo de ambos. ¡Si Rebul fuera menos idiota, si tuviera mejor sentido práctico de la vida y accediera a ser socio suyo...!

Cuando apartó los binoculares de los tres que componían la familia Rebul, propietaria del más antiguo de los bancos del valle (un banco casi en quiebra, sin clientes ni crédito, del que él buscaba el buen nombre no manchado en noventa años por ningún trato sucio) la curiosidad de Olid recayó en una vistosa mujer que le pareció muy, muy atractiva, resplandeciente, casi una nube, con su blanco vestido vaporoso y el sombrero, blanco también, de anchas alas absolutamente a la moda: una mujer como a él le gustaban, joven, distinguida, quizá de lindas nalgas, a la que valía la pena mirar sin prisa; mientras los militares acumulaban tantos en la desguarnecida meta civil, el señor Olid estuvo mirando el cuello de la desconocida; el profundo tajo que separaba sus senos tan puestos a la luz; sus manos de largos dedo puntiagudos —y sus rodillas, encimita de las cuales concluían las turbadoras medias negras de seda.

Le cedió los lentes al padre Castro. Habló muy quedo:

—La tipa de blanco, como a tres metros de Rebul, a su derecha, ¿quién es...?

La localizó Castro y atento a lo que veía (¿le interesaría

también lo que el escote mostraba; lo excitaría la visión de los muslos que la falda corta, grata a las mujeres capitalinas, permitía apreciar?), dijo:

—Es la señora Deschamps... La esposa del número 19... Me han dicho que fue divorciada... y que viene de una de las islas francesas...

Durante la ceremonia de premiación, Eugenio Olid distinguió al número 19 con sonrisas, palmaditas y un elogio que Deschamps recibió, recogió, casi con voluptuosidad.

—Me gustó mucho como monta, abogado. Créame que me impresionó de verdad...

El número 19 ¿debía tomar partido por don Carlos Rebul y Barrientos, a quién servía porque así lo habían dispuesto los patrones del Holandés, y majaderamente rechazar las cortesías del señor Olid Orellana? Un hombre que sabía reconocer la calidad de una monta, apreciar los puntos finos del polo, aquilatar el valor de una estrategia, no podía ser tan aborrecible como Rebul y otros viejos decían que era quien, en público, para que todos lo escucharan y asintieran, continuaba elogiándolo.

—Gracias, señor...

—Justicia, abogado. Donde lo veo, sé reconocer a un buen jinete...

En el largo Buick abierto que por entonces poseía, Eugenio Olid, que iba atrás con el padre Castro, pidió al médico Porcela, que manejaba:

—Averigüe lo que crea que pueda interesarme sobre ese muchacho, el 19...

La malicia sonrió en la boca de Porcela:

—¿Se ha fijado, don Eugenio, qué real hembra tiene por mujer?

La hipocresía tornó seria, más seria, la cara forzadamente adusta de Olid:

—No la vi...

Castro prefirió mirar hacia la serranía. Ya no hablaron más. El viejo crápula, pensó Porcela, le había puesto el ojo, como casi todos los varones de Nueva Castilla, a la saludable, carnosa, muy-a-la-moderna mujer del abogado Deschamps, el más reciente socio del *Country:* un chico algo pagado de sí mismo, con su aspecto de galán de cine, que lucía a su hembra como si anduviera ofreciéndola a los que con sólo mi-

rarla le arrancaban la ropa; y cuando el ojo de Olid recaía en una mujer... Se alegró de que la mamá de Carmita fuera, si no fea, poco atractiva. Al despedirse Olid remarcó:

—No se olvide darme datos sobre ¿cómo dice que se llama el joven ese... el 19?

—Héctor Deschamps...

—Bien...Des-cham-ps...Todo lo que pueda interesarme sobre él, ¿eh? Lo que hace en el banco; lo que gana; qué le gusta y qué no... Cómo se lleva con la esposa... Qué le interesa a ella... En fin, ya sabe...

AUNQUE nadie está hablando, el dedo índice del arzobispo sobre los labios divide por el centro el comedido shhhhhh que sus labios dejan pasar. Ocupado sólo por los ruidos que producen las criaturas invisibles, el follaje se agita y, casi en seguida, se oyen crecidos gritos del general Medina y después las rápidas, inapelables explosiones:

—¡Jesús, María y José! —gime, santiguándose, Sofía.

Empalideciendo, el arzobispo Castro recomienda:

—Calma, calma —aunque no es seguro que él la tenga.

—Lo que nos faltaba: ladrones.

—¡Llegaron los indios! —y Sergio Porcela, de un modo que les parece no sólo fuera de lugar, sino absolutamente estúpido comienza a emitir— ¡Pun, puan, ping...!

A medida que asciende, el cohete va dejando colgar una larga hebra luminosa. Al disminuir su fuerza, porque ha alcanzado la altura a que es capaz de llegar, el silbido que traza su viaje termina con una explosión de guirnaldas, flores y pétalos, y cuando caen convertidos en picadura de estrellas, Nueva Castilla conoce una efímera aurora de pólvora.

Si para la gente del pueblo (o para los que sin ser de allí o vivir en él, iban a disfrutar unos días de jolgorio) la feria de Castilla concluía con una excesiva borrachera que se iniciaba con medidos traguitos, como quien no quiere la cosa, el viernes por la tarde y terminaba la mañana del lunes en la agonía de los remordmientos, de los propósitos de enmienda

y la carga agobiante de las deudas —para los Notables, que consideraban la feria como espectáculo que valía la pena ver de lejos, comentarlo acaso, mas no participar en él (excepto como espectadores, en las corridas de toros) la tradicional asamblea de nativos y forasteros; galleros y tahures; prostitutas y carteristas; músicos y adivinos, asumía su máximo esplendor la noche del sábado cuando el volátil Señor Gobernador inauguraba, al compás de "Castilla, qué linda eres" (vals considerado como El-Himno-Nacional-de-Esta-Provincia-que-tanto-prestigia-a-la-Patria, según frase que le ganó perdurable fama y un empleo en la Biblioteca Municipal al musicólogo y filósofo Prometeo Rubin) el baile más rumboso de la temporada, el que simplemente se llamaba del *Country viejo* para diferenciarlo del único otro sarao que le competía en importancia, elegancia y linaje: el *Blanco y Negro* que servía para que en el *Country nuevo* las familias se despellejaran del fastidio a que las remitía, cada año, la Cuaresma.

Patrono del *Country viejo,* como lo era también del *Nuevo,* de La Lonja y del Centro Popular Recreativo de Nueva Castilla AC, Eugenio Olid reservaba, desde hacía diez años, una mesa para doce personas en el baila-cena de clausura de la feria. Nunca, nadie, vio jamás ocupada la mesa circular que un mismo sirviente, Pepe Fernández, vigilaba, tieso centinela, de las nueve de la noche a las cinco de la mañana. Nunca, nadie, vio jamás al señor Olid asomarse a ese tipo de fiestas —ni a ninguna otra. Por eso pasó a la historia de Castilla la noche en que se plantó bajo el gran arco esplendorosamente decorado con flores de celofán y palomitas de papelillo. Paralizada por la sorpresa, la orquesta-show del Maestro Menduet interrumpió el vals, y fue cosa de ver al señor gobernador quedar con un pie en el aire porque el silencio lo había atrapado en los inicios de un giro; fue también cosa de ver el asombro, el temor, la incredulidad que apareció en los rostros de los que, ahora, estaban mirando hacia la embocadura de la lujosa sala. Con el señor Olid que al menos había tenido la cortesía de ponerse corbata aunque su traje no fuera el de rigurosa etiqueta que demandaban las invitaciones, llegaban (sin señora) el médico Sergio Porcela, él sí de tuxedo, y elegantísimo en una de esas perfectas sotanas que le darían prestigio como experto en refinamientos sartoriales, el padre Maximiliano Castro.

Transcurridos los primeros segundos de estupor, que también afectaron a Olid porque sintió que con el silencio que su presencia había provocado estaban rechazándolo, el gobernador abandonó a su pareja (la hijita del alcalde Rebollar) y corrió a someter su saludo a la consideración del benefactor de Castilla; corrieron también a mostrarse serviciales, complacidos de tener allí a tan grande personaje, los miembros del Comité de Festejos, del Comité de Golf, del Comité de Actividades Ecuestres, del Comité de

—Señores... sigan, sigan, hagan el favor —Por mí no se detengan... Sigan bailando... —les rogaba, él tan altivo e inabordable, con evidente turbación.

—don Eugenio, qué maravilla

—qué placer, señor

—tenerlo aquí

—compartiendo con nosotros

—estos instantes de solaz

—y sano esparcimiento

—con que celebramos el éxito de nuestra

—hermosa

—tradicional

—e incomparable feria, señor Olid.

Alguien (se dice que fue el senador Bulmaro Esparza O'Brien, presidente, además, del Club de Leones), alzó la mano y el Maestro Menduet se lanzó, ahora sí, a toda orquesta, a tomar primero una salva de *dianas* y luego, aunque la ocasión no era propicia, el Himno Nacional, lo que originó que *T*odo *M*undo se pusiera en pie y que el alcalde Rebollar derramase sobre su almidonada pechuga una copa de champaña. A todos les consta, eso sí, que fue el médico Porcela quien primero batió palmas por don Eugenio y que en cosa de segundos prácticamente todo el *Country* aplaudía a un confuso (aseguran que también abochornado) señor Olid.

Casi en vilo, casi a empellones, porque todos Los Notables, elegantes y jubilosos, deseaban ser vistos por él, fue llevado Eugenio Olid a la mesa que durante una decena de años había estado esperándolo. Tanta turbación le produjo ver, al fin, a don Eugenio que le tendía su manita descarnada y fría, que Pepe Fernández, no obstante su mucha experiencia, dejó caer una charola y no supo más que farfullar un "Buenos días" del todo extemporáneo.

—Gracias, señores —ordenó Olid—. Ahora, sigan ustedes bailando...

El gobernador quizá esperaba ser invitado a compartir, con Olid, el padre Castro y Sergio Porcela, un lugar en la mesa que dominaba el ángulo sudeste del salón, pero Olid le dijo (y al buen entendedor pocas palabras) que reanudara el vals.

—¿No quisiera usted, don Eugenio, cumplirnos tal honor?

—Nunca he bailado, gobernador... Siga usted, haga el favor.

Ya todo en orden, el Maestro Menduet reinició "Castilla, qué linda eres", y la alegría sorpresivamente interrumpida por la visita de Olid, prosiguió.

En su mesa, muy amplia y también estratégicamente colocada al otro lado, cerca de la pista, don Carlos Rebul y Barrientos sintió que la champaña se le descomponía en el estómago. "Terminando la botella nos vamos", resolvió decirle a su señora, triste siempre, pálida, hermosa y antigua como uno de esos retratos de autor anónimo que dieron brillo a las artes plásticas de la provincia en el Siglo XVIII.

—¿Así que ése es el Gran Olid? —preguntó con su acento extranjero levemente perceptible en su muy marcado acento antillano, la mujer a la que ahora, desde su mesa, estaba Olid observando; a la que también, cuando volteó a mirarlo, le dispensó la mueca de una sonrisa y un ligero cabeceo.

—Ése es, sí —respondió Rebul.

—No parece ser la gran cosa que dicen...

—No lo es. —Seco, enérgico, duro como la expresión de su rostro ya levemente congestionado, fue el juicio de Rebul.

Héctor Deschamps sufrió cierta desazón. De la capital lo había llamado, la víspera, su amigo Leonardo Asís, de la gerencia del Banco Holandés, para decirle: "El viejo Olid, acabo de saberlo, te tiene puesto el ojo, Deschamps. Anda en busca de una persona como tú para agregarla a su equipo. Acércate a él", y Deschamps, sobre quien todavía pesaba un poquito el sentimiento de la lealtad, inquirió: "¿Qué han decidido ustedes del Asunto Rebul?". Sin traicionar la discreción, Leonardo Asís le ofreció un consejo: "Tú, a lo tuyo, Deschamps. Con Olid hay futuro".

—Parece simpático —susurró en francés Mme. Deschamps, para que sólo su marido lo escuchara.

—Y además, modesto...

Por la mañana, Deschamps, había comentado con ella su conversación con Leonardo Asís. Ella opinó que debía buscar, con paciencia pero pronto, una oportunidad de aproximarse a Olid. Mas ¿cómo abordar al huraño inaccesible? ¿a ese hombre de cuya existencia había incluso llegado a dudar, cómo acercársele de un modo que resulte natural, no calculado...?

La presencia de Olid enrareció el ambiente, de costumbre relajado y amable, del *Country*. Quienes le adeudaban dinero eran los más zalameros, o los más discretos. Los que buscaban préstamos, o siquiera una de sus esquivas sonrisas, iban a bailar frente a él, cerca de su mesa, para aprovechar la coyuntura, si don Eugenio lo permitía, de estrechar su mano, de plantear con sumo tacto su problema, la necesidad de...

Don Ricardo de la Roca, distribuidor provincial de la Lotería Nacional, comerciante en forrajes y agricultor, hombre de a caballo como Carlos Rebul y Barrientos, y propietario de una envidiable cuadra de purasangre, dispuso que trajeran otras dos botellas, en correspondencia a las que había obsequiado Rebul.

—Tomaremos sólo una copa, Ricardo; luego, nos dispensarán que nos vayamos.

—Carlos ¿por qué la prisa, si la noche apenas está comenzando?

La señora Rebul, tan triste, tan bella, tan marfileña, miró a su esposo con cierto estupor. Su única alegría en el año era concurrir al baile del *Country;* y, aunque Carlos no bailara ya, permanecer mirando a los que lo hacían aún más allá de la medianoche, era un placer que él nunca le negaba; que nunca antes, por ningún motivo, le había escatimado.

—Tenemos enfermo a Miguel, y no quiero dejarlo mucho tiempo solo.

La esposa, que al vuelo había captado la orden implícita en la mirada del señor Rebul, apoyó:

—Sí, está enfermito. No íbamos a venir, pero...

La rodilla de Héctor Deschamps tocó la de Madelaine y la sonrisa que subió a los labios de ella le informó que también Madame Deschamps se alegraba que los Rebul hubieran decidido marcharse, dejándolos así en libertad de aproximarse a Olid; de ir, como tantos otros, a saludarlo a su mesa.

¿Qué mejor ocasión que ésta se ofrecía a Héctor para presentarle a esa lindura de mujer que era Madame Deschamps —como en público gustaba llamarla?

—Faltaba más. Si quieres hablo a casa para que una de las nanas vaya a cuidar al niño —propuso De la Roca.

—Se agradece, Ricardo; pero, vas a perdonar que nos vayamos...

Habían descorchado ya, estruendosamente, una de las gordas botellas magnum y el mesero empezaba a servir la ronda.

—Antes de irte, Carlos, beberemos la última.

—La última...

Los jóvenes bailan la música del tiempo. Los mayores, que no desean arriesgarse a esas agitaciones, permanecen esperando a que el Maestro Menduet intercale algo adecuado para ellos: un ritmo más romántico que ése, ruidoso y desordenado, que no resulta siquiera grato de oír. La atención de una parte considerable de los concurrentes ha ido concentrándose en Olid; la de otra, en Rebul. Son de todos conocidas sus enemistades de negocios. Hay quien afirma que Olid desea arruinar a Rebul. Hay quien rebate esa afirmación: Rebul ha ido arruinándose solo, al comprometer los recursos del banco que su abuelo fundó y engrandeció su padre. No falta quien diga que si Carlos Rebul y Barriento fuera menos soberbio y más listo entablaría pláticas de aveniencia con el único capaz de. Los que dicen conocerlo, afirman que nunca lo hará. En público, Rebul ha dicho palabras feas sobre Olid; ha contado ciertas cosas que infaman el pasado de ese truhán enriquecido. Un caballero (¿puede alguien dudar que no lo sea el señor Rebul y Barrientos?) jamás recoge lo que dice, ni tuerce la verdad, ni, menos, se disculpa. Olid-Rebul. Rebul-Olid. De una mesa a otra mariposean las miradas. ¿Cuánto tiempo más permanecerá don Eugenio aquí, antes que el festejo termine por arruinarse del todo? ¿aguantará Carlos Rebul, tan nariz para arriba, compartir la misma atmósfera, llena de humo y ruidos, con el nuevo rico, el patán, el abigeo, el contrabandista, el asesino, el proxeneta, el todo/lo/que/ustedes/quieran/y/me/parece/poco, que, ¡vaya uno a saber con qué aviesos fines!, tuvo la malhadada ocurrencia de presentarse en la fiesta del fin de feria?

Olid, que ha estado muy atento a lo que en la mesa de

Rebul ocurre, advierte una serie de pequeñas, casi imperceptibles maniobras. La señora Rebul se ha levantado y, con la mujer de Ricardo de la Roca, se ha dirigido, presumiblemente, al tocador. De la Roca parece insistir y Rebul, negarse. Si los Rebul se marchan ¿hará lo mismo la pareja que a él le interesa?

—Ven, padre... Vamos, médico —dice y, para sorpresa de todos, del sacerdote y de Porcela principalmente, Eugenio Olid se levanta y con un temblor en las rodillas se mete entre los que bailan y, cruzando la pista de piso de encino que brilla como vidrio, se dirige a la mesa que todavía preside, imponente y fuerte, enhiestos los purpúreos bigotes que le otorgan respetabilidad, el banquero Carlos Rebul.

Por segunda vez en la noche, el Maestro Menduet no sabe qué hacer y los sonidos de la orquesta languidecen. Casi todos han dejado de bailar; continúan abrazados, sí, balanceándose sobre el sitio donde los atrapó la sorpresa de ver a Olid, con el cura y el médico detrás, acercarse a la mesa para saludar ¿a De la Roca, a Rebul?

Siempre se dijo (lo dijeron quienes llegaron a conocerlo más o menos de cerca) que Eugenio Olid era capaz de ser simpático si se lo proponía. Madelaine Deschamps lo encontró agradabilísimo, risueño, algo torpe en su frivolidad, encantador, cuando, con una sonrisa que desarmaba, solicitó de Rebul permiso para beber con él y sus amigos, una copita. El señor Rebul hubo de autorizar, pues seguía siendo caballero, que lo hiciera. Cuando las señoras volvieron (olían a polvos de arroz y la de Rebul tenía aún húmeda la mano que el médico le besó al saludarla) hallaron la mesa invadida por Olid, Porcela y el padre Castro, y la conversación en marcha: una conversación del todo ajena a los negocios: centrada en los caballos, el polo, el golf que jugaba también don Carlos (le habían dicho a Olid), y los vinos franceses —cumplido que Madame Deschamps se sintió obligada a agradecer como si le hubiera sido hecho a su persona.

Como agradeció también que el señor Olid, por azar, hubiese encontrado asiento a su lado, tan cerca de ella que, sin proponérselo, nada más porque materialmente no había espacio disponible, sus piernas coincidían en contacto de la rodilla a lo más alto del muslo; contacto que lo perturbaba a él (casi no hablaba ya, parecía hallarse en otra parte) y

que a ella le interesaba intensificar, acentuar, hacer significativo, para que ese gañán, metido en el ridículo traje a rayas, ahorcado con esa corbata de colores chillantes, no lo creyera obra de la casualidad.

Juego de claves —movió ella la pierna y él respondió. La complicidad quedaba establecida por debajo de la mesa. El señor Rebul apresuró su copa, no accedió a otra ni Olid insistió; dijo Buenas Noches y, en compañía del matrimonio De la Roca, se ausentó. Los que permanecieron en la mesa no le interesaban a Olid. Para entretenerlos había llevado a Castro y al médico.

Luego, del modo directo con que hacía las cosas, con que compraba o vendía, Eugenio Olid planteó un interrogatorio irritante para Héctor Deschamps; útil para él. ¿Dentro de cuánto tiempo calcula terminar su actual trabajo? ¿piensa permanecer en Nueva Castilla? Si se lo ofrecieran ¿aceptaría un empleo bien retribuido?

Es Madame Deschamps (advertirá Olid aunque tampoco lo demuestre) la que responde, en los términos que él espera, la mayoría de las preguntas. Es la señora Deschamps ("Coño: cómo ha de ser en la cama") la que da gritos, y palmea, y se retuerce; la que acerca más la rodilla, la que dice sí, sí, sí, a cada nueva, deslumbrante proposición.

—No lo presiono, Deschamps. —Le habla como si fuera ya de su propiedad—. Arregle sus cosas. Terminen pronto y bien lo que vino a hacer... y hablaremos. Podría, mientras tanto, para que vayamos conociéndonos, encargarle algunos asuntos.

—¿A manera de prueba, don Eugenio?

—Digamos que sí. —Miró a Madame Deschamps. Significativamente intensificó la presión de los dedos de esa mano suya que de un modo por demás casual había puesto ahora sobre el duro muslo de ella—. Le conviene mi modo de trabajar, acepta. Me gusta el suyo, se queda.

Dijo él que sí. Cuando nuevamente se llevó la copa a los labios de pronto secos, su mano sudorosa temblaba como temblaba también, como si hubiera padecido un gran susto, la pierna de Olid.

HAN sonado nuevos disparos. Entre el matorral hay movimientos. Algún grito. Otra descarga.

—¡JesúsMaríayJosé! —es lo único que, de corridito, sabe decir Sofía Vaquero.

El arzobispo Castro mira su reloj. ¿Se frustrará su viaje a Roma, hoy? Luego, el silencio recae sobre el silencio. El aire ya caliente se llena con el color de una mancha de mariposas. Negro, alto, casi inmóvil encima de ellos, los aguarda un buitre.

—Ya lo huelen, don Eugenio —ríe, entre dos hipos, el médico Porcela. Palmea la caja. Dirige después sus ojos congestionados, llorosos por la gripe y los tragos, a Héctor Deschamps—. ¿O estarán oliéndote, abogado...? Porque vaya que apestas, que apestamos todos... Olemos, ¿saben?, a caca, a basca, a leche de este grandísimo cabrón de Olid...

Alza el pie pero no ataca el féretro como temieron, lo que duró una angustiada fracción de segundo, el arzobispo Castro y Sofía Vaquero; simplemente apoya el zapato sobre él, como si fuera un peldaño, el tubo metálico que circunda la barra de las cantinas. Se dice: "Ya no estoy acusando a Olid sólo explicándolo... Hizo con nosotros, con todos los que trató, lo que le permitimos que hiciera. Don Carlos Rebul, por ejemplo..."

DESPUÉS —lo hastiaban. Especialmente las pegajosas, las que no le permitían, como la mujer Deschamps, con sus arrumacos y su palabrería, disfrutar de la otra satisfacción que depara el amor de media tarde: el reposo de los cuerpos, el sueño vivificador, el olvido. No. Madelaine Deschamps siempre tenía algo (¿sabes, *cherie?*) que pedirle. Algo *(mon petit)* que recordarle. Algo (por cierto, *mon amour)* que cobrarle. Él quería cerrar los ojos; sestear; pero ella estaba, como la primera vez, como todas las que se habían encontrado en la cama (y habían sido muchas en esos tres meses) haciéndole cosquillas; tirando de los pelos que le crecían en el pecho; rozándole con la punta de los dedos (y luego con el aliento) las tetillas, el ombligo, las ingles...

—Por favor, ponte en paz...

Y ella, que había navegado mucho por la vida, buscaba halagar su vanidad, gimiendo:

—Es que haces el amor de un modo ¡hmmmmmm! —cosa que Olid sabía falsa, porque nunca había sido un amante aceptable; porque renunció a serlo cuando descubrió que era más fácil, menos fatigoso, dejarse servir por las mujeres que tratar de probar algo, complaciéndolas.

—No jodas, mujer. Déjame dormir. Estoy cansado...

Insistió la señora Deschamps. Olid había cerrado los ojos y ella, con el dedo pulgar, le alzó el párpado derecho.

—Amor...

—¿Qué? —Dijo él, destempladamente. Hacía calor y la señora Deschamps, todavía apetecible cinco minutos antes, le resultaba ahora insoportable, por sudorosa.

—Me prometiste para Héctor una sub-dirección en el Jurídico.

—Se la daré, palabra...

—¿De verdad?

—Sí. De verdad...

Modosita, untuosa, se enredó a él. Lo sobó con sus pechos agudos. Le produjo calosfríos humedeciéndole una oreja con la rápida punta de la lengua. Olid descubrió entonces que Madeleine sólo tenía puesta una media. La encontró deseable, otra vez deseable, pero la muy perra no le concedía el tiempo mínimo que un hombre ya más allá de los cuarenta y algo gastado, necesita para reponerse.

—Pues, cherie, ya hay una vacante para Héctor... Ya la hay... La del señor Villacuña...

—Sí... Ésa...

Vagamente recordó Olid que le habían informado esa mañana de la muerte, en un choque de autos, de Tomás Villacuña, uno de los tres sub-directores del departamento legal de la Compañía Olid, S. A. Entre una caricia y otra, más tierna, más sutil ésta que la anterior, Madame Deschamps instía en que siendo don Eugenio hombre de una sola palabra, estaba ahora obligado a cumplir la que había empeñado: darle una colocación, ya en firme, al abogado Deschamps.

—Veré...Sí...¡ah...! Espera...

Interrumpió ella. Se veía linda así, brillante el rostro, en desorden el pelo, húmedos los labios diestros:

—Si le das esa oficina, podríamos comprar la casa que ahora

alquilamos en el *Country*... Así, ni Héctor ni yo tendríamos que irnos... y así, tú y yo...

No quería oírla hablar más. La tomó por la cabeza. La obligó a proseguir. Después, seguramente, se quedó dormido. Ella lo estaba también, sin cubrirse, cuando Olid abrió los ojos. Sintió necesidad de ir a orinar.

De un saltito se encontró en el piso. Nunca había tenido bata, aunque sí, olvidada en algún cajón del armario, una pijama de franela que no usaba. Se puso la camisa y, descalzo, salió de la recámara.

—Llévanos café a la pieza —ordenó, y Sofía Vaquero, como siempre celosa y humillada, se limitó a gruñir.

Cuando volvía Olid del baño a la recámara, sonó el timbre de la puerta. Luego, se oyeron voces y casi inmediatamente después vio a Sofía frente a él, con un gesto extraño en la cara. Tranquila, fría la voz, dijo:

—Es el abogado... El marido de esa... señora. Quiere hablar con usted...

Era la primera vez que Deschamps, sin ser invitado, iba a casa de don Eugenio. Era la primera vez que ponía pie en ella. Algo como un desfallecimiento aflojó un momento a Olid. ¿Vendría Deschamps a matarlo, como se supone que debe hacerlo un buen marido burlado? ¿tendría el cornudo cojones para enfrentársele? Recordó que guardaba una Colt .44 en algún cajón, pero no en cuál. ¿Y de qué iba a servirle la pistola si...? Un instante después, repuesto ya, se sintió, porque así lo estaba, absolutamente seguro de sus poderes, de su impunidad. ¿Acaso no era valor entendido entre Deschamps y su mujer que ésta, a cambio de lo que tramaba recibir, se acostara con el Amo? La mano que alzó para ordenarle a Sofía:

—Que pase el abogado Deschamps —temblaba, sin embargo, ligeramente.

Entró, radiante, Héctor Deschamps, tan parecido por el bigotito y la fina estampa a John Barrymore. Del *Country* traía esa frescura, esa aura, esa felicidad características en él. A la luz del atardecer, a esa luz que es bella alrededor de las cinco en octubre, el esposo de la desnuda mujer que aguardaba en la recámara, le pareció a Olid, además de joven y casi excesivamente guapo —idiota.

—Don Eugenio querido... buenas, lindas tardes.

Dejó el portafolio sobre uno de los sofás. Inevitablemente,

su mirada recayó en cierta prenda vistosa y también inevitablemente visible. Olid alzó la media que la Deschamps había abandonado allí, después de la comida, y casi en plan de desafío empezó a moverla como si fuera un péndulo. Mundano ya desde entonces, Héctor Deschamps olvidó la media, la expresión primero cínica y luego algo retadora del viejo que lo recibía sin traer puestos los calzoncillos, y anunció que era portador de estimables noticias.

—¿Que son...?

—Conseguí lo que usted quería... y otros papelitos, también.

—Habrá que verlos...

Sofía Vaquero, con imprudencia quizá no del todo inocente, apareció en la puerta de la cocina llevando la charola con el servicio de café. Cándida o malvada, quiso saber:

—¿Dejo esto aquí... o lo llevo allá...?

Olid señaló la mesa:

—Ponlo allí —Obedeció ella. Olid preguntó al abogado—. ¿Una tacita, Deschamps?

—Claro, don Eugenio... Me han dicho que la señora hace un café de-li-cio-so...

—Sírvele al señor, y trae otra taza.

Desapareció Sofía Vaquero. Sin que Olid lo invitara, el abogado Deschamps se sirvió una copa del aguardiente de uva que producían, allí en el valle, los Viñedos Vallado adquiridos hacía poco, en una transacción un tanto turbia, por la Compañía Olid.

—Costó un triunfo, pero los conseguí, don Eugenio.

Olid le prestó apenas atención, interesado en ojear los apretados párrafos. Reapareció Sofía con una taza. La llenó Olid y ordenó a la señora Vaquero que la llevara a la persona que reposaba en su alcoba. Deschamps prefirió distraerse mirando por la ventana hacia el exterior; hacia la ciudad que empezaba a crecer, a derramarse en todas direcciones.

Menos de un minuto pareció interesarse Olid en el examen de los legajos. Luego, algo dedeñosamente, los abandonó a un lado. Dijo, sin énfasis, que cuando tuviera un poco de tiempo: quizás esta noche, quizá mañana, pronto, los estudiaría... Bebió de prisa su café para que Deschamps (que había esperado recibir comentarios, algún elogio, un aplauso por

su eficiencia al obtener esos papeles confidenciales) hiciera lo propio.

—Bien, abogado... Lo acompaño... —Lo tomó por el brazo y lo condujo a la puerta. Indicó ambiguamente—. Espero que la mercancía que me trajo sea tan buena como el estilo que usa para venderla, Deschamps...

—Lo es, don Eugenio...Ga-ran-ti-za-do...

—Veremos eso. —Olid endureció la voz—. Deschamps...

—Señor... —Deschamps respondió débilmente; Olid había dicho "Deschamps" con la autoridad de siempre. Deschamps había dicho "Señor" con la humildad, la docilidad que no lo abandonarían nunca.

—¿Cree tener huevos y experiencia para un trabajo que exige experiencia y huevos?

El rostro, afeitado al ras, luego protegido por las cremas hidratantes y el talco, perfumado en seguida, resplandeció. Los ojos glaucos de Héctor Deschamps brillaron como si generaran su propia, misteriosa luz. Temblaron un poquito sus labios. Se pasó la yema del anular izquierdo sobre el polvillo rubio del bigote:

—Lo que no supiera, se lo preguntaría a usted, don Eugenio.

Olid, menos que mirarlo, pareció medirlo largamente. Por un momento Deschamps supuso que iba a decir mucho más, pero sólo expresó:

—Ya hablaremos, pues... Hasta pronto, abogado.

—Hasta cuando usted lo ordene, señor.

—Presente mis respetos a su esposa.

—De su parte.

Cuando Olid cerró la puerta, pensó: "Buen par de hijos de puta". Buscó los lentes de aros de carey que usaba para leer. Gritó, llamando a Sofía. Pidió café, pero en su taza de costumbre: la grande, blanca, de peltre. Los documentos que Deschamps había traído parecían prometedores: balances, estados financieros: números. Sofía colocó junto a él la taza pedida y la marmita. Se desvaneció en el silencio y casi la oscuridad que ocupaban (excepto donde él leía alumbrado por una de las veladoras) la casa.

Después de mucho (ya de noche cerrada afuera) apareció Madame Deschamps, con solo el sliper puesto y enegrecida

la pierna derecha por la única media. Se acercó a Olid. Juguetona, le alborotó el pelo con el índice.

—No me fastidies más...

Ya no era el beodo babeante de la sobremesa; ya no era el pequeño hombrecito que le exigía más y más travesuras sobre su cuerpo; tampoco era el sátiro que le decía obscenidades o que le pedía repetir las que ella supiera, mientras alcanzaba la culminación; era, como casi siempre, y en particular cuando se montaba en el puente de la nariz sus gafas de miope, un irascible en sus tardíos cuarentas, de trato áspero y palabra dura.

—¿Está rabioso conmigo, mon petit cherie?

Le dejó el calor (y la saliva) de un beso en la nuca. Con el ataque de un hombro, Olid le rechazó:

—Vete... Estoy trabajando.

—Eres malo conmigo... —Él asintió, distraído. Ella, que había visto en casa, por la mañana, los papeles que lo entretenían, preguntó—. ¿Quién vino...?

—El cabrón de tu marido...

—Es un amor, y lo injurias...

Ella continuó allá, sentada/recargada al descansabrazos. Sin apartar los ojos de las cifras que escurrían en largas columnas (lo único que sabía leer sin necesidad de que nadie le explicara su significado) Olid metió su mano izquierda entre las piernas de Madame Deschamps; le dio una distraída palmadita en lo más alto de los muslos; la apartó.

—Vete ya. Deschamps ha de estar esperándote.

No se dio cuenta cuando ella, una hora más tarde (ser una de las mujeres más cautivadoras de Nueva Castilla demandaba someterse largamente a la crítica del espejo) se marchó sin reclamar que le devolviera la media que él, a modo de bufanda, se había enrollado en torno al cuello de puntiaguda nuez.

Terminó el primer informe y sintió frío. Gritó:

—Sofía... Tráeme los pantalones y cierra esas ventanas...

Se frotó las nalgas, entumecidas por lo mucho que las había dejado a la intemperie del living; las tenía mugrosas por las marcas que en ellas había hecho el asiento de bejuco. Rascarse así le placía. La señora Vaquero trajo los pantalones. Olid metió las piernas en los angostos tubos.

—¿Se le ofrece algo más?

—Nada. Vete a dormir.

Se echó en otro de los divanes y siguió leyendo, analizando, comparando, interpretando esos balances, memoranda, dictámenes confidenciales —papeles, numerosísimos y algunos tan nuevos que ostentaban la fecha del día, gracias a los cuales conocía ahora, de primera mano, en detalle, las cuentas totales del Banco Rebul.

Aventura el médico Sergio Porcela:

—Supongo que con lo que Olid te pagó compraste, al fin, la casa del *Country*...

Es severa la mirada que le dirige Deschamps. Enérgica la respuesta:

—Sí, con ese dinero, legítimamente ganado, compré la casa... principio de la posición que pude labrarme, en parte, gracias a Olid...

Porcela está mirándolo con simpatía, sin animosidad ni ánimo de molestarlo. El arzobispo Castro entiende que no pelearán más, ni tampoco se ofenderán con las palabras. Deschamps borra el gesto adusto y sonríe, él también. Porcela le echa el brazo el hombro.

—Y ya que pasó todo, Héctor; ahora que estamos viejos y que las cosas de antes tienen otro sentido, dime: ¿verdad que nunca te importó mayormente que don Eugenio te emputeciera a la francesa...?

No hay respuesta. Circula, del abogado al médico; del médico a Sofía y de ella otra vez a Deschamps, la cantimplora del general Medina. Deschamps mira hacia la distancia de frondas, hacia el cielo desprovisto de nubes. La fatiga, el desvelo, los tragos, le ahondan más las arrugas del rostro: un rostro muy atractivo todavía que él protege, sigue protegiendo contra el inevitable deterioro, con cremas y aceites, cosméticos y yerbas misteriosas.

—Lo pregunto —sigue Porcela— porque la gente habló mucho de ti, entonces... Decía que eras el Cabro Mayor del pueblo...

Tranquilo, como si nada de lo que dijera lo afectara o le importara ya, Deschamps lo escrutó. ¿Fue rencor, o sólo vergüenza, lo que en cierto momento opacó su claro mirar? Un

ruido se abría paso entre la espesura. Los últimos disparos se volvían eco en los distantes pliegues de la cañada.

—Ésas que acabas de decir, Sergio —indicó pausadamente, como si le diera un consejo —son palabras fuertes, palabras grandes, con las que un amigo no debe jamás ofender a otro...

Porcela pareció no haberlo oído:

—Porque ha de ser duro, sobre todo al principio, cuando no se tiene todavía costumbre, valerse del coño de la esposa para llegar a ser rico...

Rápidamente, para impedir que entre ellos se enconaran los ánimos, terció Maximiliano Castro:

—Será mejor dejar así las cosas...

Fue Deschamps quien, sorprendentemente sereno, con una especie de resignación, manifestó:

—Todo acto, médico, tiene siempre una explicación. Algún día te contaré los porqué de varios de los míos...

Aparecieron entonces, sudorosos los tres, ensangrentado en el pecho y en los brazos el general, los que habían ido a explorar la maleza.

Diez minutos más tarde, al cabo de un centenar de metros de acelerado descenso, alcanzan a tocar fondo. Allí, complicado por la humedad del boscaje, el calor agobia, le resta celeridad a su paso.

—Caminen más aprisa —exige Miguel Rebul—. Vamos retrasados.

—Mucho, diría yo —apoya Castro—. Son casi las diez y no creo poder llegar a tiempo.

—Llegará.

—Dios lo quiera, Miguel.

Sombrío, la cabeza gacha, un poco rezagado, camina ahora Rafael Balda. Que el general, barbaján de cuartel, se hubiese ensañado con los fotógrafos, era comprensible. Pero, ¡él! ¡él!, golpear de ese modo a los muchachos. ¡Él! darle de leñazos a la jovencita... Si alguien le hubiese hecho lo mismo a Jo, lo mataría; estaría buscándolo para asesinarlo.

Del abogado Deschamps recibe la cantimplora, que apenas pesa ya.

—Han estado chupando de ella, ¿verdad, abogado?

—Para el calor y luego para el susto...

La marcha es menos dificultosa, ahora que siguen el terre-

no llano, pero no por ello más rápida. Hay que encontrar las veredas. Elegir la correcta. Sortear el obstáculo. ¿Es que ya empieza a apestar, por lo riguroso del calor, el cadáver del señor Olid? Miguel, que carga la caja en ese turno, la olfatea, discreto.

Porcela, que ha llegado quizá a un temor semejante, externa:

—Me parece, sí, que el gran hombre está pudriéndose.

De atrás, le llega la voz de Héctor Deschamps:

—¿Quién sigue pudriéndose, médico?

—Él... nosotros... que lo tratamos o lo padecimos.

—Señores... Un poco de piedad...

—Aclaremos, padre Castro —protesta Deschamps— ¿por qué nos pide tener piedad para un hombre que no la tuvo nunca para los demás... nosotros entre ellos?

Quien responde es Rebul:

—¿Por qué habría de tenerla...?

—Éramos sus amigos.

—Don Eugenio, ¡y qué pronto lo han olvidado!, sólo tuvo empleados o enemigos. Adversarios o sirvientes. Nada de términos medios.

—Usted, ¿entre quiénes se colocaría...?

—Yo, Deschamps, no fui ni su enemigo ni su sirviente; sólo su colaborador...

—Definición muy ambigua...

—También podría decir, a la vista de ciertas circunstancias, que desde el principio fui socio suyo...

Porcela, insidioso:

—Eso deberías saberlo tú, Deschamps, tú que traicionaste al padre de Miguel.

El cargo que acaba de hacerle Sergio Porcela encoleriza, ahora sí verdaderamente, a Deschamps. Tironea por el brazo al médico de la nariz acuosa y si el ataúd no cae es porque, rápido, lo detiene Rafael Balda. Lo bajan al suelo.

—¿Qué demonios traen ustedes? —Rebul los riñe acremente.

—Yo no traicioné al señor Rebul —protesta Deschamps, diciéndolo más para que Miguel lo crea que para que lo crea Porcela.

—¿No es traición vender los secretos del amo a su rival? —una sonrisita borracha aparece, fugazmente, en la boca del médico, que estornuda después.

Deschamps replica, diciéndole a Miguel:

—Aclaremos de una vez por todas: yo no trabajaba para don Carlos Rebul, sino para el Banco Holandés... Mi lealtad se la debía yo a quienes, en la capital, pagaban mi sueldo y me daban mis órdenes... Los papeles que Olid me pidió, y que tanto le sirvieron posteriormente, no eran propiedad del señor Rebul, sino del Banco Rebul que, ya para entonces, pertenecía de hecho al Holandés... Ergo: no se los robé al señor Rebul ni abusé de su confianza... Algo más, que no he dicho antes: en base a mis informes, la Casa Matriz me había girado instrucciones precisas, prolijas diría yo, para entablar pláticas con don Eugenio a fin de adelantar ciertos trámites que culminarían con el control, por su parte, del Banco Rebul... Don Eugenio, por tanto, debía tener acceso anticipado a ciertos informes. Así que, señores, fue con aprobación de mi Banco que los legajos le fueron entregados a Olid... Y por si lo que he expuesto no bastara, médico, he de decirle que la tarde en que llevé a casa de don Eugenio los documentos que, según usted, sirvieron para traicionar a don Carlos, mi labor por cuenta del Banco Holandés había terminado en el Banco Rebul...

Tan vehemente explicación no parece convencer a Porcela; o si lo ha convencido, él no ceja:

—Digas lo que ahora digas, Deschamps, tú preparaste, con tu porquería, el principio del fin de don Carlos... Eugenio sólo se ocupó de rematarlo...

Convergen sobre Miguel Rebul las miradas de todos. Durante décadas, Nueva Castilla ha dicho, sotto voce, lo que Sergio Porcela acaba de gritarle a Deschamps. Aun el general Medina Irigoyen sabe que el abogado ("padrote mamador", lo llama) fue el Judas que precipitó el colapso de la Casa Rebul. El arzobispo Castro, que posee parecida información, nunca se atrevió a preguntarle a Olid hasta qué punto lo ayudó Héctor Deschamps (esposo de una de las queridas que más tiempo retuvo) a destruir a Carlos Rebul y Barrientos.

Las palabras han sido dichas. ¿Qué esperan de Miguel Rebul quienes lo miran? ¿el estallido de su ira? ¿la venganza, allí, contra el que entregó a Carlos Rebul al resentimiento de un Eugenio Olid que, al arruinarlo y beneficiarse, se cobraba de paso las humillaciones públicas con las que el padre de Miguel lo lastimó tantas veces?

Sereno, analizó Miguel:

—Que el abogado Deschamps haya entregado al señor Olid la documentación confidencial de la que tanto se ha hablado, no influyó en ninguna forma en la ruina del señor Rebul... Con entrega de papeles o sin ella, la quiebra del señor Rebul era inevitable... El señor Rebul estaba ya en la ruina antes que el abogado Deschamps llegara a Castilla. El Banco Holandés lo envió precisamente a liquidar algo que se desmoronaba debido a que el señor Rebul había demostrado su absoluta incompetencia para manejar, dentro de los parámetros que en aquel tiempo eran actuales, sus negocios, de los cuales era el Banco el principal...

Siguió hablando con voz neutra, como si lo hiciera frente a un disciplinado consejo de administración pronto a aprobar, sólo porque él la exponía y la razonaba con tanta seguridad, una propuesta suya. El señor Rebul (era un señor Rebul casi impersonal; no su padre; no su temor y su ejemplo —el señor Rebul) un caballero que, como tantos, no supo incrementar, siquiera conservar, la fortuna heredada; el señor Rebul, hidalgo provinciano, que se achicó, como varios otros, frente a la furia llamada Eugenio Olid que crearía, entreverado con crímenes, despojos, generosidades infinitas e infinitas infamias, el innegable progreso de Nueva Castilla, de la entidad, de la República. El señor Rebul, que prefirió ser romántico y no práctico en una época en que tener la cabeza a pájaros equivalía a convocar el desastre; el señor Rebul, sobrado de prejuicios, que rechazaba una ventajosa sociedad comercial con quien aspiraba a poseer un banco, primer paso hacia adelante y hacia arriba, para dejar de ser usurero.

—El señor Rebul —continuaba— cometió errores de apreciación... El más grave: no advertir que ésos eran otros tiempos y que el hombre, para sobrevivir, ha de ajustarse al compás que se le marca... Un banco, lo perdió de vista, se maneja conforme a ciertos criterios. Un banco se ajusta a las leyes inmutables del dinero. Es un negocio que ha de marchar al día. Si no marcha, como no marchaba ya el banco del señor Rebul, acaba por morirse... He leído las cartas que Olid le envió al señor Rebul. Son cuatro o cinco. En ellas le brindaba lo que tenía en abundancia: dinero, dinero a cambio de lo único que el señor Rebul podía ya ofrecerle: un nombre acreditado... Pero el señor Rebul ¿cómo...?

(Don Carlos aplastó el puño rudamente sobre la mesa y al hacerlo derramó una copa de tinto. La vista baja, muy pálida como siempre y como siempre sofocada de temores, la señora Rebul echó sal en los bordes de la mancha carmesí y la cubrió luego con una servilleta de lino.)

—Muerto ¿lo oyes? muerto prefiero verme antes que asociado, así sea a cambio de todo el oro del mundo, con ese... con ese...

Ella miró a Miguel, que, con la boca abierta por el terror que le producía la ira de su padre, lo había visto violar abiertamente, en su presencia, el código de compostura y buenas costumbres que imponía a los suyos y que, además, acataba espucrupulosamente. ¡Papá golpeando la mesa... tirando el vino... no pidiendo una disculpa!

—Carlos, ¡por misericordia!, el niño está presente.

Atuzó su bermejo bigote el señor Rebul. Una gruesa leontina tendía un puente de oro sobre su chaleco blanco. A rápidos sorbos apuró el nuevo vino que, con mano insegura, se había servido Añadió con voz ya moderada:

—Prefiero la pobreza, lo que Dios quiera mandarnos, a ensuciar el apellido que recibí de mis mayores...

—En su carta nada exige...

—Es bandido, pero no tonto. Lo admito. Sabe que jamás, a ningún precio, admitiría que el nombre Olid apareciera en la razón social, en la papelería, en los libros del banco.

—Siendo así ¿cómo va a empañarse tu apellido, Carlos?

Como un patriarca, Rebul extendió el brazo:

—No se hable más de este enojoso asunto...)

Algo más tranquilo, porque en cierta forma Miguel lo estaba absolviendo del cargo de traidor que le acreditaron los murmuradores de Castilla, Héctor Deschamps aportó nueva información:

—Seguramente ya sabrá usted que don Eugenio, cuando ya trabajaba para él, me encomendó hacer una gestión más, una muy importante y confidencial gestión, ante su señor padre, don Carlos...

El señor Rebul, que lo recibió gélidamente después de haberlo hecho esperar tres días como si fuera un pedigüeño y no el parlamentario de la Compañía Olid, S. A.; que no tuvo la cortesía de invitarlo a tomar asiento; que fingió no haber visto la mano que le tendía en señal de saludo; el señor Olid,

en fin, altanero y distraído, no deponía su actitud de intransigencia:

—Mi única respuesta a lo que proponga es: no... Así que métase los papeles por donde sus nalgas lo admitan y lárguese...

Vaya que sabía ser soez quien era, siempre, dicho en el mejor sentido, una dama... Deschamps había sido enviado a negociar, no a pelear. El negociador debe aceptar las palabras duras, aun las más ofensivas, durante el estira y afloja. Nada personal hay (así lo entendía) en las injurias que permutan, en el acaloramiento de la puja, los gestores. Gajes son del oficio.

—El señor Olid opina...

—Le ordeno que no pronuncie aquí, ni en mi presencia, ese nombre de mierda.

Grande, robusto, fiera la doble llamarada del mostacho, el señor Rebul extrae de la bolsa del chaleco su pesado *Longines* de oro: números romanos en la carátula de porcelana blanca. Imperturbable, Deschamps prescinde del nombre de Olid y:

—Bueno, la empresa, la compañía a la que represento en esta gestión... —e inicia un discurso.

Corre el tiempo. Don Carlos Rebul y Barrientos lo ocupa, ya que no escucha a Deschamps, en darle cuerda al reloj. Se han agotado, con su paciencia, los dos minutos que decidió concederle. Cierra la tapa del *Longines*. Lo reinstala en su bolsillo. Le ofrece la espalda.

—No... He dicho: no a lo que ofrezca... Espero que no vuelva usted a pisar este despacho...

Molesto porque la gestión no había fructificado en otro éxito susceptible de ser cotizado por él ante Olid, trémulo el labio del bigotito rubio, amarga la saliva, inseguras las manos bien cuidadas, el abogado Deschamps recogió los papeles que no había tenido oportunidad de mostrarle a Carlos Rebul, cerró el portafolios y, aunque Rebul no lo mirara, pues le había dado la espalda y simulaba buscar algo entre las páginas de un libro, expresó:

—Quizá cuando nos volvamos a ver no tenga el gusto de saludarlo aquí, señor Rebul.

El general Medina, que ha ido a orinar porque así se lo exige la congestión de su próstata, consigue comunicarse con la central del Operativo. Ninguna consigna, apreciable para él

en ese momento, el Reporte de Novedades. Diecinueve extremistas más han sido apresados en la última hora, y ya se les interroga. Se habla de casos de insolación entre los que viajan a pie camino a Avemaría o entre los que ya aguardan allí. Calculan que por lo menos cuatrocientos mil romeros están ocupando la modesta comunidad.

También el comandante Omar Cervantes informa al señor Rebul. La versión de que se pretende secuestrar el cadáver de Olid, es sólida. Acaban de confirmarla dos politécnicos, miembros de un comando urbano ajeno al FUL o a los *Atlantes*. Su plan es, en efecto, apoderarse del Valioso Cuerpo y pedir como rescate varios millones de dólares para financiar la Revolución Reivindicadora de los Oprimidos en la América Latina. Asevera Cervantes que los dos muchachos no niegan tener ciertos nexos con una 'corporación extranjera' que podría ser la CIA. Empero, estima que la barranca ofrece máximas garantías de seguridad para el féretro y sus portadores.

—¿Algo más, señor?

—Sí... Hace poco tuvimos un incidente con unos fotógrafos. Son tres. Uno resultó mujer... Han de ira a Castilla. Búsquelos... Hable con ellos... Cálmelos... Se les maltrató su equipo. Dígales que les será repuesto... Hágales sentir que no queremos, en un día como éste, líos de ninguna especie... De ser necesario, Cervantes, llévelos a Las Palomas... cuidando que se les trate bien y que no sepan dónde están...

—Se hará así, señor...

—Cambio y fuera...

Ahí abajo el calor se ha reconcentrado y la ropa de abrigo, las chaquetas con forros de piel, las chamarras de nylon, la sotana de monseñor Castro, el abrigo de Sofía, las bufandas, resultan ser excesivos. El sol lastima la pálida piel de Rebul. Le arden la frente, el cuello, el dorso de la mano con la que mantiene firme sobre su hombro, cuando le corresponde cargarlo, el ataúd.

—Bueno: a caminar otro poco.

—Espera, Miguel. Deja que nos repongamos siquiera.

Se alarma el arzobispo:

—Teófilo: voy a perder mi avión.

Le ofrece la cantimplora:

—Tómalo con calma, Maximiliano... Y fájale a un trago.

—A veces eres insufrible...

—Y tú un nervioso, cura puñetero...

—General... —demanda Rebul.

Con expresión de ofendido, Castro busca la complicidad de la única persona que en el grupo puede ofrecérsela. Sofía Vaquero acepta el brazo que el Representante del Señor (en la provincia) le ofrece gentilmente.

—Adelantémonos...

Tan rápidamente como el suelo resbaladizo y disparejo lo aprueba, ambos se alejan. Tal vez unos cincuenta metros han avanzado cuando los alcanza el consejo risueño del general:

—Las dos... ¡álcense las enaguas!

Sergio Porcela sigue diseminando microbios cada vez que estornuda. Rafael Balda admite unos buenos sorbos de whisky (casi los últimos) y cede la cantimplora a Rebul. Después que bebe, Rebul la entrega, sin limpiarle la embocadura, a Héctor Deschamps. Éste recibe las gotas finales.

—¿Qué hago con esto, general?

—¿Está vacía?... Pues, tírela...

A Balda le corresponde ahora marchar adelante y a Porcela, con todo y su catarro y la borrachera sin progreso en que se ha estancado, marchar atrás. Lento por su gordura, el general se rezaga. Ameniza su soledad con el contenido de la nueva cantimplora que pone en servicio. Insulta al asistente que tuvo la idiota ocurrencia de llenarla con ginebra... ¡Brrr...! Ginebra, dulzarrona y perfumada, en este calor...

Deschamps camina al lado de Miguel Rebul. Le conviene serle grato, después de lo que ha sido dicho. Hay un momento en que lo toma por el brazo:

—Don Eugenio poseía una increíble capacidad natural para corromper lo que tocaba: cosas, gente... Nos obligaba a ser ruines...

Distante, comenta Rebul:

—Algunos no tuvieron que esforzarse mucho...

—Es cierto, algunos...

—He llegado a pensar, Deschamps, que a usted corromperse, ser corrompido, le produce algún tipo de satisfacción.

Algo de amargura hay en la sonrisa de Héctor Deschamps:

—Quizá esté en lo cierto... quizá lo entendería quien ha tenido que ir cuesta arriba para todo, para conseguir todo...

y Miguel Rebul recuerda lo que ha visto, ha leído o le han dicho, en los años que lleva de conocerlo, sobre Héctor

Deschamps: la forma en que Procurador, legalizó, para servir los intereses Olid, la represión que padecieron los grupos de campesinos que se habían apoderado de los predios (inútiles un cuarto de siglo) en los que don Eugenio fundaría la zona industrial de Nueva Castilla; y lo ve asegurando, en favor del pistolero importado del extranjero, la impunidad que requiere para asesinar al líder Amílcar Carrillo y retornar, sin problemas legales, a su país; y lo ve en su despacho (que preside un retrato al óleo del lamentable carcamal, toda ella pellejos y colorines, en que se ha convertido Madelaine Deschamps, cazadora de efebos en escuelas, clubes y tabernas) distribuyendo el dinero del soborno entre los jefecillos estudiantiles que habrán de jurar que grupos-de-presión, intereses extranacionales, espías de Washington (o de Moscú) ideólogos-de-tendencias-opuestas-a-las-tradiciones-patrias, son los que agitan a la muchachada politécnica y la manejan conforme a lo que conviene a sus Perversos Intereses; y lo ve hurtando para sí una pizca aquí, otra allá, de todos los fondos Olid que pasan por sus manos —robando al pretender negocios por cuenta propia, pero al amparo de su nombre intimidante, al viejecito que llevan a sepultar y al que ahora acusa de haber poseído, tales fueron sus palabras, "una increíble capacidad natural para corromper lo que tocaba: cosas, gente..."; recuerda Miguel Rebul, del mismo modo, el comentario que aquella tarde hizo, en su presencia y en la de Balda, don Eugenio Olid al recibir del alborozado Héctor Deschamps la noticia de que a cambio de una gratificación ("dada a quien ya sabemos") había hecho desaparecer los seis comprometedores cadáveres de los activistas obreros cuyo secuestro, cosa inexacta, se atribuía a fuerzas gubernamentales de seguridad; para esas horas, anunció, de los seis cuerpos quedarían en los hornos de la compañía rival de *Metales Especializados Olid* a la que era necesario comprometer, los huesos y algunos otros necesarios elementos de identificación que servirían a los Federales para establecer la indiscutible culpabilidad de los Hermanos Hacha, S. A. —a los que sólo con una huelga financiada por Olid, la matanza colectiva de los líderes en Las Palomas y el ardid de la cremación fue posible convencer, cuando casi estaban ya en quiebra, que les resultaría más provechoso asociarse con don Eugenio que competirle.

Miguel Rebul expresó que métodos así de brutales no de-

bían ya utilizarse. ¿No hubiera sido más fácil, más limpio, ahogar a los Hacha con el nudo corredizo de la intriga financiera? Dijo el señor Olid:

—Fácil, fácil, no lo creo... —y Deschamps lo secundó:

—Nos hubiéramos pasado años gastando saliva. Los conocemos, Miguel. Como buenos vascos, son necios...

—Todo tiene arreglo por las buenas, Deschamps. Repruebo que se use el asesinato como medio de persuasión.

—Nadie ordenó que los mataran —explicó Héctor Deschamps, absolutamente convencido de lo que decía—. Nadie. Los seis pretendieron escaparse... Los agentes dispararon en defensa propia. Después, con un poquito de ingenio, le dimos vuelta a la tortilla y sacamos provecho...

Rebul miró asentir a don Eugenio. Quizá el viejo estaba conforme con lo ocurrido. Muertos los seis revoltosos se libraba de seis dolores de cabeza. Esa media docena de líderes metalurgistas (a alguno de los cuales llegó a conocer) contarían entre los pocos que no se dejaron comprar o atemorizar por Olid, tal vez ¿cómo saberlo? porque no se les apretó lo suficiente.

—De todos modos —creyó de su deber dejar bien clara su posición— insisto en que la brutalidad, el crimen, el terror no deben formar parte de nuestro modo de operar...

—Hay veces... —indicó Olid; pero no prosiguió. Se había puesto en pie y se dirigía al aparador donde se hallaban las botellas de licor.

—Hay veces —indicó Deschamps, como si supiera qué pretendía decir Olid— que es inevitable, y casi conveniente, valerse un poquito de la violencia. Ya sabemos...

Desacostumbrada cortesía, Olid sirvió una copa de coñac al abogado, que enrojeció de emoción. Ése estaba siendo uno de los momentos gloriosos de su vida: la recompensa más señalada que sus cabildos recientes podían recibir. Olid propuso un brindis:

—Por Deschamps, el hijo de puta más útil que viene a esta casa...

Sintió Rebul que le ardía la cara; Balda, que Olid era injusto al generalizar de ese modo; Héctor Deschamps, una gran satisfacción al saberse así de bien estimado:

—Oh, don Eugenio, ¡gracias...!

En ciertos momentos, y conforme a lo que había aprendido

en los años que llevaba sirviendo a Olid, una injuria de ese tipo, dicha por el patrón, equivalía a una desmesurada alabanza.

Dirá Miguel Rebul, librándose de la mano, caliente y pegajosa, que hoy lo toma del brazo:

—Don Eugenio lo consideró siempre, Deschamps, entre sus hijos de puta favoritos. Tuvo usted esa suerte...

Sonrió, otra vez con tristeza, Héctor Deschamps. Su ebriedad latente, en cierto modo sórdida, le negaba la cólera.

—Uno es lo que es y usted lo sabe... Fatalmente.

Miguel Rebul halló en esas palabras, dichas en voz baja como una reflexión que fuera también una disculpa, la aceptación de la verdad —de su propia verdad irrebatible.

7

Luego de caminar tanto tiempo entre el boscaje sobrado de calor, mosquitos, mínimos dinosaurios y suntuosas guacamayas; pájaros negros y anchas mariposas, salieron a lo que parecía ser (y quizá lo fue en los días de hace milenios cuando la tierra estaba recién creada) el lecho seco de un espacioso río.

Muy rezagado, dando tumbos porque la ginebra comprometía su equilibrio más que todo lo que había sorbido de las otras tres cantimploras, el general Medina había ido abandonando el chaquetón de piel, la guerrera verdeolivo, el sweater de cashmere gris, y venía ahora con la camisa desabotonada y sus faldones al aire.

Hicieron, juntos otra vez, un nuevo alto para esperarlo.

—A este paso, Miguel, no llegaré a tiempo —se lamentó el arzobispo.

—Llegará —reiteró Miguel, pacientemente.

El abogado Deschamps, sin cuidarse de Sofía Vaquero, exponía su miembro al sol. No amainaban los estornudos del médico Porcela. Con ganas él mismo de desalojar el intestino, Rebul debía poner el ejemplo, guardar ciertas apariencias. Contra lo que esperaba, el mucho alcohol no había conseguido marearlo; sólo agravar sus intermitentes dolores de cabeza, los espasmos de su vientre. Estaba tan sobrio como necesitaba estar para saber qué hacía, qué disponía y, en especial, para que su autoridad, la autoridad de su personalidad, no se deteriorara, se disminuyera, a ojos de ésos por los que se sabía, como don Eugenio Olid se supo siempre, temido y detestado; respetado —nunca amado.

—Ve por el general y quítale el trago.

—Ojalá se deje —y Balda fue a cumplir el encargo.

No quiso Miguel que se demorara más la marcha. Podían caminar un trecho, presumiblemente largo, antes de llegar al arroyo. Acaso sólo allí necesitarían el consejo de Teófilo Medina Irigoyen para encontrar el vado. No era ya tiempo de lluvia en la sierra y las aguas vendrían, supuso, flacas, mansas, fáciles de cruzar. Recordó que Olid, no obstante su riqueza, nunca quiso aventurarse a ir más allá de los límites de esa llanura que se perdía en el fondo de la barranca. No conoció la capital del país; no conoció el océano, por más que mucho de su dinero estuviera invertido en hoteles y fábricas de la costa, industrias marítimas y pesqueras. Dueño de una flota privada y de aerolíneas comerciales, temía el azar del espacio y desconfiaba de todo lo que, no siendo animal, volara. Confiaba únicamente, con más recelos a medida que envejecía, en el ferrocarril y, algo menos, en el autobús. Poseía un vagón dormitorio que sólo en un viaje utilizó. Se rehusó, por ejemplo, cuando fue inaugurada, a recorrer la Autopista Federal Eugenio Olid que lleva a Avemaría —esa que, a la distancia, tiende el claro de su gigantesco puente de ocho carriles.

Le gustaba, no obstante, ver el mundo; que le hablaran del mundo; que Sofía Vaquero, en las tardes de sus épocas de libido en calma, leyera para él libros de geografía, artículos de promoción turística, reseñas de expediciones a sitios lejanos o poco conocidos.

Para desesperación de Larry Pavlevich (que consideraba un *crimen* destinar a eso el valiosísimo Tiempo Triple A de la cadena TVOlid-9) don Eugenio había dispuesto hacía cinco años que todos los días de la semana, en los sesenta minutos anteriores al noticiero de Jacinto Olmedo, su canal proyectara un *traveltalk* —la aventura de un navegante solitario; la hazaña de un equipo de alpinistas; el alarde técnico de los científicos que rastreaban, con sus batiscafos, el fondo del mar; y si el documental le interesaba, decidía que fuera repetido, reprisado, al día siguiente; y aunque a juicio de Pavlevich era de lo más anticomercial insertar temas turísticos a esa hora (ideal, como lo hacía la competencia, para los teleteatros, los *musicals* y los sainetes con los cómicos en boga) el número de empresas no ligadas a Olid, o de productos no elaborados por sus compañías, o de servi-

cios no prestados por sus filiales, que deseaban patrocinar la emisión lo hacían dudar, a él que presumía de saber-todo-lo-que-hay-que-saber-en-este-negocio, de su capacidad para interpretar el verdadero gusto del público. (Dos años consecutivos, sin que nadie presionara a los miembros del jurado, el Gran Premio de la Televisión Nacional le fue concedido, precisamente, a *Este Mundo Nuestro,* que tenía por más asiduo espectador, uno entre millones, a Eugenio Olid Orellana).

—¿Por qué no se decide, don Eugenio, y hace un viaje de verdad, va a los lugares de verdad y conoce a la gente de verdad...?

Olid, que esa tarde seguramente estaba sentencioso, fue a la ventana, se apoyó en los hierros que la enjaulaban, miró el esfuminado límite de la llanura. Confesó:

—Tengo miedo, a veces, de lo que hay más allá de esta casa. Solo aquí, entre mis cuatro paredes, me siento a gusto.

—Goce un poco de la vida, don Eugenio.

Asintió Olid, sin volverse. El silencio, ancho a su espalda, lo distanció enormemente de Miguel. Cuando habló, su voz parecía venir de ninguna parte:

—Eso que me recomiendas, Miguel, deberías hacerlo tú: gozar de la vida.

—Yo no tengo tiempo. Usted, sí. Ésa es la diferencia.

—Vas. Vuelas. Vienes. Trabajas. ¿Vives? ¿Te concedes los gustos a que tienes derecho?

—Estamos levantando un imperio, don Eugenio, y...

—Cuando lo tengas, ¿qué? De ti dirán, como de mí lo dicen, que fuiste asesino, inhumano, atroz; que sacrificaste a todos, que los envileciste, que los anulaste... Te rodearán ingratos que te acusarán de ser ingrato, ¡a ti, que les quitaste el hambre, que los hiciste gente...!

—Todo es cuestión, don Eugenio, de con qué anteojos mire uno las cosas de la vida.

Como si espantara una mosca inoportuna que lo incomodaba, Olid apartó las palabras de Rebul; esas titubeantes palabras con las que pretendía rebatirlo.

—La vida, y ojalá vivas lo suficiente para saberlo, poco te compensa por lo que haces... Juntas millones, miles de millones y ¿puedes montar en una noche más veces a una

mujer? ¿puedes comer más, tragar más vino... o no sufrir con la diarrea de hoy o con las almorranas de mañana? Tú, Miguel eres ahora mucho más feliz que yo... Puedes hacer cosas que te gustan casi cuando lo quieres... Pero tú y Rafael son menos felices que el más pobre de tus empleados, porque éste tiene quien lo ampare: el patrón, que viene a ser algo así como el esclavo de su trabajador... ¿Cuándo fuiste a un cine por última vez? ¿cuándo enamoraste por última vez a una hembra para llevarla a la cama? ¿cuándo por última vez deseaste comprar algo... algo que no tengas o que sería tuyo con sólo ordenar que te sea llevado?... Recuerda esto que aprendí de muy joven: el dinero tiene importancia sólo para el que lo necesita.

Llegó Sebastián con el café y Sofía quiso encender las lámparas. No autorizó Olid que lo hiciera. Prefería compartir con Miguel Rebul, un poco a oscuras, ese atardecer que rápidamente se apagaba sobre el valle; compartirlo en silencio, como las cosas que lo complacían. Habló de su vida, ya larga; de lo que en ella hizo de bueno y de lo que de malo le atribuían.

—No te juzgan nunca en tu justo término medio. Blanco o negro, nada más. Te tocará saberlo, Miguel.

Como Olid, o a causa de Olid, Rebul participaba de la melancolía de la hora:

—Con usted, don Eugenio, nada de agua tibia...

Olid asintió, algo sonriente, pensativo. Hacia el fin de la segunda taza de café, Olid atrapó otra más de las miradas que Rebul enviaba a uno de los relojes de pared (estaba inquieto: era tarde y no quería llegar de madrugada a la capital en su nuevo jet) y dijo, a manera de disculpa:

—La otra noche, en la televisión, oí unos versos... Me gustaron y los apunté... Los he leído una docena de veces... Los sé ya de memoria...

No dijo más. Pensó Rebul: "No se atreve a preguntarme si quiero que los recite, aunque está deseando que se lo pida". Así no pudiera verlos en la penumbra, sabía que los ojos de Olid buscaban su rostro y que sus oídos aguardaban la aprobación. "He conseguido que él también me respete, me tema", y no supo si debía interpretar eso como el indicio (el primero que don Eugenio le daba) de que

había alcanzado el estadio de la madurez, el verdadero principio del poder.

—Dígalos, don Eugenio... —Se levantó. Olid permaneció sentado. Rebul parecía dominarlo sólo con estar de pie. Prosiguió—. Tengo un par de minutos más...

Percibió un acento de alegría en las palabras de Olid:

—Gracias, Miguel, por pedirme que los diga. Te encantarán... Oye esto —y, como si dijera una oración, murmuró:

Un día
la voz de la conciencia
me laceraba tanto
que, desesperado,
me coloqué
frente al espejo
y discutí.
(Salí absuelto
y los dos terminamos
llorando)

Recordaría Rebul que ese había sido uno de los momentos en que más cerca de ser absolutamente humano estuvo Olid en su vida. Nada quiso comentar. ¿A qué estropear lo que era perfecto así? Sólo informó:

—Debo irme.

—¿Por qué no te quedas en La Casa esta noche?

—Temprano por la mañana, a las ocho, tengo citada asamblea de directores.

—Siendo así... Avísame que llegaste bien.

Por encima de ellos, más amenaza que amparo, revoloteaba, azul y muy bajo, uno de los helicópteros de la vigilancia. Como si quisiera que los tripulantes lo vieran, Héctor Deschamps ¿para disfrutar de una irrisoria venganza; porque los tragos lo desinhibían?, saltó sobre el féretro y tuvo tiempo, antes de que Rebul lo echara al suelo de un empellón, de imitar un baile zapateado al estilo de los que distinguen, en la geografía de la música folklórica, a la provincia.

—Bájese, borracho... —oyó que le gritaban.

Acaso nada más sorprendido de encontrarse arrodillado en el polvo, Deschamps reconoció que estaba más beodo de lo que parecía (y de lo que creía estar) cuando pretendió levantarse y no pudo, y le fue necesario aceptar la ayuda del médico Porcela.

—Su comportamiento, abogado —lo recriminó el arzobispo Castro —es absolutamente im-per-do-na-ble...

—Se da usted a conocer como lo que es, abogado... —indignada, Sofía Vaquero se había puesto a limpiar con la manga de su vestido las huellas que los tacones de Héctor Deschamps habían marcado en la cubierta del féretro.

—¿Podría la señora decirme cómo soy? —inquirió, cuidando su compostura, sacudiéndose con golpecitos de pañuelo el traje pálido de polvo.

Irritado, porque la jaqueca estaba mortificándolo con fuerza en ese momento, gritó Rebul:

—Cállense... Que se callen todos... —Rápidamente, el índice como cañón de pistola, apuntó a la cara del arzobispo, que tomaba aire para hablar —Usted también...

Lo obedecieron sumisamente, como en vida obedecían, baja la mirada, recogidas las palabras, a veces un ahogo en la garganta, al señor Olid. Completó su vuelta el ruidoso helicóptero de los servicios de comunicación interdepartamental y se alejó, hacia el oeste, atento al curso arbolado de la barranca. Seguía el calor haciendo arder la tierra; sudar a los que sobre ella, en torno a una caja de madera pintada de negro, aguardaban a que el general Medina, y Balda que había ido a rescatarlo de la tentación de la ginebra, se juntaran con ellos.

Pero antes que Medina, que Rafael, les llegó en avanzada la crónica que emitía el receptor que el general traía en el sobaco:

—...es en verdad, señoras y señores, auditorio amable del país —impecable la dicción; adecuado el orden en que colocaba dentro del relato las frases principales y las secundarias; medido el *tempo* a que ceñía su crónica, Jacinto Olmedo iniciaba, dijo, el primero de los controles remotos que TVOlid-9 pondría en el aire del país desde Nueva Castilla y sus alrededores —impresionante... espectacular... conmovedora... la demostración de respeto que las multitudes inconsolables reunidas aquí están brindando.

Eran, de creerle a su cálculo, trescientas/cuatrocientas mil las personas que habían llegado ya a Avemaría; serían otras tantas las que, estimaban los responsables de los puestos de control de tránsito, estaban en espera de que las vías de acceso, del norte y del este, se descongestionaran para poder completar su peregrinación, iniciada, como en el caso de los comuneros de Sierra Santa, a las tres de la tarde de la víspera, hora en que la radio les subió la noticia de la muerte de quien, al comprarles la resina total de sus bosques, garantizaba su pan, su trago y su techo.

—Y toda esta gente —decía Olmedo— ha venido mottu propio, convocada por un sentimiento colectivo de solidaridad, de simpatía, de amor diríamos, hacia el Gran Ciudadano Desaparecido... A nadie se le ha pagado por venir... A nadie se le ha forzado, con amenazas o presiones, a dejar sus lugares y acudir a éste que ya se instala, porque en él nació y en él será sepultado el señor Eugenio Olid Orellana, en el Libro de la Historia de la República...

Hizo saber Jacinto Olmedo que el alcalde en Avemaría y sus fuerzas policiacas no habían tenido mayores problemas para mantener el orden público. Fuera de una algarada estudiantil, que ocurrió a las 9.30 aeme, cuando unos quizá quinientos jóvenes pretendieron ingresar por la fuerza en el camposanto municipal, nada/digno/de/escribir/a/casa había sucedido. Difería un poco del relato del alcalde, rendido ante cámaras y micrófonos, el reporte que a propósito del zafarrancho sometió, uno o dos minutos después, el comandante Omar Cervantes.

—...en efecto, señor Olmedo. Fue necesario que utilizáramos a los elementos a mis órdenes para tranquilizar a los revoltosos, entre los que descubrimos infiltrados a no pocos agitadores profesionales... Desde luego, don Jacinto, y en vista de la resistencia que esos individuos ofrecieron, fue indispensable que mis muchachos utilizaran sus instrumentos de trabajo...

Como ser discreto y nunca formular preguntas embarazosas era norma que obedecía, Olmedo prefirió no ahondar más en el asunto — y de ese modo le ahorró al auditorio la molestia de saber que los "instrumentos de trabajo" a que tan modestamente se refería Omar Cervantes habían causado entre los que pretendían la toma del cementerio cuatro o

cinco docenas de cabezas rotas y, por lo menos, dos vidas interrumpidas, de las que tampoco se hablaría en los *mass-media* adictos a la organización Olid y sólo como simples rumores sin confirmación en el resto de la prensa nacional.

—Sin embargo, auditorio del país —añadía Jacinto Olmedo, elegantísimo en una ligera chaqueta de lino, dirían quienes estaban mirándolo trabajar en Avemaría— una cosa es evidente: la absoluta gratitud que la muchedumbre aquí reunida profesó a la persona, igual que hoy la profesa a la memoria, de ese hombre, de ese titán fundador de gran parte de nuestra grandeza económica, de ese Ciudadano Fuera de Serie que en vida se llamó don Eugenio Olid Orellana...

Debido a que Olmedo terminó su frase en la parte alta del registro, el "don Eugenio Olid Orellana" se escuchó tan vibrantemente como si un sargento estuviera pasando lista a los reclutas; por ello tuvo gracia, alguna gracia, que el general Medina, al tiempo de llegar donde lo esperaban los otros, respondiera:

—¡Preeeeé-ssennnte!

Una carcajada, que Porcela no pudo detener, rompió la solemnidad en que todos, escuchando la narración del comentarista, habían coincidido.

Se encrespó Medina, sospechando que se burlaba de él:

—¿De quién se ríe, pendejo médico, eh?

—Calma, general —intervino Rafael.

—Me río, señor general, caballeros. —Las flemas le taponaban la garganta. Su voz resultaba, así, naturalmente engolada—. Me río de lo bonito que salió eso de Doneugenio olidorellana ¡preseeennnte!

Luego de añadir su propia risa borrachita, y alegre a pesar de todo, Héctor Deschamps dejó gotear sus lágrimas:

—Nada más faltó que dijeramos: ¡murió por la Patria!

La broma, que no se complicó con nuevas reclamaciones del general, con ninguna otra aspereza de Rebul o con la reprobación rutinaria del arzobispo, desagradó, sin embargo, a Sofía Vaquero:

—¿Por qué se burlan así de don Eugenio?

—Nadie se ha burlado de don Eugenio, queridísima, buení-si-ma Sofía —y Sergio Porcela le da una nalgada—. Sólo que, y por eso nos reímos, resultó graciosa la coincidencia.

Otra vez sin que viniera al caso, la mujer empezó a llorar.

Entre sollozos dijo que don Eugenio, modesto por naturaleza, hubiera disfrutado mucho sabiendo cuánto, qué tan desinteresada y gustosamente, lo amaba la gente —él, que se creyó siempre repudiado, maldecido.

—Bueno —expresó, ya en serio, Porcela—. Repudiado, maldecido, lo fue en realidad por muy pocos... Diría yo, por aquellos que lo conocimos de cerca... Los demás ¿qué llegaron a saber de su perfidia...?

—¿Con qué derecho se echa usted contra él?

—¿Conoce otras palabras, maldad, perfidia, mejores para decir que fue un canalla?

—No lo fue. Se lo digo yo, que pasé casi toda mi vida a su lado...

—Con él —remarcó Deschamps.

—Usted, Sofía, fue la querida de planta de Olid.

—El señor Olid fue... como mi padre... mi amparo...

La acosó Porcela:

—Él no se alzará ya de la caja para ordenarle que calle... Así que, sin hipocresías: diga lo que siente...

Hizo segundas Deschamps:

—Amante y criada. Buena para la cama y también para la cocina. —Se volvió a Rebul, buscando comprometerlo—. ¿Usted conocía esa situación, verdad?

Miguel Rebul, que había tolerado el rápido diálogo, reasumió el uso de la autoridad:

—Hay que seguir... y callarse.

—Si me permite decirlo, estamos aclarando un rasgo importante, definiendo un trazo fundamental de este retrato hablado de nuestro amigo y protector, don Eugenio Olid, alias El Detestado.

Sin mucho vigor, porque no era brusco su modo de ser natural, propuso Rafael Balda:

—Sería bueno, médico, que dejara las cosas del tamaño que están. Lo que don Eugenio y Sofía fueron o no en su vida privada, es, fue, asunto sólo de ellos; no nuestro...

El arzobispo Maximiliano Castro, recogiéndose la sotana (se vio que usaba, a la antigua, calcetines de tubo alto y ligas de elástico negro) se dispuso a caminar delante del féretro que ya se echaban a hombros Rebul y Rafael.

—Estoy absolutamente de acuerdo con lo dicho por Rafaelito —puntualizó monseñor—. Don Eugenio y Sofía a nadie

ofendieron con su relación, admitiendo sin conceder que existió en los términos que dice al abogado Deschamps...

La señora Vaquero alzó el rostro, por lo general huidizo, y lo enfrentó a quienes (como si les importara) le reprochaban haber sido querida y sirvienta de Olid.

—Si fui mujer de don Eugenio ¿le hice daño, abogado? a usted, doctor, ¿lo perjudiqué en algo?

Marchaban ahora sobre piso arenoso y poco firme. El general Medina se había puesto media docena de pasos más a la vanguardia que el arzobispo. Miguel, que iba adelante, y Balda, que cargaba atrás, pusieron los suyos a seguirlos.

Deschamps y Porcela, que no avanzaban a la misma velocidad que el resto, se rezagaron. No con ellos, aunque tampoco alejada, caminaba Sofía.

—Diga usted lo que diga, Sofía —porfió Deschamps— usted fue para Eugenio una golfa más, como todas las que con él tuvieron trato...

—No me compare con la francesa, abogado.

Porcela dejó ir otra de sus risitas:

—Estamos hablando de usted, Sofía; de usted concretamente —subrayó— no de las putas en general.

El ataúd los aventajaba un tramo ya considerable. Dejaron descansar un momento las palabras y alargaron el paso. Cuando la distancia fue menor, menos fue también lo apresurado de su marcha. Entonces, como si tuviera necesidad de hacerlo, habló Sofía Vaquero:

—Usted, doctor, conoce bien las cosas... Yo nunca le tiré ninguna ventaja a don Eugenio... De él, lo único que me importaba era que me quisiera... Que me quiso lo prueban los veintitantos años que pasamos bajo el mismo techo...

Caminaban los tres juntos, ahora, hombro con hombro, en una escasa línea desplegada. Más alto que por la mañana, el helicóptero seguía rastreando el cielo en busca de probables enemigos emboscados.

Omar Cervantes (esto lo oyen solamente el general Medina, que lleva al *walkie-talkie*, y el arzobispo) informa, usando la frecuencia de la policía, del secuestro y quema, por cuenta de exaltados pendencieros universitarios, de dos autobuses de Petroquímica Olid y de un camión repartidor de *Oli-cola*, y recomienda estar alertas pues sigue rumorán-

dose entre los muchachos que hay comandos escondidos en el barranco.

—¿Por qué ese afán, Sofía, de engañarse? ¿Por qué hablar de zarandajas como el amor...? Usted pasó veinticinco años en casa de Eugenio —aclaró Sergio Porcela, como si ella desconociera sus razones— simplemente porque no tenía a dónde ir y porque Eugenio no le hubiera permitido que se fuera...

—Él me quería...

—Uno y otro se necesitaban. Él, para tiranizarla; usted, para vivir a su costa.

—Nada me dio de favor... A cambio ofrecí mi trabajo, mis desvelos...

—...y sus nalgas y también sus tetas... —dijo Deschamps, pero no le hicieron caso.

—Ofreció cuanto fue necesario ofrecer, Sofía, para tenerlo contento, para que no se cansara... Incluso sus servicios de alcahueta...

Cabeceó Deschamps:

—Viéndolo bien, Porcela, doña Sofía Vaquero fue siempre muy lista... Dominó a Olid administrando sus debilidades. ¿Cuál mejor que colaborar en las depravaciones que al viejo degenerado le gustaban?

Ella intercaló una púa:

—¿También de eso le ha hablado la francesa, abogado?

No alzaban la voz; no disputaban. Su charla tenía algo de impersonal; una cierta frialdad académica... Porcela no creía que hubiera sido el sexo lo que determinó la prolongada relación de Olid con la Vaquero. Había algo más fuerte; algo, para Eugenio Olid, más importante que las horas gozosas que pudieron haber compartido.

—¿Qué, Porcela?

—Él quería más, sí... Lo sabía yo, lo sabía ella... De ahí su abgenación aparente.

—Sincera, médico...

—Un hijo... Un hijo quería Olid, de cuya paternidad estuviera absolutamente seguro...

—¿Y para eso tenía a doña Sofía? Permítemelo que lo dude. Olid pudo haberse casado con quien hubiera querido...

—Ahí está el quid del asunto, Héctor... Olid no quería

sufrir las molestias del matrimonio, ni el compromiso de ser casado, para tener familia... Por todos conceptos para él Sofía era la mujer adecuada, la que preparó para serlo... Siete veces, por si no lo sabes, estuvo Sofía a punto de cumplirle esa pretensión a don Eugenio y siete veces le falló...

Protestó ella:

—No fue mi culpa, doctor. Usted sabe que no lo fue.

Olid estaba nervioso y su agitación, sus resoplidos, la forma rabiosa en que gruñía, contrastaban con la tranquilidad profesional de Porcela, que tomó la toalla, se frotó manos y antebrazos, los roció después con alcohol y estuvo moviéndolos para que el aire los secara. Del baño pasaron al living. Sofía Vaquero, en su recámara, era un débil quejido. Sebastián le ofrecía murmullos de consuelo.

Cayó sobre el pecho de Porcela, inesperada y firme, la mano de Olid:

—Necesito que se logre esa criatura ¿me oye?

—Haré lo que se pueda, don Eugenio.

—Eso necesito —soltó la camisa del médico—: que se la saque viva.

—De mí no depende... Tal vez, en el hospital.

—Ha de parir aquí... Aquí ha de nacer y usted, apréndaselo bien, usted hará que nazca...

Como las seis veces anteriores en un cuarto de siglo, el vientre de Sofía Vaquero le negó descendencia a Eugenio Olid: le entregó un feto muerto, mínimo y amarillo, que Porcela, como lo había hecho también seis veces antes, guardó dentro de un vitriolero que contenía una solución de formol, alcohol y algo más.

Sofía Vaquero lloró, fuerte, un poquito, y siguió haciéndolo, en tono menor, hasta que, adormecida por la droga que le habían dado, quedó con los ojos semi abiertos, de cara al cielo raso de la alcoba. La veló, hasta que a él mismo lo fatigó la vigilia, su marido Sebastián.

—Explíqueme, Porcela ¿por qué esa mujer no puede darme lo que yo quiero?

Los dos miraron un tiempo, por la ventana (¡esa venta-

na! —el recuerdo lastimaba la memoria del médico) la noche de Nueva Castilla.

—Bueno... con el período casi acabado, y más de cuarenta años...

—Y antes ¿cuando era joven?

—Tal vez no sea apta para la maternidad. Hay casos.

—Se embaraza ¿no?

—Sí.

—Toda hembra que se embaraza puede tener hijos, creo yo.

—No necesariamente, don Eugenio... Puede resultar encinta, como Sofía, pero no es capaz de retener el producto...

Habían vuelto a la mesa del comedor y Olid vertía borbotones de brandy en la copa de Porcela.

—Don Eugenio...

—¿Qué? —Olid se había puesto adusto, como si se sintiera traicionado, engañado, estafado.

—¿Por qué no intenta buscar su hijo con otra persona?

Bruscamente le ofreció la copa llena hasta el borde. Algo de lo que contenía goteó sobre la alfombra. Habló crudo:

—Con ella o con nadie... así me dé cuenta de éstos son mis últimos cartuchos...

Le parecían a Porcela rebatibles, los argumentos con los que Olid llevaba lustros tratando de justificar, ante él, por qué su hijo habría de nacer, precisamente, de Sofía Vaquero. La experiencia seguía convenciéndolo que todas las mujeres (incluida la que a él lo abandonó en una zahurda para que el frío o los cerdos lo mataran) eran sucias, desleales, prostitutas capaces de cometer las más atroces villanías si hacerlo les producía beneficio, cualquier clase de beneficio. En su vida ¿había conocido una, siquiera una, que se hubiera acercado a él sin codicia, sin segundas y aun terceras intenciones? Las que iban a su casa (zorras profesionales, o busconas como la esposa de Héctor Deschamps, su abogado; o Martha de Negroat, que lo era del presidente de *Constructora Olid*, o Diamantina Salazar de Ávalos, querida del Director de *Astilleros Olid*) ¿qué eran si no la escoria de un género en cuya pureza y fidelidad sólo creen los idiotas o los cornudos? ¿buscarle a su hijo una madre de cuyo pasado no hubiese llevado, día con día, un minucioso registro?

—La única, médico; la única es Sofía.

—Sin embargo, don Eugenio, los hechos...

Bebió lentamente, ignorándolo. Porcela nada más añadió. Lentamente Olid repitió la historia que de tiempo en tiempo estaba él obligado a escuchar:

—Cuando la encargué al Asilo y me la trajeron, no cumplía su trece... Era algo cerril y nada sabía de la vida... Usted la revisó de pies a cabeza. Era doncella, le consta... La preparamos para hacerla mujer... y fue mujer... La fui cambiando a mi modo... Nunca nadie la ha tomado; nadie que no sea yo... ¿Me explico...? Si me preguntara qué es lo más verdaderamente mío que tengo, le diría que ella, porque ella es lo único que no ha sido antes de otro... ¡y con todo, la muy imbécil no es capaz de quedarse preñada nueve meses...!

Era así. A los cuatro, a los cinco (sólo en dos ocasiones: la tercera y ésta) a los seis meses, el embarazo, tan difícilmente conseguido, terminaba en aborto. ¿Se hallaría en Olid, que de muy joven sufrió un mal venéreo del que eludía hablar, la razón del problema? Porcela se inclinaba a suponerlo. ¿Cómo explicar que ninguna de las mujeres que tuvo en la cama hubiera sido nunca fecundada por él? ¿por qué sólo podía germinar el semen Olid, así fuera por unas pocas semanas, en la señora Vaquero?

Concluyó sombríamente, proponiendo un aspecto de brindis:

—En fin... Esto parece ser el cuento de nunca acabar. Habrá que empezar de nuevo...

Después, cerró los ojos. Porcela lo veía, en verdad, aplastado, aplanado. Esa noche, la del séptimo de sus fracasos, Eugenio Olid no había conocido, como en las anteriores, ningún arrebato: no había pateado las sillas, ni roto copas o botellas, ni agredido a puñetazos las lámparas con pantallitas de seda y cuentas de vidrio. Simplemente, como si nada le importara ya, o como si estuviese muy fatigado, se puso a dormir. Sin hacer ruido, sin asomarse otra vez, la última, a la habitación de Sofía, se marchó Sergio Porcela.

—Así era siempre, ¿verdad Sofía?

Ella asiente. Deja dentro del pañuelo que se ha llevado a la boca, saliva y sollozos: expresión de lo que puede ser dolor o el recuerdo de su odio.

—"Otra vez será", decía don Eugenio para consolarme.

y ella, ahora, piensa en los siete frascos que guarda en el interior, oloroso a cedro y vainilla, de su armario; en esos siete frascos en los que está siete veces muerto Eugenio Olid. Otras lágrimas, sentidas más, se imponen a las que han humedecido sus ojos. "Mis siete muchachitos". Los fetos, todos corresponden a varones. De haber vivido, el primero tendría hoy veinticuatro años; siete, el último;

en ocasiones de soledad, abre el armario; retira el lienzo de franela negra que los cubre; saca los frascos; los limpia; los acaricia; los acuna; les canta. Ama a todos, pero Eugenio, el primogénito, y Juanito, el menor, son sus predilectos. ¡Qué linda familia la suya si Dios le hubiese hecho la merced de permitirles vivir! (Una tarde, Sebastián la vio bailar con el vitriolero en el que flota el mayor de sus chicos —el de las sienes ennegrecidas por la presión de los forceps—; el que estaría en la Universidad, o ya trabajando en alguna de las empresas de su padre, o allí, con ella, bailando, rodeándole el cuerpo, que empieza a entrar en carnes, con sus brazos de joven que no tendrá novia para no poner celosa a mamá...);

y piensa también que después de cada malparto, el señor Olid, como si ella tuviese culpa, se resecaba, se hacía más hosco, más inhumano, si así pudiera decirse; más soez, seguramente para demostrarle, hacerle sentir, qué tan disgustado, defraudado, dolido se sentía (él, que todo le daba sin regateos) porque no fuera lo suficientemente agradecida, lo bastante mujer para darle el hijo que no acababa de cumplirle;

y a la mañana siguiente de que perdió a Juanito, tan temprano que no golpeaban aún las seis en los relojes de la sala ni en el campanario de la Parroquia del Santísimo, empezó a repercutir dentro del sueño en que la había dejado Porcela un tañer imperioso, muy agudo y penetrante, de la campanita de cobre con la que Olid demandaba su primer té del día;

y se dijo que estaba soñando, que no era posible que Olid fuera tan desconsiderado de llamarla, dolorida como estaba, rota por dentro y aún sangrante, para que le preparase la pócima; pensó, sí, que esos campanillazos, cada vez más fuertes, más repetidos, eran ecos de la pesadilla que le provocó, sin ella darse cuenta, la píldora del médico; mas no era irreal, aunque lo pareciera, lo que estaba oyendo.

Hubo un ruido en la puerta, algo así como una patada, y en el umbral apareció, con sólo la camisa encima, el enfurecido don Eugenio:

—¿Qué no estás oyendo, con un carajo, que te llamo?

—Creí que...

—No me respondas, huevona... Me duele el estómago y quiero un té... Lo quiero ahorita...

...y se largó, diciendo cosas, mezcladas con groserías; y Sofía Vaquero (lo recuerda hoy y los dolores vuelven a ser igual de vivos cuerpo adentro como ese amanacer lo fueron) demora un tiempo en descender del lecho (apretados los muslos, en contacto las rodillas) y otro tiempo en alcanzar (avanzando centímetros, arrastrando los pies) la lejana cocina; y defendiéndose del desmayo, transpirando helada humedad o llorando rencor, sintiendo ser una enorme herida sangrante, se recuerda esperando a que el agua suelte el hervor y a que las yerbas la entinten los tres minutos que deben hacerlo; se recuerda volviendo a la recámara de Olid, colocando la taza sobre el buró, esperando (lo que él no hará) a que beba el té;

y ("buena para nada... mula... parásita") ningún reposo le concede a partir de esa mañana. Después de cada uno de los seis abortos anteriores, había sido costumbre que le autorizara unos días, dos o tres, de convalecencia; ahora, ninguno. Quiso que terminando de preparar la comida y de asear la cocina, bajara a la planta intermedia a descolgar las cortinas, rotas de lo viejas y casi negras de lo sucias, de la que fuera algunos años su oficina de negocios; pidió ella el auxilio de Sebastián, pero Olid se lo rehusó: él estaba ocupándolo en algún otro quehacer y no podía distraerlo; y por la noche cuando hubo terminado, dolorida y pisando su propia sangre, de frotar la tela que se le desmoronaba en las manos, don Eugenio Olid Orellana consideró que era tiempo de fregar los mosaicos del cuarto de baño, y se molestó muchísimo porque la inútil, fodonga, perezosa de Sofía Vaquero no había conseguido, no obstante la lejía y la piedra pómez, devolverles la blancura (y menos el brillo) que lucieron, cuando nuevos, al inaugurarse el siglo;

y en los momentos en que dejaba Olid de hostilizarla, Sofía Vaquero iba a guardarse en la recámara y allí, frente a los siete pomos herméticos (en el regazo el más

reciente, como si lo amamantara) lloraba lamentando ser incapaz de producir los hijos que don Eugenio llevaba tantos años exigiéndole. Si a escondidas había tomado toda clase de infusiones para arraigarlos a su matriz ¿era culpa suya no poder retenerlos? ¿se negaba acaso a dejarse embarazar cuando él lo quería? Al sentirse encinta ¿cuidaba o no, aun excesivamente, su alimentación, el buen funcionamiento de sus intestinos, su sueño, para ofrecerle a la criatura de la que era portadora las máximas oportunidades de vivir? Ellos, los que flotaban grises y monstruosos dentro de esas placentas de vidrio ¿no eran prueba de los siete esfuerzos de su voluntad fracasada?

y mientras el calor del sol le vuelve sudoroso el cuero cabelludo, recuerda que pasados quince días después del último aborto, Olid amaneció glotón y ordenó para la comunidad algunos de sus platos preferidos, y parsimoniosamente, a solas, pues no había invitado a nadie, fue dando cuenta de ellos del mismo modo que dio cuenta del vino tinto y del coñac, que no escatimó; y cuando, a media tarde, estaba ya muy beodo, le gritó que llamara por teléfono a dos de *sus* muchachitas pues tenía antojo de jugar con ellas;

y cosa de una hora después llegaron, y las sometió a la rutina del bidet y luego, limpias y frescas, las hizo vestir, a la más alta, el traje de novia, y un camisón carmesí transparente a la otra. Las condujo a la recámara y allí las entregó a Olid. Durante mucho tiempo (tanto que ella luego de haber lavado los trastes en la cocina alcanzó a descabezar una siesta) las dos nenas rubias retozaron con don Eugenio, se enredaron entre sí, complacieron sus más variados caprichos, hicieron y se dejaron hacer en esa alcoba cerrada y cálida, y él, notable vitalidad, quería más, y gritaban y reían y lo chupaban y se acariciaban una a la otra para divertirlo y lograr mejor paga, hasta que, de pronto, él las miró como si le hubieran robado el aire y ya no pudo decirles que un gran dolor le estaba rompiendo el pecho; que la parálisis le había matado el brazo izquierdo; que miles, millones, de hormigas le subían a la carrerita de la mano al hombro;

y las muchachas se asustan verdaderamente cuando él vomita lo que acaba de comer y de beber y se vacía en un orgasmo lamentable; y corriendo escapan y en el living re-

cogen su ropa y muy de prisa se visten porque no desean verse comprometidas con lo que al viejo le suceda; y una, la de más edad, dice que aún no les cubren los honorarios que se han ganado ya, y pues conoce la casa (ha estado en ella su buena media docena de voces antes), sabe cuál es la recámara de Sofía y se asoma y la encuentra dormitando y la despierta; le pide su dinero y sin informarle que el señor, al parecer, se ha puesto enfermo, se marcha con su compañera;

y cuando, algo más tarde, lleva a la recámara de Olid, extrañamente silenciosa, sus pasitos cortos de recién parida, Sofía Vaquero encuentra a don Eugenio tirado sobre la confusión de colcha, sábanas y almohadas; revolcándose en su pestilente vomitadura; estertorando a causa de la asfixia; y él, aterrado, clava los dedos en el borde del colchón, quiere alzarse y al no conseguirlo, la mira con el azoro que ha de provocar la presencia de Dios; y de momento Sofía no sabe lo que está pasándole (no lo sabe porque nunca lo ha visto ponerse así de mal) pero sospecha que un vaso con sal de uvas no será lo que necesita para aliviarse;

no se ocupa de subirlo a la cama; tampoco de arroparlo; menos, de limpiarlo. Corre, casi, en su estado, al teléfono; con mano temblorosa marca el número de Porcela; recoge, al cabo de muchos timbrazos, la voz de Anita, ama de llaves-enferma:

—Salió hace mucho, doña Sofía. Iba para allá...

y casi en el instante mismo en que ella cuelga, abajo Sebastián abre la puerta a la que acaba de llamar el médico; y un grito, tirado por Sofía desde lo alto de la escalera, le avisa antes del primer rellano:

—Corra, doctor. Don Eugenio se ha puesto muy malo...

Decir que se había puesto muy malo, era decir poco; bordeando los sesenta años, el señor Olid había sido golpeado por un infarto devastador; tan grave que quizá sólo un milagro (él, católico, que cree en ellos) podría salvarlo.

Sarcástica ahora, la Sofía Vaquero asustada de entonces, ¿reprocha?

—Lo salvó usted, para que siguiera haciéndonos daño a todos.

—Era mi deber profesional.

Comenta Deschamps:

—Siempre creí, Sergio, que acabarías matando, de algún modo, a don Eugenio... Estuve esperando que lo hicieras desde que Carmita murió en el... accidente... Si lo hubieras hecho no te lo hubiera censurado, créeme.

Con mirada que admite todas las interpretaciones, lo mide Porcela:

—Oportunidades, no faltaron. Falló la decisión —y a Sofía Vaquero—. Tú habrás pensado que era yo quien malograba tus partos ¿no es así?

—Alguna vez sí lo pensé, y me dije: "El doctor está vengándose de mí, de don Eugenio, por lo de su hijita..."

Suspira Porcela; siempre gangoso, concede:

—Quise hacerlo, pero... De haber tenido valor, no asesino a Olid con una inyección o con un veneno... Le meto cinco tiros, que es como hay que matar al que nos hace algo que no va a ser perdonado...

Con intención, expresa Héctor Deschamps:

—Pero alguien, finalmente, como sucede, se cobró por ti la cuenta...

—En fin, eso pasó ya... ¿Quién trae la medicina, Deschamps?

—Los de allá...

—¿Nos apuramos, Sofía, para alcanzarlos?

Unos cincuenta metros adelante, Miguel Rebul ve cómo, luego de trastabillar, cae al suelo, junto al agua, la gordura fatigada del general Medina; ve también con cuánta solicitud lo atiende, abanicándole la cara con la gorra militar, el arzobispo Maximiliano Castro.

—De lo briago, el general está otra vez que no puede dar paso.

—Temo, Miguel, que no podrá subir la cuesta.

—No sé cómo lo soporto.

—Ordénale que llame al helicóptero y se vaya en él.

—No querrá. Es necio.

—Ya ha hecho más de lo que puede hacer un hombre de sus años y de su barriga.

Había, junto al playón arenoso en el que se encontraba sentado, unos pocos arbustos. En su escasa sombra tendieron

el ataúd de Olid. Sonrió Miguel Rebul al ver cómo Balda acercaba la nariz a una de las hendiduras de la tapa.

—¿Apesta?

—No más que cuando estaba vivo, me parece.

El descanso aliviaba a Miguel. De momento había dejado de molestarle el voluble dolor de cabeza. Le dolían, en cambio, los hombros que habían soportado la caja, y los músculos de la espalda. Rafael se frotó los riñones. Permanecía en la sombra.

Acudió Rebul a donde estaba Medina Irigoyen. Su cabeza calva era un muñón a punto de sangrar. Su rostro, sus papadas, el tambor de su vientre exhibían grandes manchas rojas, blancas, amarillentas. Su piel trasminaba incesantemente.

—¿Cansado, general?

—No, Miguel. Sólo jodido por el calor.

El arzobispo reclamó la atención de Rebul. Cuando la obtuvo, agitó la cabeza como si quisiera, así, deshauciar a Medina. Dijo:

—Está totalmente agotado. Se ve.

—Agotado, ¡madre! Me siento entero, pero con este solazo de la gran puta, quién no se cansa...

Miguel caminó unos pasos y, desde la orilla del agua, sugirió:

—Debe usted regresar, general... Irse en helicóptero a Ave... Llame al piloto para que venga a recogerlo...

Intervino Castro:

—Lo que dice Miguel es muy sensato, Teófilo.

Tan de prisa como se lo permitían su postramiento y el sopor de su lánguida ebriedad, el general Medina Irigoyen levantó de la arena el centenar pasado de sus kilos, y bufó:

—Nadie va a venir por mí... Nadie va a decirme que deserte, ahora, del servicio de Eugenio.

Se reunieron con el grupo sus tres miembros ausentes. Balda pidió en voz baja a Porcela que recomendara al general Medina suspender allí su marcha a pie dificultosa, para él y sobre todo para los demás. Luego de un remedo de estornudo complicado con un acceso de tos, dijo el médico:

—Haciéndose el valiente se juega usted la vida, general... El infarto no respeta a nadie... ¿Quiere que lleguemos al pueblo cargando dos muertos, eh?

El general empezó a soltarse los últimos botones de la camisa:

—Si me muero, he de morirme como los hombres: en la trinchera... Oigan bien esto: juntos salimos, juntos llegaremos... Y si me toca estirar la pata, mala suerte... ¿Descansamos un minutito, Miguel?

—Bien —accedió Rebul, y fueron a formar un grupo silencioso, de personas hurañas y distantes, al pie de la sombra.

El general se echó de rodillas junto a la corriente, no muy rápida y tampoco ya muy ancha, del arroyo —de ese que en las geografías, y en el recuerdo de quienes lo conocieron más joven, se llama de Agualimpia, aunque ahora (lo ve Medina cuando en ellas mete las manos para refrescarse el rostro y el pecho) sus aguas, envenenadas por las fábricas Olid, estén sucias, rojizas, como si miles de cadáveres estuvieran siendo lavados en el lugar de donde proceden;

qué saben estos idiotas (la puta santurrona de Sofía, el cornudo de Héctor Deschamps, el hipócrita de Porcela) de tener remordimientos, verdaderos remordimientos, no simples vergüenzas; qué saben de noches en vela oyendo como que hablan los tantos muertos que han pasado por mi vida; creen, los muy pendejos (y lo mismo creen el alzado de Miguel y el manso de Rafael) que trago alcohol porque me gusta la farra, porque las copas me alegran. Si supieran...

El agua, que parecía sangre, estaba fresca. Usando las manos como balde humedecía su cara, su pecho blanco moteado de cabecitas de vena, sus axilas herbosas, su calva de piel sensible.

...si supieran. A ellos, el compadre Eugenio les hizo porquerías: le cogió la mujer a uno (y a tantísimos otros, también); al otro le asustó a la hija y la muy loca se echó al aire; a la Sofía... bueno, a ella no le hizo nada que no le hubieran hecho; a mí, esa alma de Dios que fue mi compadre Eugenio, me hizo hacerle cosas a otros; me hizo matar, llenarme de sangre, batirme en sangre, chupar sangre, cagar sangre, soñar sangre, mamar sangre, ver sangre, sí, desde el mismo primer día, desde la misma primera noche, cuando todavía traía yo en el cuerpo el gusto que me habían dejado las putas que Olid pagó con el dinero de los puercos...

A LA que juró ser mujer de Raymundo Galicia no le gustó nada la fácil solución que le dieron al asunto de los cerdos que pertenecían a su marido y fue a buscar al coronel Cabrera, administrador de la justicia en Nueva Castilla. Pero, como todos los varones, el coronel Cabrera andaba de fiesta esos días y las diligencias quedaban a cargo del teniente Thomas —un flaco escrofuloso, sólo interesado (por más que la gente estuviera acuchillándose, alterando el orden, timando incautos o violando mujeres en callejones ennochecidos) en la lectura de "Los Tres Mosqueteros".

Escuchó distraídamente la demanda que le formulaba la mujer, y retirando apenas los ojos de la página, resolvió

—Acompañe a la señora, Medina, y vea de arreglar eso...

Al soldado Medina le entró la congoja cuando la señora Galicia profirió, alto para que todos lo oyeran, que si no le devolvían lo que era legítimamente suyo por haber sido de su señor esposo, iría a la capital de la provincia para hablar con un conocido que ocupaba quién-sabe-qué empleo, (de todos modos importante), en la oficina del gobernador.

—Porque lo que es a mí, teniente, se lo advierto, nadie va a robarme. Lo harán con otros, pero no conmigo...

—Nadie la robará, señora.

—Júrelo que no me dejaré... Es mucho para una pobre mujer que le maten a su señor y que de paso le roben sus animales.

Lo que proponía la mujer Galicia era buscar al pastor que trajo el hato y obligarlo a confesar —"así como ustedes los soldados saben". Prueba de que no se iba a dar por bien servida, puso en manos del soldado Medina Irigoyen un solecito de oro que valía diez espléndidos pesos, y en sus ojos una mirada con la que estaba diciéndole que habría más, varias más de esas rodajas, si recuperaba sus chanchos.

Como no era posible que anduviera pueblo arriba, pueblo abajo, evitando cuidadosamente encontrarse con Olid, al que sabía entretenido con las hembras del burdel; y como la señora había dicho que, en un ratito que tuvieran, deseaba ir a la iglesia a rezar un padrenuestro por el marido que temprano había llevado a sepultar, el soldado Medina propuso:

—Quédese allí en el templo. Apenas tenga noticias la busco, ¿si?

—No vaya a trampearme, soldado.

—Nunca, señora...

La vio meterse en la oscuridad desierta de la iglesia que llegaría, con los años, gracias a gestiones, dádivas, amenazas, promesas y buenos oficios de Olid, a convertirse en catedral. Corrió después, entre el primer calor recio de la mañana, al prostíbulo. Pidió una botella de aguardiente (que Eugenio pagaría) y se puso a esperar que su amigo de la víspera terminara de montar a otra pupila. Algo pálido, al cabo de una continua noche de tragos y mujeres, Olid oyó la explicación que le daba Medina, y se bebió una copita. Medina, se advertía, estaba asustado.

—Vamos a hablar con ella —Olid había madurado sorprendentemente en las horas de una sola noche. Su voz trascendía autoridad, ya.

—¿Dónde?

—Ya lo veremos.

Rumboso, graduado de varón (no sabía que llevaba en la sangre el germen de una que sería persistente gonorrea) Eugenio Olid pagó lo que debía y pidió una botella más. La guardó en su morral, junto con el dinero. Llevaba miedo el soldado Medina, a pesar de su mosquetón. El pastor de cerdos iba tranquilo. Cruzaron el calor de la ciudad, que dormitaba todavía el sueño de la noche anterior. Olid esperó, en una sombrita, al otro lado de la calle, frente al templo, a que volviera Medina con la mujer.

—Le propongo, señora —dijo, primero, frío, muy sereno y duro, como Gervasio Orellana lo hacía— que hablemos usted y yo.

—Hablar ¿de qué?

—De los animalitos, señora. —Se mostraba ahora amable, dulce como los indios, aunque su piel y sus ojos fueran pálidos.

—Sólo quiero que me los devuelvas...

—¿Para qué grita, señora? Mejor, vamos a platicar.

—¿Dónde?

—En el lugar en que están guardados.

—¿Vas a entregármelos?

—Claro que sí. Yo también la buscaba, señora.

La señora Galicia miró, con expresión de súplica, a Medina Irigoyen que no entendía lo que estaba ocurriendo. ¿Devolver los cerdos que habían sido vendidos ya?

—No me deje sola, señor. Venga conmigo, ¿quiere?

—Sí, venga con la señora, haga el favor —la secundó Eugenio Olid.

Ésa fue la segunda orden de Olid que acató, sin resistencia o reflexión, el soldado Medina. "¿A dónde va a llevarnos este muchacho cabrón?", se preguntó muchas veces mientras, en silencio, caminaban calles: Olid delante, la cabeza gacha, mirando al suelo; la mujer, enmedio; él, atrás, su arma embrazada y cuando llegaron a la orilla del tajo en cuyo fondo corría un rápido, transparente arroyo de Agualimpia, lo supo:

—Están abajo sus cerdos, señora, con un amigo que los cuida...

Ella miró hacia la profundidad de la barranca, apretando contra el pecho el saquito de gamuza en que guardaba sus cosas de valor.

—¿Hay que bajar?

—No queda otro remedio, señora.

Algo así como una hora (recordaría el general Medina hoy, medio siglo después) demoraron los tres en llegar al agua. En una sombra más abundante que la que esta mañana ocupan, rodeando el cadáver de Olid, el arzobispo, Sofía, Deschamps, Porcela y los dos antipáticos, colocaron a la señora Galicia.

—Soldado —dijo Olid— Venga conmigo a recoger los animales.

—Voy con él, señora.

—Bueno —concedió ella, desconfiada—. Pero no se tarden.

—Nadita, señora.

Se metieron en el matorral y caminaron apenas. Desde el sitio donde se detuvieron, Olid podía ver, de espaldas, a la mujer.

—Tendrás que matarla...

—¿Matarla?

—Shhh... Si no la matas va a hablar y si habla, a todos nos joden y a ti, que eres soldado, te fusilan. ¿No?

Asintió, luego de mucho pensarlo, Teófilo Medina.

—¿Qué le digo después al teniente?

—Lo que va a ser cierto: la dejaste en la iglesia y cuando volviste por ella, no estaba ya...

Tragó gordo el soldado Medina. Parecía como si la sangre fuera a brotarle, al mismo tiempo, en gotitas, por todos los poros.

—Es que... —tartamudeó. Olid lo vio ruborizarse cuando, a modo de disculpa, informó—. Nunca le he tirado un balazo a nadie...

—Si no se los tiras a ella, te los tirarán a tí. Tú decides.

El disparo con el que Teófilo Medina Irigoyen cometió, por la espalda, el primer asesinato de los muchos en que abundaría una larga carrera militar que culminaría con la gloria del generalato, la gubernatura de su provincia, la riqueza cuantiosísima, el amor y el respeto de centenares de hijos y quizá millares de nietos, se dispersó en suaves ecos por la soledad de la barranca. La señora Galicia cayó hacia adelante, sin saber, ¡pobrecita!, de dónde llegó la bala que le acabó la vida.

Sugerida por Olid, tomaron una precaución: destrozarle el rostro con una piedra. Fue entonces cuando la primera de la mucha sangre que lo salpicaría, mojó a Medina. Puntitos rojos le mancharon la camisa, los pantalones, las manos, el rostro. Una segunda precaución fue quitarle al cadáver lo que de valioso (o comprometedor) pudiera llevar. Les sorprendió lo pesado de la cadena de oro, gruesa como un dedo gordo, que le colgaba del cuello y que entre los senos escondía una medalla muy grande con la efigie de un caudillo.* Ochocientos pesos, parte en plata, les produjo el saqueo de la bolsa, además de un rosario, un libro de misa y los papeles en los que constaba que había sido sepultado en el lote tal/tal manzana/del cuartel/equis del cementerio municipal, quien en vida respondió al nombre de. La tercera de las precauciones fue echar el cuerpo, al que ahora sólo Dios podría identificar, al arroyo de Agualimpia, y vieron a qué gran velocidad lo arrastraba la corriente. Hubiera sido mejor enterrarlo, pero carecían de herramientas con qué cavar un agujero que de todos modos no habría sido profundo.

* Esas medallas circularon a principio de siglo para conmemorar los primeros veinte años en el poder, del general ingeniero Donaciano Rivelles Peralta, que murió de pulmonía, luego de salvarse de cuatro golpes militares, a los 93 de edad.

Se calmaron los nervios bebiendo de la botella que Olid sacó del morral. Cuando retornaban, un poquitín ebrios (y ya tranquilo de sus primeros remordimientos el soldado Medina) el joven Olid le habló de cierto negocio del que había oído discutir, entre borrachos, en el burdel. Aunque riesgoso, rendiría plata segura, de creerle a los enterados.

—¿Robarle armas al depósito? —se espantó el soldado Medina—. Estás loco. Si te pescan, te fusilan.

Le recordó Eugenio Olid:

—Da lo mismo que te quemen por haber matado a la vieja, a que te fusilen por quedarte con unos rifles y unas cajitas de parque... Averigua cómo llegar a las armas... El hombre del congal dijo que en la sierra pagan por ellas lo que uno pida...

Y ése habría de ser, en menos de veinticuatro horas, el segundo negocio para el que Eugenio Olid lograría la sumisión, la complicidad, de Teófilo Medina Irigoyen.

Robar las armas y las municiones no fue difícil, en esos días de júbilo, desorden y casi nula vigilancia; complicar, comprometiéndolo con los ladrones, al lector de "Los Tres Mosqueteros", menos aún. Eran, como casi siempre, tiempos de guerra civil, de cuartelada, y no se distraían las horas ni los dineros en juicios. Un cargo comprobado (¿cuál más serio que hallar entre las páginas de la novela, sirviendo de marcador de lectura, una nota en la que le pedían más rifles?) —y a la pared del cementerio. Le faltó a Teófilo Medina valor para figurar en la escuadra de fusilamiento que cumpliría la sentencia propuesta por el coronel Cabrera y aceptada por el capitán Julio Rivero, el único otro miembro del jurado. Por compañeros del pelotón, supo que el teniente Thomas se portó valiente. (Alguien dijo que parecía no darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.) Una de las balas perforó 123 páginas del libro que no le permitieron terminar.

Tan súbitamente como llegó, esa revolución se fue. El país, y los negocios, toleraron una larga temporada de paz. En un lustro no se habló de insurrecciones, de generales que se fueran al monte a saquear pueblos, caminos y haciendas para dejar visible constancia de su antipatía a la dictadura de turno. Tranquila (y casi pobre porque no había dinero ni oportunidad de hacerlo) vivió Nueva Castilla esos años que sólo conocían brillo y ruido y olor a pólvora en época de feria.

Con la ayuda del padre Castro, el joven Olid halló modos de ganarse la vida cuando se agotó el dinero obtenido por la venta de los cerdos y el robo a la señora Galicia. El tío Antuñano le tendió su apoyo. Por él conoció que era noble, productivo y poco riesgoso, si se sabía manejarlo, si podía controlársele en grande, el negocio de la carne. Pero en Castilla, desde los días viejos, tres o cuatro lo dominaban y no había esperanza de que fueran a renunciar a una rutinaria actividad que los había vuelto ricos en demasía.

—Ahora, aunque nos vaya bien, ganamos centavos. Pudiendo vender carne comprada directamente por nosotros, ganaríamos pesos... —era lo que decía siempre, a manera de lamentación, el señor Antuñano. Olid estaba de acuerdo.

Alguna gestión hizo en favor de su tío el padre Castro. Los Olivas, los Arvida y, sobre todo, los Ibarrola, que eran los más intransigentes y ambiciosos, dijeron casi con las mismas palabras:

—El negocio es nuestro y de nosotros seguirá siendo. No hay lugar para nadie más.

Frente a una botella de *ron de cabeza* (el más fuerte, por impuro, que se podía conseguir, y por lo mismo, el más barato) Olid y el ya sargento Teófilo Medina echaron números. Decidieron operar por su cuenta. Una noche, cuando salía de casa de Crucita Alvírez, con quien tenía dares y tomares, la bala de algún anónimo enamorado celoso cazó a Natividad Ibarrola El Viejo. Una semana más tarde, sin jinete, volvió a Castilla el caballo del menor de los Oliva. Nunca se le volvió a ver a Celso. A los dos Arvides se les halló, un amanecer, colgados de un encino por el rumbo de Cortadillo. A suicidio se atribuyó un prematuro fin. El otro Oliva se despeñó de madrugada y, aunque no murió, quedó inservible: tonto, sin poder ya oír ni hablar. Pobrecito. Natividad Ibarrola El Chico, murió, hecho pulpa a puñaladas, en uno de los corrales donde guardaba su ganado. Se dijo que un buey, inexplicablemente furioso, lo picoteó a cornadas.

A causa de esos accidentes, suicidios y venganzas, Nueva Castilla fue quedándose sin proveedores de carne, y ya no hubo, así, competencia, para satisfacción del tío Antuñano. Como seguía sin haber guerra en qué divertir el ocio y ganar dinero, el sargento Medina y los hombres de su partida, convencidos de que la paz no beneficia al uniforme, se iniciaron,

asesorados por Eugenio Olid (con el consejo de Antuñano y quizá con la tácita aprobación del joven monseñor Maximiliano Castro) en un quehacer por demás agradecido —la captura de todo animal, mostrenco o no, susceptible de terminar en el matadero de la familia.

El negocio resultaba excelente, excepto para los dueños de los vacunos que debían ser entregados en Nueva Castilla. De simpleza encantadora era el método que se aplicaba: ya influyente y casi poderoso, Antuñano viajaba al interior del valle y más lejos: apalabraba una compra, aportaba un bien regateado anticipo por las reses; fijaba fecha exacta para la llegada de cada remesa; señalaba la ruta a seguir por los rebaños, estipulaba garantías. Condiciones: cabeza en su corral, cabeza pagada. A los datos, de carácter confidencial, tenía acceso Olid, y por Olid los conocía Medina.

Los pesos entraban a paletadas y eran distribuidos, sin mucha tacañería, entre quienes colaboraban a que fuera posible la ostentosa prosperidad de Olid y de Medina: al principio, sólo los soldados de la partida; más tarde (cuando se pidió a las Fuerzas Armadas protección contra los abigeos que señoraban el valle) cuatro o cinco oficiales tan irrefrenablemente ambiciosos que hubieron de conocer, en circunstancias ambiguas, muerte temprana y jamás aclarada.

A los veintipico años de edad, por intuición, Olid tenía mayor destreza para hacer buenos negocios que el señor Antuñano, por experiencia, a los cincuenta.

—Diga que se acabó la carne, patrón...

—¿Cómo, si tenemos cincuenta *canales?*

—La gente no lo sabe. Cierre mañana. Pasado doble el precio y venda como haciendo el favor...

El ardid, así de simple, funcionaba, y los pesos tozudamente seguían creciendo. Ya desde entonces desconfiando de bancos y cambistas, Olid guardaba los propios dentro de botes alcoholeros, debajo del catre que ocupaba en su cuchitril del fondo de la carnicería. Medina Irigoyen dejaba una parte considerable de los suyos en las casas de mujeres malas, los jugaba o se los bebía. Antuñano —¿qué hacía Antuñano con las ganancias? Tal vez atesorara las que no compartía con el padre Castro para costearse el viaje a la España de sus mayores; viaje, siempre planeado, nunca realizado, con el que gustaba soñar.

Pero el dinero grande, el primer dinero grande, el que literalmente lo hizo millonario de la noche a la mañana, lo encontró Eugenio Olid gracias a la casualidad y a que cayó por su tienda (un mínimo *cajón de ropa* que le había sido dado en pago por una deuda que la viuda Meneses no consiguió redimir luego de sucesivas prórrogas) uno de los personajes más pintorescos de Nueva Castilla a quien apodaban *Capullito* porque no muchos sabían que su verdadero nombre resultaba ser Leovigildo Madero; *Capullito* buscaba unos encajes con qué adornar la camisa que estaba cosiéndole a un sobrino suyo que apenas la semana pasada vivía en el cuartelillo de La Junta.

—Quiero, Genito, algo muy, muy ¿tú me entiendes?, muy lindo... Eso es; así — y sus manos de peluquero, tan bien cuidadas, inventaban cascadas de olanes frente a Olid. —Mejor será que me dejes ver qué tienes...

Por la tarde fue Olid a la peluquería de Leovigildo para hacerse alinear el bigote, recién crecido. Frívolo y volátil, un tanto misterioso, *Capullito* se hizo preguntar el qué, el cómo, el porqué, de su amistad con ese sobrino para el que había comprado encajes, mancuernas y pasamanerías de lujo. Confidencial, hablándole casi al oído; furtivamente espiando los tres espejos para cerciorarse que nadie desde ellos los espiaba, habló, habló y habló hasta que dejó caer, en cierto momento, la palabra:

—Alamín...

—¿Tiburcio Alamín?

—Shhhh. Criatura no grites— parecía estar verdaderamente alarmado *Capullito* Madero. —Mi sobrino es uno de los suyos.

—El Alamín anda huído... Dicen que ya está lejos, en la sierra...

—Eso creen, Geno... Pero, ¡qué va, qué va...!

Una semana llevaba la tropa de Nueva Castilla y los demás pueblos del valle, buscando debajo de cada piedra, detrás de cada cerca (los ojos bien abiertos, enrojecidos de tanto no dormir) a ese capitancito del Ejército Federal, Tiburcio Alamín, que un amanecer de ocho días antes, en Jovellanos, a la hora en que la guardia andaba borracha y los oficiales fraternizaban con las internas del burdel de Matilde Correa, asaltó el tren especial que conducía hacia la seguridad de los bancos de la capital los millones de pesos que el gobierno de

la provincia retiraba de sus propias arcas, temeroso de que el sedicente general Israel Jordán (conocido también, por el color de su pelo, como El Canelo Jordán) se apoderara de ellos en otro de los vertiginosos asaltos fulgurantes que le daban fama a él y seguidillas a las guarniciones de una no escasa porción del territorio patrio.

Entre dos cabeceadas (era ya tarde y la noche anterior había tomado mucho vino y dormido apenas) el sargento Glafiro Dóriga escuchó el picoteo familiar de la llave del telégrafo. Se despertó sin apresurarse. Hizo resonar su esfínter. Alcanzó el cabo de lápiz tinta. Ensalivó la mina y con los ojos cerrados, haciendo ¡hmmmm! ¡hmmmm!, de modo mecánico y profesional, fue anotando en la página amarilla del block, las letras de un mensaje destinado a la guarnición de Jovellán, que, por torpeza de algún compañero borracho o pendejo, llegaba allí, al cuartelito de La Junta, a cargo del capitán Alamín.

—Pensé que podría interesarle esto, capitán...

Terminó Tiburcio Alamín de leer cuidadosamente el párrafo de grandes caracteres compuesto por Dóriga:

—Interesa, sargento... ¡Puta madre! Vaya que nos interesa.

El mensaje contenía órdenes concretas y confidenciales: el tren que trasladaba los dineros (se le informaba al mayor Casillas) debía detenerse en Jovellán y allí, en algún discreto libramiento, aguardaría cuatro horas a que llegara el *rápido* de Jacuba al que debía ser añadido el *caboose* con las cajas de billetes. La tropa de Jovellán sería responsable, durante esas cuatro horas, de la Seguridad de esos fondos y de la Integridad física de las personas a cuyo cuidado iban. Si las Órdenes de Esta Superioridad habían sido comprendidas cabalmente habrá usted de confirmarlas por esta misma vía.

—Confirme, sargento... Confirme de entendido a nombre del mayor Casillas.

Tocado por una súbita codicia, él que nunca había tenido oportunidad de ser realmente ambicioso, el capitán Tiburcio Alamín se despejó la cabeza con un machuno trago de *fuerte* y convocó a media docena de sus más leales: con tantísimo dinero como podrían obtener, les dijo, emprenderían su propia revolución —la maravillosa aventura de una revolución

que los convertiría a todos, desde el principio, en ricos; luego, en generales; a varios, en políticos; y quizá, a uno o dos en gobernantes.

—Pero antes hay que coger ese tren. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —expresaron.

Lo primero que hizo Tiburcio Alamín, allí mismo, en el cuarto de muros cochambrosos que le servía de oficina, dormitorio y fortaleza, fue ascender de grado a cada uno o concedérselo a quien carecía de él. Ellos, a su vez, dijeron:

—Gracias, coronel...

Hombres de a caballo, ensillaron sigilosamente; a lomos de una acémila echaron carabinas y balas, bastimento y cartuchos de dinamita. Con tanta discreción que ninguno de los que se quedaban los sintió, fueron saliendo. Oscuro todavía, vislumbraron el caserío miserable de Jovellán. Sin estruendo llegó un tren que no podía ser otro que el Especial anunciado. Reposó en el libramiento. Ellos, invisibles, cercaron la estación desharrapada que batía el viento de la llanura.

Casi no hubo necesidad de matar a muchos: sólo al conductor y al garrotero, entre los civiles, y a un cabo de la pequeña escolta que bajó a orinar. Cuatro oficinistas inermes fueron amordazados. Por órdenes del coronel Alamín, que así estrenaba grado, el maquinista estimuló la caldera. El convoy, compuesto por la locomotora, la carbonera, un carro para la tropa y el *caboose*, siguió viaje hacia la planicie que terminaba rindiéndose, docenas de kilómetros más allá, al pie de la distante cordillera.

—Otro tren viene en camino, coronel. Habrá choque.

No se conmovió, ni se interesó con el aviso, Tiburcio Alamín:

—En la curva de Altata le paras.

Allí frenó, convencido por las pistolas, el maquinista. Le dieron orden de regresar a pie. Se resistió un poco, temeroso de ser blanco de la ley de fuga. Cumplió su palabra Alamín: nadie le disparó por la espalda.

La noticia de la colisión sirvió para ocultar un poco la del robo. En el despacho del gobernador se dijo que el dinero se había quemado en el incendio que siguió el accidente de los trenes. Como siempre, sólo el Ejército conoció la verdad. Así, por informes de Medina Irigoyen, que los había recogido en el cuartel, supo Eugenio Olid que había habido

un asalto a un *Especial* y que el capitán Tiburcio Alamín, ya desertor, se había llevado millones.

—La orden que han dado los viejos —explicó Medina— es: a como dé lugar recuperen esos billetes... Ya han llegado, a qué no se sabe pero están aquí, el vice-gobernador, tres o cuatro del Estado Mayor y un cuñado del Presidente... Por lo que se dice, el dinero no era del Gobierno, sino particular, de ellos...

SABER que en Nueva Castilla había gente de Alamín (que hubiera uno que decía pertenecer a la partida de quien se había evaporado totalmente desde el amanecer del asalto) resultaba, o podría resultar, provechoso, de ser cierto, para Eugenio Olid.

—¿Cómo fue, *Capullito*, que te encontró el sobrino?

—Conoce mis señas, pues, y, cállate la boca tú, que anoche me tocan la vidriera, toc, toc, toc, y que me asomo y lo veo, flacucho, amarillo, de dar lástima, y criatura del Señor, pásale, pásale, y le doy un roncito para reanimarlo y ¿por qué estas nervioso m'hijo? y él me dice necesitamos comida y podemos pagarla, y yo le digo faltaba más haberlo dicho, qué quieres que te haga, y él me aclara que comida para mí, tío, y para el general Alamín y otros cinco de su gente... y copita de ron va y copita de ron viene en lo que estaba el caldo y la carne y los huevos, y voy sabiendo, tú, que el Alamín está acá cerca, acá nomás en Cabañuelas, metido en el bosque, sin querer dejarse ver, esperando...

—Te dijo a quién esperaba en Cabañuelas?

Le ponía vaselina en el bigotito:

—Espera que llegue a verlo otro buscado... Uno, tú, al que le dicen El Canelo Jordán... Según mi sobrino, si El Canelo ese y su general Alamín se arreglan, harán una revolución en grande... ¡Fíjate que cosa, eh!

—¿Cuándo cree tu sobrino que llegará El Canelo?

—Mañana. Eso esperan...

De la peluquería, envuelto en olores de páchuli, Eugenio Olid fue al cuartel. Sacó de allí a Teófilo Medina y lo llevó al *cajón de ropa.*

—Sé dónde está Alamín y creo que también sé dónde tiene el dinero.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Voy a reportarlo al coronel Cabrera.

—No.

—Si es cierto consigo mi ascenso a teniente.

—Que asciendas, vale madre, Teófilo. Es mejor ganarse esos billetes.

Como los que entonces diseñaba, el plan propuesto por Olid era muy claro. ¿Qué importaba una poca de sangre, unos cuantos cadáveres, si la recompensa sería, para ellos dos, enorme?

—¿Para qué matarlos, Geno?

—¿Para qué dejarlos vivos?

—Eso sí... No tiene caso ¿verdad?

Con cuatro de su partida (cómplices viejos en asaltos, matanzas y abigeatos), los cinco sin uniforme para no parecer ostentosos, Teófilo Medina Irigoyen emboscó, en una vereda secreta, al sobrino de *Capullito* que llevaba una cesta con víveres y unas botellas de cerveza.

—Somos gentes de mi general Israel Jordán.

—¿Cómo lo pruebas?

—Si no lo fuera ¿sabría que el coronel Tiburcio Alamín está esperándonos en Cabañuelas y que tú vienes de ver a tu tío Madero? ¿Lo sabría, di...?

—¿Qué quieren?

—Ver a tu coronel... Arreglar el encuentro de los dos jefes.

Hubiera sido fácil quitarle el arma. No lo hizo Medina fue uno de esos chispazos de inteligencia que de cuando en cuando lo alumbraban) para no meterlo en temores. Compartió con el emisario de Alamín el lomo de su alazán. Entretuvieron la marcha con una charla liviana.

A orillas de Cabañuelas, una reunión de árboles entre dos contrafuertes, desmontaron. Por las cautelosas referencias que dio el sobrino, supuso Medina que Alamín y sus otros hombres debían hallarse en una cañadita, cosa de un kilómetro monte adentro. Sobre el tajo, recordó, saltaba un defectuoso puente de madera. Acostumbrada, la tropa de Medina se dispersó. Halló el tajo y encima de él, como

lo había dicho el muchacho, vio el puente. Intranquilo de nervios él mismo, Medina hablaba, hablaba.

—Han de estar allí —señaló el guía.

El lugar donde Tiburcio Alamín y su gente se habían reunido, distaría, estimó Medina, unos sesenta metros. Le indicó al sobrino que no hablara ni se moviera, mientras sus hombres investigaban la hendidura. Cuando uno vino con él sin novedad, dijo:

—Ve y pregúntale a tu coronel Alamín si quiere recibirme.

El sobrino se metió en la oscuridad apenas densa, con la canasta colgada del brazo. De nalgas escurridas, contoneándose algo al caminar, parecía una muchachita. Su camisa de color claro permitía distinguirlo fácilmente en la penumbra confusa de hojas y de ramas. En cierto momento, como obedeciendo una orden que él habría oído pero no Medina, se detuvo: unas sombras salidas de la sombra jaspeada del follaje, lo rodearon. Cuatro, contó Medina: alguna sería la de Tiburcio Alamín. Hubo, supuso, una rápida deliberación: el *parte* de informes que al superior se rendía.

—¿Quién eres, Medina? —una voz firme, sin duda la de Alamín, cruzó la tiniebla.

Teófilo Medina vio la silueta del que quizá fuera Alamín esconder un momentito el brazo derecho en la oscuridad y mostrarlo luego, ya poderoso y amenazador, armado con un pistolón.

—Asistente, coronel, de mi general Israel Jordán.

—¿Dónde está él, ahora?

Para tal pregunta no tenía respuesta. Si lo que enviara a oídos de Alamín no era la verdad, o al coronel no le parecía convincente, habría batalla. No en balde era receloso y andaba huído. Los disparos harían difíciles las cosas que hasta el momento estaban resultando sencillas.

—No puedo gritárselo, coronel...

—Tú y tu gente... avancen derecho, despacito.

Pero lo único que seguramente vio el coronel Tiburcio Alamín, tan buscado por el Ejército, fue el resplandor del disparo. A mitad del pecho lo alcanzó la primera bala enviada por Medina Irigoyen, que jaló del gatillo a la altura justa de la cinta. Sobre los demás se abatió un recio tiroteo. Más tarde, en silencio el bosque, contaron los cadáveres. El

sobrino de *Capullito* aún conservaba, segura en el arco del brazo, la canasta con la comida y las botellas.

Las cajas eran dos y no muy grandes. La mayor estaba abierta. Un balazo había ahorrado a Tiburcio Alamín la molestia de buscar un cerrajero. Dentro de ella asomó Teófilo Medina la luz de un fósforo. Rojos y enfajillados, parecían azulejos los billetes. Sus hombres, que no ganaban una de esas tiritas de quinientos pesos en un mes de peligros, enmudecieron. El dinero dejó de tener valor: era tanto que nada significaba: un metro cúbico de mínimos, crujientes rectángulos que habrían de trasladar a escondite seguro.

Cargaron las cajas en las bestias que llevaban y conforme a lo que Olid le había ordenado a Medina, las condujeron a la barranca. Un par de horas largas les tomó llegar a la guarida que los había amparado muchas veces en Agualimpia en aquellos años en que se ocupaban de robar reses y matar vaqueros. Sólo una luz, la de un quinqué de petróleo, hicieron arder en la cabaña.

—¿Qué hacemos, sargento? —preguntó el soldado Menchaca, un buen tipo que sabía ser amigo.

—Ser ricos, Menchaca.

Se permitió una irrisoria voluptuosidad: encender con uno de esos valiosos billetes el puro que fumaba (dejó el vicio en los años sesenta, por consejo de Porcela) y los cigarros que sacaron los cuatro de su grupo —gente, toda ella, probada en la lealtad. De una cómoda sacó una vasija medida de ron *Claveles*. Bebieron a pico. Los cuatro soldados, rodeando la mesa de anchas tablas, esperaban ¿qué?

—¿Habrán oído la balacera, sargento?

—Si la oyeron, ni modo...

—El dinero... ¿qué vamos a hacer con él?

—Repartirlo, Menchaca, repartirlo... El que hay en la caja cerrada será para el coronel Cabrera. El otro para nosotros. ¿Vale...?

—Como usted diga, sargento.

Metió las dos manos y las sacó del cofre chorreando papel moneda, del mismo modo que ahora las saca del arroyo chorreando la que parece sanguaza. No se ocupó de contar, de repartir equitativamente. Frente a cada cómplice fue dejando caer, igual que si repartiera cartas en una ronda de

baraja, sucesivos fajos de billetes, que ellos apilaban, ansiosos, respirando apenas, no creyendo lo que veían, seguros de que habría más, siempre más...

Después, conforme a lo dispuesto por Olid, el sargento Medina Irigoyen dijo que saldría a vertir sus meados. Suerte para él, ninguno echó mano a la bragueta para acompañarlo. El dinero ahora los mantenía reunidos, desconfiando uno del otro; temerosos de que en un descuido el de junto mermara su parte del botín.

Cuando amartilló el revólver, un .44 de seis tiros, el clic, clic, clic del cilindro al girar, retumbó tan fuerte en la noche ya maciza como retumbaba entre sus costillas el corazón de Medina. Asomándose a la ventanita los miró por última vez —vivos. Uno de ellos, Menchaca, dijo algo y los demás asintieron. Le molestó que se aprovecharan de su ausencia para meter mano en la caja, tomar cada uno dos fajos de billetes de los que aún quedaban en ella, y esconderlos entre los que les había dado sin contarlos.

Como no esperaba de Menchaca tal ingratitud, quiso que fuera el primero y Menchaca fue, así, el primero de los cuatro que habría de matar, a tiro por cabeza, en los siguientes ocho segundos. Después, cosas que no se explica uno, sintió la urgencia inaplazable, impostergable, de enculillarse a defecar. Lo hizo, todavía con la pistola temblándole en la mano.

Horas de mucho trabajo vinieron para Medina Irigoyen. Tantísimo dinero, y pesaba poco: arrastró, una después de otra, las dos cajas. Las disimuló, en sitios distintos, bajo techumbres de ramas. No fue fácil, pero logró hacerlo, colocar cada muerto de través en su animal. Aseguró sus armas al flanco del albardón. Echó grano y pastura seca en el pesebre y amarró a las dos mulas.

Ocupó todo el tiempo del retorno en urdir una coartada que no metiera en sospecha al coronel Cabrera ni a los que llegarían a investigar (inevitablemente) lo sucedido. Por fortuna, nadie se había asomado aún a la espesura de Cabañuelas. Adelantándose a un sol que pronto lo delataría, apresuró la dispersión de los cadáveres entre los recovecos de la cañada —de todos los cadáveres. Sintió mucho descabezar al buen caballo de Menchaca y matar los de sus

dos compañeros. Le faltó valor para causarse, así fuera en sedal, una herida de bala a sí mismo.

La historia que produjo el sargento Teófilo Medina Irigoyen, y que atestiguaron los cuerpos de sus hombres y el de Alamín y los suyos, fue creída por el coronel Cabrera y aceptada, sin más trámite, por el vice-gobernador y el cuñado del Presidente, que aparecieron al mediodía. Conferenciaron y de su plática salió una hipótesis: El Canelo se había llevado el tesoro antes de que, por casualidad, como lo había dicho, sorprendiera a la banda de Alamín la gente (ese día franca) de Medina.

Por la noche, desde la región de San Lázaro, llegó mensaje telegráfico en clave: un correo de El Canelo Jordán acababa de ser capturado. Se solicitaban instrucciones, que fueron:

—Mándenlo...

No llegó solo. Con él trajeron, también amarrado, a otro hombre. Con un poco de tortura lo convencieron de que dijera la verdad. Aceptó ser un mensajero enviado por Alamín para concertar su encuentro con Jordán. Éste, y unos pocos de los suyos, llegaron a Cabañuelas y encontraron a todo mundo muerto. Lo expuesto por él corroboraba la sospecha: Jordán tenía el dinero. Como no tenía caso exponerse más, Israel y su gente prefirieron galopar de vuelta a sus refugios.

Prometió el vice-gobernador:

—Aunque no ha sido posible recuperar el dinero, si es que algo de él quedó después del incendio, recomendaré su ascenso, sargento, siempre y cuando, claro, lo proponga el señor coronel Cabrera.

—Será propuesto, señor abogado.

—Gracias, mi coronel —farbulló Medina, azorado de tanta buena suerte.

—Queda franco un día, sargento. Échese unos tragos y vaya a reposar. Ande...

Sesenta días aguardó Eugenio Olid Orellana antes de arriesgarse a visitar la barranca de Agualimpia. Contradictorios (según dónde se les recogiera) resultaban los rumores referentes a la cuantía del botín. Unos, afirmaban que no era inferior a cinco millones de pesos: un millón de dólares al tipo de la época. Otros, hacían creer que la remesa era

mucho, pero mucho más reducida en realidad. Se llegó a decir, y no pocos lo dieron por cierto, que el asalto y el choque de trenes, la matanza de Cabañuelas y el tormento y muerte a los mensajeros, fueron ardides a los que el gobernador, el vice y el cuñado, habían recurrido para encubrir fuertes raterías. Pero fue Eugenio Olid el único que supo con certeza cuánto dinero contenían las cajas incautadas, en un amanecer de Jovellán, por el difunto Tiburcio Alamín.

—Era bastante menos de lo que esperábamos —lamentó, depositando unos pocos fajos frente a Teófilo Medina, casi con el mismo desenfado con que éste lo había hecho cuando simuló, aquella noche, que lo repartía entre sus soldados—. De todos modos, sargento, comprará mucho...

Contó Medina cuatrocientos mil pesos. Con algo de evidente desconfianza, aunque sin altanería, requirió:

—¿Cuánto te toca a ti...?

—Más o menos lo mismo...

Prudente, el sargento Medina no quiso averiguar más. Adivinaba que la prosperidad que le deparaba el futuro dependería del total acatamiento a las órdenes de Olid, fueran éstas de la índole que fueren. Se propuso, asimismo, no exigir exactitud en ninguna cuenta que le rindiera Eugenio. Sin embargo, no pudo dejar de sospechar que de algún modo, sin él saberlo (aunque siempre andaban juntos a toda hora) Eugenio Olid había ido a la barranca para saquear las cajas que mantenían ocultas y en seguro. Se preguntó siempre cómo habría podido Olid abrir, sin dejar huella de la violación, el candado de la que estaba cerrada.

—Será mejor, sargento, que no andes por allí dejándote ver con tanto dinero... —Olid abarcó con los dos brazos la pila de fajos que eran propiedad de Medina. De la bolsa sacó quizá una docena de billetes viejos. Se los puso enfrente—. Para seguridad tuya y mía, te guardaré esta plata. Hay que pensar en invertirla... ¿Quieres que te dé un recibo...?

—No —dijo Medina, algo contrariado.

Esa misma noche tuvo la primera de sus grandes pesadillas. Calculó que cada muerto le había producido cincuenta mil pesos de ganancia. Haciendo números, se bebió casi una botella de ron. Se llevó a la cama a dos mujeres, pero se hallaba tan tenso y borracho que prefirió dormirse. Sin embargo, no consiguió olvidar...

HAY un silencio después que el general Medina Irigoyen termina de enumerar algunos de sus remordimientos. Gratuitamente cruel (así le parece al arzobispo Castro) conjetura Miguel Rebul:

—Valuando en cincuenta mil pesos cada gente que ha matado usted, y dividiendo esa suma entre los millones que ha conseguido ahorrar, sabríamos, general, el número de asesinatos que carga en la conciencia.

Los ojos algo opacos, comenta Medina:

—Cuando se mata en obediencia a una orden, la culpa no es de uno... sino de quien lo manda.

—A usted, general, le gusta matar, con o sin orden.

—No es cierto —gritó por primera vez, manoteando ante la cara del impasible Rebul—. Si hubiera matado por gusto no tendría remordimientos; no les habría dicho lo que acaban de oír. Cosas que sólo Dios, Eugenio y yo, sabíamos...

—Será mejor, Miguel —propone el arzobispo— que continuemos. Mi avión...

—Seguimos ahora, padre.

Cogió el general Medina la cantimplora y bebió. Una gárgara de ginebra afinó su voz agotada, enronquecida.

—El compadre Eugenio era duro, Miguel. Era malo, Rafael... Él ordenaba y uno cumplía.

Le reprochó Balda:

—¿Para qué culpar al que no puede rebatir ya, general? A usted le gusta ser violento... Ser bárbaro, tal vez porque es soldado, forma parte de su carácter.

Sugirió Deschamps:

—No hay necesidad de... Reconciliénse, señores...

Proseguía Balda:

—...a la razón prefiere, por sistema, el uso de la fuerza. ¿No fue usted, durante la Guerra Religiosa del 34, el más duro de los generales? ¿no preferían los *santeros* rendirse al general Ibarra y no a usted... con todo que Ibarra no se tentaba el corazón para colgar a quien fuera?

Un recuerdo perturba la memoria del arzobispo Maximiliano Castro. Enorgullecía a Medina Irigoyen que lo apodaran, aun los suyos, indistintamente: El Carnicero. El Sanguinario, El Matasiete. ¿Cuántos cientos de orejas cortó su mano?

—Siempre fuiste estúpidamente cruel, Teófilo. Reconócelo.

—Los tiempos me exigían serlo. Lo sabes porque te tocó vivirlos.

—Pero a nadie le exigían llegar a los extremos de brutalidad que tú, para variar, tocabas un día sí y otro también. ¿Cómo calificarías a quien te hiciera, a ti, lo que tú le hiciste al señor Obispo Mendiola?

Ni en la historia de la Guerra Santa, como también fue llamada; ni en los varios libros, testimoniales o de ficción, que de ella se han desgajado; ni en la crónica oral de los juglares, ni aun en los libros que sobre el tema *La Muerte en el Romance Popular del Altiplano* ha compilado la acuciosa Andrea Ortiz-Reyna, aparece referencia alguna al episodio del pequeño tonel que el general Teófilo Medina Irigoyen, entonces de sólo una estrella dorada en las hombreras, envió al obispo Mendiola, instigador, según casi todos, de ese conflicto político-religioso que habría de culminar, en el 36, con un pacto de mutuo respeto que todavía acatan Iglesia y Gobierno.

...las tropas leales al régimen obtuvieron, prácticamente sin esfuerzo y apenas sufriendo unas cuantas bajas, una victoria memorable sobre las piltrafas de una muchedumbre cansada, ya sin armas ni ánimos de combatir. La batalla fue breve. Opinión que comparten el tratadista Kühne, el politólogo Ayala y el brigadier Peralta, teórico en la materia —se cree que los voluntarios comprometidos con Cristo en contra del Mal Gobierno aceptaron el choque menos con la esperanza de triunfar que con la de ser capturados, arreados a cuarteles más confortables que el cielo abierto y alimentados con cierta regularidad.

Los primeros disparos se oyeron, en los llanos de Pedregal, a eso de las siete de la mañana; los últimos, poco después de las once. A la una, el coronel Mayagoitia, que comandaba una fracción de la fuerza gubernamental, despachaba desde el villorrio de Las Verbenas un informe que era, también, solicitud de instrucciones respecto a lo que debía hacer con:

—...cuatrocientos elementos tropa más dos generales López-Ceballos y Lamadrid capturados ilesos combate hoy...

A las tres, luego que el azorado telegrafista le entregara la respuesta que firmaba el general Medina, el coronel Mayagoitia leyó:

—Referente dichos generales López-Ceballos Lamadrid poder suyo disponga sus cadáveres remítanse esta comandancia punto —y palideció, como el telegrafista había palidecido, al enterarse de la segunda parte de la orden.

Cuando tuvo el barrilito en su poder, el general Medina dispuso que se alistara el mejor vehículo disponible, uno con llantas buenas y combustible de sobra para cubrir sin escalas, esa misma noche, la distancia entre Nueva Castilla y Guadiana, una pequeña ciudad virreinal donde residía, desde que se planteó la rebelión armada, el obispo Mendiola. Leopoldo Herrero, capitán de estado mayor del comandante, fue instruido para cumplir, vistiendo ropas de paisano, la encomienda de su jefe.

Viajó Herrero la noche completa y amaneció, protegido por salvoconductos inapelables, en Guadiana. Dejó el Hispano-Suiza en las afueras de un templo y a pie, con el pequeño tonel en brazos, se dirigió a la casa del obispo. Un desconfiado seminarista (quizá no lo fuera, aunque parecía joven y usaba sotana) lo escrutó a través de la mirilla enrejada.

—Traigo un encargo del general Medina para su amigo, el señor Obispo Mendiola. Aquí se lo dejo —expresó el capitán depositando la barrica ante la puerta.

Cuando los de adentro, luego de muchos cuchicheos, miraditas al sesgo y sobresaltos, se decidieron al fin a recogerla, el emisario de Medina había desaparecido.

—Con cuidado, que puede ser una bomba —recomendaba Mendiola. ¿Qué si no algo que lo matara podía enviarle el sanguinario enemigo que, en otros tiempos, le había pedido bautizar a tres o cuatro de sus hijos?— Lleven eso, con cuidadito, al patio de atrás...

En casa del obispo había pesar. Era ya conocida la noticia de la abrumadora derrota de Pedregal. Los canarios callaban dentro de sus jaulas y las guapas sobrinas de Monseñor no cantaban ya, con sus vocecitas, *Corazón Santo, tú reinarás,* mientras cumplían sus labores en las recámaras, en el corredor, en la cocina. Al asentarlo sobre las baldosas rosadas del patio posterior (allí donde se guardaban los autos, el landó que no se usaba, algunos aperos de labranza, la

silla de montar de Mendiola) el joven padre Maximiliano Castro advirtió que el barrilito rezumaba y que si uno lo movía, como él lo hizo un par de veces, era posible oír el glup, glup, glup de algún líquido.

—Si me permite decirlo, Monseñor, no creo que se trate de una bomba —comentó Castro—. Usted me dirá qué hacemos...

—Ábralo pues, padre Castro —y el Obispo, aunque no se apartó mucho, sí estableció entre él y los más curiosos de los curas que rodeaban a Maximiliano Castro, una cierta distancia de seguridad.

Otro ensotanado trajo un martillo de uñas para desclavar la tapa. Correspondió al Padre Castro retirarla. Suyo fue el primer estupor:

—Oh... Vea, señor...

Al ver lo que contenía el barril, se demudó el obispo Mateo Mendiola Cortázar, de por sí blanquito.

—Dios mío— lo escucharon decir y luego, estupefacto también, santiguarse— ¿Será posible tal perversidad?

Volvió a santiguarse. Los otros lo imitaron. El temblor que veían en la parte inferior de su sotana ¿sería el de sus rodillas titubeantes?

—¿Qué hacemos con esto, señor?

—Habrá que enterrarlo en sagrado, inmediatamente, padre Castro.

Y en sagrado, como lo dispuso el obispo Mendiola (que jamás volvería a comer las criadillas que eran su deleite) fueron sepultados los casi doscientos pares de testículos, para entonces una masa sanguinolenta y fétida, que el general Medina Irigoyen había hecho arrancar a la mitad de los derrotados en la batalla de Pedregal; batalla que ganó, in situ, el coronel Mayagoitia, pero que Medina se acreditó sin escrúpulo pues le valdría, como fue, efusivos parabienes públicos del Señor Presidente de la República y una laudatoria mención en el *Diario de los Debates* del Congreso.

Maximiliano Castro, que suda copiosísimamente, resopla:

—Eso que hiciste, Teófilo, sí que se pasó de la raya.

—Se les cortaron los cojones a esos traidores, no porque yo lo quisiera sino por órdenes del Ministro de la Guerra. Órdenes que me fueron telegrafiadas. Cuando volvamos, y lo encuentre, te enseñaré el papel, Maximiliano.

Sonríe Miguel:

—Cuidadoso siempre del detalle, general... La culpa, para otro... Usted sólo cumple.

—Tú también cumples órdenes. Las has cumplido siempre. Así que no me eches nada en cara.

Lo ataja, pues con su voz que huele ahora a ginebra empieza a levantar el grito, Miguel Rebul:

—Hay órdenes... y órdenes. ¿Recibió usted, de don Eugenio, del señor Balda, de mí, alguna, directa o indirecta, para ahogar el movimiento obrero que nosotros, por medio del diálogo, estábamos casi a punto de arreglar pacíficamente...? Diga, general, ¿se le ordenó ametrallar a la gente?

Retrocede, tambaleándose, y cuando sus corvas encuentran el obstáculo del féretro sobre él se deja caer Teófilo Medina. No coinciden los ojales y los botones de su camisa, manejados con torpeza con sus dedos muy gruesos, cargados de sangre. Habla vagamente; la claridad de sus ojos puesta en ninguna parte:

—Ustedes dijeron "Hay que acabar con eso", y yo acabé... Era lo que Geno, lo que tú y tú, Rafael, esperaban que hiciera, ¿no? Y hoy me lo refriegan en la jeta... Esa matanza grande, la de los obreros, la ordenaron ustedes; ustedes dos, sólo diciendo: "Hay que acabar con eso", regaron más sangre que toda la que yo hice chorrear en cincuenta años de servir a mi compadre Olid.

GACHA la cabeza, enlazadas por la espalda las manos de nerviosos dedos; largo el paso con el que mide repetidamente la distancia del living a la puerta, de ésta a la ventana —Olid suelta, de tiempo en tiempo, ráfagas de palabras. Lleva dos días sin dormir. Por primera vez, quizá porque está envejeciendo, siente algo de temor. Terroristas anónimos plantaron ayer un artefacto explosivo, una bomba, al pie de su edificio. Estalló cuando era desarmado en la Jefatura de Policía y dejó manco a un pobre diablo. La gestión que debía cumplir el obispo Maximiliano Castro no prospera. Tres veces en las últimas veinticuatro horas lo ha llamado por teléfono el Presidente; varias más, el ministro de Finanzas y los directivos de las cámaras nacionales de la industria

y el comercio. En todos los tonos, el gobierno le pide ceder; en el único que usa en casos similares, el sector empresarial demanda firmeza. Aceptar las desproporcionadas exigencias de los líderes obreros sería tanto como provocar deliberadamente la catástrofe económica de la República.

—Lo grave, Eugenio —indica el obispo Castro— es que ellos tampoco están dispuestos a cancelar la manifestación.

—Debiste decirles...

—Dije lo que creí conveniente decir... que fueran razonables, que no se dejaran arrastrar a un insensato enfrentamiento con las autoridades, que tuvieran conciencia de la imagen, ahora no muy positiva, que tienen ante la opinión pública... No oyen, no quieren oír. Insisten, insisten, y no hay poder humano que...

—¡Esos comunistas...!

Interviene, por primera vez, Miguel Rebul que se ha puesto un poco al margen. Él también está cansado, con dolor de úlcera por la tensión, y le gustaría poder dormir un poco.

—No es cosa de comunistas, señor Olid —aclara, cuando lo mira críticamente don Eugenio—. Tampoco es puramente cosa de agitadores, aunque, lo admito, no falten... Es cuestión de ¿cómo decirlo?, de cierta... justicia social... Cuestión de hablar con ellos; de saber, nosotros mismos, no por segundas manos, hasta qué punto es posible...

Contagiado, como todos, del mar humor a que los arrastraba la fátiga, lo interrumpió Maximiliano Castro:

—A mi parecer, Eugenio, el problema es, bien visto, menos grave de lo que aparenta... Ellos quieren hablar contigo... Mucho se allanaría, todo se allanaría creo yo, si accedieras...

—Yo no me encargo de esas cosas —dijo Olid, ásperamente, casi entre dientes.

—Haz a un lado tu soberbia, Eugenio. Por tu bien, por el bien de todos, escúchalos... por excepción.

—Tengo abogados...

—Ellos saben que los tienes, pero están cansados de que se les tome el pelo: aquí, en la capital de la provincia, o en la capital del país... Desean que tú, su amigo don Eugenio, baje de su trono, salga un rato de su agujero, les dé la

mano, los vea, los oiga, les hable. No es mucho pedir, Geno...

—Cállate, padre... Y háganse todos a la idea de que no les cumpliré el capricho a ésos, a esos...

Castro colocó una de sus manos en el hombro izquierdo de Olid. Olid lo rechazó. Siguió caminando.

—Eugenio —le dijo, con voz tierna, como si reconviniera a un acólito renuente— si hablas hoy con ellos, no habrá manifestación mañana... Entiende que nada perderás, y sí mucho ganarás, aceptando dialogar con ellos, a la vista de todos, sin trampas ni biombos, en la Plaza de la República... Te garantizan absoluto respeto. Te invitarían, después, a una comida de paz...

—No iré —martilleó, empecinadamente, Eugenio Olid.

Desde otro rincón, apuntó Balda:

—Don Eugenio, padre Castro, no puede admitir que traten de presionarlo de ese modo, supuestamente para iniciar la discusión de un arreglo... —y el general Medina, cabeceando a la afirmativa, mostró su aprobación.

Con un manotazo lanzado al aire, Olid le exigió que callara. Usó él la palabra:

—Sé menos pendejo, Max... Esos cabrones malagradecidos no quieren arreglo... Abre los ojos y date cuenta que lo único que buscan, como siempre, no es justicia social —miró a Rebul, inquisitivamente; Rebul rehuyó sus ojos—. Buscan sólo joder, hacer mal... y no seré yo, ténganlo por seguro ellos y ustedes, que no seré yo quien les haga el juego. ¿Me explico?

...el conflicto se planteó en la Empacadora de Conservas Número 7, por una nadería: en plena canícula, que estaba siendo particularmente severa ese año, las mujeres habían demandado que el sistema de ventilación de las naves fuera mejorado. El administrador, Atenedoro Fonseca, que venía de un pleito con su esposa y de un violento disgusto con su querida, llegó de malas esa mañana, odiando a todas las hembras del mundo. Lo esperaba una comisión de las inconformes. Brusco, accedió a oírlas cinco minutos. Las mujeres hablaban todas a un tiempo. Les exigió silencio. Se molestaron. ¿Qué se creía él, lamebolas de Olid? Él llamó puta a la más claridosa de las obreras. Fue abofeteado por ella. Echó a todas de su oficina de cristales; ladró el cese de cinco,

acusándolas de ser "violadoras de la disciplina interior" y de haber "faltado al respeto" a la autoridad patronal por él representada. Por la tarde, a cargo de incondicionales suyos, estaba en marcha una campaña de calumnias: las despedidas eran, además de comunistoides, viciosas y lesbianas. El sindicato, algo a su pesar, hubo de intervenir y pidió, con la timidez de quien es vergonzantemente parcial a la empresa, que el úkase de Atenedoro Fonseca quedara sin más efecto que la suspensión de treinta días (sin goce de suelo) y una multa (deducible en tres meses) a cada una de las compañeras. Fonseca se mostró inflexible y a los ya dichos, añadió nuevos insultos. Incontroladas por sus líderes; más que todo: hartas del mal trato crónico que recibían del Administrador, todas las trabajadoras de la Siete se hicieron oír:

—O son reinstaladas las compañeras cesantes, o no volvemos mañana...

Los pormenores del atropello uno más que debía abonarse al Negrero Fonseca, como también le decían) fueron conocidos por estudiantes del Politécnico Provincial. Como estaban en campaña para obtener la Presidencia de la Sociedad de Alumnos, tan productiva, los chicos del Grupo Verde (minoritario, altamente politizado y muy radical) convocaron dentro del plantel a un mitin de solidaridad con las mujeres salvajemente-vejadas-por-los-testaferros-de-la-Oligarquía-Olid. Al día siguiente, el Grupo Azul (mayoritario, confusamente progresista de tendencia centro-izquierda) organizó su propia asamblea con el mismo fin. Se olvidaron de solicitar el permiso que el Ayuntamiento de todos modos les habría negado, se echaron a las calles y lanzaron algunos gritos: eso, tan sin importancia, autorizó a la policía a descalabrar a unos cuantos, a cortarles el pelo a varias docenas de ellos que lo usaban largo, a la moda, y meterle un balazo en la espalda a un transeúnte que compraba quesos de Santa Domitila, comparables, dicen, a los mejores Camembert. Por la noche, la Facultad de Filosofía y Letras y la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad Libre de Nueva Castilla, convinieron en dar a conocer pública y conjuntamente su-repudio-a-las-tácticas-fascistas-de-los-matones-del-alcalde, salieron del campus, llegaron al centro, injuriaron a los gendarmes, destruyeron escaparates y robaron carteras, relojes, bolsas de mano y los comercios que hallaron al paso.

"La grey estudiantil de Nueva Castilla contra los gorilas capitalistas y retrógrados. Lucharemos hasta el fin. Respeto o Huelga General" —eran sus lemas.

De la capital del país llegaron, en rápidas filas de autobuses, compañeros estudiantes y compañeros obreros para asesorar, en su batalla contra el pulpo opresor, a los muy inexpertos aunque entusiastas provincianos. A gran ofensa, gran respuesta. Había que plantear un movimiento en serio; no quedarse en la tumultuosa algarada callejera, en el grito que desahoga y nada modifica, en los brochazos que sólo afean las paredes. Había que ir al fondo. Destruir las podridas estructuras del sistema. Exigir cambios. Reivindicaciones sociales. Un mejor, más justo, más eficaz reparto de la riqueza. Mostrar al país el maridaje que unía a las corruptas autoridades con los empresarios corruptores: explotadores del obrero y del campesino, verdugos de mujeres y estudiantes. Las palabras, con tanta vehemencia dichas y repetidas, deslumbraron, aturdieron. Todas las secciones de la Empacadora Siete votaron el paro, líricamente.

Una semana después, otras cinco plantas lucían banderas rojinegras. Órdenes de don Eugenio, intervinieron Héctor Deschamps y los otros abogados del Jurídico; pero cada día, cuando el arreglo con los líderes parecía estar a la vista (mejoras en la ventilación; despido de Fonseca; reempleo a las cesantes con pago de salarios caídos; uniformes, zapatos, medias, tobilleras y balones nuevos para los componentes de los equipos que militaban en las categorías A, AA y B de la Liga Obrera de Futbol AC) una nueva demanda era planteada, un nuevo pretexto era alzado, un acuerdo previo era desconocido por los forasteros que se habían ido apropiando del Movimiento. Miguel Rebul resolvió utilizar TVOlid-9. Desde el piso 87 de las Torres, ajustándose a un texto que Laviana redactó acorde a sus instrucciones, que fue revisado por sus asesores laborales y aprobado finalmente por don Eugenio, el Director del Grupo Olid informó al país sobre la intransigencia de una de las partes trabadas en el problema:

—Es evidente que los obreros, con quienes siempre hemos mantenido relaciones de extrema cordialidad, basadas en el respeto de nuestros derechos y de nuestras obligaciones mutuos, están siendo manipulados por elementos ajenos a ellos que frustran, deliberada y aviesamente, toda posibilidad

de entendimiento... Apenas ese entendimiento se vislumbra, esos Elementos Ajenos que dominan al Comité de Huelga maquinan una exigencia que ataja el avance de la discusión. Parece ser, y eso debe alarmarnos a todos verdaderamente, que en las Empacadoras Olid de Nueva Castilla está siendo ensayada una táctica de lucha que de tener éxito en nuestro país, como lo ha tenido en otros de sobra conocidos, causará irreparables perjuicios a la economía nacional y, en consecuencia, a cada uno de los ciudadanos de la República...

En Nueva Castilla, Eugenio Olid convocó a una reunión urgente. Además de Rebul y de Balda, concurrieron a ella el general Medina, el gobernador, el Ministro del Trabajo, dos de los más poderosos líderes de los gremios nacionales y varios abogados de la capital y la provincia, Deschamps incluido. Dejó que expusieran sus puntos de vista y como no coincidían con los suyos, don Eugenio propuso, en el tono que usaba si no quería réplica:

—A la huelga de *ellos,* hay que oponer la nuestra.

Miguel Rebul miró al Ministro del Trabajo, y éste a los líderes, y los líderes a Balda, y Balda al gobernador, y el gobernador a Don Eugenio, que los estaba mirando a todos, colérico y tembloroso, la respiración difícil silbándole al pasar entre los labios resecos.

—Concretamente, ¿qué propone usted, señor Olid?

El gobernador Arozamena, sujeto enfermizamente temeroso, se asustó de la audacia que significaba haber interpelado sin permiso, rodeos de cortesía y sonrisas de excusa, al Gran Hombre. El Gran Hombre lo aplastó con una mirada. Luego, el puño fue aplastando en la palma de su mano derecha, las palabras:

—Propongo que cerremos los comercios... que suspendamos la venta de víveres... que dejemos sin agua, ni luz, ni transportes, ni medicinas, ni nada, a la ciudad... Eso, señores, es lo que propongo para acabar con esa estúpida huelga...

Prudente, pulido, removiéndose un poquito en su asiento, comentó el Ministro del Trabajo:

—Eso, en cierto modo, don Eugenio, equivaldría a convocar a la revolución.

El señor Olid agitó sus manitas descarnadas:

—Revolución es lo que *ellos* están pidiendo... Si eso quieren, la tendrán... pero a nuestro modo.

Miguel, que conocía los detalles del plan porque los había afinado con Olid antes de la junta, puntualizó:

—Se trata, señores, y don Eugenio quiere que lo entiendan así, de plantear, en forma no oficial, por supuesto, una especie de... contra-huelga encaminada a debilitar la que tantos daños lleva ya causados.

Delineó la estrategia a seguir. Nada se haría de golpe, ostentosamente. Todo a pausas, en forma escalonada. Una carencia debía ser causa de otra. ¿Entendido? No hubo más objeciones. "¿Para qué nos llamaron si tenían resuelto ya lo que iban a hacer?" Por la mañana cuanto era de consumo necesario empezó a escasear. Más tarde, almacenes, tiendas, autoservicios, bodegas, estanquillos, mercados nada tenían qué vender; aduciendo problemas sanitarios se impedía que entraran en Nueva Castilla los víveres que los especuladores y los obreros obtenían en otras partes. Privados de materia prima clausuraban tahonas, carnicerías, restoranes, lecherías. Vacas de establo eran robadas y sacrificadas por grupos hambrientos. Se inventó un acto terrorista y la metrópoli quedó sin agua, y como las calamidades llegan siempre acompañadas, fallas difíciles de precisar (y de reparar) afectaron, casi por completo, a la Termoeléctrica Olid.

Los líderes de la capital (ya no dos, como al principio, sino cerca de treinta pertenecientes a variadas especialidades) sugerían a sus colegas, por todos los medios públicos y privados, prescindir de los consejeros políticos que los envenenaban con sus ideas-absolutamente-ajenas-a-la-verdadera-idiosincracia-nacional, y buscar el arreglo. La prensa del país, también propiedad de millonarios o de ricas sociedades anónimas (con la excepción de un par de diarios de modesto tiraje) devenía caja de resonancia de la de Olid, y repetía las muletillas: "Penetración comunista... Ingerencia de grupos de presión... Intereses bastardos que desde el exterior son manejados contra los intereses superiores de la república..." Segura de la influencia que ejercía sobre millones de personas, la televisión (fuera TVOlid-9, o los otros canales) mantenía bajo graneada crítica a quienes, sirvieron-a-los-enemigos-emboscados, se benefician retrasando, aniquilando, frustrando, encareciendo y demás gerundios el desarrollo económico, social, político y cultural de "una Patria, como la nuestra, pujante y joven, fiel a sus tradiciones más entrañables, sólo preocupada por alcanzar los más altos estadios de paz interior y prosperidad..."

El Problema Olid, como para abreviar dio en llamársele al cabo de sus dos primeras semanas de vigencia, conoció complicaciones. Obreros de otras fábricas, estudiantes de otras comarcas, recordando quizá agravios parecidos, acudían en auxilio, en apoyo, en refuerzo de sus camaradas del valle de Nueva Castilla. Puesto que las tropas que acordonaban la ciudad confiscaban los cargamentos de víveres y medicinas, los compañeros diseñaron la que sería apodada Operación Hormiga. Laboriosos, discretos y rápidos, nada de atraer la atención ni de ponerse altivos, cada uno de los miembros de las brigadas de abastecimiento llevaba en sus bolsillo, entre sus ropas, algo de pan, algo de sal, algo de leche en polvo, latas de sardinas, azúcar, fósforos, tabaco; llevaba también, porque serían igual de necesarios, balas, antibióticos, material de propaganda.

—De nada sirven tus soldados, Medina... Esa gente sigue comiendo, y tragando alcohol, y leche, y todo...

Le habían traído informes: si bien las Fuerzas Armadas habían tendido un cerco alrededor de Nueva Castilla, comerciantes, intermediarios, campesinos, aliados de más allá habían, a su vez, tendido otro cerco de tenderetes, algo así como un mercado sobre ruedas desde el que proveían a los participantes en la *Operación Hormiga,* a quienes les bastaba salir de la ciudad a pie, en bicicleta o en lo que fuera, para comprar lo que requerían.

—No podemos registrarle el culo a cada uno de esos hijos de puta, Eugenio. Compréndelo. Necesitaría un soldado para cuidar a todo el que sale o que llega; toda una división para patrullar, día y noche, el llano —decía el general Medina Irigoyen para justificar por qué, pese al bloqueo del Ejército, al hambre con el que Olid, las autoridades, los dinerosos y los políticos pretendían vencerlos, seguían en la pelea, bravos hasta la insolencia, la moral templada, los miles de huelguistas.

Algunos agitadores nacionales y extranjeros (entre éstos, dos franceses que dijeron ser redactores de alguna publicación parisina) fueron apresados, torturados y, quizá, incine-

rados. Otros, no se sabe si cediendo a la amenaza o accediendo al soborno, siguieron en el Movimiento, ahora como informadores de Omar Cervantes.

El Problema Olid era grave, no tanto por las pérdidas que sufrirían las empacadoras (pérdidas que el Gobierno Federal podría incluso subsidiar indirectamente, permitiendo que fueran deducidas de los impuestos a fin del año fiscal) sino porque en tres o cuatro meses más se iniciaría, en casi toda la República, la revisión de los contratos colectivos de trabajo, Sector Industrial. Era costumbre que fuera el Grupo Olid, el más fuerte y rico del país el que determinara, al negociar con sus propios obreros, la cuantía de los aumentos en los salarios y la naturaleza e importancia de las prestaciones sociales que la Iniciativa Privada estaba dispuesta a tolerar que los trabajadores percibieran un par de años más.

Los presidentes de Cámaras y Confederaciones, de Consejos y Asociaciones decidieron ir, un fin de semana, a Nueva Castilla. Mas no a jugar golf ni a pescar en aguas de la Presa Olid, recién inaugurada. Sus jets nublaron el cielo del Valle, un viernes. Olid no quiso ir a La Casa, en el *Country*. Malhumorado porque no lograba contener su diarrea, los recibió en bata. Eran tantos que faltaban sillas en el living de su cueva para acomodarlos.

—No hay que ceder, don Eugenio. ¡Sería catastrófico...!

—Resistiré. No se asusten...— Le rechinaban los intestinos y debía hacer un gran esfuerzo, apretar los muslos, para no soltar un chorro de mierda ante ellos.

—Si usted paga, nos chantajearán a todos.

—No pagaré.

—El problema lo ha desbordado ya, don Eugenio. Ahora afecta a la IP... La suerte de la Iniciativa Privada que es la suerte de la economía nacional, depende, señor, de cómo arregle usted las cosas; de cuánto esté usted dispuesto a ceder, en el orden económico y político, para lograr que el paro termine, para que otros sectores no se contagien...

—No hay por qué preocuparse...— Los retortijones eran intensos, aunque no muy repetidos. Dios, ¡cómo deseaba estar metido en la paz de su cuarto de baño! Y estos jodidos que no se iban.

—Hay peligro, incluso, de una devaluación...

Ésas eran ya palabras mayores. Vio frente al suyo los in-

numerables rostros ansiosos de los potentados que habían ido a visitarlo a su casa de Castilla.

—Cuidaré que eso no suceda... Ahora, váyanse tranquilos... —y les tendió la mano.

No se levantó, pues no quería correr el riesgo, grave y penoso riesgo, de que vieran, en la silla que ocupaba, la mancha circular de una deyección inevitable. Los orondos iniciativos (como los llamaba despectivamente Miguel Rebul) regresaron a la capital en sus veloces jets, seguros que el viejo usurero (un verdadero costal de mañas) recurriría a las más efectivas para solucionar, antes de que fuera demasiado tarde, el conflicto laboral.

Decidió Olid valerse, como mediador, del obispo Castro. Rebul y Balda, aprobaron. Usaba, usándolo, tácticas similares a las del otro bando, que se dejaba dirigir también por curas adictos a ese enemigo de ricos, El Obispo Rojo de Nogales, Anselmo Mendoza Ledo. Pensaba que Castro, conocido por todos y por casi todos querido, lograría anular la influencia de esos consejeros que, sospechosamente, fraternizaban con universitarios comunistas, catedráticos estructuralistas, politécnicos anarquistas, reverendos protestantes y mujeres de probada filiación antiyanqui.

Al principio, no se recibió con simpatía al Obispo Castro. Él insistió en que, al menos, le permitieran explicar por qué intervenía, así fuese con algo, o mucho, de retraso; por qué deseaba servir como mediador. Pese a la hostilidad de varios del Comité de Huelga, los más acreditados líderes locales aceptaron oírlo. Castro los conocía a todos; a algunos, los muy jóvenes, los bautizó; casó a otros y no tenía diferencias personales con ninguno. Logró sonsacarles que también ellos (maltratados por el ayuno, empobrecidos por la falta de ingresos y temerosos de perder mucho de lo bueno que ya disfrutaban) querían firmar la paz, volver a las fábricas; olvidar la pugna; pero:

—Hay, padre Castro, una condición que deseamos que conozca don Eugenio.

—Dila.

—Bueno, yo... nosotros, ¿sabe?

Uno de los consejeros, muchachito enteco, de mirada enfebrecida y dedos amarillos de nicotina, impidió que Radamés Sánchez dijera lo que estaba demorando con sus titubeos,

y gritó con una altanería que disgustó a todos los dirigentes viejos:

—Los compañeros obreros, pisoteados por los representantes del explotador Olid, exigen hablar con él, personalmente. Exigen, además...

—El señor Olid será consultado. Si accede a recibirlos, les diré cuándo y a qué horas.

Otro de los consejeros, un cura joven, ya algo calvo, que se había limitado a escuchar, se puso en rápida comunicación de miradas con el que acababa de poner las condiciones, y con voz suave, casi confidencial intervino:

—No se trata, Padre, de que Olid fije fecha y hora... Se trata de que le avise usted que por decisión de este Comité de Huelga lo esperamos mañana, a las diez, en la Plaza de la República, para discutir con él los posibles términos de un arreglo...

—No es costumbre... —emprendió monseñor Castro una frase que no creció más de esas tres palabras, porque el muchacho de los dedos amarillos le echó encima, con mucha suficiencia, la voz:

—Rechazamos, por principio, cualquier tipo de arreglo secreto —dijo—. Lo que ha de aprobarse o negarse se aprobará o se negará en público, a la vista de todos, todos oyéndolo, en la plaza... Habrá una manifestación y cincuenta mil estaremos allí para escuchar... Más le valdrá al viejo ratonero no faltar...

Monseñor Maximiliano Castro ignoró la intemperancia del politécnico del mismo modo con que había desdeñado la indicación del religioso. Él no había ido a hablar con ese par de oportunistas. Había ido a hablar con Radamés Sánchez y los líderes oficialmente reconocidos. Pero el pobre de Sánchez, tan escaso de carácter, se había apocado por completo, nulificándose. Como ya no estaba en condiciones de decidir, Castro lo ignoró a él también y prefirió interesar a Simón de Arimatea Pro, el más serio, el más ecuánime, de los otros directivos:

—Ustedes, líderes auténticos y por ello responsables del Comité de Huelga ¿aprueban lo que estos jóvenes demandan...?

Ninguno de los quince o veinte silenciosos que integraban el Comité (representantes de las fábricas Olid del valle; de

las Plantas Olid del sur; de los Almacenes Olid de la capital) se atrevió a dar una respuesta o algo más que murmullos. Aun Simón de Arimatea Pro escondió el rostro y fue necesario, para que lo presentara, que el obispo repitiera su pregunta.

Lentamente, tomado quizá entre dos temores, Simón fue inclinando la cabeza:

—Sí, queremos hacer la manifestación—. Se le oía apenas, al responder de corrido como si hubiera memorizado el parlamento. Evitaba encontrarse con el mirar imperioso del muchacho que chupaba el cabo del cigarrillo y con el manso mirar, al otro lado, del curita. Parecía hallarse en el confesionario, enumerando pecados. —Queremos hablar con el señor Olid; queremos decirle lo que verdaderamente pasa; cosas serias que él no sabe porque nadie le cuenta de ellas... Queremos, siquiera una vez, verlo... El arreglo, después, será muy fácil, se lo prometo...

Ya no áspero o enérgico, sonriente ahora, dijo Castro:

—No les daría jamás un mal consejo o les recomendaría hacer algo contrario a sus legítimos intereses. Por eso, amigos, les sugiero... les sugiero que firmen el arreglo ante las autoridades del trabajo y luego hagan la manifestación de agradecimiento a don Eugenio...

El estudiante golpeó la mesa con los nudillos y la botella con agua mineral y los vasos tintinearon. Sus granos brillaban como puntitas de hueso muy pulidas incrustados en su mandíbula:

—La manifestación, entiéndalo porque así es, se hará para obligar a Olid a que firme, no para agradecerle haber firmado... Ése es el único recado que el Comité le envía al viejo...

Se plantó bruscamente el señor Olid en el centro del living. Por alguna hendidura (quizá Sofía Vaquero estaba espiando) se coló, por un momento, un denso olor a sopa de cebolla. Olid se fue, luego, sobre Maximiliano Castro:

—No iré... Jamás iré... Si quieren alargar la huelga, que la alarguen... Que se jodan... que se mueran de hambre si eso buscan...

Miguel apuntó que quizá él pudiera, sabiendo exactamente cuánto convenía ceder, negociar una solución; hallar, con líderes y consejeros, una base a partir de la cual...

El señor Olid abrió los brazos en cruz. Renunciaba a discutir algo que de tan repetido lo aburría. Vociferó:

—Yo no quiero saber nada... nada más de esto... Miguel, Rafael, ustedes, par de inútiles, ya podían haber resuelto esto... Para eso les pago. Para eso son los Directores... Arreglen el asunto conforme a lo que conviene... Cómo, no me importa... ¡y con una puñeta, déjenme dormir...!

Fue a encerrarse en su alcoba. Si durmió o pasó la noche en vela, ni Sofía podría decirlo pues corrió el pestillo. No encendió ninguna luz. Tampoco lo escuchó producir ruido. Ni una sola vez fue al baño.

De realizarse la anunciada manifestación, reflexionaba Rebul, el Movimiento obtendría una incalculable victoria política que lo robustecería y provocaría ese *contagio* a nivel nacional que los iniciativos temían tanto. Hasta el momento no se contaba con ningún borrador en el que hubiera sido garabateado el anteproyecto de arreglo. Habían habido sólo palabras, ideas generales, cifras aproximadas, buenos deseos: nada por escrito, en blanco y negro. De ser ocupada por los obreros la Plaza de la República, el Comité de Huelga, sabiéndose fuerte y en ventaja, exigiría más de lo que ya demandaba. Los recursos de convencimiento habían fracasado y no por virtud, sino porque los líderes se sabían sometidos a la vigilancia de los verdaderos caudillos del paro. Las ofertas de soborno, tan tentadoras, no habían hecho mella en Sánchez, en Simón de Arimatea ni en los otros. Tampoco las amenazas. Hacer fracasar la marcha a la Plaza, era ya lo único que importaba. Si no llegaban a pisar los rosados adoquines de la plaza los huelguistas habrían perdido la mitad de la que ya sus pastores consideraban victoria segura —y la mitad de una victoria es, bien visto, la mitad de una derrota.

Rebul aceptó la copa de coñac que Balda terminaba de servirle. Fue entonces, luego de un sorbo, cuando comentó con el general Medina Irigoyen, que había estado allí todo ese tiempo; oyendo, sin intervenir, sin interesarse casi, sin participar de ella, la preocupación de todos.

—Si la manifestación llega a la plaza, general, el problema va a volverse todavía más crítico, se dará usted cuenta de ello...

—Claro, claro que sí —bostezó. Ofreció a Balda su copa. Balda la llenó.

—Si las cosas empeoran, general, don Eugenio va a sentir que todos, especialmente usted que dispone de lo necesario para enderezarlas, para componerlas, le hemos fallado... ¿No le parece así?

—Me parece, sí... —Se limpió con los dedos las gordas lágrimas que le corrían por las mejillas, ahora que había vuelto a bostezar.

—Un medio... el único medio para que no tengamos nuevas complicaciones; incluso, para que las actuales desaparezcan sería, a mi entender, que tomara usted las medidas conducentes, utilizando, claro está, el sentido común, para que la columna de huelguistas se disuelva o, por lo menos, no alcance su objetivo... Así, no habiendo concentración, no habrá líos...

Medina hizo un buche con el abundante sorbo de coñac. La boca pareció arderle. Dejó escurrir ese fuego hacia su interior. Produjo con energía:

—Deja que yo maneje el negocio a mi modo, ¿sí?

—Lo manejará como usted crea conveniente.

—Eso está mejor así, muchacho —comentó, algo vanidosamente, el general.

Para que no dejara de escuchar ni una sílaba, repitió Miguel Rebul:

—Don Eugenio, le consta, ha dicho que este asunto debe arreglarse a como dé lugar, y así, general, será como debe arreglarse: a como dé lugar. ¿Alguna duda, alguna pregunta?

Ágilmente, lleno de entusiasmo, pues se le daba oportunidad de lucirse a ojos de Olid, el general, que aún no engordaba tanto, arrancó de la butaca su grueso cuerpo. Recogió el quepí. Con la manga de la guerrera lustró la visera de charol.

—Ninguna duda. Ninguna pregunta. Todo está claro. Ahora verán cómo, en un dos por tres, aquieto las aguas.

Rafael Balda, que tal vez copiaba los pensamientos, y las intenciones de Miguel Rebul, dijo:

—Hay que arreglar eso, general.

Asintió Medina Irigoyen:

—Lo arreglaré, muchachos.

—Todo queda ya en sus manos... —recordó Rebul, y el general Medina admitió que así era.

MIGUEL Rebul ahuyenta los mosquitos que zumban, en apretado enjambre cristalino, alrededor de su cabeza. Abierto el cuello de la sotana, el arzobispo Castro remira su reloj. Sofía, que se ha ido por allí, ha vuelto con la falda decorada de hierbitas. Un trago tú, un trago yo, Porcela y Deschamps comparten la cantimplora. Rafael Balda piensa en la Isla y en que, a esa hora, entre ese sol, insoportable aquí en la barranca, seguirá dorándose la señora Svenson.

—Tú, con tu modito mañoso, me mandaste que matara a esos infelices...

—Mixtifica usted la verdad a sabiendas, general. Yo...

—Dijiste: "Hay que arreglar eso" y no me dejaban otra salida que barrer con ellos...

Miguel alude a Balda y a Castro:

—El padre y Rafael son testigos de lo que verdaderamente se habló esa noche...

Aclara presuroso el Arzobispo, que no desea compartir responsabilidades:

—Yo me fui antes, Miguel. Recuérdalo...

—General, haga un esfuerzo de memoria: ¿dije acaso: mátelos? ¿insinué siquiera cómo debía usted proceder? ¿pregunté de qué modo, expresión suya, iba a *aquietar las aguas*?

—No necesitabas preguntarlo, Miguel. Pendejo no eres, tenlo seguro. Sabías lo que era inevitable que hiciera, y me dejaste hacerlo. Por eso te culpo...

ALREDEDOR de la una de la madrugada, los soplones de Olid infiltrados en el Comité, reportaron a Cervantes y éste lo comunicó a Miguel Rebul, cuál sería, finalmente, la ruta que la columna seguiría para llegar a la plaza. El dato le fue dicho también al jefe del Sector Militar, general Teófilo Medina Irigoyen. Testigos silenciosos, los estrategas de su Estado Mayor vieron a Medina señalar en un mapa de Nueva Castilla, con rudas cruces de lápiz rojo, qué calles debían ser

bloqueadas, y con círculos azules, en qué puntos plantar barricadas, aparcar blindados, jeeps, tanquetas ligeras, tanques de combate y ambulancias. Decidió luego la distribución de los hospitalillos de campaña. Urdió un muy completo dispositivo de batalla. Subrayó los sitios en que debían aguardar la Orden Superior de Entrar en Acción, sus eficaces Guardias de Asalto. Para reforzar a éstas, que no lo requerían, movilizó a los Grupos Civiles Auxiliares —eufemismo que encubría a varios centenares de jóvenes a sueldo del Ayuntamiento para provocar disturbios y justificar la mano dura de la gendarmería, las redadas del Servicio Secreto y los allanamientos de la Policía Política. Como siempre, los Civiles (que de Milanos pasaron a llamarse Pumas) se mezclarían con los manifestantes para ejercer sobre ellos, desde adentro, un rígido centrol; como siempre, calzarían sus zapatos tennis, vestirían camisetas blancas y se identificarían entre sí por el listoncito verde que lucirían en la muñeca derecha.

Entre las dos y las seis de la mañana, silenciosos y precisos, Guardias de Asalto y paracaidistas; gendarmes y *Milanos*, ocuparon los sectores de la ciudad que les correspondía proteger. Desaparecieron, se tornaron invisibles (era una de sus cualidades) en azoteas y miradores, sótanos y zaguanes. En cambio, amenaza montada en centelleantes orugas de acero, los tanques se exhibían, color olivo inexpugnable, fanfarronamente en las esquinas.

A las 8.05 a. m., por informaciones recogidas a retazos, por ciertos indicios demasiado evidentes, por obvia comprobación visual, los huelguistas sospecharon la celada, pero no retrocedieron. Ninguno abandonó al compañero. Los sofocaba la tensión cuando unidos iniciaron la marcha. Esperaban el ataque, le embestida del Ejército, el desafío de los policías. Nadie, sin embargo, como si no existieran, se ocupaba de hostilizarlos. Al hallar cerrados los pasos, modificada por la presencia de los tanques la ruta elegida, la columna descubría que estaba dirigiéndose, así no lo quisiera, sólo porque de ese modo lo habían resuelto quienes proyectaron la maniobra, hacia la parte vieja de la ciudad; a esa, antigua de siglos, donde las calles son trampas, cul-de-sac sin salida.

No levantaban gritos. Ninguna pancarta ofendía o ridiculizaba a nadie. Acaso algún gremio se identificaba con sus estandartes de terciopelo morado obispo. Radamés Sánchez y

Simón de Arimatea Pro habían dicho al obispo Castro que sería una manifestación silenciosa y lo estaban cumpliendo. En su primer acto de auténtico valor civil que recordaba en un siglo, Nueva Castilla veía desfilar sus propias inconformidades nunca antes dichas en público, colectivamente. Las ventanas se mantenían cerradas. Insistían en su deliberada clausura los comercios.

Cinco cuadras antes de la plaza, una sólida muralla de tanques, alertas sus vigías, amenazadores sus cañones y sus ametralladoras del .50, obligó a la columna a virar hacia la Avenida República Emancipada, que la llevaría, le gustara o no, fuera del centro. La vanguardia (hombres y mujeres, universitarios y obreros; campesinos y politécnicos; jóvenes sacerdotes y veteranos de otras luchas antipatronales que no eran de la comarca) eslabonó apretadamente sus brazos, se detuvo indecisa. ¿Desafiar las máquinas de guerra? ¿Retroceder —hacer recular a lo que detrás de ella, a lo largo de tantas calles, se arrastraba?

Estruendosos, de la plaza despegaron dos helicópteros y empezaron a sobrevolar la avalancha humana, a asustarla con su ruido, a mortificar su lento, ordenado, silencioso fluir. Líderes, asesores, miembros diversos del Comité llegaron a una decisión: Cambio de planes (corran la voz), no insistirían, (corran la voz avisen a los de atrás) en ocupar la plaza que tenían casi a la vista. Corran la voz: por República Emancipada alcanzarían (avisen a los de atrás) la Plaza Independencia. Otro cambio: en Plaza Independencia la manifestación adquiriría una sola voz: la de Simón de Arimatea Pro (corran la voz, que los de más atrás lo sepan) y luego de su discurso (que no haya confusiones, corran la voz) la columna retornaría a los campamentos de tiendas de lona que tenían plantados alrededor de fábricas, almacenes, silos, patios de ferrocarril. Los estudiantes, en particular los politécnicos, mostraron su desacuerdo: renunciar a la plaza, no llegar a ella, no forzar el cerco de los tanques, equivaldría a una derrota —que sería una victoria para el opresor.

Lanzada no se ha sabido, ni se sabrá, por quién, rodó una consigna retumbante:

—A la plaza... A tomar la plaza todo el mundo.

Se operon, pese al ruido de los helicópteros, los primeros mueras. (Hay pruebas, testigos presenciales, gente toda de

fiar lo afirma, de que los lanzó una pareja de *Milanos*). Mueras a Olid, mueras al Presidente, mueras al gobernador, mueras a Dios, mueras al imperialismo, al rector, a los yanquis, al Ejército. Mueras a todo. Mueras a los curas reaccionarios y al director del Politécnico. Al nepotismo y a la corrupción en Las Altas Esferas. Después de los mueras, los brazos alzados, los puños como martillos, formaron haces. Los helicópteros hicieron dos espectaculares picadas, dos acrobacias espeluznantes, de pronto, cuando recuperaban altura, ocurrió el disparo...

(Las crónicas son confusas, pero en todas se menciona que un joven que parecía estudiante, pero que quizá sólo fuera *Milano,* apuntó al aire con un chato revólver. La explosión no fue intensa; fue, en cambio, muy visible la humareda que produjo su pistola: una nube, recordarían, azul y desproporcionada, "como si fuera una señal...")

Debió serlo porque, casi inmediatamente, como si los pilotos hubieran estado aguardándola, los helicópteros volvieron, sus ametralladoras encendidas por continuas ráfagas. Abajo, surgidos de todas partes, expuestos ellos también al fuego que caía, colaboraban en la violenta misión de exterminio los paracaidistas, gendarmes, guardias, *Milanos* que, emboscados o no, obedecían al general Teófilo Medina Irigoyen —él mismo metido en un tanque de combate, dándole gusto al gatillo, como diría después, entre *parte* y *parte* que aprobaba remitir a don Eugenio para mantenerlo informado.

Después, se contaron casi tres mil cadáveres. Muchos juran que desde entonces el aire en Nueva Castilla apesta más a sangre.

Uno de los que lo repiten es Teófilo Medina Irigoyen, que por esa jornada memorable y fatigosa para todos, obtuvo la cuarta y última de sus codiciadas estrellas de general.

—Créeme, Miguel: hiede a sangre... A la sangre que me pediste regar para que Eugenio no siguiera perdiendo dinero.

—General, ¿a qué insistir en una falsedad? Nadie, ni don Eugenio, ni Rafael, ni yo le ordenamos... —Le habló con suavidad, casi con dulzura—. ¿Se ha olvidado que el señor Olid lo insultó, y lo abofeteó también, cuando supo las proporciones de la matanza hecha por usted?

—Muy de Geno era la costumbre de tirar la piedra y esconder la mano. Si lo sabré yo...

—Ser asesino, general, no fue uno de los defectos del señor Olid...

La risita que se permite el general es fofa, como todo él, y apagada, como, ahora, sus ojos:

—Miguel... Miguelito Rebul, qué pronto olvidas, qué pronto perdonas... No sé si respetarte por noble, o despreciarte por pendejo. No lo sé.

El señor Arzobispo Primado, don Maximiliano Castro, resuelve ejercer, así sea mínima, su autoridad. Toca el hombro de Rebul.

—Si tú no tienes prisa por llegar, yo sí... Me adelanto. No quiero seguir perdiendo el tiempo aquí, oyendo necedades. ¿Viene alguien conmigo?

Resopla, como es su costumbre, el general Medina. Con su pañolón escarlata, se enjuga los peldaños de gordura que le bajan desde la sotabarba hasta más allá del ombligo.

—Calmado, Maxi... Cal-ma-di-to. ¿A dónde crees que vas tú solo? Si no les digo yo, me corto un huevo si encuentran la vereda... Así que, tranquilos y adelante todos juntos, si me hacen favor...

Engancha su brazo izquierdo en el derecho del Arzobispo y se ponen a caminar. Ordena Miguel que sean el médico Porcela, así se sienta peor del catarro, y el abogado Deschamps, así parezca estar muy borracho, quienes carguen el féretro —en esa primera, la más suave, etapa de la ascensión.

8

Una hora después, aunque vigorosamente ha negado varias veces lo que ya todos adivinan, el general Medina admite que ha vuelto a perder el rumbo y que ha sido inútil el esfuerzo que demandó a todos alcanzar la escarpadura en la que se encuentran.

—Estoy... bueno, estaba seguro que era por aquí. —Se alisa con la mano la calva enrojecida, espejeante de transpiración—. ¿Cómo es posible...?

Quizá más en la memoria que entre el matorral se le escondan las veredas que en su tiempo de tropelero (en aquel de revolución y asalto; de abigeato y celada) le entregaban sus claves fácilmente. Se debe a eso, a que se ha vuelto viejo, que no consigue interpretar el enigma que le proponen los muchos caminitos que, confundiéndose unos en otros, podrían llevarlo a los suburbios de Avemaría Purísima —comunidad de añeja prosapia agropecuaria que ha reclamado, según palabras de Jacinto Olmedo, que por la radio portátil llegan:

—...el legítimo derecho, el extraordinario honor, de ser reconocida como terruño natal del patriota ejemplar, del fundador de riqueza y mantenedor de prosperidad, que ha sido don Eugenio Olid Orellana...

El dolor punza la nuca de Miguel Rebul; padece, también, la molestia, ahora intolerable, de la vieja, recrudecida gastritis. Se siente fatigado y tan furioso, que no injuria, ofende o escupe al general Medina por su incompetencia. Se limita a respirar ruidosamente y a castigarlo con secas, duras miradas:

—No es culpa mía, Miguel... Te juro que el camino iba por aquí... pero ahora, con tantas hierbas...

—Como usted diga, general —Rebul habla lentamente, con una especie de resignación, y Balda sabe qué tan peligroso se vuelve cuando se pone así—. No hay prisa. Tome su tiempo. Recuerde.

—Eso trato de hacer —dice el general, confundido—. Eso precisamente trato...

Ahí no hay sombra que los refresque. Hay matorral, pasto alto, amarillento y filoso. Han puesto en tierra el féretro. Sofía se abanica con el pañuelo. Callados, ausentes, Porcela y Deschamps aguardan. Sólo el arzobispo Maximiliano Castro no enmascara su impaciencia. En un minuto, estima Rafael Balda, ha mirado cuatro veces el reloj. El general Medina junta sus manos a la altura de los collares de grasa que le cualgan del cuello; podría decirse que está pensando.

Balda ha disminuido la intensidad del volumen del *walkie-talkie* al mínimo. Como si nada más fuera para él, recibe la transmisión de Olmedo. Por ella sabe, y no lo comunica a Rebul, que ha habido un nuevo enfrentamiento entre grupos estudiantiles y elementos de la gendarmería. Se habla de tres heridos por bala, aunque no se precisa de qué bando. En torno al cementerio se ha hecho más estricto el doble cerco de vigilancia que mantienen, independiente uno del otro, fuerzas de Cervantes y del coronel Edelmiro Cobo.

—Y bien, Teófilo, ¿te acordaste ya por dónde va el camino? —El arzobispo aún mantiene su furia dentro de los límites de la amabilidad.

—No me jodas... ¡Estoy pensando...!

—Se trata, general, sólo de que recuerdes por dónde sigue un camino, un camino que muchas veces habrás recorrido cuando robabas vacas...

—Cállate, beato de mierda...

—No se me habla así, lépero.

—Mis huevos...

—Teófilo... que voy a... —Castro alza el brazo y lo mantiene así, amenaza suspendida.

El general Medina manda la mano al cinto y la deja allí, también en suspenso, lista a caer sobre la culata, de cachas trabajadas en oro y marfil, de su "Parabellum". Con un grito, Miguel lo somete:

—Deje esa arma, general... En lugar de ponerse valiente, sáquenos de aquí... —Le parece ridículo ver al arzobispo,

todavía con el brazo en alto. Es un murciélago manco—. Y usted, padre, ¡compórtese también...!

Desencajado el rostro, la voz nada segura, mirando a Sofía, al abogado y a Porcela (que a su vez lo escruta con una sonrisa insolente en la boca de labios salivosos) murmura el arzobispo:

—Teo el tonto, ha perdido el rumbo... y por culpa de este cretino yo perderé mi avión.

Morosamente, el general Medina Irigoyen se pasa por el pecho, por el cuello, por los sobacos sudorosos, el pañuelo rojo ya pesado de lo húmedo.

—Mucha prisa tienes de llegar al cielo, cura de porquería.

—Teófilo —vuelve a engallarse Castro—. Quedas advertido: una injuria más y, ¡ya lo sabes...!

El Comandante del Sector Militar lo ignora y dirige su discurso a los otros:

—Ahora el muy ingrato no tiene tiempo qué perder con el amigo al que todo se lo debe, hasta los calzones que trae puestos...

Alineando, intentando alinear, los pliegues de su ajada sotana polvorienta, manchada de cardos, claveteada de espinas, el arzobispo indica, como si sólo estuviera pensándolo:

—En cuanto a gratitudes, Teófilo, será mejor no hablar de ello. Será mejor...

Ya no belicoso, sólo irónico, Medina:

—Tú, padre Castro, ¿no vas a reclamarle nada a don Eugenio... no vas a quejarte de alguna carajada que te hizo?

—Nada tengo que reprocharle. Nada.

—Mosca muerta que eres. —Imita su modo de hablar cuando repite: —"Nada tengo que reprocharle..." Don Eugenio también se cagó en ti, y bien lo sabes...

El padre Maximiliano Castro alza su rostro estriado de arrugas enrojecidas hacia un cielo monótonamente azul. Cierra los ojos. *Aquello* ocurrió hace tanto... y, para su fortuna, sin más testigo que Él. Dice:

—Si alguna ofensa recibí de Eugenio —sus palabras tienen algo empalagoso, fingido, inauténtico— esa ofensa está olvidada, perdonada. El Altísimo lo sabe...

—Lo que falta saber, doctor Castro —dice a su espalda el médico Porcela, que le ha endilgado el tratamiento de doctor, para no tener que decirle padre, monseñor, o señor Arzobis-

po, Ilustrísima o algo que signifique reconocer su jerarquía eclesiástica— es si sus palabras, eso de "la ofensa está olvidada, perdonada..." expresan la verdad o si son, como sospecho, una mera fórmula de, llamémosla de ese modo elegante: "cortesía cristiana"?

—La expresan, Porcela. Humano, Eugenio pudo ofenderme. Si lo hizo, al olvidarlo ya resulta perdonado...

Aporta lo suyo Deschamps:

—Usted, sin presumir como otros, fue el cómplice más importante, más valioso que don Eugenio tuvo.

—Si llama usted cómplice a un amigo, sí, fui su cómplice. Tuve el privilegio de su amistad nunca regateada o condicionada.

—Cómplice, cómplice sin más tapujos. —Gangoso y respirando con cierta dificultad, es Porcela quien prosigue— y además el que primero encubría, y luego muy católicamente justificaba las infamias de Nuestro Amado Buen Señor Olid.

—Jamás... —la mano de Castro, apergaminada, con pecas, tiembla—. Jamás, óigalo bien Porcela, jamás he encubierto a sabiendas una infamia de nadie; ni de Eugenio...

—Sin cometer ciertas canalladitas, miles de ellas supongo, ¿cómo ha llegado usted, don Maximiliano, a ser lo que hoy es?

Violentamente declama el arzobispo:

—Dios decide los destinos. Él es quien ordena las cosas.

—Pero Olid, señor Castro —rebate Porcela— era quien hacía que las cosas dispuestas por Dios ocurrieran aquí abajo... De otro modo, un cura analfabeto como usted...

—Mida sus palabras...

—...un ratón de sacristía, llega, en poquísimo tiempo a obispo, y se enriquece... Asciende a arzobispo y, para variar, se enriquece... Ahora va a ser cardenal, porque así le convenía a Olid... ¿Por qué todo eso, Castro? ¿por su linda cara? ¿a cambio de qué...?

—Se lo diré, señor. A cambio de darle a don Eugenio lo que ustedes demuestran no tener ni haber tenido nunca para él: amistad... Lo repito: a-mis-tad... Aun siendo amigos íntimos, como fuimos desde muy jóvenes, en ocasiones sustentábamos criterios opuestos y a veces luchábamos uno contra el otro, enconadamente...

—Excepto —acota Deschamps— cuando Olid disponía que

hiciera usted cosas que a él le convenía que fueran hechas y que a usted iban a beneficiar.

—Nada de lo que hice a pedido suyo agobia ahora mi conciencia.

—¿Nada? —Porcela sonríe, socarrón.

—Nada. Pongo a Dios por testigo.

Deschamps y Porcela se miran. Diríase que se consultan para decidir cuál debe expresarlo. Corresponde al abogado dejar caer el nombre:

—Farina... —sabe que ha tocado algo que lo lastima cuando ve trastornarse fugazmente al arzobispo—. Las señoritas Farina...

Punza más hondo Porcela:

—Ese asunto, no irá a negarlo ahora, fue uno de los más bochornosos en los que le tocó a usted intervenir en beneficio de Olid...

Pese a las molestias que padece, pero interesado en el giro que la disputa ha tomado, Miguel Rebul supone que un trago le caería bien. Le disgusta que sea ginebra, además caliente, lo único que haya para beber. A Balda no le importa. Menos al general. Balda apaga el receptor. Sofía Vaquero se aviva. Rebul conoce parte del Asunto Farina. Ha leído alguna vez páginas aisladas del legajo en que está resumido: solteras, mayores de sesenta años, las dos señoritas Farinas contaban entre los ricos más ricos de Nueva Castilla. Los fundadores de una dinastía de Farinas (que concluiría con el capricho de la castidad de ambas) llegaron, de creerle a unos, con los recios conquistadores, o, a otros, con los encomenderos del XVII que le cedieron a la llanura el nombre definitivo de la región española de la que casi todos procedían.

Fértiles generaciones de Farinas (notarios, oidores, comerciantes, usureros, militares, políticos, alcahuetes, religiosos) incrementaron las fortunas y dilataron la superficie de sus haciendas. Pero llega el día en que una de éstas, El Rosedal, se convierte en obstáculo para Olid porque interrumpe el crecimiento de la ciudad hacia el sur; un sur en el que ha comprado muchísimas tierras sobre las que ha resuelto crear una zona de residencias tan lujosas como no las hay siquiera en la capital de la República.

—Hable con las beatas. Pague lo que pidan por su rancho. Compre esa propiedad.

Deschamps falla en la gestión. Las señoritas Farina no tienen interés en vender. Se rehusan a escuchar, siquiera, el tamaño de la suma que les ofrece. Cuando el abogado la menciona, ellas, por única respuesta, le preguntan si prefiere uno o dos terroncitos de azúcar en el café. Tres veces en el curso de la velada insiste él. Tres tampoco consigue la codicia de las hermanas.

—El Rosedal, abogado, es herencia de nuestro abuelito Luis...

—Que en Gloria esté...

—...y en la Casa Grande nació mi hermana Ana María.

—Y tú, Rosalinda, viniste al mundo en el Pabellón Gótico...

—Además, papá y mamá...

—...que Dios tenga a su lado...

—...reposan en nuestro panteón.

—Como se dará cuenta, abogado Deschamps, no tenemos necesidad ni razones para deshacernos de finca tan querida.

Eugenio Olid dio órdenes más contundentes a Medina, y Medina, a su vez, eligió a media docena de hombres certeros para que balearan con sus poderosos rifles del Ejército a los peones de las hermanas Farina. En cuatro meses, trece de ellos fueron muertos por infalibles francotiradores. Sesenta días más tarde de que cayera el último, cuando la cosecha estaba lista para ser recogida, nadie hubo que se arriesgara a contratarse —ni siquiera los labriegos nómadas que en esa época volvían de la pizca de algodón. Las espigas se pudrieron.

Deschamps volvió a cortejar a las Farina. Lo agasajaron, ahora, con té de jazmín y confites de almendra, fresas cristalizadas y violetas en miel de níspero.

—Sembramos por costumbre, abogado, no para ganar dinero... Si el trigo se perdió, y fue mucho este año, los asilos a los que lo regalamos fueron los únicos perjudicados...

—Con esto, Ana María y yo queremos decirle, señor nuestro, que vender El Rosedal no pasa por nuestras mentes. Deseamos conservarlo hasta el fin de nuestros días...

—Hasta el último, como Rosalinda dice; después, Dios dispondrá.

No agrada a Eugenio Olid la respuesta que le transmite el abogado Deschamps y lo injuria, aunque no gravemente,

para desahogarse, unos cinco minutos. Donde el dinero y el fusil fracasaron tendrá éxito, está seguro, la cruz. Ordena que vaya a cenar esa noche el padre Castro. Hacia el fin del refrigerio, Sofía Vaquero retira la botella vacía de vino y trae otra de coñac. Desaparece. Olid y Castro conversan, cabeza con cabeza, en voz que muere más allá de sus oídos, un hora por lo menos. Sólo ellos saben lo que se dicen: sus murmullos se apagan antes de alcanzar la puerta detrás de la cual Sofía trata de informarse.

A don Maximiliano Castro, tan de su confianza, le han horneado bollos de mantequilla y palitos de queso y nuez, para que acompañe la taza de chocolate batido a mano. Ana María y Rosalinda Farina han puesto granos de incienso en un bracero árabe de cobre, y su casa, que parece museo con tanto mueble viejo, con tan bellas obras de los imagineros, con los desvaídos cuadros (entre éstos, un Zurbaran auténtico y una Virgen atribuida a Murillo) con las vitrinas colmadas de joyas, abanicos de pluma, piezas de marfil hindúes y chinas, cajitas de laca, tabaqueras, collares —huele también a iglesia.

Hay una tarde hermosa más allá de las cortinas de muselina. En la distancia, tocado por el sol, brilla uno de los edificios Olid —estela de vidrio, cemento y aluminio.

—...y yo diría, queridas amigas, que ha llegado el momento de poner fin a esta situación... —Cortés, mundano, casi diríase: seductor, Maximiliano Castro vierte más té verde en la taza de Rosalinda— El Rosedal se ha convertido en tierra maldita, ejemplo perfecto de La Manzana de la Discordia... Mucha sangre inocente humedece sus campos. Si no hay quien desee trabajarlos ¿qué será de ellos...?

—Que se queden así, muertos... Ya han querido comprárnoslos, pero mi hermana y yo no queremos vender. No, mientras el Señor...

—¡Alabado sea su Santo Nombre...!

—...nos preste vida y salud.

Miró interrogativamente a la otra hermana Farina. Oyó:

—Rosalinda dice lo que ella y yo, las dos, pensamos, padre Castro.

Suspira, como si estuviese muy desalentado, el sacerdote de pulcras maneras, dulce mirar y expresivos ademanes. Pone en el plato, sin producir ningún ruido, la taza de chocolate,

bebida a medias. De su persona trasciende un suave aroma a espliego. Cuando las escruta hay algo duro en su semblante; algo más duro, y dolido, en su voz:

—El empecinamiento de ustedes, señoritas, es un caso lamentable... y reprobable... de soberbia.

Las hermanas Farina, tan cristianas, se estremecen. Quizá el cérvix de alguna se ha apretado. La soberbia, consignan sus libros de religión, es castigada con el fuego eterno.

—Oh, Dios de los cielos...

Advirtió Castro qué tan genuinamente impresionadas habían quedado. Flacas, secas, con faldas tan largas casi como su elegante sotana, Ana María y Rosalinda parecían un par de pájaros en pleno desamparo.

—Hay algo peor, por inmediato, muchachas... El Gobierno.

—¿El Gobierno? —hablaron a dúo.

—Como siempre, está en quiebra... y como siempre que está en quiebra va a aumentar los impuestos sobre las tierras ociosas, y ¡señoritas mías!, va a expropiarlas... El Rosedal encabeza la lista, aquí en Nueva Castilla...

Rosalinda busca la mano blanca e inocente, y ahora tan helada, de Ana María. Una y otra se miran. Luego de un silencio en el que sólo se escucha el ruido que hace Castro al depositar la nata del chocolate en el borde dorado del plato, demandan:

—¿Qué nos aconseja que hagamos, Padre Castro?

—Porque sería una lástima que el Gobierno...

—Claro que sería una lástima... Mi consejo, hmmm...

El consejo que Castro les dictó fue aceptado sin reticencia por las señoritas Farina y aplaudido por Eugenio Olid esa noche, cuando él, Deschamps de testigo, celebró con don Maximiliano el buen fin del asunto, la venturosa culminación de las negociaciones.

Castro manejó los detalles de la rápida organización del viaje que sugirió hacer a las señoritas Farina, que tampoco, nunca, habían ido más allá de los límites de la provincia:

—Con el muchísimo dinero que van a recibir, harán una excursión a los Santos Lugares...

—¡Oh, padre... Nos sofoca la emoción...!

—Cuida tu corazón, Ana María. No te excites...

—...y será suyo El Vaticano... y Lourdes... y Fátima...

Lástima grande que no sea ésta, temporada de Año Santo... Pero, no importa: ya les tocará ir...

—Dios mío, increíble... ¡Qué maravilla, Rosalinda!

—Y no irán solas, queridas mías; no dejaré que anden solas por el mundo... No sea que alguien, por allá, quiera enamorarlas... —Vibraron las hermanas Farina, ¿de miedo, de alegría, de emperanza?— Dos monjitas, absolutamente de confiar, las acompañarán sin que a ustedes les cueste un solo centavo. Ambas hablan idiomas y una es, además, enfermera...

—¿Quiénes son ellas, padre?

—La mayor, la Madre Encarna, y Sor Fátima, la jovencita, que sabe de medicina... ¡Qué curioso! Irán a Fátima con Sor Fátima...

Las Farina cacarearon su risa mientras se retorcían festejando el chato juego de palabras hecho por Castro, que proseguía:

—Y mientras ustedes, dichosas criaturas, corren mundo y ven de cerca los paraísos de nuestra religión, aquí en Castilla, la compañía del señor Olid construirá el convento que llevará el apellido de ustedes, Ana María, Rosalinda... ese bello monumento que ustedes inaugurarán y en el que dispondrán de por vida de un departamento muy lindo, dotado de todas las comodidades, con puerta de acceso privada a la capillota que consagraremos a la Virgen de las Misericordias...

Desaloja una flema el abogado Deschamps y lo encara, enrojecida por el licor y también por el sol la nariz:

—¿No fue vergonzoso lo que ayudó usted a hacer contra ese par de ignorantes y estúpidas, crédulas y atemorizadas solteronas, señor Arzobispo Primado de Nueva Castilla, eh?

Parsimonioso respondió Castro y Antuñano:

—Recibieron más de lo que valían sus terrenos... No se les robó, no se les engañó... Cobraron religiosamente hasta el último centavo... Fueron a Europa. Vieron al Papa. A su vuelta, casi dos años después, ocuparon el lugar que se les había prometido y en él vivieron hasta su muerte: riquísimas, protegidas, cargadas de oro... Y el Convento Farina está allí, sigue allí, sirviendo a la comunidad. ¿Qué más querían...?

—Atraco como el sufrido por las Farina —le recuerda Porcela— no fue el único en que usted participó, señor Castro.

—Sigue usted faltándome al respeto, Porcela. No he perpetrado, jamás, ningún atraco.

—Técnicamente, no; pero...

—Digamos —se cuela Deschamps— digamos que el padre Castro perpetró negocios... Negocios: unos para Eugenio Olid; para él mismo, la mayoría...

La voz interrumpida, anegada por los líquidos del catarro, Porcela:

—Su gran fortuna personal ¿le cayó del cielo?

—Nada es verdaderamente mío... Mi riqueza, la que sí me importa poseer y acrecentar, es de orden espiritual.

—Pero bien que disfruta, y muy en grande, la de orden material...

Vistos desde el helicóptero son hormigas pululando en torno a un objeto, negro y alargado, que no pueden, aunque quisieran, transportar. Molesto por el ruido, Miguel ordena a Balda que conmine al piloto a largarse de allí.

—Bueno, general —exige después, muy hosco Miguel Rebul— ¿qué hacemos ahora?

—Sólo queda un camino, Miguel. Volver.

—¿Volver...? —se indigna Castro.

—Sí, Max... Lo siento: regresar al arroyo. Allí orientarme de nuevo. Ahora sí, estoy seguro, encontraré la vereda buena... Es muy fácil...

—Bien, general... Regresemos...

La pasividad de Rebul desconcierta a Balda. ¿Estará sintiéndose enfermo? El error cometido por Medina Irigoyen, supuso Rafael, desencadenaría un huracán de injurias, de palabras serias, de gritos, y sin embargo, no se ha enfadado.

—Sí, regresemos —dice Medina, casi alegremente, sintiéndose a salvo de la censura de Rebul; perdonado.

—Espero que no vuelva a equivocarse, general —habla Rebul comedidamente, como alguien que, por reposado, es incapaz de abandonarse a la furia.

Si el ascenso por una vereda incierta que terminó en ninguna parte, fue muy fatigoso, el retorno al arenal entre el que escurre, escondiendo su decadencia, el arroyo de Agualimpia es rápido; casi fácil.

—Pero lo verdaderamente bochornoso, doctor Castro —a Porcela le ha tocado compartir con el arzobispo el peso del féretro ahora que marchan de bajada y que sus estaturas se

igualan, porque Castro va adelante— fue el modo en que manejó a los que acudieron a usted luego de esa otra matanza, la de los cañeros del 49, que don Eugenio dispuso y don Teófilo, siempre en servicio activo como dice, ejecutó... Esos pobres parientes...

—Eran comunistas... —dice el general.

—Quizá entre los muertos hubiera comunistas, no lo dudo; pero, ¿lo eran sus mujeres, sus hijos, sus padres? ¿lo eran quienes llevaron los cuerpos a la iglesia...?

Nueva Castilla sufría, a fines de aquellos tiempos, una temporada de tensión, como siempre que un nuevo contrato laboral era discutido. Molestos por las que consideraron "tácticas dilatorias" de la empresa, los cortadores de caña pusieron en reposo sus machetes; se tumbaron a las puertas de los centrales azucareros del valle; clausuraron con banderas los escapes del ferrocarril, y se dedicaron a lo que mejor sabían hacer —esperar, esperar que sus líderes, incorruptibles entonces, porque eran jóvenes y no habían sido ablandados por las tentaciones de la buena vida, demostraran a los personeros del señor Olid que era razonable (vistas las ganancias asombrosas de la compañía en el último bienio) el aumento que solicitaban.

Al cabo de una veintena de días, las pláticas no progresaban, así no fueran los trabajadores los intransigentes. En los campos, amarilleando al sol, cientos de miles de toneladas de caña maduraban en exceso; en los ingenios, enmohecían las máquinas, fermentaban las miles que no alcanzaban a ser industrializadas. Escaseaba ya sensiblemente el azúcar y subía su precio en todo el país. Fallaba la técnica Olid. ¿Acaso el soborno había dejado de interesar a los caudillos obreros? La vigésima noche, Olid mandó poner en práctica otra técnica, la que usaba si la muy suave del dinero ofrecido bajo la mesa demostraba ser ineficaz. A bordo de autos sin placas ni luces, desconocidos provocadores balearon al retén militar que cuidaba una de las fábricas. A las ametralladores se respondió con ametralladoras. Entre unas y otras habían quedado un grupo de casi cien huelguistas. Treinta muertos produjo el tiroteo. Veintinueve fueron civiles.

Era la primera vez, en los recientes tiempos de paz, que tanta sangre junta corría por el polvo de Nueva Castilla, y la ciudad se consternó. La matanza vigorizó la huelga. Otras fábricas, ajenas a las de Olid, votaron ir al paro. Vino la temida reacción en cadena en unas cuantas horas. Al mediodía se habló de sacar a las calles un desfile de ataúdes. Las autoridades consultaron el parecer de don Eugenio.

—Dejen que lo hagan... fue su blanda decisión.

Cuando el alcalde Casimiro Sanginés se marchó, el señor Olid hizo venir al general Medina. Le dio instrucciones específicas: la tropa debería quedar guardada en sus cuarteles para no irritar al pueblo con más exhibiciones de aparatoso equipo militar.

—¿Dejar sin guarnición a la ciudad, Eugenio?

—Dejarla, sí señor.

A eso de las cuatro, en silencio y paso lento, comenzó el desfile. Los féretros, estaba previsto así, serían llevados del Edificio de los Gremios a la Catedral. Salió a recibirlos, en el atrio, el señor Obispo, don Maximiliano Castro. Las viudas, los huérfanos, los llorosos parientes y los amigos, pidieron una gran misa de cuerpo presente.

Castro, cenicienta la piel del rostro, del todo insegura la voz, obediente a lo que Olid había recomendado, dijo:

—No puedo, de ningún modo, oficiar misa para quienes al adoptar ideologías exóticas, groseramente materialistas, que niegan a Dios y ponen en entredicho la posibilidad de la Vida Eterna, renunciaron a su Fe, abominaron de su Creador y negaron los dogmas que acepta Nuestra Madre la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana... No puedo, pues, abrir para esos equivocados, para esos renegados a los que aguardan los fuegos terribles del infierno, las puertas de este templo, que son las puertas de la Casa Divina...

Majestuoso, temblando dentro de la sotana, volvió el obispo Castro al interior de su oscuro alcázar. La muchedumbre quedó muda, atontada, inmóvil, como si un mazo gigantesco hubiera golpeado, a un tiempo, todas sus cabezas. Algún estudiante pidió:

—No sean supersticiosos... No crean lo que los curas les dicen... No hay infierno. No hay cielo. Sólo existe la tierra en la que estamos, por la que luchamos...

Manos-garra, manos enfurecidas, lo bajaron del farol al

que se había encaramado. Botas, sandalias, zapatos comunes lo molieron en el suelo. (Moriría por estallamiento de vísceras, esa noche, en el Hospital Civil. No se culpó a nadie de su muerte. No se hicieron averiguaciones. Se dijo: "Estas cosas suceden...") La manifestación se disolvió. Los dolientes, cada quien por su lado y conforme a sus propios medios, llevaron a sus muertos al cementerio. Nadie dijo discursos.

Esa misma noche la huelga terminó confusamente. Era preferible ganar la vida eterna que un movimiento sindical. Además, el aumento concedido esa tarde como gracia personal de don Eugenio Olid, era un generoso seis y medio por ciento más alto de lo que calculaban obtener.

Don Eugenio recibió, por la mañana, a una comisión de seis dirigentes. Les ofreció, pues él estaba desayunando, rosquillas de canela y tacitas de café. Cada uno de ellos recibió, como recuerdo del venturoso arreglo, una moneda de oro de 20 pesos.

—¿Ven como hablando siempre se entiende la gente?

—Tiene razón, señor Olid.

—Algo más, muchachos... Los niños que hayan quedado huérfanos tendrán garantizada su educación... y un trabajo seguro cuando salgan de la escuela.

Nueva Castilla, harta de violencia, olvidó pronto a sus muertos. Era preferible seguir las peripecias del recién formado equipo *Castellanos* que tan magníficamente se desempeñaba en su primer año de Liga Mayor de Futbol.

Porcela moquea un poco más y cuando siente despejada la nariz interroga:

—Dígame, señor Castro, ¿no se sintió entonces alcanzado por la infamia?

¿Para qué responderle? Lo que el arzobispo Maximiliano Castro opinaba de sí y de Eugenio Olid; la explicación que daba a ciertos actos de su vida que podrían figurar entre los más discutibles; la justificación de algunas palabras que hubo de pronunciar en cumplimiento de ruegos de quien había sido su compañero desde la primera juventud de ambos; todo eso y algo más había quedado escrito, con toda honradez, sin paliativos ni falsedades, en el secreto de su *Diario*. En sus

páginas, miles ya de páginas apretadas de palabras, que tal vez serían leídas por unos cuantos, permanecían los juicios, las opiniones, los testimonios, que dejaba sobre una época tumultuosa y sobre el hombre que modificaba, casi a voluntad, las vidas ajenas —sin excluir la del cronista, biógrafo, consejero, criado, confesor y cómplice de ese pequeño gran bribón que llevaban a sepultar a Avemaría Purísima.

A partir de la roca veteada, que es una especie de mojonera natural, tres caminos conducen (no lo ha olvidado el general: más bien, ha vuelto a recordarlo) al pueblo de Avemaría. En busca del más corto, ensayaron ya uno. Así, las posibilidades de acertar son ahora iguales a las de fracasar nuevamente.

—¿Por la derecha, general?

—Si quieres, por la derecha, Miguel.

Dispone Rebul que Deschamps, propenso a no esforzarse en nada, si en su mano está evitarlo, ayude a Porcela ahora que el arzobispo ha dejado de hacerlo. Miguel prefiere ir en vanguardia, junto a Medina Irigoyen, atento a impedir que se desbarranque o que nuevamente, si se distrae, pierda el rumbo.

En donde parte, la vereda es ancha. Va haciéndose flaca a medida que alcanza las suaves ondulaciones que, una tras otra, como sin darse cuenta, suben hacia el remoto borde. Como ya nadie la atiende, como le duelen los pies ampollados, Sofía Vaquero va quedándose rezagada, aunque no pierde de vista al cortejo. Entre ella y el ataúd (le parece un trozo de carbón a flote) caminan, hombro con hombro en ocasiones, Balda y el arzobispo.

—Tipo perversón, una serpiente, ese medicucho Porcela...

—Deschamps también tiene lo suyo, padre.

—Claro, claro... pero, al menos, no es masón. —Pone otra mirada nerviosa en el reloj— ¿crees que alcanzaré a tomar mi avión a Roma?

Rafael se coloca de espaldas al talud rocoso para que el arzobispo, con el impedimento de la sotana que tiene que recogerse a la altura de las rodillas, pueda pasar por la estrecha cornisa en que ha ido convirtiéndose el sendero.

—Si Miguel dijo que llegaría, llegará, Padre.

—Miguelito nunca falla, ¿verdad?

—Es su gran virtud. Nunca fallar. Nunca equivocarse.

Castro no puede voltearse y mirar a Balda cuando habla: el camino es una sorpresa muy angosta delante de él: un descuido y ¡al precipicio! Se asoma y su profundidad lo asusta. Padece un vértigo fugaz. Luego, como si estuviera solo, dice:

—Me gusta, Rafael, tu discreción, tu lealtad... Tú no has alzado la voz para censurar a Eugenio, como ellos.

—No tengo motivos, Padre. No guardo rencor hacia el señor Olid...

Rafael Balda ve asentir a monseñor Castro:

—Devoto como un hijo, estuviste siempre cerca de Eugenio.

—Tuve esa suerte, padre Castro.

—Sí que lo fue.

Cuando finalmente consiguió Olid controlar el banco del señor Rebul decidió respetar ciertas costumbres que hubieran enraizado en la tradición. Una de ellas consistía festejar, en la fecha señalada por el padre de Miguel, el aniversario de la fundación de lo que empezó siendo, en los días de la primera prosperidad de Nueva Castilla, una posta de recambio de caballos antes de ser tienda, taberna, agencia de la Lotería Nacional, casa de cambio, lugar de agio, banco. El amo pagaba la comilona para todo el personal en El Torino, un restorán al aire libre, de mucho postín y buena bebida. Que se recuerde, nunca, nadie, dejó de asistir, porque hacerlo era privarse de participar en las tres grandes rifas que auspiciaba el empresario y que venían a ser una especie de premio (no sentaba precedente ni anudaba compromiso) que el señor Rebul, como más tarde el señor Olid, concedía a sus colaboradores.

Hablando a nombre de don Eugenio, el abogado Deschamps, que tanto entusiasmaba por guapo y flirteador a las muchachas de la sección de *Cambios,* anunció, como era de rigor, a los postres (natilla, leche cortada, municiones de nuez, flan de caramelo, quesos):

—Amigos... —tomó aire. Esperó a que se desvaneciera el

ruido de platos, cubiertos, botellas, murmullos– el señor don Eugenio Olid...

A los aplausos, iniciados como siempre por el muy animado Evodio Camarena, jefe de auditores, siguieron algunos ¡viva!, tipluditos y amables, de las cuatro o cinco chicas de *Archivo y Correspondencia*. Madelaine Deschamps, a quien todos los varones le espiaban la abundancia del escote y el meneo de las nalgas al caminar, le sonrió al patrón, que en ese momento padecía los efectos de algo así como una marejada de modestia.

–Por favor... Como les decía, amigos y compañeros, el señor Olid obsequiará, para el primer lugar, una casa... shhh... óiganme bien... una Gran Casa Amueblada en la cuarta sección del Fraccionamiento Primaveras... –palmas y vítores, ahora sí entusiastas, de un auditorio unánimemente puesto en pie, lo forzaron a callar. Nadie que fuera de Nueva Castilla o que trabajara en el banco recordaba que se hubiera ofrecido alguna vez obsequio así de valioso– como oyen amigos, compañeros, colaboradores del Banco más importante de esta parte del país: habrá una casa propia, cuyas escrituras entregará aquí mismo don Eugenio Olid para quien tenga la dicha de ganarla... –El clamoreo decreció. Las sillas fueron removidas. Los comensales recuperaron sus asientos. Había ansiedad. Una casa... En ese Fraccionamiento Primaveras el metro de terreno estaba por las nubes. Una casa, allí, sólo podían comprarla los millonarios, o los que trabajaban en las fábricas como jefes o gerentes. Deschamps consultó con una sonrisa la simpatía de Olid. Olid, escarbándose los dientes con un palillo, asintió. El abogado-maestro de ceremonias, continuó– El segundo premio, también muy atractivo, consistirá en un viaje de quince días, con todos los gastos pagados para dos personas, al Gran Hotel Olid que acabamos de inaugurar en la capital... Si así lo prefiere el ganador, podría permutar el viaje por su equivalente en efectivo... –se levantó el polvo de una nueva algarabía, menos intensa que la anterior. Luego: –y por último tendremos un premio especial... premio, y no cometo indiscreción diciéndolo, que consistirá en que don Eugenio Olid, nuestro querido y respetado jefe, accederá a conceder lo que se le pida, absolutamente lo que se le pida, siempre y cuando, claro está, la petición quede dentro de los límites de lo razonable...

Los ochenta o noventa empleados del Banco Rebul, del ujier/velador Nicomedes Balda al subgerente Victaleano Cota, vocearon otros vivas al nuevo dueño, silbidos, aplausos. Arrebatados por la alegría del vino tinto, del ron, de la cerveza, la ginebra y los coñacs servidos con esplendidez, algunos subieron a las mesas y golpeando platos y vasos con tenedores y cuchillos, cucharas y plumas fuente, demandaban que la orquesta del maestro Menduet, tan joven entonces, emitiera dianas en honor del generoso don Eugenio.

Entre aclamaciones de los caballeros correspondió a la apetecible Madame Deschamps (esa mañana particularmente abundosa de formas) hacer girar el disco en cuyo borde aparecían, rojos sobre fondo blanco, las casillas con los números. Cada comensal había recibido, al llegar a El Torino, un cartoncito, o boleto, con el dígito correspondiente.

A todo mundo allí presente le pareció:

–Muy justo.

–Muy oportuno.

–Algo de lo más lindo... –que la casa le hubiera correspondido a Esteban Flores Canún, *Floritos*, auxiliar de cajero, que había casado, apenas en abril, con una de las gemelas Fagoaga, de *Cuenta Corriente*.

La ganadora de la segunda rifa, la señorita Lavalle Espronceda, llamada con afecto Cuca, e irremediablemente soltera a los cincuenta y un años, prefirió, a un viaje que nadie compartiría con ella, el dinero, con el que podría comprar un nuevo refrigerador y mandar retapizar los muebles de la sala.

Un vaso de Chianti en la mano, Héctor Deschamps, que vivía horas de inmensa felicidad como siempre que era el centro de la atención de todos, demandó silencio, orden, disciplina, para proceder a efectuar la tercera y última de las rifas. Quizá todos estarían preguntándose: "Si yo ganara ¿qué le pediría al señor Olid?"

–Adelante, Madame... –dijo el abogado, con la galanura de un Errol Flynn, y su mujer puso en movimiento la rueda de la suerte. Todos, ahora, incluidos los meseros, participaban del silencio. ¿Cuántos padecerían, además, la sofocación de la angustia?

Un "¡Oooooooh!", tan largo y lento como el último de ellos, señaló el fin de los giros. La flecha indicadora apuntaba

al número 19. Contra lo que cabía esperar, nadie saltó anunciando ser su poseedor. Todos terminaron mirándose nerviosa, perplejamente entre sí. También desconcertado, reclamó Deschamps desde la mesa de honor, tamborileando con el dedo índice en el micrófono:

—¿Quién tiene el número 19...? Número 19... Uno nueve, diecinueve. ¿Me oye? Favor de presentarse... Si no viene en un minuto —hizo una rápida consulta. Olid aprobó algo. Si no se muestra en un minuto, la rifa será anulada y habrá una nueva oportunidad para todos...

Un muchachillo moreno, vestido con ropas humildes que él, de algún modo misterioso ya desde entonces, hacía lucir con extraordinaria elegancia, se levantó al fondo. Parecía hallarse muy confundido. Cundió la voz:

—Es Rafita Balda...

—El número lo tiene Rafita Balda...

Era Rafael Balda, en efecto; hijo de Nicomedes Balda, velador, desde que se inició la segunda década del siglo, del Banco Rebul. Muy tieso se presentó ante el señor Olid y le entregó el cupón en el que aparecía, negro y nítido, el afortunado 19.

—¿De qué departamento eres?

—De *Intendencia,* señor...

(Acota, ahora, el arzobispo Castro:

—Como si estuviera viéndote, Rafael: un color se te iba y otro te venía... ¿Tenías miedo?

—No... Era otra cosa. Algo así como un deslumbramiento por estar delante de don Eugenio...)

Ni poco ni mucho interesado, repitió Olid:

—*Intendencia,* hmmm. ¿Así que trabajas en *Intendencia?*

—Sí, señor.

—¿Desde cuándo?

—Exactamente no sé, señor... Tal vez desde toda la vida.

—¿Toda la vida? —Olid tuvo un hipo. El coñac empezaba a agriársele en el estómago. Pensó pedir un vaso con sal de uvas. Le hubiera gustado, también, tronar un aire que le bullía en las tripas.

—Soy hijo de Nicomedes Balda, el portero.

—¡Ah...! —hizo Olid, pero nada significaba para él Nicomedes Balda, ni su dudoso mérito de haber servido, siendo muy, muy joven, al señor Rebul padre, fundador de la ins-

titución. Indicó luego, y los que le escucharon rieron de lo que pretendió ser una broma—. Te lo pregunto porque el más nuevo de ustedes en el Banco soy yo...

El conjunto musical de Menduet disparó, inesperadamente, otra ruidosa diana, y los muchachos de la oncena de futbol largaron un estentóreo

a la bío, a la bao
a la bin, bon, ba:
Olid, Olid
rá, rá, rá

en honor de quien, por gustarle el juego, tenía para ellos muy especiales consideraciones.

—Bueno, jovencito... —expresó Olid, levantándose y exigiendo, con ademanes imperiosos, que los demás permanecieran sentados—. Lo prometido es deuda, y hay que cumplir. ...Pide lo que gustes... y mientras no sea que te entregue la caja fuerte, cuenta con que te lo concederé...

(Recuerda el arzobispo:

—Palideciste, Rafael... Más bien, te pusiste verde... Enseguida, guinda como una mandarina...)

Con voz muy tenue, como desinflándose; los ojos, sin embargo, derechamente puestos en los de Olid, Rafael Balda solicitó:

—Quiero ser su mozo, señor...

—¿Dices... que quieres ser mi mozo? ¿Estás seguro...?

Flotó la espuma de un murmullo. Ola, contra-ola de comentarios dichos en la oreja del vecino: pendejo-muchacho-idiota-pudiendo-pedir-lo-que-quiera-pide-se-conforma-bestia, con ser mozo de don Eugenio.

—Sí, señor. Estoy seguro que eso quiero.

—Mozo ya lo eres. ¿No preferirías algo mejor? Dinero... una beca en la capital... un viaje al mar...

Ya más tranquilo, porque el desconcertado parecía ser, ahora, don Eugenio, repitió Rafael Balda:

—Soy mozo, sí señor. Pero no el suyo, y es lo que le pido ser: el mozo del señor Olid.

Pretendió una sonrisa don Eugenio:

—¡Ah!, ¿mi secretario entonces...?

—No señor... Su mozo, nada más.

Miraba abiertamente a los ojos azules y fríos de Olid; unos ojos que de pronto se humanizaron con un brillo:

—Está bien... desde este momento pasas a ser mozo de la Dirección... ¿Cómo dices que te llamas?

—Rafael Balda.

Todos aplaudieron. Hubo más música. Se trenzaron en el aire los silbidos de arriero. El señor Ladrón de Guevara se cayó cuando pretendía escalar una mesa, y fue necesario retirarlo en sillín de mano para que le enyesaran el tobillo. Paco Ventura logró lo que llevaba tiempo persiguiendo: el sí para ir de allí a la cama (en alguno de los nuevos hoteles para novios que se habían establecido en el suburbio Contreras) que le suspiró, un poco borrachita, pero sintiéndose muy a gusto, la viuda Grimaldo, tan deseosa de macho.

(—Como te dije entonces, bueno: no exactamente ese día, sigo creyendo, Rafael, que haber pedido lo que pediste ha sido uno de los grandes aciertos de tu vida... El otro, si me lo permites, haber formado la gran pareja con Miguel...

—También lo creo yo, Padre... —hubo cierta vaguedad en sus palabras.

—A Eugenio le impresionó tu petición... Esto no creo que lo sepas; por eso lo cuento hoy... Por la noche, en su casa, habló del asunto conmigo y con Deschamps...)

Olid venía, parpadeando, abierta la boca en un bostezo, de dormitar su siesta. La comida en El Torino, por lo condimentada y grasosa, lo había indigestado, pero la panacea burbujeante que Sofía Vaquero le ofreció lo había dejado, dijo eructando, como nuevo.

—Tipo raro ese muchacho —tronó los dedos—. ¿Cómo dijo que se llama, Deschamps?

—Rafael Balda, don Eugenio.

—¡Pedir ser mi mozo...! Raro, raro.

—Tonto que fue... —sonrió Deschamps, agrio por dentro él también.

—No crea, abogado. De tonto no tiene un pelo quien pide estar cerca, a toda hora, del que paga y del que manda... Veremos qué tal resulta.

La ascensión de Rafael Balda fue, para muchos, espectacular; para él, que la había planeado, al ritmo justo. Contsiguió lo que pretendía ser para Olid: auxiliar indispensable, adivino de sus deseos, depositario de confidencias, testigo de

euforias y depresiones. Aprendió a darle gusto en todo; a decir, siempre en el momento oportuno, la palabra que él deseaba escuchar. Repetía entonces, que estaba dejándose conocer el señor Olid: "Adeptos, aunque sean ineptos". Balda desentrañó el significado profundo de ese enigma verbal. Lo hizo suyo. Era La Eficacia, La Discreción, Lo Útil, y cada día el Director delegaba más confianza en él; una nueva responsabilidad le era conferida, oficialmente o no, una semana sí y otra también. A los tres años de tenerlo a su servicio, Olid se enteró, por informe del subgerente Victaleano Cota, que Balda seguía devengando el mismo salario que percibía antes de ser adscrito a la oficina principal.

—¿Por qué no me hablaste de eso, Rafael?

—Tiene usted demasiadas cosas importantes en qué pensar, señor, para molestarlo con lo mío...

Le agradaba ese afán suyo de no abrumarlo con su presencia, con sus problemas. Siempre invisible, tenía sin embargo la capacidad de materializarse ante Olid en el momento exacto en que Olid necesitaba verlo, ordenarle algo, preguntarle un dato que él siempre tenía en la punta de la lengua, en la orilla de la memoria. Cuando falleció Nicomedes Balda, don Eugenio presidió, con el huérfano, el duelo —detalle que todos los del Banco comentaron conmovidamente.

Balda se hizo otro propósito desde el principio: utilizar su influencia para servir a sus compañeros. Era, como decía la señorita Iguínez, "nuestro angelito de la guarda". Amparaba a todos y con nadie cazaba una riña. De nadie, tampoco, se expresaba mal nunca y fue, así, protector, gestor, fiador, amparo, de cuantos, con razón o sin ella, eran castigados por Cota o por el antipático Remigio Caballero Huroz, jefe de personal. Alguna vez llegó a desobedecer, por injusta, una orden de cese vociferada por don Eugenio:

—De la Vega, señor Olid, no tiene culpa. Todo es, lo he averiguado, producto de un chisme...

La investigación, que por su parte dispuso Olid que se hiciera, confirmó lo dicho por Balda.

—Si no es tu amigo, ¿por qué no lo jodiste?

No eran amigos, en efecto. Olid sabía de cierto rencor que se guardaban a causa de unas faldas.

—Perjudicarlo hubiera sido poco decente...

Olid lo escrutó. Dijo, como si aconsejara:

—Raro tipo eres tú... Con ese carácter de merengue no se llega lejos. Hay que templarse por dentro...

(El arzobispo Castro sufre algo así como un escozor. Conoce el síntoma de su impotencia. La caminata no prospera. El tiempo se quema en minutos inevitables. Le parece que marchan más lentamente. Si acostumbrara jurar, juraría que han estado dando vueltas en círculo como caballos de noria, imagen, piensa, no por gastada ineficaz. Quisiera poder desearle un mal a laputamadrequeparióaldescastadodeteófilomedina, pero a lo único que se atreve monseñor, luego de esconder sus pensamientos, es a abanicarse, mirar el vacío del cielo y cuidar que no se le pierda de vista Sofía Vaquero, que sigue atrás.

—El avión no se irá a Roma sin usted... Si es necesario hablamos para que retrasen el vuelo.

—No podrían. Es una línea americana...

—Podremos. Se lo prometió Miguel. Se lo garantizo yo.

Tal seguridad, espontáneamente ofrecida, reconforta a Castro, serena sus nervios. Pudoroso busca una espesura donde orinar. Alto como es, parece, así lo dibuja Balda, una jirafa negra emergiendo del pastizal. Como si hubiera podido lavarse las manos, el arzobispo viene secándose los dedos con un pañuelo. Se pone otra vez en el camino que les permite, por ser algo más ancho, marchar al parejo.

—Con lo que te ganaste para toda la vida a nuestro difunto don Eugenio, fue resolviendo aquel embrollo del coronel Villa...)

A NADIE le consta —pero se cuenta que un día, tres coroneles que terminaban dos semanas de parranda en un afamado burdel de la capital de la República, pidieron un cubilete, no para jugarse la última cuenta o las últimas chicas, sino para que los dados decidieran, de modo muy democrático, a cuál de ellos correspondería ser jefe de la Junta Militar que se formaría cuando triunfara la insurrección que allí, entre una hembra y otra, habían resuelto organizar contra el gobierno civil de turno. Los dados señalaron al coronel Augusto Urdaneta, tuerto del ojo izquierdo. Urdaneta decidió que sería quehacer de su compadre, el coronel Ludovico Barberena,

manejar las Fuerzas Armadas. A Irineo Pontevedra le encomendó que el conflicto político no trastornara la economía del país que no lograba nunca reponerse de los cuartelazos, por mucho que llevara un siglo padeciéndolos cíclicamente.

Hubo un solo muerto en la aventura: el capitán Dantón Salcedo, que se envenenó por beber alcohol metílico. El Palacio Nacional fue tomado por teléfono, y no es cuento, aunque el suceso haya servido al humorista Jorge Montebello para inventar una fábula que hoy honra, sin quedar fuera de ninguna, las antologías sobre *La Violencia en Hispanoamérica*. A nombre del Coronel Urdaneta, que aún tenía mucho vino en la cabeza y tartamudeaba, el coronel Pontevedra (de quien siempre se dijo que era algo homosexual porque nunca se casó, y algo excéntrico también, porque desde sus tiempos de cadete gustaba usar ropa interior de mujer) se comunicó, por la línea privada del ya sometido titular del Ministerio de la Guerra, con el Jefe del Ejecutivo:

—Señor Presidente... habla usted con uno de los miembros del Triunvirato, o Junta Militar, que ha decidido tomar las riendas del país... Quiero informar a usted, señor, de todos nuestros respetos, que hace media hora el Instituto Armado ha resuelto retirarle su confianza y desconocerlo... Procediendo conforme a nuestra tradición humanística le concedemos, señor Presidente, treinta minutos para que saque sus papeles y se vaya a su casa... De no hacerlo en el tiempo fijado, señor, nos veremos en la penosa, aunque inevitable, necesidad de mandarle los tanques, los aviones y la tropa...

Al cabo de una breve pausa, la voz del mandatario:

—Entiendo perfectamente, coronel... porque supongo que es usted coronel, ¿verdad?

—Afirmativo, señor: el coronel Irineo Pontevedra, de caballería...

—Encantado de conocerlo coronel Pontevedra, aunque sea en estas circunstancias un tanto cuanto singulares... Ahora bien, sepa usted, y hágalo saber a sus compañeros de Junta...

—El coronel Augusto Urdaneta y el coronel Ludovico Barberena...

—...a ellos dígales que si en algo puede servir mi experiencia de ocho interesantes meses en la Primera Magistratura de la nación, estaré dispuesto a colaborar con la Junta...

—Agradecido, señor presidente, quedamos por su alto espíritu de colaboración.

La Junta Militar resultó ser, decían todos, peor que la anterior. En sus clubes, industriales y comerciantes estaban aterrados. Loco de remate, parlanchín compulsivo, con pujos de reformador social, orate viviendo fuera de la realidad, el coronel Irineo Pontevedra hablaba en discursos que duraban horas, en inacabables ruedas de prensa y en repetidos programas de televisión, de que era necesario, ya, nacionalizar las industrias; limpiar, y aun suprimir, la actividad de las empresas extranjeras que saqueaban la República. A una agencia de noticias le declaró que era propósito de la Junta ampliar hasta el límite de doscientas millas el mar patrimonial para que no siguieran devastando sus recursos, como durante ochenta años lo habían hecho "los enemigos del desarrollo económico de nuestra patria y del Continente Latino". Sus intemperancias producían sarna en las pieles sensibles. La norteamericana y dos o tres embajadas más, pidieron a sus gobiernos el envío de mayor número de "expertos" —agentes, gritó Pontevedra al enterarse, de sus servicios de espionaje. A poco, tal vez por coincidencia, grupos de estudiantes participaron en ruidosas turbamultas contra los coroneles. Hubo intento de huelga en minas y transportes. Floreció el mercado negro de los víveres.

Un día, el horizonte del mar nacional amaneció agrisado por una flota de guerra. Los embajadores, con el de Washington al frente, pidieron urgente audiencia y ante Augusto Urdaneta, Ludovico Barberena e Irineo Pontevedra, externaron qué tan disgustados estaban sus respectivos Gobiernos con el proceder de una Junta Militar que había sido sin demora reconocida y que estaba comportándose en forma por demás hostil hacia países amigos por traidición. La Junta, que padecía un severo bloqueo económico, prometió enmendarse —con lo que mostró ser débil.

Por eso, cuando al banco del señor Olid llegó un oficio del Ministerio de Finanzas ordenando remitir al Banco Central, "en calidad de garantía, o encaje, el 25% de sus depósitos diarios", el director redactó en un block de hojas amarillas, con su letra gorda y torpe, una carta que vertiría a máquina Rafael Balda; carta muy claridosa, como eran siempre las suyas cuando las escribía enfadado, en la que mandaba

a un zambullo lleno hasta el borde de materia fresca, a quien planteaba tal exigencia.

—¿No le parece que es algo tosco lo que le dice usted, don Eugenio, al coronel de Finanzas?

—Es tosco, claro, y lo escribí así para que esos ladrones rapiñeros sepan que conmigo no se juega... que en mi banco, *mi* banco, nadie mete mano... Además, la Junta no durará nada en el poder... Dobló las manos y se está cocinando, lo sé de muy buena fuente, que pronto tendremos generales nuevos en Palacio... Es más: cuando esta carta llegue allá, el tonto ese de Pontevedra se habrá ido...

Mientras llegaba el momento de que los generales adictos a las embajadas relevaran a los coroneles del agobio que seguramente representaba para ellos administrar al país y mantener aterrorizada a la burguesía nacional (cuyos dineros no les permitían ya enviar a Suiza o a los Estados Unidos) el Ministerio remitió a Nueva Castilla a otro coronel con facultades para zarandear al tipo ese, Olid, cuyas majaderías no estaba el gobierno del centro dispuesto a tolerar.

Ninguna puerta detuvo al flaco, nervioso, bilioso uniformado que se anunció en la antesala del Director del banco como:

—Coronel CPT Numa Pompilio Villa, del Ministerio Federal de Finanzas. Exijo ser recibido inmediatamente.

En cuanto le avisaron desde el viejo aeropuerto de Nueva Castilla que el oficial había llegado en plan belicoso para hablar con él, don Eugenio buscó al general Medina Irigoyen para que estuviera presente en la entrevista (que preveía borrascosa y, quizá, peligrosa para él); pero el general Medina Irigoyen, a quien sus propios espías le habían proporcionado informes sobre la importancia del coronelito del portafolios negro, decidió desaparecer para no comprometerse —pues compromiso hubiera sido tomar partido por Olid, alinearse con el funcionario, o chocar con uno y con otro.

—¿Dónde anda el general, capitán Izaguirre?

—Salió temprano señor, y no dijo a dónde iba ni a qué hora volvería.

—Hállelo. Dígale que venga a verme al banco o que se comunique conmigo. Es urgentísimo.

El joven auxiliar del Director, muy atildado en su traje oscuro, con su corbata de moño (negra por el luto que guar-

daba a su padre) preguntó al coronel Numa Pompilio Villa CPT, cuál era la naturaleza del asunto que deseaba discutir con el señor Olid.

—Lo sabrá él... —fue la desabrida respuesta.

—Sin previa cita, el señor Olid no acostumbra recibir a nadie.

—A mí sí, y ahora —dijo, avinagrado, el coronel Villa, y apartó casi de un empellón a Balda y de otro al subgerente Victaleano Cota, que salía en ese momento del despacho de Olid.

Alto, caviloso, de zancada enérgica, metido en uno de esos uniformes de tela humilde que por orden de la Junta habían adoptado todos los oficiales del Ejército, Villa invadió la oficina de Eugenio Olid, y por un instante padeció la sensación de haberse quedado ciego. Al cabo, encontró perdida en la claridad de la ventana la silueta de un hombre bajito y huesudo, que iba, le pareció, para ser calvo; una silueta a la que el resplandor parecía haberle mordido los bordes.

—¿Es usted Olid? —exigió saber, con acento metálico y furioso en las palabras, echando el portafolios negro sobre el recio, impecablemente lustrado, venerable escritorio de roble.

La mano derecha directamente sobre el cajón, ya abierto, donde tenía siempre disponible y amartillado un revólver, contestó don Eugenio, atufado él también, sin pestañear:

—Soy Olid. Gerente. Director. Dueño. Todo de este banco. Eso soy yo. ¿Qué viene usted a buscar aquí con esos modos?

Por la puerta, al fondo, Olid vio entrar también a un asustado Rafael Balda, que permaneció junto a la jamba, atento a lo que el amo pudiera necesitar. Numa Pompilio Villa CPT, abrió el portafolios, sacó una hoja de papel (Olid reconoció en la copia fotostática el membrete de su banco) y la puso frente a él.

—¿Escribió usted esta basura...?

Con la respiración retuvo Olid la respuesta. Recordó cuánta insolencia rebosaba esa carta que había escrito en un rapto de cólera y remitido al Ministerio, una semana antes, cuando se le dieron seguridades de que las horas de la Junta eran ya escasas, pues estaba siendo preparado un albazo de los generales.

—Escribo tantas cartas que no sabría decírselo, así de momento... —La excusa se escuchó insincera por tartajosa.

—Yo sí sé lo que he venido a decirle —tronó Villa, y el despacho empezó a llenarse de palabras fuertes, de sílabas martilleadas, de resoplidos iracundos.

Nunca había visto Rafael Balda desconcertado de esa suerte al señor Olid; tampoco le había visto esa máscara gris en que había ido convirtiéndose el rostro a medida que el coronel Villa lo regañaba, o que golpeaba con los nudillos, para subrayar lo que decía, la cubierta del escritorio:

—... y algo más: la Junta, que preside el coronel Urdaneta, y su Ministro de Finanzas, el coronel Pontevedra, en lo particular, no está dispuesto a seguir soportando groserías como las que ensucian este papelucho... —Picoteaba la hoja de papel; la golpeaba, frente a la cara de Olid, con los dedos de la mano derecha—. Si esto es oficial; quiero decir, si lo escrito aquí expresa el criterio del banco, entonces, conforme a los poderes que le confiere la Ley del 27 de julio, y las facultades adicionales del 12 de enero del 51, el Ministerio queda autorizado para...

Fue en ese momento cuando Rafael Balda se plantó entre el silencio desconcertado, casi temeroso, de Eugenio Olid y la desencadenada agresividad del coronel Villa CPT.

—Perdone que me meta, señor, pero creo que yo puedo aclarar esto señor. —Hablaba como hombre muy seguro de sí, no como el muchacho que entonces era. Había dado en usar lentes sin graduación, de aros gruesos, para añadirle algo de importancia a su rostro. Se los colocó con cierta pedantería—. ¿Puedo ver el documento, señor coronel...?

Por la noche, mientras bebía a sorbitos, con muchas precauciones, su primera copa de licor en casa de Olid, Rafael Balda supo de algún modo indefinible, como esas cosas se saben, que había dejado de ser el mozo, el recadero, el correveidile de Olid Orellana, para convertirse, gracias a la inspiración de la audacia y a un toquecito de buena suerte, en su amigo; un amigo, modesto si se quiere, al que se autoriza, como ocurriría para él desde entonces, acceder a la intimidad del hogar.

—Buen cuento se tragó el coronelito ese.

—Por fortuna, señor... Parecía dispuesto a tragárselo.

—Eso me pareció, sí.

Numa Pompilio Villa admitió (quiso admitir) la excusa que Balda ofrecía. Dijo Balda que asumía la total respon-

sabilidad del embrollo. Confesó que imitando la firma del Director (y para que lo creyeran, la dibujó cuatro o cinco veces sin titubeo) había despachado al Ministerio de Finanzas el pliego lleno de insolencias y torpeza de cuyo contenido, insistió en ello con discreto énfasis, no tenía conocimiento el señor Olid. Muestra del "espíritu conciliador" que animaba a la Junta y a sus inmediatos colaboradores, como era su caso, el coronel Villa indicó que, aclarado el enredo, se imponía de todos modos cambiar impresiones con el director del banco, y éste, ya todo sonrisas, manifestó (cerrando el cajón del revólver) que le encantaría que conversaran, sobre todo si por medio de la charla llegaban a un entendimiento más importante que el de índole oficial que podrían, discutiendo, alcanzar sin problemas.

—Lo que usted ha hecho, mequetrefe idiota, no va a quedarse así... —Eugenio Olid parecía estar verdaderamente enfurecido contra Balda, que con toda humildad guardaba sus anteojos y abatía la cabeza—. Lárguese de aquí, ahora... Mañana hablaremos usted y yo...

Empezaba así la complicidad de los valores entendidos. Las injurias que no ofenden porque son parte del juego. Las desautorizaciones que no hieren aunque se padezcan en público. Los regaños que se admiten para cubrir los errores del patrón.

Tres horas de tragos y de charla, y la insinuada promesa de ser incorporado a la nómina de consejeros confidenciales de Olid (con un estipendio de quinientos dólares *de aquéllos* cada mes) disiparon la enemistad del coronel Villa. Entre un emparedado y otra copa, Numa Pompilio dictó a don Eugenio la relación de gestiones que debía hacer para que el Ministerio (o sea: la oficina que él manejaba) no se rehusara a designarlo depositario del 25% de las sumas que debían ser ingresadas en las arcas del Banco Central. Entre unas galletas y el café express que se hizo traer de La Lonja, el director averiguó que Villa no era militar profesional, sino asimilado, pues su especialidad era la contaduría pública. Que ostentara estrellas en los hombros era consecuencia de su amistad con Irineo Pontevedra, amigo de la escuela primaria.

—¿Amigos, coronel Villa?

—Amigos, don Eugenio.

—Vuelva por acá, pero en plan particular. Traiga a su familia. Procuraremos hacer que se diviertan.

—En cuanto tenga un fin de semana libre lo haré.

—Cuando crea que puedo ayudarlo, avíseme.

—Con gusto, señor Olid.

(Pasado el tiempo, como a tantos otros, Eugenio Olid haría verdaderamente rico al CPT Coronel Numa Pompilio Villa, persona seria, respetable, honrada, leal. Siempre le proporcionó, a interés más simbólico que real, los créditos necesarios para financiar los contratos de obras públicas, pequeños al principio, que conseguiría en las administraciones que siguieron a esa Junta. Villa y Olid fueron amigos. Él moriría antes de los cincuentas, de cáncer pulmonar. Pasado el tiempo, Rafael Balda conocería a Elena, hija de Numa Pompilio, y casarían. De ella obtendría a Jo. De ella sería viudo.)

A mitad de los tragos de esa primera noche, Olid retó a Rafael Balda:

—¿Un partidito de ajedrez?

—No sé, señor.

—¿Póker?

—Tampoco sé, don Eugenio.

—¿Qué coños sabes hacer entonces?

—Servirlo, señor.

—Forma de servirme es saber los juegos que me gustan. El ajedrez, por ejemplo...

Esa noche, él que lo jugaba mal, dio a Balda su primera lección sobre el tablero. Esa noche, Rafael Balda no acudió a la cita, laboriosamente concertada, que tendría él también, en casa de ella, con la viuda Grimaldo, mujer de no malos bigotes que, de creerle a todos los del banco que la conocían ya en la cama, era notable por su sabiduría, por su erudición debajo de las sábanas. Don Eugenio era todo palabras: jovialidad pura. Sombra en el silencio, oído atento en la penumbra del fondo, Sofía Vaquero, entonces aún tierna, escuchaba repetir las historias siempre repetidas.

A eso de las doce, ya muy bebido, Olid echó los brazos sobre la mesa. Algún peón, una torre, el caballo de las blancas, el rey amenazado de jaque, se desperdigaron por la alfombra. Ayudada por Balda, la señora Vaquero condujo a don Eugenio a su recámara: un Eugenio Olid desmadejado, dócil, murmurador de incoherencias. Lo subieron a la alta

cama. Ella le quitó los zapatos, pero no lo desvistió.

Cuando se iba, Balda recibió de ella una advertencia:

—Lo que el señor haga, o diga, aquí, dentro de su casa, debe quedar entre las cuatro paredes. Hay que guardarse siempre la lengua. ¿Lo entiendes?

—Sí, sí señora Sofía.

La vereda proponía, de pronto, dos nuevas posibilidades. Rebul miró dudar al general.

—Ahora ¿por dónde?

—Sí, ahora... —Se limpió, con la palma de la mano, la cabeza pulida y sudorosa—. Ahora, Miguel, vamos a pensarle un rato; echarle calicatencia al asunto...

Era obvio que el general Teófilo Medina Irigoyen estaba, otra vez, desorientado. Que recordara, él que conocía cada pliegue de la cañada de Agualimpia, nunca antes había visto esos parajes. Ningún árbol, ninguna piedra, ni el perfil del terreno, le eran familiares. El calor lo entorpecía, y lo asustaba, inhibiéndolo, saberse sujeto a la observación impaciente de Rebul.

Llegaron junto a ellos los que transportaban el féretro.

—Parece que nuevamente nos hemos perdido...

—¡Oh, no!

—General ¿está usted ciego o todavía más borracho?

Deschamps y Sergio Porcela tendieron la caja ahí donde la brecha se abría por el centro. Serían las doce y el sol ocupaba, por completo, con su luz y su calor, el enorme cielo. Miraron, cien metros más abajo, la cuidadosa ascensión de Rafael Balda y el arzobispo Castro, y, todavía más lejana, a Sofía Vaquero. El abogado recuperó la cantimplora. Sopa caliente, la ginebra le humedeció un poco la lengua porosa. Sorpresa para todos, Miguel Rebul demandó participar.

—Bien, general, diga qué hacemos...

—No me apresures, Miguel, te lo ruego... Mira: el camino que nos conviene debe andar por aquí...

Porcela bisbiseó un comentario con el que Deschamps estuvo de acuerdo:

—Bola de sebo no sabe ya ni cómo se llama.

—Lo peor, médico, es que yo empiezo también a olvidar-

me de quién soy... ¿Tienes idea de cuánto llevamos en esto?

—Unas buenas diez horas.

—Diez horas. ¡La puta que lo parió!

Rebul empieza a encolerizarse. "¿Habrá llegado Eugenio chico a la capital?". Estar sin noticias de él, sin noticias de nada, lo preocupa. Pedirá informes a Makrina Kuri, vía Petroquímica o Cervantes, la próxima vez que se haga contacto por radio con el centro de comunicaciones del Operativo. El calor los ataca en repetidas oleadas y teme a la insolación. De niño, alguna vez fue su víctima, y le contaron que casi murió. Por consejo de mamá, desde entonces evita frecuentar, por largos periodos, la luz solar: de ahí su nulo interés por vacacionar en la isla, por velear o salir de pesca, o ir a jugar golf, siquiera un día a la semana, como Balda que procura hacerlo cada mañana. Planta de invernadero, prefiere otros ambientes. Hace un momento ha sentido el aviso del vértigo, una arritmia respiratoria, cierta extraña pesantez en la nuca. Podría llamar al helicóptero y marcharse, sin necesidad de explicar nada. No lo hace porque sabe que su deber es permanecer con Olid estas últimas horas; permanecer —como se espera que lo haga, hasta el final, el señor de la tribu.

—Decídase, general, y que sea pronto. —Lo apremia con voz que raspa.

—Estoy decidiéndome, Miguel.

Se reunieron con ellos el arzobispo Castro y Rafael. No les preocupó mucho esperar a la señora Vaquero: podían verla, unos veinte metros más atrás, tomando con su paso menudito el último recodo.

—Nuestro inefable guía no atina, hoy, ninguna.

—Así parece, padre... —Asiente Medina, sin darse cuenta cabalmente de lo que ha dicho Castro.

—Quizá como siempre robabas de noche, Teófilo, de día no recuerdes bien estos rumbos... ¿Será por eso...?

—Déjenlo en paz ¿quieren?

Callando, obedeció a Miguel. Sofía Vaquero llegó, al fin: sudaba repugnantemente y el pelo jaspeado de canas se le untaba a la cara como largos arañazos irregulares. Nadie se ocupó de ofrecerle, porque no lo había, un sitio donde pu-

diera sentarse. Quedaba nada más la caja. Sobre ella depositó Sofía su cuerpo.

La caja había dejado de ser lo que inicialmente fue. Era ya, nada más, *eso:* una caja; una molestia, ni siquiera pesada, sólo difícil de manejar, que martirizaba el hombro y las manos de quienes estaban obligados a cargarla un trecho, un tiempo. La aborrecían y, como acababa de hacerlo Sofía Vaquero, podían echarle las nalgas encima que ninguna boca (la muy autoritaria de Miguel Rebul, por ejemplo; o la de monseñor Castro) se abriría para reñir a nadie.

—Perdóname que insista, Miguel, pero esta incertidumbre... Mis reservaciones... Ese avión que sale a Roma...

—Lo tomará, padre. Le he dicho que llegará a tiempo y llegará... —Rebul dominó su impaciencia; había hablado entre dientes.

—Eso acabo de decirle, Miguel. —Lo secunda Balda— Si tú le dijiste que llegara a tiempo, a tiempo llegará.

—Padre Castro —tenso ahora le rogó Miguel—. Sea razonable y no complique más, con los suyos, mis problemas.

—Llegar a Roma temprano por la mañana es... Compréndelo... No puedo hacer esperar a *esa* gente, Miguel.

Un pajarraco negro cruzó encima de ellos, no muy rápido ni muy alto; soltó un chorro casual de excremento y fue a asentarse, sin ruido y, no obstante su tamaño, casi sin peso, en un árbol algo más allá.

—Podía, de ser necesario, cancelar la misa en Avemaría... y, digamos, a manera de compensación, dedicarle a Eugenio mi primera en San Pedro...

Chilló Sofía:

—Eso no, padre... La misa la dice usted aquí.

—Así es, padre. Esa condición que don Eugenio especificó ha de cumplirla como todos hemos cumplido las otras...

—Se hará lo que *tú* digas, Miguel.

—Se hará, Padre, lo que *él* quiso.

Sofía Vaquero sintió hambre por primera vez en el día. De las galletitas sólo quedaban, perdidas en las bolsas del abrigo, las migajas. Recordó a Sebastián, tan inútil y desvalido, esperándola en casa. Sin ella que le preparara la comida ¿se quedaría el muy tonto en ayunas...?

Balda se acercó a Rebul. Lo llevó unos pasos aparte.

Confidencial, como si estuviese tomando de él una orden o rindiéndole un informe, le comentó:

—Si el Padre Castro quiere irse, que se vaya... No tiene mayor importancia si es él u otro cura quien dice la misa. Don Eugenio, en un caso así...

La irritación que por dentro le bullía a Miguel Rebul debido al calor, a las torpezas del general, a su propia impaciencia, reventó como una pompa. Bruscamente, pero sin alzar la voz para que el resto del grupo no se enterara, dijo:

—¿Cuándo vas a dejar de esconderte detrás de don Eugenio, Rafael? Lo que hubiera hecho o dicho don Eugenio en un caso así ¿qué nos importa?

—Recuerda que don Eugenio decía siempre que...

—Cállate... cállate No podrás nunca decidir algo por ti mismo...? Entiende bien esto, Rafael, y a partir de hoy entiéndelo en todo lo que significa: don Eugenio no existe... Don Eugenio está muerto, inútil y muerto, en ese cajón... Ya no es él quien manda... Ya no es el jefe... Ahora el jefe soy yo... Ahora tú también eres el jefe, y nuestras habrán de ser, de este día en adelante, para bien o para mal, las decisiones... Olvida, ya, ya, Rafael, lo que Olid hizo de ti: un cauteloso, un conforme, un bien-medido... Si hubiera alterado mi carácter del modo que alteró el tuyo, odiaría a Olid.

—Don Eugenio no cambió mi carácter, Miguel... ¿Sabes por qué? —Balda hablaba también en voz baja y contenida; tensa y fría: cautelosa— Porque cuando llegué a él no tenía ningún carácter... Él me enseñó ciertas normas, un modo de ser que me gustó porque era, yo también conozco la ambición, el que me convenía, el que me funcionaba... ¿Llamarías al modo de ser del señor Olid mediocre?

—No lo juzgo; solamente lo defino, Rafael... Don Eugenio fue mediocre... Sí, mediocre en sus ruindades... Mediocre en sus astucias... provincianamente mediocre —otra vez, se dijo, el juicio sin piedad sobre el nombre al que debía respetar—. Nunca un chispazo; nunca correr un riesgo: las cartas marcadas y dos ases en la manga... Por necesidad, por fuerza, influido por él, terminaste siendo su copia... No recuerdo, Rafael, haberte oído rebatirle un argumento; ofrecerle un punto de vista distinto al suyo; contradecirlo; opinar con independencia, y cuando llegué yo...

Muy comedidamente, sonriendo casi, apunta Balda:

—Tú, el salvador, con su título de Doctor en Ciencias Económicas...

—...él se puso a temblar, y tú también... Las cosas debían cambiar, y cambiaron... El pequeño Dinero Olid, metido entre las telarañas de Nueva Castilla, iba a convertirse en El Gran Dinero Nacional, Mundial, que ahora es... Te hubiera gustado que el Viejo desconfiara de mí. Se leía eso en tu cara...

—No te envidiaba...

—Era algo peor, Rafael... Me temías... Pero Olid, que no era tonto, comprendió la necesidad del cambio... Tú te oponías. Te dabas cuenta de que, si Olid cedía, terminarías anulándote, perdiendo influencia...

—Viste que no fue así. Ascendimos a sub-directores primero, a directores después, el mismo día...

—No era cuestión de coincidencia en las fechas de nuestros ascensos, Rafael. Era cuestión de, ¿cómo decirlo?

—¿De calidades de poder? —lo ayudó Balda, citando una ambigua frase que era grata a Rebul.

Rebul lo miró críticamente:

—Eso es: calidades de poder... Un poder que fue gravitando más y más hacia mí, porque nada hacías tú para mantener el equilibrio de nuestras fuerzas...

—Nadie mejor que tú, Miguel, para ejercer el poder dentro del Grupo. Jamás, te lo aseguro, seré yo quien te lo dispute... —Rafael Balda hablaba sin resentimiento, sin cólera o tristeza. Hablaba con una sinceridad que Miguel hubo de admirar—. Uno conoce sus limitaciones; soy consciente de cuáles son las mías... A esa mediocridad, a ese no pretender ser más de lo que humanamente puedes llegar a ser, estoy afiliado, si así pudiera decirse... Es la clase de mediocridad que yo disfruto tan plenamente como tú del brillo que te adorna... Nunca, creéme, he querido competir contra ti. Admiro tu imaginación... No todos tenemos tu pasta, Miguel, esa clase de ambición que te sobra... No me interrumpas, por favor... A mi edad, una edad en la que todavía puedo sacarle bastante jugo a la vida, poseo muchas cosas: salud y una fortuna que gracias al señor Olid y a tu espléndida visión para los negocios, no llegaría a acabarse aunque quisiera... —sonrió, amistoso, simpático, y cuando

tocó con unas palmaditas la espalda de Rebul, éste sintió que se burlaba de él—. Pero lo bueno de mi vida no termina ahí, Miguel querido... Ya nada tengo de qué preocuparme en el futuro: ¡colmo de la felicidad!: tú, Miguel Rebul, amigo, hermano, socio y, pronto, señoras y señores, consuegro, cuidarás que a partir de hoy sea yo más rico cada día y cada día disponga de más tiempo para mi ocio, mis placeres y mi descanso...? ¿Puedo pedir más a la vida, Miguel Rebul, si estás tú para cuidarnos a Jo, que se casará con tu hijo, y a mí...?

Murmuró Rebul, no supo Balda si furioso o resentido:

—Es la dorada conformidad de los sumisos.

—En el Grupo —dijo gravemente Balda— sólo había lugar para un jefe, y lo tomaste tú...

Fue de Miguel, ahora, la palmadita aprobatoria que Balda recibió en el hombro. Se dieron cuenta, entonces, de que habían estado hablando más fuerte de lo que suponían y que sus palabras habían sido recogidas también por los otros. No lamentó Rebul (y quizá tampoco Balda lo lamentó) que así hubiera sido. Mejor: se ahorrarían explicaciones. Tomó Miguel la cantimplora que sostenía en las manos, como si fuera un pan campesino, el médico Porcela. Bebió un trago, sin pausa.

Como si empezara a respetarlo menos, Deschamps tomó de manos de Miguel (como él lo había hecho con el médico) la cantimplora; bebió y luego dijo:

—Ya que de conformidades se ha hablado, usted, Miguel, no puede decir que fue un rebelde frente a Olid... Siempre acató. Invariablemente se disciplinó.

—En apariencia, abogado...

Deschamps parecía estar feliz porque Miguel Rebul no lo había mandado callar; porque le permitía seguir con la palabra en la boca, usándola en presencia, y para información, de los demás:

—Siempre me pregunté, y supongo que todos en Castilla nos lo preguntábamos, ¿cómo es que un muchachito tan inteligente, tan esforzado como es Miguel Rebul, ha sido capaz de aplicar su talento para hacer crecer los negocios del asesino de su padre...?

Pacientemente explicó Rebul:

—Una vez más, abogado, he de rechazar la imputación de que don Eugenio asesinó a mi padre.

—Las circunstancias...

—Las circunstancias pueden ser unas y la verdad, otra... Aquéllas, las conoce usted, las conocen todos; la verdad, sólo yo... Analizada su personalidad, sus procedimientos, su visión para las cuestiones de detalle o de conjunto, mi padre era, Rafael, un poco como tú, y no lo censuro: tibio, tímido, desconfiado cuando no debía serlo; resuelto cuando la prudencia aconsejaba cautela...

—Era banquero, no jugador...

—Un banquero que no sabía ser jugador, médico... Porque jugador lo fue, en otro aspecto... Don Carlos Rebul y Barrientos, mi señor padre, no supo, no pudo, no quiso, ponerse al día; admitir que con los tiempos cambiaban los procedimientos... Jamás peleó. Jamás aprendió a pelear, y cuando le fue inevitable hacerlo, ignoró cómo... Perdió de vista, por ejemplo, que Olid era una fuerza que debía sumar a la suya... ¿Qué hizo? Pretendió destruirlo con desaires en La Lonja, con chistes en el Casino, con murmuraciones en todas las cantinas sobre el turbio origen de su fortuna... ¿Importaba ya que don Eugenio hubiera fabricado sus primeros millones utilizando métodos que hoy nos parecen censurables pero que no lo eran tanto en aquellas épocas de violencia en las que sólo podían sobrevivir, amanecer, los fuertes? ¿acaso no todo el dinero huele a mierda, a sangre o a culo de mujer, abogado...? Es curioso que mi madre, con mucha mayor idea de las cosas prácticas de la vida, haya insistido siempre en que su señor esposo, mi padre, debía buscar, aceptar, una alianza con Olid, pero su señor esposo, mi padre, se negó.

—Yo diría, Miguel, que...

El general Medina los interrumpe. Acaba de tomar resueltamente una decisión. Su instinto de rastreador de hombres; su malicia de trampero y, en especial, su experiencia de soldado que ha vivido casi todos sus más de setenta años al aire libre, en campaña, le informan que el camino a seguir, el que ahora sí los sacará del barranco, es el de la izquierda.

—¿Por qué ése y no otro, general? ¿por qué no el de la derecha? —Miguel Rebul sintió que otra persona, y no él, era

la que había dicho esas palabras que se escuchó pronunciar. ¿Estaría ya padeciendo la insolación, o súbitamente lo habría alcanzado la embriaguez?

—Tenme confianza, Miguelito... Así que —el general aplaudió una orden: clap, clap—. Todos, mis valientes, todos: a cargar al compadre Eugenio... Op, op, op, así, ahora ¡adelante, arriba...!

Fue el primero en meterse por el camino de la izquierda. Miguel aguardó a que todos se adelantaran. Con la cantimplora colgándole del hombro, cubrió la retaguardia. Así nadie lo vería tambalearse al caminar.

9

Al parecer, el general había acertado eligiendo esa ruta, y así, para tranquilidad del arzobispo Castro, la ascensión progresaba aceleradamente.

—¿Ves, Miguel? Era sólo cuestión de que acabara de acordarme.

En cosa de una hora, obedeciendo un sendero que no se extraviaba entre la maleza amarillenta, el grupo avanzó el doble, quizá el triple, de lo que había ganado en las últimas cuatro. El boscaje empezaba a ralear a medida que seguían el suave zigzag del reborde rocoso. A la descubierta, ágil y casi alegre, canturreando a veces, iba Teófilo Medina. Junto a él, Rebul; pasos a la zaga, la caja al hombro, el Arzobispo y Deschamps; ofreciéndole el brazo (y sobándole los pechos, si se podía) el médico Porcela y la cojeante Vaquero. Se acercaban a la orilla de la barranca, que marcaría, para quienes lo acompañaban, tanto el fin de la jornada como el de un compromiso de lealtad hacia Eugenio Olid—: el último que les exigía; el último, también, que se sentían obligados a cumplir.

Por la radio, Jacinto Olmedo anunciaba que Comisiones de Notables se habían reunido en el filo de la quebrada (en el sitio por donde calculaban aparecería el grupo con el ataúd) para solicitar del señor Rebul autorización de transportar, simbólico relevo, La Preciosa Carga. Confiaban Los Notables, reforzados por ya cinco ministros (el de Finanzas; Industria y Comercio; Minería; Agricultura y Petroquímica y Recursos no Renovables); por casi una docena de dirigentes sindicales; por todavía más representantes del Arte, la Ciencia y la Intelectualidad; por no pocos de las Fuerzas Armadas y algunos del Cuerpo Diplomático, que don Miguel accedería a concederles tal honor.

—Tendrás que permitirlo, Miguel. Ni modo.

—Se permitirá, general.

—Cómo le hubiera dado gusto al cabrón de mi compadre saber que la gente, a pesar de todo, lo quería. Porque mira que aguantarse a lo pendejo bajo este sol... Nosotros estamos aquí por obligación...

—Por obligación, algunos; por devoción, otros.

—¿Un traguito, Miguel?

—Un traguito, general.

Sin detenerse, bebieron. La ginebra aliviaba a Miguel Rebul de la picazón que le cerraba la garganta. Aunque menos intenso que en las profundidades del tajo, el calor, allí arriba, lastimaba la piel expuesta a su contacto. Insolarse, seguía preocupando al Director General. Se tocó el pelo: quemaba. Si pudiera refrescarse un poco la cabeza. ¿Cómo le ardería la calva a Medina Irigoyen?

Nadie le preguntó de dónde venía. Él tampoco dijo, la mañana del quinto día, a dónde iba, y así, lo único que de su identidad se supo fue lo que él inscribió en el libro de registro (una sobada libreta escolar de bordes renegridos) del Hotel Gloria. Dio por nombre el que quizá no fuera el suyo: Albino de Alba; por ocupación, anotó la de agricultor y comerciante en *varios*. ¿Cuántas noches pensaba pasar allí el señor? La pregunta no recibió otra respuesta que las tres monedas de oro, de veinte pesos cada una, que dejó caer sobre el mostrador y que cubrían con exceso el costo de una semana de hospedaje. De su coche, un Graham-Paige abollado y sucio, sacó un veliz.

—¿Dónde puedo guardar algo de dinero?

—Conmigo, si gusta.

—¿Hay otro lugar más seguro?

—El Banco; aquí nomás, a la vuelta.

De su habitación, que miró distraídamente al recibirla, bajó poco después con un bultito, no mayor que una caja de zapatos, envuelto en papel periódico. Cruzó la calle, pisando el sol que ya calentaba. Entró en la fresca, deprimente sole-

dad de mármoles y cristales franceses que era entonces ya cerca de la quiebra, el Banco Rebul.

—Quiero guardar unos dineros.

—¿Abrir cuenta?

—No. Sólo guardarlos unos días, pagando lo que sea.

Mucho hacía que nadie confiaba al banco de Carlos Rebul y Barrientos una cantidad que igualara, o superara, a esa depositada por Albino de Alba en monedas de oro de diversa denominación. Con un vistazo desdeñoso, aprobó el recibo.

—¿Dónde puede uno beber un trago por aquí?

—Depende... Hay muchos lugares... —respondió el nervioso señor Navarrete que lo había atendido.

—Por ejemplo ¿el mejor?

—La Lonja, por supuesto... Sólo que es algo caro.

Ignoró el comentario de Navarrete y salió. El cojo que le lustró las botas maltratadas dijo lo mismo: en La Lonja se bebe bien y los ricos dicen que se come mejor. Gratificó el informe con una propina abundante. Quien anunció llamarse Albino de Alba pisó las venerables alfombras verdes del bar. Para el calor, solicitó un tarro de cerveza negra. Para "hacer estómago", un coñac. Una moneda de diez pesos le ganó la simpatía del mesero. Al rato, cuando se hizo llevar el segundo Courvoisier, pidió una respuesta:

—¿Dónde puede jugarse unos pesos?

—¿Dados, baraja, dominó?

—Lo que sea.

—En el salón, señor. ¿Los oye? —percibió entonces el golpeteo, seco y repetido, de fichas aplastadas sobre las mesas con cubiertas de Carrara. Escuchó los gritos inconfundibles de los que juegan dominó en las tabernas— Allí se juntan los *viajeros,* y también los señores de aquí...

—Quiero otra clase de gente. Gente ¿sabe? con billete grande.

—De ésos, don Carlos Rebul.

—¿Tiene plata?

—Figúrese... es el dueño del banco.

La noticia de que un forastero buscaba jugar con personas de billete grande, fuera a las cartas, al dominó, a los dados, alcanzó pronto a don Carlos Rebul, irresistiblemente atraído, en esos tiempos difíciles para él, por la emoción y el misterio

del azar. Casi a la hora del aperitivo se dejó caer por La Lonja, se asomó al bar y lo vio allí, de espaldas a la puerta, bebiendo sin prisa, de cara al ventanal, repetido su alto y seco cuerpo y su traje negro de casimir en todos los espejos de lunas biseladas y marcos sobredorados.

—¿Es usted el que busca enemigo de juego? —lo interrogó, los codos y la espalda apoyados en la barra; un tabaco nuevo en la izquierda; una copa de coñac recién servida, y apenas probada, en la derecha.

—Lo soy. Albino de Alba es mi nombre.

—Carlos Rebul y Barrientos, el mío... —Se desprendió de la barra, caminó los cuatro o cinco pasos que lo separaban de Albino. Se le plantó enfrente.

No se ofrecieron la mano. De Alba apartó una silla de asiento y respaldo forrados con cuero verde. Lo invitó a ocuparla. Aunque estaba bebiendo, inquirió:

—¿Una copa?

—En eso estoy —Rebul y Barrientos se sentó. Colocó su copa de coñac en la mesa. Miró a De Alba— ¿Puede usted decir cuánto trae para jugar?

Albino de Alba retiró de sus labios el largo puro que fumaba. Sumergió en el coñac el extremo ensalivado y lo colocó luego, sin intentar encenderlo, en el cenicero del todo lleno. Sus dedos hallaron en la bolsa del pecho de su camisa, los cuatro dobleces del recibo. Lo extendió frente a Rebul.

—¿Bastante?

—Lo es.

—Usted, señor, ¿puede responder por su juego?

—Puedo. Con el banco, ese en el que usted depositó lo suyo.

—Siendo así —De Alba sonrió tristemente; parecía ser alguien a quien acababa de morírsele un amigo, un hijo, el padre, y sin ganas debe sonreír. No tenía pelos en la cara, ni sombra de ellos—. Siendo así podríamos pasar un rato, ¿le parece?

Le molestaba a Rebul esa parquedad, casi insolente, de Albino de Alba; la seguridad con la que recogía, por ejemplo, el papelito y lo hacía desaparecer en su bolsillo; el desdén con que sacudía la ceniza del puro apagado; la cierta altanería con que más que mirarlo al sesgo estaba midiéndolo.

—Preferiría... ¿qué...?

—Lo que usted quiera. Sólo me importa apostar. Póker, si lo aprueba.

—Sea. Póker, señor.

—Las siete, para empezar, ¿es buena hora?

—Mi tiempo es el suyo, señor.

—A las siete, entonces.

(Lo recuerda, como si estuviera viéndolo este mediodía de calor abominable, el abogado Héctor Deschamps. Frisaría, calcula, en los treinta y cinco. Flaco como una caña y así de erecto, no llevaba en la cara lampiña, en las manos muy finas, en el cuello limpio de arrugas, los resplandores del sol. Lo mate de su piel proclamaba largas jornadas de encierro, trabajos nocturnos misteriosos y quizá inmencionables. Tampoco parecía ser un tahúr, por más que hubiera llegado en un Graham-Paige lleno de polvo y de lodo antiguo en las llantas a buscar con quién arriesgar su oro. Deschamps aprobó la hipótesis que al mediar la segunda noche propuso Víctor Alberto Ramírez, que habría de morir tan joven: era posible que se tratara de uno de esos desconfiados, elusivos sujetos a los que se veía merodear en los parajes favoritos de los que cultivaban lindas plantas como la opiácea amapola o la muy solicitada mariguana: hombres de pocas palabras, mucho dinero y buenas armas. Así lo recuerda hoy, tres décadas más tarde...)

—Aquí se juega limpio —advirtió Rebul.

—Mejor. Se evitan dificultades.

—Se juega fuerte.

—Que es a lo que vengo, señor.

—Para que nadie le tire ventaja a nadie ¿le parece que yo baraje cuando usted reparta, y que baraje usted cuando me toque a mí?

—Su palabra, señor, es ley. Así se hará.

Sorprendió a todos en La Lonja que don Carlos Rebul y Barrientos (él, tan puntilloso, tan altivo, que sólo respondía al saludo de quien le hubiese sido previamente presentado) hubiera accedido a jugar con un hombre, un forastero, del que lo único que se sabía era que poseía muchísimo dinero —un dinero que garantizaba su solvencia porque se hallaba en la caja mayor del banco de don Carlos.

—De noche, aquí, hay ciertas reglas que deben ser obedecidas.

—Nómbrelas, señor.

—Ponerse corbata, una. No venir armado, otra.

Albino de Alba, todo él de oscuro, asintió.

Vestido, se tendió en su cama. Quizá alcanzó a dormirse, pues era cielo oscuro el que encuadraba la ventana cuando volvió a mirarla. Estaba aún a tiempo, le indicó el reloj. Se vio reflejado en el aguamanil y, después, mientras se enjugaba el rostro, en el espejo. Se peinó cuidadosamente. Dedicó un tiempo considerable, él que no la usaba por costumbre, a enredarse la corbata que había mandado comprar.

En la puerta del Hotel Gloria se hizo lustrar, por segunda vez en el día, las botas ahora limpísimas. Repitió la recompensa rumbosa.

Aunque era un asunto privado entre el señor Rebul y Albino de Alba, una docena de personas (viajantes de comercio; el turco Abdalá; el joyero Esteban Ávila, don Renato Alvarado, propietario de "Las TresBBB", el administrador de La Lonja y, un poco alejados, los meseros) rodearon en silencio y casi inmóviles la mesa —un círculo de paño verde que brillaba bajo la luz que los prismas de la gran araña suspendida del altísimo techo multiplicaban y hacían centellear.

Llevaron cuatro mazos de cartas, cerrados. Albino de Alba contribuyó a la amenidad de la partida con tres botellas de coñac —evidencia de que la esperaba larga; una: para su adversario; otra, para él; la tercera, para los testigos. Los ruidos del dominó cesaron en las salas contiguas y sólo prosiguieron unos minutos más los del billar. Con un grupo de nuevos testigos arribó Héctor Deschamps. Ocupó un escabel ante la barra, a espaldas de Rebul. Por el destino de una carta mayor, correspondió a éste repartir la primera mano; a De Alba, barajar. Lo hizo bien, sin alardes, sin torpezas. Bien. Rebul y Barrientos prefirió póker abierto.

—¿Límite?

—Lo que dure el dinero...

—...o lo que dure el valor...

—Que es lo mismo, señor.

La partida, que ha quedado en los anales de Nueva Castilla, duró tres días y tres noches. Rebul y De Alba se apar-

taron de la mesa sólo el tiempo que necesitaban para ir al baño. Perdieron el apetito, pero nunca, por mucho que bebieran, la lucidez, la cortesía, la afabilidad. La sombra de la barba iba encaneciendo el rostro sanguíneo de don Carlos: de alambre parecían los pelos de su mostacho cobrizo. Albino de Alba no ofrecía, ni en la cara ni en el traje, la magulladura de una arruga. La corbata parecía formar parte de su cuello. Para corresponder a las botellas de Courvoisier, que seguían corriendo por cuenta de Albino, el señor Rebul hizo traer unas de Martell y, de su casa, media docena de cajas de habanos que en el anillo lucían, en letras de oro realzadas, su nombre.

—Allí siguen, don Eugenio, trabados del culo como perros...

—Buena cosa, Deschamps... ¿Quién jala a quién?

—Nadie a nadie, don Eugenio. Nadie gana ni pierde.

—¿Así de parejo van?

—De no creerse, don Eugenio. Va y viene la suerte para un lado y para el otro.

—Del tipo ese... De Alba ¿qué se ha sabido?

—Ni palabra...

—Hmmm.

El reporte que rendía Deschamps confirmaba el que, temprano, había recibido del teniente coronel Teófilo Medina, en la época Jefe de la Policía Judicial de la provincia. Revolvieron su equipaje: fuera de un pantalón negro, de dos camisas, de unos calzoncillos largos, de una bolsita de gamuza llena de medicinas (Albino de Alba quizá padeciera de los bronquios, pues abundaban los remedios contra la tos) nada anormal hallaron: ni dobles-fondos ni nada que pudiera aportar dato para establecer, con cierta seguridad, quién era, de dónde venía. La investigación a que fue sometido su auto resultó igual de inútil.

—¿Juega bien el hombre?

—Pscht... —comentó desdeñoso Deschamps— Normal, como cualquiera que más o menos sepa defenderse.

—¿Cómo ve a Rebul?

—Seguro, ahora. Empezó nervioso. Casi alocado. Después se asentó, y le está echando cabeza...

—La necesita, Deschamps.

Olid sonrió. Padecía resfriado y hablaba gangosamente.

Estornudó un par de veces. Dispersó microbios. Sofía Vaquero, jovencita, recién embarazada y tan tímida que no se atrevía a mirar de frente, silenciosa y eficaz como la hospiciana que estaba apenas dejando de ser, acudió con una pócima para que el señor bebiera; una pócima (receta del teniente coronel Medina) que desaprobaba el médico Porcela, a base de coñac, ruda, clavo, pimienta, granos de pólvora y una pizca de mentolátum. Esa sonrisa ¿cómo interpretarla?

—Cabeza, suerte y también valor, don Eugenio.

Después de la nueva tanda de estornudos, y de las palabrotas para castigar al talporcualcatarrohijodeperra que le hacía gotear la nariz, ordenó Olid:

—Váyase a La Lonja y manténgase cerca de él, por si es necesario.

La noticia de que dos hombres (don Carlos uno de ellos) llevaban un día, dos días, tres días y que pronto cumplirían cuatro, de fumar y beber y jugar miles y miles de pesos, impasibles y hasta sonrientes, fue llevada a todos los parajes del valle y de todos, sin faltar siquiera Arco Viejo (tan lejano que sólo había bautizos en su templo cada cinco años y confirmaciones cada siete) vinieron mirones para presenciar la hazaña.

En Nueva Castilla se improvisó una romería. El comercio cerraba antes de la hora de costumbre, pues patrones y dependientes se asomaban a La Lonja y preguntaban, como todo mundo en la ciudad se lo preguntaba a su vez:

—¿Quién gana?

—¿Cómo le va a don Carlos?

—Qué hombres. No se cansan todavía...

La calle que pasaba frente a La Lonja quedó obstruida por los curiosos. Enemigo de las aglomeraciones, el teniente coronel Medina quería desalojarlos de allí, pero el señor Olid le mandó decir, con Deschamps, que los dejara estar... El propio Jefe de la Judicial (para 'ver si todo iba en orden') se asomó a la partida. Ese hombre pálido, de cutis liso como el de una muchachita, ¿quién era, de dónde venía? ¿Podía explicar el origen del dinero que estaba arriesgando? Pesquisas realizadas en otras partes resultaron también infructuosas: De Alba parecía no tener pasado, ni lugar de residencia. El Graham-Paige había sido adquirido, en Alhucema,

a cien kilómetros de Castilla, once años antes —por Albino de Alba.

—No debe llamarse así, Eugenio. No es posible que alguien se llame así.

—A lo mejor sí, Teófilo.

—Si pudiera ponerle la mano encima, averiguaría quién es y a qué vino.

—Déjalo en paz... Mientras no le falte al respeto a nadie no tienes por qué tocarlo... Ah, y cuidado con mandarle alguien que lo provoque...

Hacia el atardecer del cuarto día (cuando ya el largo lance de naipes había desplazado como tema de conversación entre las ociosas del *Country* viejo al de los niños y las infidelidades de los maridos ajenos) los presentes en La Lonja fueron tocados por esa agitación en la que también participa, quiera o no, el que sigue las peripecias de un juego así de reñido.

Juntos volvían de refrescarse, de estirar un poco las piernas, de vaciar sus vejigas el señor Rebul y Albino de Alba. En aquél empezaba a mostrarse el cansancio. Dos veces en el día le habían llevado bicarbonato y una, hacía poco, aspirinas.

Correspondía tirar las cartas a Rebul y a De Alba mezclarlas. Utilizaron mazo nuevo. Barajó Albino. Hizo cuatro cortes. Carlos Rebul y Barrientos formó un solo bloque con las porciones. Inició póker abierto. Como segundo naipe, De Alba recibió, y todos pudieron verlo, un cinco. Don Carlos se dio un rey.

Su apuesta fue crecida, como debe serlo si se tiene, oculta, una carta idéntica a la que se muestra. Albino pagó. Le dieron otro cinco y hubo un murmullo. Rebul se concedió un as. Albino lanzó varios miles al centro. Él también inescrutable, Rebul pagó. Mostró sus puntas un siete de espadas y Albino de Alba dejó que sus ojos se enredaran en la telaraña de luces que llevaba ardiendo, ya, más de ochenta horas. Un ¡oh! le indicó que algo grande había recibido su contrincante: el corazoncito rojo parecía una gota de sangre: el agujero de una herida en el centro de la baraja.

Don Carlos Rebul y Barrientos, a pesar suyo, se estremeció. En términos generales, ésa era la mejor mano que había tenido en un póker abierto desde que empezaron a jugar: dos

ases y un rey, a la vista; abajo, para completar el segundo par, un rey más. La suerte, al fin, se le daba sin regateos, como lo había soñado una semana antes de que en La Lonja apareciera De Alba con su dinero. El azar, tan esquivo con él (conjeturó Rebul), le concedía la posibilidad de empezar a resarcirse.

—Par de ases manda... —y apoyó su palabra con una cantidad considerable que alzó otro murmullo.

Albino de Alba pareció dudar, pero sólo un momento. Después, la mano izquierda encubriendo el naipe aún tapado, cayó en la inmovilidad. (A pesar del tiempo transcurrido desde entonces, Deschamps lo recuerda; "Parecía haberse quedado dormido con los ojos abiertos; unos ojos casi de vidrio, como los que les ponen a los jaguares cuando los disecan"). Único indicio de que no dormía, de que estaba vivo: el ruido, tic, tic, que le arrancaba con el pulgar al lustroso rectángulo de cartón.

—Par de ases manda... —repitió De Alba, y su voz pareció ser el eco triste de la voz triunfal del señor Rebul. Añadió, como lamentándolo— y par de cincos paga...

Los que se consideraban expertos en la estrategia del juego de póker, desaprobaron. ¿A quién que no esté loco se le ocurre copar tan enorme apuesta si está ya derrotado? ¿es o no torpeza enfrentar un raquítico par de cincos, un siete y un último dos de oros, al rey, al poderoso par de ases y al otro rey que mostraría don Carlos al solicitar su carta final?

Abiertamente sonrió el señor Rebul a todos, tranquilo ya, por primera vez en cuatro días. Algo fanfarrón interrogó:

—¿Cuánto aguanta todavía, amigo?

—Lo que usted mande, señor...

Era eso lo que Rebul estaba aguardando oír. De un solo golpe, de uno solo, podría recuperar lo que hasta el momento estaba en poder de Albino y ganar, además, lo que éste había puesto en la seguridad del banco.

—Si lo admite —dijo— incluyo en mi resto, si lo admite repito, mi propia casa... ¿Va?

—Vaya pues, señor.

Las cabezas se juntaron. Las bocas elaboraron comentarios.

—Muchos cojones los de don Carlos.

—¡Jugarse la casa...!

—Con esa mano, hasta la mujer y el hijo podía arriesgar.

—El flaco, ni jota del juego sabe.

Don Carlos Rebul hizo que le sirvieran una nueva porción de coñac. No le importaba que el licor le quemara el estómago o que de esa profundidad le subiera a la boca un amargo, desagradable sabor a cobre. ¿A quién puñetas le afecta la acidez si se va ganando así?

—Es una buena casa. ¿Verdad, señores?

Voces anónimas dijeron que sí: una de las mejores de la ciudad de Nueva Castilla. Grande. Jardín. Caballerizas. Pileta. Invernadero. Galería de tiro al blanco.

—Pues... —De Alba pareció estar confundido, arrepentido—: no sabría qué hacer con ella, señor.

—Gánemela primero... y no faltará luego quién se la compre aquí mismo.

Soltó la carcajada, y los que oían y miraban rieron también.

—Le haremos la lucha, señor... Lo que hay en la mesa, y lo que me tiene usted en el banco, ¿empareja las cosas?

—Las empareja... ¿Le parece, amigo, que hagamos una pausa en lo que alguien va y trae las escrituras?

—Usted dispone, señor...

Brillantes bajo la luz quedaron las barajas: 2-55-7 en la banda de Albino; rey-rey-as-as, en la de Carlos Rebul. En tanto que Chemita Fierro volvía con los documentos, se intentó una charla más personal entre los rivales del juego, la primera que tenían ocasión, en todo el tiempo que llevaban reunidos, de iniciar:

—Usted, De Alba, ¿siembra, acaso?

—Acaso, sí...

—¿Qué es lo que siembra?

—Esto... lo otro... según vengan los precios.

—¿Dónde tiene sus tierras?

—Aquí, allá... Alquilo donde me conviene. Es mejor así.

—Si me permite la franqueza, no parece usted ser gente de campo.

—¿Qué le parece a usted que soy?

—Eso me lo he estado preguntando... Eso mismo, y también...

—¿Sí?

—...si su nombre es el que dice ser.

—¿Haría diferencia que sí o que no, señor?

Albino de Alba sonrió; más bien, al inclinar la cabeza escondió la sonrisa que apenas alcanzó a colgarle de los labios.

(—Chemita Fierro —dice el abogado Deschamps, cuando repite ante él una historia que Miguel Rebul ha oído contar varias veces— Chemita Fierro, decía, volvió con las escrituras de la casa de don Carlos, pero no venía solo... Lo acompañaba, Miguel, la mamá de usted: dama muy fina ella y, en esos tiempos, si me permite expresarlo así, lindísima... Los que estábamos ahí, y éramos muchos, créame: muchísimos, nos admiramos que la señora hubiera tenido el valor de ir, siguiendo a Chemita, a La Lonja... Ninguna mujer, excepto las fregonas y la del portero, había puesto pie en La Lonja, sitio, por lo demás, absolutamente respetable... Me atrevo a suponer que fue su señora madre la primera que lo hizo...)

El altercado fue breve y violento. Muy firme en apariencia pero con la voz quebrada, o a punto de quebrársele, la señora Rebul pidió a su marido que no arriesgara, también, la casa familiar, la casa de su hijo, la única propiedad no cansada por hipotecas de que todavía disponían.

—Es lo último, Carlos. Lo último nuestro, nuestro, que nos queda...

De ese modo se confirmó lo que se rumoraba tanto: la apurada situación económica de la familia Rebul, y muchos se explicaron esa pasión por jugar, por jugar a lo que fuera, que de un tiempo a la fecha dominaba a don Carlos. Ahora sí encolerizado, sintiéndose en ridículo, sangrando orgullo por todos los poros de su cara apoplética, el señor Rebul se apartó de la mesa. Los curiosos reclamaron, formando un círculo en torno a la disputa conyugal.

—José María... —tronó Rebul.

—Mande el señor...

—Ahora mismo lleve usted a la señora a su casa, que es el lugar en que una dama decente debe estar a estas horas... ¿Me ha oído?

—Sí, señor... —respondió, absolutamente asustado, Chemita Fierro, escudero de Rebul en el banco.

Imploró ella, pero su ruego fue desoído:

—Piensa en tu hijo, Carlos... A él no puedes hacerle esto...

Los pulgares metidos en las sisas del chaleco, los otros dedos tamborileando sobre la tela color perla; bien mordido el medio puro que mascaba, Rebul y Barrientos se puso a mirar el cielo raso desde el que lo observaban unos angelotes mofletudos:

—Buenas noches, señora... Retírese de mi vista, haga el favor... Y aguarde a que llegue a casa: usted y yo debemos hablar seriamente...

Transcurrieron cinco o diez minutos antes que la tensión que endurecía el ambiente se disipara como el humo que el viento de la calle entró a llevarse cuando abrieron los balcones. Cierto tipo de tensión al menos, porque otra, grande aun para los que nada tenían que ganar o que perder, los ocupó enseguida.

Sonriente otra vez, un nuevo habano en la boca, trémulo en el fondo sin embargo, deseó Rebul al reiniciar, con la distribución del último naipe, el juego suspendido:

—Buena suerte...

—Igual le deseo, señor...

Entregó la carta tapada. Se dio la suya. De Alba no se apresuró a mirarla. Rebul, sí. Otra sonrisa le alegró la cara. Albino extendió la mano. Alzó apenas, por una puntita, el rojo cartoncillo. Algunos juran que se le entristeció el semblante. Otros todavía siguen jurando que en aquel gesto había trampa.

—Como se lo cuento, don Eugenio... Rebul estaba hinchado, satisfecho, seguro...

—Me lo imagino: mirando a todos como pavorreal...

—Lo pinta como si lo hubiera visto...

—Lo conozco, Deschamps... Lo conozco antes que usted.

Aguardó, sin ahora demostrar gusto o temor, el que dijo llamarse Albino de Alba. Si sus manos temblaban, nadie lo supo: las había ocultado entre sus muslos, por debajo de la mesa, como si las calentara. Teatral, ampuloso su ademán, el señor Rebul descubrió la carta. Algunos supusieron que era otro rey. Se trataba de una reina.

De la oscuridad que se acumulaba bajo el tapete verde emergieron, cuidadas, limpias, las manos ya seguras de Albino de Alba. La izquierda, de dedos largos y apariencia quebradiza, volteó la carta secreta: un cinco —complemento de la tercia

que humillaba, venciéndolos, a los dos grandes pares orgullosos.

Mucho tiempo, un minuto o menos, permaneció Carlos Rebul y Barrientos sin demostrar congoja, tristeza, asombro o ira. Parecía que fuera otro quien acababa de concluir, con su desastre personal, la partida de cartas cuyo pormenor nutriría desde esa noche las leyendas de la ciudad. Se apoyó, las manos apuñadas, en el paño de la mesa. De Alba, como avergonzado, continuó en su silla, con la cabeza gacha.

—Bueno —dijo Rebul, ahogando un bostezo—. Es hora, me parece, de ir a descansar.

—Gracias... —expresó De Alba, sin altanería, siempre con los ojos bajos, la voz queda, el pisapapel de una de sus manos pesando apenas sobre el recibo, las escrituras, los billetes.

—Bien jugado, sí. Bien ganado también.

—Cosa de suerte, señor.

Rebul no fue, como había dicho, directamente a su casa. Se detuvo en el *Country*. Antes que él había llegado la noticia. Por eso encontró silencio, conmiseración, miradas esquivas, de gente que no quería, en ese momento, ofrecerle la cara o la palabra. De pie, estuvo en la barra bebiendo como si ahora deseara embriagarse. Alguien, tan beodo como ya estaba él, se acercó a meter zizaña:

—Ese tipo que te ganó, Carlos, es un fullero que Olid trajo para arruinarte...

La idea pareció no desagradarle a Rebul, no obstante que estaba convencido, seguro, de la legalidad de la partida. ¿Cómo no arriesgar hasta la vida si a la vista se tienen, contra un par de cincos, pares de reyes y ases?

Otro indicó:

—El plan era claro... Darte buen juego para que picaras y matarte luego con la terciecita...

Rebul y Barrientos encontraba cómodo creer que las cosas habían sido preparadas para que ocurrieran así. Que él hubiese repartido los naipes, no hacía diferencia. La justificación lo libraba de remordimientos. Si había perdido su patrimonio debíase, no a que hubiera jugado sin juicio, sino a la trampa del enemigo.

—Ese cuatrero de Olid —profirió torvamente, pero ya sin tambalearse— no va a robarnos Castilla... Tal vez sea lo

último que haga, pero mañana lo buscaré y allí donde lo encuentre le meteré dos balas en la cabeza...

—Que bien se las merece... —comentaron varios de los que ya formaban tertulia.

En La Lonja, el abogado Deschamps se acercó a Albino de Alba, que bebía el último trago con los meseros a los que nada tacañamente había gratificado, y se identificó:

—¿Podríamos, usted y yo, hablar un minuto a solas?

—¿De qué asunto, señor?

—De negocios, naturalmente...

De Alba lo miró suavemente y Deschamps sintió que sus ojos escrutadores alcanzaban también sus intenciones:

—Naturalmente que hablaremos, señor...

La charla, que iniciaron allí y continuaron luego en el recibidor del hotel, fue muy simple. Se dijeron, apenas, las palabras necesarias para un regateo sin encono. Albino de Alba, casi de primera intención, aceptó el precio que Deschamps ofrecía pagarle, en efectivo o como quisiera, en el término de dos horas, por los documentos que Rebul había ido firmándole así que se desarrollaba el encuentro de baraja, y por la escritura de la casa.

—¿Podría entregarme también la cantidad que ampara este recibo? —De Alba le mostró el que le extendieron en el banco.

—Lo consultaré.

Desde la administración del Hotel Gloria, Héctor Deschamps telefoneó al señor Olid. Le explicó lo que De Alba pretendía. Solicitó instrucciones.

—¿Cuánto suma todo? —el abogado, que había hecho números, mencionó la cifra. Dijo Olid— Se le pagará ahora mismo. Puede pasar por el dinero cuando quiera.

En esa época, Olid prefería su propia caja fuerte, arrinconada en el despacho del segundo piso, a la de un banco (el de Rebul) que no le pertenecía. Le gustaba el dinero que pudiera tocar, contar, pesar, oler: el oro apilado en esbeltas torres; los fajos de billetes con sus cintillos oliendo siempre a tinta fresca.

(Prefería, en realidad, el metal. Como cada revolución triunfante imprimía el suyo, desconfiaba del papel moneda y guardaba sólo el mínimo necesario para sus transacciones).

De pronto, agazapada detrás del recodo, les sale al paso. Es una protuberancia rocosa que se lanza como una península hacia el vacío e invade, hasta casi obstruirlo, el caminito.

—¡La puta...! —se oye decir al general, y quizá todos piensen lo mismo.

La inesperada hinchazón de la roca imposibilita, según las apariencias, definitivamente, la marcha.

—¿Qué hacemos ahora, Miguel?

—Habrá que ir a ver.

Rebul y Rafael Balda, seguidos por el general Medina, van a examinar el terreno; a tratar de ver cómo anulan el obstáculo que puede arruinar el esfuerzo que todos han hecho para llegar allí. Hace tiempo que dejaron el matorral, la espesura, los arbustos; hace tiempo marchan por la cornisa, parecida a un labio, que sobresale del costado de la montaña. Arriba, el cielo; la hondonada, abajo.

—Será imposible hacer que la caja pase por aquí —es lo que Balda opina.

—Tal vez por encima... —sugiere el general.

—¿Podría usted subirse a esa idiota piedra? —pregunta Rebul, frotando la superficie del pedruzco que el viento, de tanto rozarlo, ha terminado por dejar liso como una cáscara de huevo—. El problema no consiste en que pasemos nosotros, sino en que hagamos pasar la caja...

Rebul intentó saltar al otro lado de la piedra, que tendría, conjeturaba Rafael Balda, sus buenos tres metros de altura. De espaldas al talud iba desplazándose a pequeños, cuidadosos pasitos laterales. Sus manos buscaban el apoyo de la roca. Lo habría tranquilizado hallar rugosidades, alguna clase de textura, que le brindaran asidero. La roca se lo negaba. Parecía, además de huevo de avestruz, una esfera de ágata sin fisuras. Aunque sabía qué iba a ocurrirle, no pudo resistir la tentación de asomarse. Siempre había tenido temor a las alturas. La piel de la cara se le puso tensa. Bayonetas le parecían ahora, esperándolo abajo, las agujas de piedra. Sintió que iba a caer, que iba a lanzarse. Pretendió hablar; decir una palabra solicitando ayuda. No la encontró en la memoria.

—Es peligroso ponerte ahí, Miguel. Resbalas y...

No acertaba a moverse: continuar o retroceder. Segura-

mente se había puesto pálido. Seguramente, ahora que los ojos inquisitivos de Balda estaban interrogando a los suyos, el miedo lo traicionaba, porque, al demostrarlo, quedaba en desventaja. Si lograra sonreír para que nadie advirtiera qué tan oscuro era su pavor...

Rafael le ofreció la mano extendida. Él aceptó el rescate. Apenas volvió a terreno seguro, el trozo de suelo que había estado pisando se desmoronó silenciosamente y fue pulverizándose a medida que caía en ese otro silencio amenazante que había en el fondo.

—Un poco más y...

—Sí. Un poco más... Gracias.

Aceptó Rafael Balda, con un guiño, la gratitud de Miguel Rebul; la primera, según recordaba, que le ofrecía en mucho tiempo. Acezando, el general Medina Irigoyen preguntó:

—¿Qué decides que hagamos, Miguelito?

—A ver qué proponen los demás...

Muy despacio, pegados a la costilla de la montaña, los otros seguían ascendiendo. El féretro se bamboleaba a hombros de Héctor Deschamps y del Arzobispo Castro. Lejanos se dejaban ver, uno detrás de la otra, la señora Vaquero y el médico Porcela. El general bebía largos tragos. Al advertir que lo escrutaba Miguel, le ofreció:

—¿Gustas?

Rebul le arrebató la cantimplora. Para que no vacilara en una, la tomó con las dos manos. Empezó a beber, él también, sin respirar.

Nueva Castilla se alarmó con la primera noticia:

—Don Carlos Rebul, que anda borracho, va a matar a Olid. Acaba de gritarlo en el *Country*.

—¿Por qué ha de causarle ese perjuicio?

—Porque Olid contrató a un fullero para que le ganara todo, hasta la casa.

—¿Pruebas?

—Rebul cree que fue así... y eso es lo que cuenta.

La segunda noticia, que corrió temprano, dejó sin habla a la ciudad:

—Le han avisado a don Eugenio que Rebul quiere matarlo.

—¿Y...?

—Está vistiéndose para ir al banco a buscarle la cara a don Carlos.

A las ocho. Cuando ya el sol vigilaba el valle desde su cielo sin nubes, el señor Olid, traje negro y corbata, sombrero de paja y bastoncito flexible al brazo, salió del haraposo edificio donde escondía su guarida; cruzó la Plaza de Armas y tomó la Avenida Independencia hacia el sur. Diez metros atrás, con su portafolio, lo seguía el abogado Héctor Deschamps, a su servicio desde finales del año anterior.

A su paso, observado desde ventanas y mostradores, Olid recibía silencio, respeto, alguna mirada directa, una sonrisa confusa, la palmadita en el brazo de los más atrevidos (el sirio Salam, entre ellos). Pocos, en Castilla, habían visto callejeando al señor Olid, aunque no hubiese uno, viejo o joven, nativo o forastero, que no hubiese oído contar cosas, buenas, malas, peores, sobre él. Comparado con Deschamps (alto, gallardo, guapo, impecablemente trajeado) Eugenio Olid desmerecía: era una insignificancia de hombre.

Majestuoso, a pesar de lo mermado de su estatura, Olid entró en el banco. El señor Navarrete recibió, dicha en voz bajita y cortés, su petición:

—Me han dicho que el señor Rebul me anda buscando. Quisiera verlo, si se puede... Mi nombre es...

—¡Oh!, señor Olid... Le avisaré a don Carlos. Ahora mismo... —Tan nervioso parecía estar el señor Navarrete que se olvidó de ofrecerle a Olid una silla.

Olid ordenó:

—Venga, Deschamps...

De una zancada, el abogado se plantó junto a él:

—¿Señor...?

—El portafolios, Deschamps.

—¿Desea que entre con usted?

Una mirada de Olid le retiró de los labios la sonrisa:

—¿Para qué?

—Tal vez...

—Quédese aquí.

En lo que retornaba Navarrete, Olid se puso a mirar el amplio salón entristecido del Banco Rebul. Le parecía un

expendio de carne con sus mostradores de mármol blanco, sus espejos de marcos ya desdorados, sus plafones polvorientos, oscurecidos por las telarañas. Al fondo, una mujer vestida de negro apilaba billetes y monedas ante una de las dos empleadas. Rafael Balda dejó de frotar el vidrio de la ventana y miró a Olid: nunca antes había visto así, de carne y hueso, aunque a distancia, a ese señor del que tanto se hablaba a todas horas. Pensó Olid: "Habrá que darle una arreglada a todo esto..."

Se abrió, por fin, la gran puerta de caoba (obra mayor de una afamada familia de ebanistas de Castilla) que permitía el acceso al despacho del director. El señor Navarrete lo instaba a pasar:

—Don Carlos lo espera, señor Olid.

—Muy amable de su parte...

Una leve, casi furtiva reverencia de Navarrete, fue la primera muestra pública de simpatía que le era ofrecida a Olid en el banco. Portafolios en la diestra, puesto el sombrero, una serpiente negra el bastoncito que le colgaba del brazo izquierdo, don Eugenio penetró en el despacho. Cerró tras de sí.

¿Cuánto tiempo transcurriría antes que el ruido de los disparos anunciara que los dos hombres allí enfrentados estaban matándose? ¿llevaría Olid un arma para defenderse, para agredir a mansalva? ¿era su bastón la vaina de un silencioso verduguillo? Frente al banco, en las aceras y en el arroyo, empezaron a reunirse los peatones. Hablaban a murmullos. Caminaban cuidando de no perturbar mucho el silencio. Todos, Deschamps entre ellos, suponían inevitable la disputa —y nadie deseaba estar lejos.

—¿Dónde está Eugenio? —preguntó el teniente coronel Medina, saltando de un gran, aparatoso sedán Dussenberg, azul y amarillo, descapotable, con llantas blancas.

—Con Rebul, adentro, de la oficina.

—¿Solo?

—Solo, sí.

—¿Por qué dejó, grandísimo pendejo, que mi compadre se metiera en ese agujero?

—Don Eugenio no quiso que lo protegiera, coronel.

Violento, Medina apartó a Deschamps que estorbaba su paso; apartó después al señor Navarrete que pretendía impe-

dírselo y abrió la puerta del despacho que había esperado encontrar cerrada con llave. No alcanzó a cruzar el umbral. Dentro la mitad del cuerpo, que ya empezaba a ser el de un gordo irremediable; fuera la otra mitad, una voz (que no era la del señor Rebul) ordenó:

—Largo... y cierra.

De todos modos, el teniente coronel Medina ordenó a su asistente, el capitán Lewis, que trajera refuerzos de la Jefatura. Cinco minutos después, siguiendo el aullido de su sirena, llegó al banco un transporte sobrado de gendarmes. Medina esperó a que se alinearan. Luego, les pasó revista. En previsión de problemas, dispuso que clausuraran las bocacalles al norte y al sur.

A las dos de la tarde con cinco minutos, igual de solo como había entrado; todavía con el portafolios en la mano y el bastón colgándole del brazo, el señor Olid salió de la oficina de Carlos Rebul; saludó al señor Navarrete; sonrió a la viuda Grimaldi y buscó la calle. Ansioso, el teniente coronel Medina acudió a su encuentro.

—¿Estás bien, Geno? Dime ¿estás bien?

Con una de esas azules miradas que lastimaban, Olid atacó al Jefe de la Judicial:

—¿Quién te ordenó interrumpirnos?

—Geno, compadre, mira, yo...

—¿Y quién te pidió que trajeras a todos esos matones?

—Compadre, mi deber...

—Métete el deber por el culo... y llévatelos de aquí.

El abogado Héctor Deschamps no respetó la perplejidad del teniente coronel Medina Irigoyen y se puso a reír: una risa corta, fuerte y golpeada sin embargo; totalmente incontenible. Medina lo encaró, belicoso:

—¿De quién se ríe, hijodeputa?

La risa murió bajo el bigotillo, rubio y bien alineado, de Héctor Deschamps. Se llenó de rubor su cara de terso cutis juvenil. Olid le entregó el portafolios.

—Procure no perderlo.

—Descuide, señor.

Los curiosos, que se habían aglomerado en la acera sombreada, cesaron de hablar, de moverse. Con mirada desdeñosa y amenazadora (les parecía) don Eugenio Olid los abarcó a todos, sin detenerse en ninguno, pero cada uno de

ellos se sintió sujeto a examen. Algunos (no fuera que él los recordara y decidiera castigarlos después) escondieron el rostro. El transporte se llevaba, de vuelta a sus cuarteles, a los gendarmes. Algo aterrado, porque era joven, Lewis se escudaba tras el corpachón de Medina.

—Vamos, Deschamps.

Por el centro de la calle vacía de vehículos, sin mirar a nadie (él mismo, confuso de ser blanco de tamaña curiosidad, de los inevitables pensamientos críticos; cohibido a pesar de su aparente aplomo) Eugenio Olid, a paso menudo y rapido, como si escapara y no quisiera ser visto, remontaba Independencia en busca de la Plaza de Armas y, luego, de su casa.

Atras de él, con el portafolios pegado a los dedos, muy rígido y sin pensamientos, lo seguía Deschamps.

Años hacía, recordaba la señora Rebeca Escobar de Rebul, que su marido no mostraba esa fina calidad de humor. La llevó a cenar al *Country*. Bailó con ella una docena de piezas como en sus tiempos mozos. Contó chistes y repartió botellas de champaña entre sus amigos. La suma que dejó a meseros y músicos fue muy generosa.

—¿Contento, Carlos?

Volvían, despacio, conduciendo él su Packard último modelo, por el camino arbolado del *Country*. Olía a césped recién podado. Rebul puso su mano derecha sobre la rodilla de su esposa —algo que tampoco había hecho en meses.

—Muchísimo... muchísimo, señora... Tuve hoy, por la mañana, una plática con... —prefirió no pronunciar el nombre detestado.

Era la primera vez que Rebul aludía, frente a la esposa, lo que constituía el tópico de máximo interés en la ciudad: su entrevista con Olid; esa entrevista de la que ninguno de los dos dejaría constancia escrita y a la que nunca se referiría don Eugenio, para que así, en el misterio, por decisión de quienes en ella participaron, quedara para siempre lo que hablaron, en la oficina del banco, los convenios personales que pactaron, los agravios que olvidaron. Rebeca Escobar de Rebul, como todos en Castilla, sabía que el encuentro se había producido, pero no quiso saber más de lo que su esposo

estaba dispuesto a informarle.

Su mano, ahora, buscó, tibia y cariñosa, la mano de Rebul que seguía reposando en su rodilla. Sonrió en la penumbra del Packard:

—¿Cambiarán las cosas ahora, Carlos...?

—Definitivamente, sí...

—Me da gusto que lo digas... —y suavemente colocó su mejilla, perfumada con *Chanel*, en el hombro del smoking de Carlos Rebul.

Permanecieron en el comedor hasta que de la segunda botella de champaña sólo quedó la humedad en las copas. Rebeca Rebul se atrevió, al fin, a plantearle la pregunta que había estado reteniendo desde que volvieron:

—Carlos... ¿y de ésta casa, qué?

—Oh, sí... La casa.

—¿Es todavía nuestra, del niño...?

—Todo está arreglado... No tienes por qué preocuparte —suspiró, levantándose—. Todo arreglado...

Se inclinó para tomarla por el talle. Seguía siendo estrecho. Alzó las grandes manos: los senos de Rebeca Rebul, que no había visto ni tocado en mucho tiempo, conservaban su firmeza, su delicada forma de pera. Ella se sintió profundamente halagada.

—Carlos...

—Linda señora... Voy a dormir con usted...

Rebeca Escobar de Rebul experimentó una suerte de sofocación, algo así como un súbito mareo, cuando él dijo: "voy a dormir con usted" y se inclinó a dejarle un beso un poquito atrás de la oreja. Todo, para ella, empezó a girar y no a causa del champaña.

—¡Carlos...!

—Iré a darle una miradita a Miguel —dijo Carlos Rebul.

Rebul aflojó su corbata de etiqueta y la dejó colgar del pomo de la puerta de su domitorio. En el de su hijo, miró a Miguel dormido en la orilla del lecho, sin duda friolento. Lo cubrió con el edredón. Por temor a despertarlo, reprimió el deseo de besarlo en la frente.

Quiso beber una copa más. Bajó al comedor. Una raya de luz por debajo de su puerta, anunciaba la espera de la señora Rebul. Quizá estuviera, ya, aguardándolo. Titubeó. Una copa más, para entonarse. Buscó la licorera de cristal de

Bohemia. Gran coñac. Encendió un nuevo habano. Había fumado demasiado y el gusto del humo le pareció desagradable. La mujer arriba, cálida por el champaña, dispuesta... Antes de ir con ella sería bueno releer algunos de los papeles que había traído por la tarde; estudiar otros que tenía en casa desde hacía una semana.

No cerró la puerta de su despacho, siempre oloroso a cedro. Quince minutos después, quizá menos, se escuchó la detonación.

Fue Miguel Rebul, todavía adormilado, quien encontró a su padre, muerto y sangrante, con la cabeza apoyada en la mesita; el habano, consumido apenas, ardía en el cenicero. El arma estaba en el piso: una Colt del .38. Muy visible entre los dedos de don Carlos había una hoja de papel. Reconoció la enérgica caligrafía. No olvidaría la recomendación: "Cuidado con Olid. Cuidado". La sangre humedecía los rimeros de pagarés que ostentaban, bien visible, el sello azul de "Cancelado" y la firma (lo sabría después, al conocerla) de don Eugenio.

Miguel Rebul no lloró, se olvidó de llorar, cuando recibió la sorpresa de hallar, muerto por su propia voluntad, a su padre; también retuvo sus lágrimas al día siguiente, en el cementerio, cuando lo vio perderse en la tiniebla de la fosa. Su madre, en cambio, parecía inconsolable.

El señor Olid, que por segunda vez en veinticuatro horas se mostraba en público, ofreció su pésame a la viuda, al tiempo que la tierra caía a paletadas sobre la bóveda de lajas amarillas que cubría al féretro de metal gris.

—No me lo explico, señora... Don Carlos y yo habíamos llegado, ayer, a un acuerdo muy bueno... Lo que pasó no tiene sentido...

—Parecía, señor Olid, un hombre nuevo, rejuvenecido...

—Le sobraban razones al señor Rebul para sentirse así. créame...

—Sin embargo, usted ha visto...

—A partir de ayer, nada, absolutamente nada, debía preocupar más, en ningún aspecto, a su señor esposo... Todo entre nosotros estaba aclarado, resuelto a su entera conveniencia. Todo... Y hace esto de matarse... Seguramente a causa de sus nervios...

Asintió la viuda y luego empezó a sollozar, a llorar, a

sacudirse. Acudieron a brindarle apoyo la señora De la Roca, la Deschamps y algunas otras enlutadas. Eugenio Olid se apartó sintiéndose un algo culpable (Dios sabía que nada había tenido que ver él en ello) del suicidio de don Carlos Rebul y Barrientos.

Miró entonces a Miguel Rebul: un casi adolescente de ojos vivos, intensos, más parecido a la madre que al padre. Estaba escrutándolo vigorosamente. Le sonrió, pero el chico, sin insolencia, rehusó la sonrisa y le tiró una pregunta, inocua en sí, que se oyó casi agresiva por el tono en que fue hecha:

—¿Es usted Olid...?

—Sí, yo soy el señor Olid y tú ¿eres Miguelito?

—Miguel Rebul Escobar, así me llamo... —y Olid percibió la dureza del muchacho.

—El joven don Miguel Rebul Escobar... —dijo Olid, y colocó su mano, pequeña y amable, sobre la cabeza del chico. Sintió, al tacto, la gomina que le mantenía el cabello en riguroso orden—. Supongo que tú y yo tenemos que hablar. En cierta forma somos socios...

—Usted dirá... —repuso Miguel, y a Olid le antipatizó su seriedad de enano.

Eugenio Olid aguardó a que prosiguiera, y terminara, el trámite de llenar de tierra, y después de cubrirlo con innumerables ofrendas florales, el agujero dentro del que yacía ese recuerdo que en vida se llamó Carlos Rebul y Barrientos. Antes que la viuda y el hijo subieran al automóvil, creyó de su deber informarles:

—Los arreglos que su difunto esposo y yo celebramos ayer, siguen, por mi parte, teniendo valor... Nada quedó escrito entre don Carlos y yo, pero la palabra de un hombre, y, sobre todo, *mi* palabra, tiene valor de ley... Me permití devolver al señor Rebul, sin ningún compromiso de su parte, presente o futuro, todos los documentos suyos que obraban en mi poder; entre ellos, como supongo que será ya de su conocimiento, la escritura de su casa...

Un poco de llanto agritó nuevamente a la viuda Rebul:

—Gracias, señor Olid... Gracias a nombre de él... —y aplastó contra su pecho a un Miguel Rebul, tieso, algo atufado, que miraba con desconfianza, ¿también con rencor?, al hombrecito del traje negro, lleno de arrugas, que entonces le parecía ya algo viejo.

Olid miró a Miguel. Le había simpatizado su entereza, su aire de rebeldía, su autocontrol que le permitió no llorar entre tantos que lo hacían. Con la que pretendió ser una sonrisa amable que Miguel Rebul pareció no entender, dijo:

—Habrá que pensar ahora en lo que mejor conviene a este joven, señora Rebul... Me doy cuenta que no es momento para hacerlo... Hablaremos pronto, cuando todos estemos serenos...

El día que Miguel Rebul empezó a trabajar en el banco, que seguía ostentando el apellido de su familia, hubo curiosidad por conocer al ausente, al hijo del último Rebul que manejó la institución —ese caballerito llegado la víspera a Nueva Castilla, luego de tantísimos años en el extranjero. El que apareció no fue el superhombre que esperaban: sólo un joven señor algo adusto, ni siquiera alto, un poco tímido (les pareció así a las muchachas de *Cajas*) y, característica que no perdería, de mirada seca, casi desdeñosa.

—Éste es Rafael Balda, mi ayudante —indicó Olid.

—Rebul, para servirlo.

—Mucho gusto —dijo Rafael. No era una mera fórmula de cortesía: sentía en verdad mucho gusto de conocerlo, de ser presentado por el señor Olid al Miguel Rebul del que tanto, a veces, hablaba; a un Miguel al que ya no podía llamar Miguelito como le decían todos en el Banco cuando don Carlos mandaba.

Advirtió Olid:

—Van a trabajar juntos. Es conveniente que se conozcan para que se lleven bien.

—Así será, señor Olid —dijo Rebul, neutralmente.

—Antes de empezar a trabajar, necesitas ambientarte. Algunas cosas han cambiado...

El señor Olid había conservado, en uno de los muros del despacho, el mal retrato al óleo de don Carlos Rebul que siempre había estado en él. Los muebles parecían ser los mismos. Según recordaba Miguel, la alfombra que conoció no tenía el tono dorado viejo de la que estaba pisando. Le agradó que la atmósfera del sitio (un poco de museo, de cosa antigua, silenciosa y venerable) hubiera sido preservada por el nuevo dueño.

De ambientarlo se ocupó Rafael Balda, y Rebul descubrió que no siempre la teoría del libro coincide con la realidad sujeta a las presiones, a la influencia o a la acción de los imponderables. Venía del mundo de la lógica, de la razón, del respeto; penetraba en el universo de lo absurdo, de los intereses políticos, del atropello al derecho de terceros. Le parecía imposible que él, renunciando a lo que había aprendido, pudiera aceptar cuanto de negativo le mostraba la realidad en la que habría de moverse a partir de entonces.

En un tiempo relativamente breve (Rebul calcula que fueron seis meses; Balda, que poco más de un año) Miguel empezó a imponer, con su personalidad, sus ideas. Todo en Castilla: el banco incluido, era mezquino, charro, provinciano. Cada vez que hablaba de cambiar las cosas, de actualizar métodos, de ensayar nuevas fórmulas, de explorar campos distintos, tropezaba con la resistencia, con la negativa, no violenta pero sí muy firme, del señor Olid; una negativa que invariablemente reforzaba con la suya, se le preguntara opinión o no, Rafael Balda.

—¿Para qué he de querer más de lo que ya tengo, Miguelito? Olvídalo...

—No es cosa, don Eugenio, de que quiera o no. El capital, además de riqueza, genera poder: tal es la principal de sus ventajas. Poseer el poder es lo que importa...

—Yo tengo poder, Miguel. Mucho poder...

—Eso es cierto, Miguel... Te habrás dado cuenta: ¿a quién consultan, si no a don Eugenio, cuando hay elecciones para el Ayuntamiento? ¿Y quién, si no don Eugenio, dice la última palabra, la que decide, cuando se escoge al diputado por este distrito...?

—Y para que veas que tengo poder, Miguel, voy a mover mis hilos para que un compadre, el general Medina, llegue a gobernador...

Hablaban, casi siempre, en el despacho; otras, de sobremesa, por las noches, en casa de Olid. A diferencia de Balda, que había llegado a ser un aceptable jugador de ajedrez, Rebul no gustaba de servirle a don Eugenio de compañero, socio o bufón, con las cartas o en el tablero.

—Si me permite que lo diga, don Eugenio, su poder es absolutamente local. Intranscendente.

En alguna ocasión, Rafael Balda le recordó:

—Somos, no se te olvide, un pueblo... Esto no es como allá por donde andabas... En este pueblo que somos nadie manda tanto como don Eugenio.

—Usted será verdaderamente poderoso, don Eugenio, cuando se decida a ser algo más que un usurero...

Olid sonrió. Muchas veces, siempre en labios de un Rebul, había escuchado, lanzada contra él, esa palabra.

—Eso decía de mí tu padre.

—Él era lo mismo que criticaba: usurero sin mayores alcances...

—¿Como yo?

—Parecido. Sin visión. Sin valor para cambiar. Cobarde.

—Huevos no me faltan.

—El valor, don Eugenio, se tiene sólo cuando se demuestra. Si no, es apenas especulación... Como usted ahora, mi padre se conformaba con poco, pues temía a las responsabilidades mayores. No haberse asociado a tiempo con usted lo demuestra...

Y así, discutiendo hoy, peleando siempre, Rebul convencía a Olid de intentar algo nuevo, algo cada vez más grande, más arriesgado —hipotéticamente, más productivo. Eran dos voluntades adversas a las que estaba obligado, primero, a convencer; luego, a vencer con la prueba del éxito.

Rico de vieja cepa, Olid consideraba que el único capital solvente, sólido, confiable, era el yanqui. Con la intuición que casi siempre le llevaba a acertar, Miguel Rebul insistía en que era menos comprometedor, más sensato (porque permitía mayor libertad de maniobra) y, en particular, menos riesgoso, asociarse a otros dineros.

—Habrá una guerra, seguro, don Eugenio, y...

Pronto entendió Balda que su influencia cerca de Olid empezaba a menguar. Sin embargo, no experimentaba ningún sentimiento de rencor en contra de quien, con esos planes y esas ideas, esas palabras extrañas y tantas teorías arrancadas a sepa Dios qué libros, lo iba poniendo al lado. Sus responsabilidades, consecuentemente, se acortaron también. Hubo la guerra. Creció el banco. Aumentó su capital. Llegaron grandes, oscuras fortunas a sus arcas. Asuntos que por decisión de Olid, debía Miguel discutir con Balda eran, sin previo aviso, resueltos por aquél. Llevado por su celo, que era mucho, Rebul acaparaba trabajo, acumulaba poder; en

cierto modo, usurpaba funciones de la incumbencia, incluso, de don Eugenio.

Ocurrió la paz de una guerra que apenas se dejó sentir en esa parte del mundo que era, que es, Nueva Castilla. Mucha gente, importante siempre, extranjera invariablemente, comenzó a visitarla a medida que el Banco Rebul diversificaba sus operaciones. Se asignó a Rafael Balda una tarea que le agradaba cumplir: agasajar, distraer, escoltar a restaurantes, clubes y demás centros de diversión, a esos personajes. Dicen que con dinero de Olid (lo que sí es posible) prosperó el congal de María Antonia.

Mientras Rebul pasaba la mayor parte de las horas del día en su oficina del Banco, Rafael Balda empleaba su tiempo igual sometiéndose a cursos intensivos de idiomas que a desentrañar los misterios del golf. Refinó su gusto para vestir y, un poco asesorado por Rebul, conoció el encanto de la cultura gastronómica. De esa época data su afición al hedonismo.

Rebul sabía que no era suya, aún, la total confianza de Olid. Lo creía, con reservas. Desoía proyectos de los que no estuviera absolutamente seguro. Hacía falta la lección de una prueba: algo que venciera sus recelos de aldeano con dinero: que le demostrara su talento, su enorme talento y extraordinaria sensibilidad, para los negocios.

De uno de sus viájes a la capital trajo cierta valiosa información: Víctor Ávila Puig, condiscípulo suyo en Londres, como él Doctor en Ciencias Económicas, miembro del cuerpo de asesores del Ministerio de Industria, le hizo saber, a título confidencial, que el Gobierno se aprestaba a promulgar un decreto cuyas consecuencias inmediatas serían, entre otras, revitalizar el valor de las acciones y aumentar el precio del tabaco.

—¿Qué pruebas hay de que eso que te dijeron es cierto, Miguel?

—Mi amigo lo sabe mejor que nadie: redactó el decreto.

—Eso no basta.

—Es persona de absoluta seriedad. No tenía por qué mentir.

Intervino Rafael Balda:

—Quizá no mintió, sólo exageró.

—No lo creo. No me dejo engañar por cuentos o por exa-

geraciones, Rafael... Algo más, don Eugenio. Otras fuentes confirmaron la información, indirectamente. Se prepara una gran maniobra especulativa... La oportunidad es magnífica para nosotros...

Propuso Olid:

—Déjame que yo, por mi parte, pregunte qué hay de ese asunto a alguien que tiene contacto con el Ministro de Industrias...

Casi gritó Miguel:

—Usted no puede hacer eso, don Eugenio.

—Claro que puedo. Hay que jugar, siempre, a la segura. Apréndelo. Si la persona con la que voy a hablar me dice: "Éntrele" es porque sí es cierto que...

Rebul se había puesto furioso. ¿Cómo puede alguien ser tan imbécil, tan cerrado como Olid?

—Si habla de esto con alguien, así sea de mucha confianza para usted, todo se arruinará... —Hablaba con la voz muy fría, la mirada muy intensa, la nariz muy afilada por efecto de la cólera— Sólo cuatro o cinco funcionarios, incluidos el Presidente y el Ministro, saben de qué se trata. Comprende por qué no puede ser comentado esto con nadie más...

Olid no estaba convencido de que valiera la pena arriesgar tanto dinero en una operación que no difería mucho de una lotería de feria. ¡Exponer diez millones de pesos sólo porque un compañero de escuela le había dicho a Rebul que se preparaba una espectacular alza en los precios del tabaco nacional...!

—Habrá que pensarlo, Miguel. Diez millones no son cualquier cosa...

Vehemente, con una vehemencia que por primera vez lo traicionaba, que nunca más recurriría en él, Miguel Rebul tomó a Olid por los brazos y lo zarandeó:

—Dése cuenta, don Eugenio... Si compramos a tiempo, mañana mismo, o tal vez pasado, pero no más tarde, sus diez millones se harán veinte... —y gastó un cuarto de hora explicando por qué era inevitable tal ganancia. Concluyó con unas palabras que habrían de ser, aunque no lo supiera en ese momento, las decisivas— Ahora voy a saber qué tan inteligente es usted para los negocios. Le estoy dando la oportu-

nidad de ganar, en una sola operación, lo que le tomaría un año de triquiñuelas embolsarse...

Más que convencido, picado en su orgullo, dispuesto a mostrarle a Rebul que perder diez millones de pesos no iba (aparentemente) a quitarle el sueño ni a dejarlo en la miseria, Eugenio Olid dijo altaneramente:

—Juega y vale... Gástate ese dinero, y ojalá el juego resulte como dices...

Los ojos de Rafael Balda persiguieron los de Olid. Halló en ellos algo turbio, indefinible, una aprensión que no le conocía. La piel se le había puesto como de piedra: dura, gris. Le temblaba la mano con la que se sirvió un gran chorro de coñac. A manera de disculpa, él que aconsejaba prudencia cuando de arriesgar un peso propio o ajeno se trataba, le sonrió a Rafael.

—Es mucha plata, don Eugenio... —dijo Balda, temeroso como si el dinero le perteneciera.

—Hay que echarle valor a los negocios... a veces, Rafael.

Rebul hizo dos llamadas, por larga distancia, a la capital. La casi hora y media que transcurrió entre el momento que las solicitó y el momento en que sonó el primer timbrazo, transcurrió en silencio: los hombres arrinconados en sus reflexiones, calculando.

—¿Alex? Aquí, Rebul. ¿Puedes hablar?... Bien, bien... —Asentía, enrollando y desenrollando, nerviosamente, el negro cordón por el que le llegaba, en ocasiones sin claridad, la voz remota de Alejandro del Puente. —Me interesarían diez millones... Claro, los tengo aquí... ¿Cuál es el papel mas firme...? Ajá... ¿Es posible conseguirlo...? Bien... Claro que vas tú en ese barco, Vic. De eso, ni palabra... ¿La firma del señor, cuándo la esperan...? Gracias y buena suerte...

La segunda llamada, que también demoró mucho, fue al licenciado Euquerio Lavín, cuyo bufete representaba los intereses del banco en la capital. Se le dieron instrucciones precisas y direcciones exactas. Por la mañana, a cuenta del señor Olid que haría las transferencias oportunamente, debía adquirir acciones de la empresa tabacalera cuyo nombre le proporcionó Rebul.

—En cuanto tenga esos documentos, llame acá. No importa la hora...

El licenciado Euquerio Lavín, que era absolutamente desconfiado, pareció titubear:

—¿Diez millones a un solo papel?

—¿Le parece mal?

—Algo desacostumbrado, solamente... —Vino un silencio. Luego— ¿Podría hablar con el señor Olid?

Supuso Miguel Rebul para qué deseaba Lavín conversar con Olid. Seguramente para solicitar la confirmación de la orden, del todo extraña, que el joven Rebul acababa de transmitirle. Sintió que lo odiaba un poquito.

—Quiere hablar con usted —dijo, tapando con la mano la bocina del teléfono—. Espera sus instrucciones...

Tomó Eugenio Olid el tubo negro que Rebul le ofrecía. Algo socarronamente, pero no en forma retadora, sonreía Rafael Balda.

—Diga, Lavín... Ajá... Sí... —Cabeceaba el señor Olid; quizá pretendía intercalar alguna palabra suya entre las que su interlocutor estaba metiéndole en el oído. Al fin, seco, áspero—. Diez o cien millones es lo mismo, Lavín... Compre como se le dijo... y apréndase de una vez que cuando le mande un recado, con el señor Rebul o con el señor Balda, no tiene usted por qué llamarme y confirmarlo... Mis órdenes y las de ellos, se obedecen...

Rebul estuvo nervioso todo el día. Lo estuvo también, aunque no lo demostrara, el señor Olid. Balda prefirió caminar veintisiete hoyos en el *Country*. Miguel no quiso ir a comer con su madre, ni acercarse al restaurante de La Lonja. Hizo que le llevaran emparedados a su oficina. El banco quedó, por la tarde, absolutamente en silencio, desierto. El personal concluía su jornada a las dieciséis horas; a las dieciocho, se marchaban los jefes y los mozos del aseo. Permanecían el velador y los policías auxiliares.

Como si no lo hiciera deliberadamente, Olid se asomó a la oficina de Miguel, que estaba ante su escritorio, la mirada fija en el teléfono, la mano lista para alzar la bocina, la boca seca.

—Ahora que nadie nos oye, di ¿funcionará el negocio?

—¿Lo habría metido en él si creyera que no?

Encima de la servilleta de tela roja y blanca, Rebul abandonó el emparedado de jamón y queso amarillo. Bebió un

trago de cerveza ya casi tibia. El señor Olid, lo observó, estaba ensombrecido, pardo del rostro, a causa indudablemente de la preocupación. Debía, con su palabra, devolverle la confianza; ganarla para sí.

—Funcionará, don Eugenio...

—Ojalá... ojalá sea como dices. —La voz de Olid se escuchó insegura.

Mirándolo así, algo abatido, Miguel Rebul Escobar se sintió, por primera vez en su vida, superior a él; más fuerte, poderoso y seguro de sí mismo que él.

—Si perdiera ese dinero ¿lo sentiría mucho? ¿lo afectaría mucho, don Eugenio?

Olid eligió un tiempo bastante largo para meditar. Se escuchó decir:

—Algo... Tal vez no mucho; pero, coño, diez millones son diez millones... Sin embargo —ahora lo miraba rectamente a los ojos— si se perdieran no iba a quedarme pobre. Diez millones, viéndolo bien, son un par de palabras nada más...

Le gustó su respuesta a Miguel. La respuesta y la seguridad con que Olid había expresado la última parte. Quiso tranquilizarlo:

—Pero, veinte millones, los que usted va a tener por haber arriesgado diez, no son dos palabras, don Eugenio. Es muchísimo más poder...

A las siete permanecían aún en el banco. Oloroso a flores y satisfecho por la forma en que había jugado los últimos nueve hoyos, Balda parecía disfrutar de la ansiedad que ahogaba a Olid y, sobre todo, a Miguel. ¿Estaría deseando que el infalible fracasara —aunque tal fracaso significara una buena pérdida para el patrón?

Sonó el teléfono y sobre él saltó Rebul. Lo vieron perder, de pronto, toda la sangre de la cara; asentir enérgicamente cuatro o cinco veces; pasarse la lengua nerviosa por los labios de cuero viejo. Lo escucharon decir:

—Bien. Gracias... —antes de colgar, sin entusiasmo, el auricular.

El señor Olid dejó de limpiarse las uñas con el palillo de dientes que había estado mascando desde hacía un par de horas. Balda cesó de repasar, en la memoria, los errores que le costaron casi cinco *strokes* en esa tercera vuelta, casi

perfecta, que jugó con Lalo Marcos y Noah Carrol. Uno y otro atisbaban a Rebul.

—Bueno... —anunció, y ahí se detuvo.

—¿Qué sucede, Miguel? —Olid, él también, se había puesto pálido. Dijera lo que dijera respecto a que perder diez millones no le importaba, lo cierto es que diez millones son diez millones. Nunca antes había arriesgado tanto en un solo negocio.

Tembloroso, menos por el éxito que por la seguridad de que de ese día en adelante le correspondería a él manejar a su conveniencia los negocios de Olid y de que suya sería la palabra definitiva a la hora de las decisiones, anunció Miguel Rebul, casi humildemente, sin envanecerse, con gracia:

—Pues, don Eugenio: sí que tiene usted buen ojo para los negocios. Ha ganado no diez millones como creíamos, sino catorce... ¡Catorce millones de pesos, señor Olid, en base a su palabra...!

La radio esa misma noche y los periódicos locales por la mañana confirmaron la noticia. Los de la capital, que llegaron en el trimotor del mediodía, aportaban informaciones más detalladas. El Decreto Presidencial tuvo enorme impacto en los medios bursátiles. El papel Tabacalera se iba a las nubes. Los poquísimos que lo poseían, que no habían podido deshacerse de él vendiéndole casi al kilo, ganaban millonadas. (Esa operación de los especuladores, entre los que se contaron el Presidente, el cuñado del Presidente, el Secretario de Industrias y unos pocos más cuya identidad jamás se conoció, fue considerada como una de las más vistosas y productivas del año.)

—Hubo un momento, Miguel —y personalmente le llenó de champaña el vaso— que los cojones se me arrugaron ayer en la tarde, cuando estábamos tú y yo en el banco, esperando.

Sintiéndose un poquito mareado, ¿a causa del champaña o de la inevitable satisfacción de su vanidad?, repuso Rebul:

—No había razón para asustarse, don Eugenio. Yo le había asegurado...

—Cuando te pregunté si el negocio iba a funcionar, la cara se te puso de ceniza... Pscht... Espera: yo sé cuándo un hombre tiene miedo, y el tuyo, ayer, no lo niegues, era grande; grande de verdad...

—Miedo precisamente no era, don Eugenio... —admitió

Rebul, pretendiendo que lo creyera modesto— Era algo así como inquietud... Normal, por otra parte... Riesgo hay en todo, aun en una hipoteca supergarantizada... Mucho más hay en una transacción como la que usted autorizó...

—Sí que tuviste mucha suerte, Miguel...

Rebul miró entonces a Balda. Lo sintió insignificante, sólo decorativo con su chaqueta a cuadros tan frívola.

—La suerte verdadera, es la que uno mismo se organiza, Rafita. —Desdeñosamente usó el diminutivo de su nombre. Lo usaría siempre, ante quien fuere, para reprenderlo; para hacerle sentir que estorbaba; para ordenarle callar. Se volvió a Olid— En nuestro negocio, don Eugenio, es vital la información... Quien controla la información posee la mitad del poder: saber, siempre antes que otros, el cómo, el porqué, el cuánto y, por sobre todo, el cuándo de las cosas... Nosotros, usted, yo, tuvimos la información. Y al saber, ¡bueno... catorce millones para don Eugenio Olid!

Bebió don Eugenio un sorbito de champaña. No le gustaban su sabor ni las burbujas que lo hacían eructar como la sal de uvas, aunque sin producirle el bienestar que ésta. Pero se habían abierto ya dos botellas porque Rafael Balda había dicho, antes de que Rebul llegara, que lo elegante es beber champaña cuando de celebrar algo importante y feliz se trata.

—Tuviste miedo, Miguel. Yo lo sé —insistía—. Me gustó el modo como me diste confianza...

Rebul, tan joven, tan petulante, sonreía. Desde la víspera, y así lo comentó con su madre, había dejado de ser el protegido, un poco el pariente pobre de Olid. De un modo u otro iniciaban esa sociedad a la que Olid aludió a la orilla de la fosa que ya ocupaba el ataúd de don Carlos Rebul.

—Lo importante, don Eugenio, no fue haber ganado lo que ganamos... Lo importante, para mí, fue que me permitió probarle, demostrarle, que las cosas salen bien cuando bien se planean y se hacen en grande...

—Pues a seguir haciéndolas... —La copa de Olid chocó, en tosco brindis, con el vaso de Rebul. Buscó después, para arrancarle un sonido semejante, la de Balda— Y vayan buscándose otro negocio bueno; otro de esos en los que valga la pena correr el riesgo...

—Tengo algunas ideas, don Eugenio...

—Salud y suerte...

—Suerte siempre, Miguel...

—Gracias, Rafael. Para ti, para los dos.

Rafael Balda se impuso, a partir de ese momento, una tarea: ayudar en todo a Rebul, secundar sus planes, no ser estorbo para él. Sin pedirlo ni, casi, darse cuenta, Miguel lo había convertido en El Hombre de las Relaciones Públicas del banco y de las empresas que estaban formando; en el acompañante ideal, alegre y divertido, ya mundano y siempre simpático, de clientes, socios y personas diversas que caían por Nueva Castilla para hacer negocios con Olid y su ya no tan modesta organización. Y eso le agradaba. Su vanidad era menor que su astucia. Conocía sus limitaciones; desconocía, aún, los alcances de Miguel. Cualquier tipo de batalla entre ellos era imposible. ¿Acaso no decía Rebul que las batallas hay que darlas sólo cuando pueden ser ganadas? Entendió que, de puertas para dentro, su papel sería el de moderador, intermediario, recadero de las partes: Olid/Rebul, en caso de conflicto. Sólo el que no hace no se equivoca. ¿Para qué correr el riesgo de equivocarse?

Los seis dan vueltas alrededor del féretro, como si buscaran dónde meterle el diente. Miguel Rebul expone lo que todos saben ya:

—Hay que regresar y buscar otro camino...

—Eso no, porque nunca acabaríamos de llegar, Miguel —protesta el arzobispo, colérico.

—Podría haber otra probable solución...

—¿Cuál propones, Miguel?

—Arriesgarnos a pasar por allí. Es difícil, aunque no del todo imposible...

Excepto Sofía, a quien también enferman las alturas y se abstiene de acompañarlos, Porcela, Deschamps, Castro, Medina y los dos Directores van a inspeccionar el terreno. La consulta es breve:

—Tal vez —dice Porcela— empujando la caja, tirando de ella sin levantarla del suelo, podamos hacerla pasar...

—De haber un nuevo desmoronamiento, el peligro...

—No creo que el camino vuelva a ceder, Miguel. Mira...

—el general Medina asienta varias veces, pesadamente, su bota en el borde— Ni el polvo cae, lo ves...

—Usted, Rafael, ¿qué opina?

A la pregunta de Héctor Deschamps responde Balda con un no comprometedor:

—Importa lo que todos decidamos.

Todos, entonces, encaran a Miguel Rebul. ¿Qué se espera que decida, en este caso particular, quien al parecer está obligado a saberlo todo siempre? ¿Cuál ha de ser el acuerdo que a los demás satisfaga?

—Vale la pena intentar lo que dice Porcela.

—Entonces ¿no retrocedemos, Miguel?

—Seguimos adelante, padre Castro. Pase lo que pase, adelante...

—El Señor nos ampare a todos... Adelante, pues... —y el arzobispo primado se santigua.

Subraya el general Medina:

—Ahí donde ven, el verdadero peligro ocupa sólo un pedacito... Si la caja no se nos va por allí... —señala el punto en el que la roca invade casi por completo la cornisa dejando, transitable, apenas un espacio de medio metro de ancho— Si no la soltamos en ese mero lugar, habremos pasado el trago gordo...

—Rafael, ayúdame... —es la orden que Rebul produce.

Sabe que debe ser él quien ponga el ejemplo. Se da cuenta de cuán severo es su miedo cuando desea dominarlo y le resulta difícil. Por fin, resuelto a no postergar el cumplimiento de su decisión, empezó a avanzar. Tocó la piedra, se untó a ella buscando apoyos, evitó mirar el abismo. Pensó en su hijo: "¿Dónde estaría ahora?". Faltaban dos, tres pasos para alcanzar la seguridad de la brecha que, más allá, volvía a ensancharse. Cuando, al cabo de todos sus temores y de esa angustia que lo volvía quebradizo por dentro, pudo salvar el obstáculo de la roca, Miguel conoció una agitación incontenible: de manos, de piernas, de mandíbula. No trató de contenerse. Allí, oculto por la piedra, podía aceptar que era cobarde.

—Ahora —dijo, dejándose ver nuevamente— ahora vamos a pasar la caja. Rafael...

Lo único que necesitaban hacer ahora sería, Balda, empujar el ataúd y, Rebul, tirar de él con la precisión debida

para superar el metro, o metro y medio, de terreno riesgoso por estrecho.

—Listo, Miguel.

—Bien...

El arzobispo reiteró:

—Dios los ayude...

Encima de ellos, casi en una picada, revoloteó el helicóptero. El torbellino que produjeron sus aspas causó el desplome de algunas piedras; el derrumbe, un poco a la izquierda, de una porción del talud. Entre la nube de polvo color pajizo, gritó Miguel Rebul:

—General... que ese idiota se vaya...

A través del *walkie-talkie* Medina Irigoyen trasmitió al piloto, acompañada de un par de injurias, la orden de alejarse. Del helicóptero, luego del "Enterado" de rutina, descendió la pregunta: "¿Necesitan ayuda?" y de tierra ascendió a él, otra vez, el contundente acuerdo: "Lárguese y deje de estar jodiéndonos". Se repitió el "Enterado. Cambio y fuera" que demanda el código, y el aparato azul recuperó altura, viró a la izquierda y penetró a gran velocidad en el cielo ocupado por el sol.

—Cuando digas, Miguel... —Balda estaba ya listo para manipular la caja en la forma convenida.

—Ahora, despacio...

Rafael empezó a empujar, Miguel a jalar, y así, ganando centímetros, la caja dentro de la cual habían puesto el seco cadáver del señor Olid fue acercada a un punto en el que prácticamente parecía flotar en el aire —el sitio más angosto del reborde; tan angosto que por lo menos dos tercios del ataúd carecían de apoyo o no tenían otro que el que estaban dándole, al sostenerla con sus manos, Balda por un lado y Rebul por el opuesto. Bastaría que uno de ellos rompiera, interrumpiera ese equilibrio para que cayera a plomo.

Había ansiedad en los semblantes de quienes, por no poder intervenir en ella, se limitaban a presenciar la maniobra. Muy pálido, pidiendo al Todopoderoso ayuda con los leves movimientos de sus labios, el arzobispo Castro; boquiabierto, el general Medina; despellejándose los dedos con pequeñas dentelladas nerviosas, Sofía Vaquero; tenso, intranquilo el latir del corazón, Héctor Deschamps; fastidiado, ensordecido por el catarro, deseando que las cosas resultaran

bien para terminar cuanto antes el macabro desfile, Sergio Porcela.

Faltaba lo más difícil. Ahora, parte de la caja colgaba sobre el abismo; parte permanecía fija en tierra gracias al peso del cuerpo de Rafael. Era necesario bornearla hacia el lado derecho, en un movimiento que demandaba absoluta precisión, para que el extremo sin apoyo, el que estaba en el aire, llegara al alcance de Rebul. De que el cambio ocurriera con exactitud dependían el éxito o el desastre.

Cambiaron una mirada en la que estaban diciéndose todo; una mirada con la que uno buscaba la ayuda, la fuerza, la inteligencia del otro.

—¿Listo?

—Listo, Miguel.

No habían discutido cómo hacer el movimiento porque el movimiento sólo podía ser hecho de un modo: el que iban a intentar: utilizando la roca como pivote, la caja debía girar hacia la derecha y ser recibida por Rebul.

—Va.

—Viene.

Empujó Rafael. La caja salió proyectada hacia el vacío; parecía como si fuera ya imposible detenerla. En el punto exacto, en el tiempo justo, las manos de Miguel la hicieron variar de rumbo, dispararse hacia donde él estaba, impidiendo que cayera en la nada de abajo. Ahora, la mitad de ella se hallaba a salvo, más allá de la roca. Sería cuestión, nada más, de que tirara (empezó a hacerlo inmediata, enérgicamente) y la colocara sobre el ancho camino firme que proseguía.

—Creí que no lo haríamos, Miguel.

—Lo hicimos. Eso es lo que cuenta... —¿quién era, se preguntó Rebul, el que hablaba por él?

Luego, con muchísimas precauciones, pues la cornisa rocosa seguía desmoronándose, fueron pasando uno a uno. Cuando le tocó turno al general Medina el caminito era ya tan estrecho que apenas podía contener sus botas. Un momento después se desgajó, como si fuera costra, una porción quizá de cinco o seis metros.

—Si algo, adelante, nos impidiera seguir, no conseguiremos regresar por aquí, después de eso... —apuntó gravemente el arzobispo Maximiliano Castro.

—Podríamos decir, Max, que ya estamos arriba...

Dijo Rebul:

—Falta todavía un tramo largo, general.

—Largo, sí; pero no difícil...

Balda señaló una aglomeración de piedras, enormes y redondas casi todas, a unos doscientos metros de distancia. La brecha se metía entre ellas y no volvía a vérsele.

—A la mejor allí se acaba el camino.

—No lo creo —opinó el general—. Estas veredas siguen en uso.

Ahora que había conseguido realizar lo que parecía imposible, Miguel Rebul comenzó a padecer la irreprimible turbación del miedo —miedo a caer él mismo; miedo a fracasar delante de los otros; miedo a que su miedo fuera evidente. Temblaba igual que si tuviera frío. Lo afectó la amenaza del vómito.

—Vamos a echarnos un trago —propuso, y encontró que Balda lo observaba: en sus ojos el mismo fulgor que los animaba cuando salvó, primero que nadie, el obstáculo de la roca, hacía cinco minutos.

—Eso, Miguel. Un trago nos caerá bien...

De tan caliente como se había puesto, la ginebra le pareció insípida a Rebul. Balda la probó apenas. Cosa parecida hizo, remilgosa y polvorienta, la muy cansada señora Vaquero. Se sirvieron bien el abogado Deschamps y el Médico Porcela, y luego de una escala en boca de Teófilo Medina, y de otra muy breve en labios del padre Castro, la cantimplora volvió a Miguel.

—Uno más, antes de seguir —indicó, a manera de disculpa. Bebió cuatro o cinco sorbos, "demasiado rápidamente" pensó Balda, y puso a circular, en un nuevo viaje, el trasto forrado de lona verde.

Le dolían, por igual, los brazos y las piernas, y fue a sentarse sobre el ataúd de Olid. A su derecha, se acomodó Héctor Deschamps. Rebul sentía que la cabeza, tal vez a causa del calor, tan recio a mediodía, iba creciéndole sobre los hombros; dilatándose, llenándose de silencio, de luces, de imágenes que no podía identificar. "Estoy emborrachándome", pensó. Deschamps estaba diciendo algo. Alcanzó a comprender solamente el final de una frase:

—...y el buen don Eugenio nos ha hecho trabajar fuerte

toda la mañana... —y alcanzó a mirar que el abogado daba unas palmaditas a la tabla de la cubierta.

—Ésa fue la costumbre del señor Olid. —Se asombró de que pudiera hablar, de que estuviera en condición de escuchar lo que decía— Trabajar, trabajar, trabajar día y noche...

—Usted parece cortado por la misma tijera, Miguel.

—Don Eugenio, abogado, nos dio el buen ejemplo. Si trabajáramos un poquito más de lo que es nuestra obligación, el país prosperaría...

Sonrió ambiguamente. Quiso mirar a lo lejos, al fondo de la cañada que, abajo, acuchillada por las sombras, divagaba entre piedras, pliegues y matorrales, pero la claridad lo encegueció. "La golfa de Erika". Era preferible mantener cerrados los ojos. Dormir. ¡Cómo deseaba poder quedarse en cama hasta las nueve de la mañana siquiera un día al año! Junto a él, bisbiseaba el abogado:

—He estado preguntándome qué pensará usted de nosotros... De mí, del general, de Sofía, de Porcela, del propio Rafael... ¿Le parecemos unos desgraciados, unos ingratos...?

—¿Por qué habrían de parecerme eso, Deschamps?

—Tal vez porque esperamos a que muriera Olid para poder decir lo que, viviendo él, nos callamos por costumbre...

Rebul abrió los ojos. Le ardían. El calor de la ginebra, ese calor que se iniciaba en el centro del estómago, que le corría por todo el cuerpo, que se le depositaba en la cabeza, lo aliviaba, casi por completo, de tensiones; le aflojaba los músculos; volvía grato su cansancio. Era él quien hablaba con Deschamps, pero le parecía que fuera otro:

—Quien más, quien menos, todos los que trató don Eugenio se quedaron con algún motivo, pequeño o grande, para aborrecerlo...

—Usted no, supongo...

—¿Por qué yo no...?

—Digo: usted, tan cercano al señor Olid...

—Yo no esperé a que don Eugenio muriera para decir lo que de él pensaba, sentía, o resentía... —Los otros se habían ido acercando: escuchaban. Ladeó la cara y los miró, rodeándolo, atentos a su palabra, a su gesto indeciso, al movimiento no del todo firme de sus manos. Sí suponían que estaba

ebrio, erraban. Podía haber bebido más ginebra de lo prudente, pero conservaba el control total de sus recuerdos, de sus ideas— Don Eugenio ofendía a la gente, casi nunca proponiéndoselo... Ofendía, porque ofender formaba parte de su modo de ser... El rencor nace cuando uno calla, cuando uno se traga la ofensa, cuando la herida se encona... Yo nunca, oíganlo todos, dejé que el ataque se quedara sin respuesta... Pegas, pego... Tiras una ventaja: te tiro dos... Mis rencores, si es que yo tuve contra él, se los cobré cara a cara...

y Miguel Rebul, hace apenas tres días, se enfrenta, al atardecer, a don Eugenio. La última de las compañías del Grupo Olid que se encontraba fuera de su control personal, había capitulado la víspera. Culminaba de ese modo un trabajo realizado en la sombra, sin alardes ni ruidos, dentro de la más admirable discreción, a lo largo de muchos años. Un trabajo, en apariencia, con el que vengaba a don Carlos Rebul y Barrientos; en realidad, un trabajo con el que satisfacía su propia ambición, no de dinero ya, sino de lo que más le importaba: de poder.

El señor Olid leyó sin alterarse el memorándum, personalmente escrito por Miguel y las cuatro páginas de *Notas Adicionales* también mecanografiadas, en una *Olid-Nova* portátil, por el Director General, para que el secreto de esa operación no fuera conocido, antes de tiempo, ni por la superdiscreta señorita Kuri.

—¿Alguna duda, don Eugenio?

—Duda, no; aclaración, sí...

—¿Cuál?

—Todo esto... ¿quiere decir que ya nada de lo que tengo es mío?

—Quiere decir más bien, señor, que todo lo que usted tuvo ha pasado a ser propiedad de las compañías que yo controlo; esto es, del Grupo Olid...

—¿Podrías aclararme este enredo, despacito, para que yo lo entienda?

Se lo aclaró, utilizando las palabras más sencillas a que pudo recurrir. En esos años, las empresas que componían, primero, Olid, S. A. y más tarde el Grupo Olid, y las que fueron agregándose a éste, dejaron de pertenecer a don Eugenio, en tanto que individuo, y fueron pasando al dominio, al control, a formar parte del activo de corporaciones diversas asociadas, de un modo u otro, también a los intereses Olid. Ello significaba, como en las *Notas* quedaba escrito, que...

—Espera, Miguelito... Siendo yo dueño de todo...

—Sólo de lo suyo, don Eugenio... Recuerde que usted hizo un convenio con mi padre, lo que me convierte en socio suyo...

—Minoritario...

—Aceptado, minoritario, pero socio al fin. Recuerde, también, que usted incorporó a Rafael Balda a la sociedad general Olid.

—No olvido las cosas... Decía yo que, siendo dueño de lo que lleva mi nombre: ferrocarriles, aviones...

—Refinerías. Bancos...

—Pesquerías. Hoteles...

—Siderúrgicas. Financieras.

—Periódicos. Ingenios.

—Etcétera...

—Etcétera, etcétera, en realidad ya no soy dueño de nada.

—Para fines teóricos, lo es usted; para fines prácticos, no... Usted no puede ejercer ya, aunque lo quisiera, control sobre sus negocios. La estructuración que le hemos dado al Grupo Olid es de tal modo compleja que...

Don Eugenio le impuso silencio con el aleteo nervioso, impaciente, de sus manos:

—Un momento, Miguel... En dos palabras ¿quién es el dueño del Grupo?

—Nadie, don Eugenio, pero el que gobierna todo, absolutamente todo lo que es Olid, soy yo...

La noticia, la información, hizo sonreír a Eugenio Olid Orellana, católico, apostólico y romano, soltero, de 67 años de edad, en perfecto uso de sus facultades mentales y por mi propia voluntad decido que a mi muerte se reparta, en favor del señor Rafael Balda Grajales, en un veinte por ciento todo lo que sea de mi propiedad; y en el ochenta por ciento restante en favor del señor Miguel Rebul Escobar, quedando entendido que ellos, mis dos únicos y universales herederos, tendrán la obligación de retener y cuidar hasta el día de su desaparición física, a mis dos fieles servidores Sebastián y Sofía Vaquero; queda estipulado, asimismo, que el capital

del señor Balda Grajales correspondiente a mi donación, no debe separarse por ningún motivo del capital total que habrá de manejar, según convenga a los intereses del Grupo Olid, el señor Rebul Escobar...

—De lo mío ¿qué ha quedado para mí?

—Viva usted un año, o un siglo, nada, absolutamente nada, le faltará a usted, señor Olid... Devuelvo así la generosidad que tuvo usted para con mi madre; la que tuvo conmigo, su joven socio-a-la-palabra... Si cree usted necesario —los colocó sobre la mesa, frente a él— conserve estos papeles; en caso de duda, consulte a un abogado, que el Grupo pagaría, para que averigüe usted si se le ha engañado...

Muy largamente lo contempló Olid; tan largamente que Miguel sintió que se destemplaba. Decía la verdad, absolutamente toda la verdad, cuando expresaba que no había habido engaño. ¡Si Olid pudiera comprender las complejidades de las finanzas...! De nada se había despojado al fundador del capital, ni de su nombre siquiera. Lo único que había hecho, al modificar la organización del Grupo, era proteger el futuro de este poniéndolo a salvo de los caprichos de quien ni una palabra entendía de operaciones de tal envergadura.

—¡Y yo que siempre creí en tu lealtad, Rebul...!

Comprendió Miguel la intención de don Eugenio al no llamarlo por su nombre, como siempre lo había hecho, sino sólo por su apellido. Ya no era Miguel, Miguelito, el casi hijo, el ahijado, el socio que conoció junto a una fosa abierta en la tierra negra del cementerio de Nueva Castilla un día de aquellos años en que Olid era un voraz riquito de aldea. Ahora, acababa de oírlo, era simplemente Rebul, criado de servicio, mozo recadero, gañán de mostrador al que se designa, con algo de frío desprecio, sin afecto, por el apellido.

—Mi lealtad nunca ha estado en duda, señor Olid —repuso picado, dolido—. Mi lealtad ha sido total hacia lo que usted representa. Lo que usted me confió cuidar, lo engrandecí hasta convertirlo en lo que hoy es... Mi lealtad al Grupo Olid y a sus intereses subsiste devotamente y le garantizo que seguiré dedicando mi experiencia, los recursos de que disponga, para seguir engrandeciendo al Grupo...

Con algo de amargura (quizá fuera de lágrimas el fugaz

brillo que apareció en sus ojos azules, ahora algo cálidos) Eugenio Olid murmuró:

—Pudiste haberme dicho lo que estabas haciendo...

—¿Acaso me oculté para hacerlo? Ninguno de los actos fue secreto. Su firma de aprobación aparece en todos los documentos, en todas las actas, en todas las transacciones, modificaciones y ajustes que fue necesario hacer para formar el Grupo de Grupos dentro del Grupo.

Olid abandonó la butaca y fue a colgar sus brazos a los barrotes de la ventana. Nueva Castilla, la ciudad que él hizo, no le pertenecía ya. Era del Grupo, esto es: era de nadie. ¿Tiene cara el Grupo? ¿Se puede hablar, reñir, beber con el Grupo? ¿Se le puede agradecer un favor personal al Grupo? Quizá Miguel estuviese urdiendo arrebatarle también su casa. Miguel pareció haberle adivinado el pensamiento.

—*Inmuebles Olid,* del que es usted consejero, le concede por tiempo de vida el usufructo de esta propiedad, don Eugenio. En su carácter de consultor, la Dirección General ha dispuesto para usted una retribución mensual cuya cuantía, de no estar usted conforme, discutiríamos.. En lo que se refiere al personal a su servicio, la señora Vaquero y Sebastián...

—Está bien, Rebul... No se hable más... Apruebo, y acepto... ¿Hay que firmarte recibo por algo?

—No, señor. ¿Quiere retener estos documentos?

—No me interesan. Puedes llevártelos.

—Estarán siempre a su disposición, para ulteriores consultas o aclaraciones.

Miguel Rebul guardó los legajos dentro del portafolios. Cuatro o cinco relojes coincidieron al marcar las seis y media de la tarde; una tarde, joven y larga, que se extendía, aún casi horizontal, sobre la ciudad.

—Una cosa deseo dejar bien clara, don Eugenio.

—Tú dirás...

—Don Eugenio Olid sigue siendo el patrón, el amo, el señor, al que todos, de mí al último empleado del Grupo, queremos, respetamos, estimamos...

—Pero al que ya no obedecen.

—Las órdenes, señor, se dan en relación directa a los inte-

reses del Grupo. Darlas no es, ya, responsabilidad de un solo individuo, sino de un equipo de técnicos... Cuando ese equipo considere que yo he dejado de ser productivo para el Grupo, también habré de irme...

La entrevista, que prefirió sin testigos y de la que tampoco informó a Balda, por más que Balda sospechara que algo fuera de lo normal estaba sucediendo en las Torres (consultas de un departamento a otro; juntas a deshoras con los encargados de la sección de computadoras; conferencias con analistas y jurisconsultos que no eran registradas en las grabadoras) terminó cordialmente. Rebul aceptó, porque sentía necesitarla después de lo que se había hablado, la copa de *Reserva* que le ofrecía Olid. Conciliador, Olid entendía que en realidad de nada se le había despojado: lo único que Rebul había hecho había sido cambiar el orden de las cosas.

—sí es, don Eugenio. El orden de las cosas ha cambiado...

Ya en la puerta, con una sonrisa y una malicia, Eugenio Olid le recordó:

—¿Ves, socio, por qué siempre quise tener una cuentecita personal de ahorros en el banco? Uno nunca sabe, nunca sabe... Ahora, un consejo para ti, joven Rebul: empieza *tú* a preocuparte, ¿eh?

Retornó esa misma noche a la capital. Por la mañana iniciaría una rueda de negociaciones con los representantes del consorcio japonés interesado en asociarse a algunas de las acerías Olid. Preparándose para ella, trabajó hasta muy tarde. No olvidaba que era el cumpleaños de Erika, pero lo deprimía la idea de ir a dormir a casa, quizá para acostarse con su mujer. Miss Kuri recibió el encargo de comprar un anillo para la señora Rebul; el chofer, la orden de llevarlo con un ramo de rosas.

Menos de veinticuatro horas después, el Teléfono Sagrado le llevaría a la sala de juntas, con la voz de Sofía Vaquero, la noticia de la muerte de don Eugenio.

Fue el arzobispo Maximiliano Castro con sus repetidas consultas al reloj; sus resoplidos de impaciencia; el ir y venir

inquieto, mareante, de sus largas zancadas; el revoloteo furioso de su sotana, quien los forzó a reanudar la marcha —porque era el único que no disfrutaba de los tragos ni de la languidez que esos tragos producían.

—No se me ponga nervioso, padre; llegaremos— la voz de Rebul se oía arrastrada, lejana, un si no es beoda.

—Miguel, recuerda mi compromiso. La cosa es seria...

—Claro que es seria, padre. Muy seria. Por eso le digo: usted, tranquilo.

Sonreía bobamente, como si estuviera dormido y soñando, el general Medina. Hablaba con cierta irregularidad:

—Espérate, hermanito Maximiliano... Tiempo te sobra para ser santo...

El abogado Deschamps le hacía un sitio para que se sentara, junto a él, sobre el ataúd:

—No sea remilgoso, padre Castro. Goce de un traguito.

—No insistas, Deschamps —expresó Porcela—. El pastor no acostumbra alternar con las ovejas...

Sofía Vaquero soltaba, por ráfagas, unas risitas que al retorcerle el cuerpo le hacían saltar los pechos. Hubo un momento en que la mano de Medina, gorda y pecosa, se apoyó en uno de sus muslos sin que ella (quizá porque no se había dado cuenta) lo rechazara.

Castro se encaró al grupo. Sobre Balda y Rebul echó su larga sombra:

—Te exijo, Miguel, que continuemos...

—La Iglesia ha hablado... y siendo así, continuaremos. ¡Vamos! —Rebul dio dos palmadas, y luego sus óredenes.

Decidió que fuera precisamente Rafael Balda quien lo ayudara, en esa última parte del trayecto, a transportar la caja. Estaba seguro de que Jacinto Olmedo y el equipo de Larry Pavlevich, avisados por los observadores del helicóptero, estarían aguardándolos, allí donde aparecieran, con sus cámaras, micrófonos, espejos de sol, cables y demás, ¿Qué mejor, si fueron Miguel y Rafael los primeros en echarse a hombros el modesto féretro, allá en la banda de la barranca correspondiente a Nueva Castilla, que fueran los últimos en llevarlo, en el lado del tajo contiguo a Avemaría?

—Hay que cuidar la "imagen", Rafael.

—Totalmente de acuerdo, Miguel.

El general Medina había puesto a funcionar el receptor.

Un coro infantil, inconfundiblemente del Asilo de la Beata Margarita, repetía:

Con lágrimas en los ojos
y llanto en el corazón
vienen tus niños, señor,
a ofrecerte una oración.

Detrás, la voz un poquitín desafinada de Sofía Vaquero, se agregó a la voz del coro. Castro, a pesar suyo; Medina y Deschamps, tomados por el brazo, tarareaban también:

Nos diste casa y sustento;
nos diste amor y alegría:
por eso en este día
nuestro canto es un lamento.

La que marchaba delante de él era la sombra de una criatura no recogida aún ni por la más documentada de las zoologías fantásticas. Recordó, no sabía si correctamente, el jirón de una poema; un verso mutilado: "...ir con la muerte a cuestas". Cuando se oyó cantar él mismo, siguiendo las palabras que le traía la radio

Adiós, hombre todo bondad,
adiós, generoso señor:
llévate al viaje infinito
el recuerdo de mi amor

comprendió Miguel Rebul que estaba, como todos los demás algo borracho —y no le importó. Sentirse así, y no padecer vergüenza, temor al comentario crítico, fue, le pareció, la primera sensación de poder verdadero que experimentaba. Ahora él era el amo: no lo afectaría ya la murmuración, la burla incluso. Ya no tenía que representar el detestable papel de hombre-que-debe-ser-tomado-como-ejemplo-de-virtudes; ya no tendría que ocultar la licorera detrás de gordos diccionarios. Al Jefe se le toleran, se le festejan (quieras o no) intemperancias y excesos; abusos de autoridad e infamias. (Si no estás de acuerdo, te largas. Así de fácil.)

Balda estaba, quizá, menos borracho que él, pero de todos

modos sus pasos vacilaban; de hecho, y sonrió al notarlo, caminaban los dos siguiendo el compás de la canción de los niños de Sor Fátima. Componían ya menos un cortejo fúnebre que una comparsa de carnaval. Se sintió a gusto. Tronó rotunda ventosidad y alguno de los que venían atrás, probablemente Deschamps, dijo:

—Salud... provecho... —y todos soltaron risas, carcajadas.

Llegaron al amontonamiento de piedras que marcaba el principio de una nueva ascensión. Más allá de ellas, era posible verlo, no había sorpresa esperándolos —excepto que la brecha se perdía, terminaba, se hundía como si, literalmente, se la hubiera tragado la tierra. Ante ellos se erguía la pared rocosa de un acantilado. Ningún rastro los instaba a seguirlo.

Dispuesto a terminar con lo que estaba convirtiéndose en asunto fastidioso, dijo Rebul:

—Adelante y a ver qué sale...

—Dios nos ampare... —usó nuevamente su muletilla el arzobispo Castro.

La ruta elegida por Miguel exigía, además de excesivo esfuerzo, absoluta concentración. A la izquierda se despeñaba el barranco; a la derecha crecía la barrera de la montaña. Arriba, en cambio, abierto y sin limitaciones, se mostraba el borde irregular, dentado, de la cañada sobre la que escurrían, a manera de arroyos secos, de líquenes blancos, docenas de caminitos. Si pudieran encontrar ese en el que se juntaban todos...

Otra roca, grande, redonda, limpísima, les impidió seguir. Menos alta que la anterior, ocupaba por completo la anchura de la vereda que iban inventando. No había espacio para intentar ninguna maniobra; acaso, sólo retornar.

—¿Y ahora? —interrogó, ya absolutamente descorazonado, el arzobispo Castro.

—Ahora —repuso Miguel Rebul, molesto porque su elección no había sido la correcta, y porque, al no serlo, estaría obligado a admitir que también él era capaz de cometer pifias —ahora, díganos usted qué debemos hacer...

El arzobispo Castro miró, primero, una vez más, su reloj, y luego miró hacia abajo y hacia atrás. Hacia abajo vio el vacío: las agujas de roca que la luz, en el fondo de la sima,

afinaba. Hacía atrás vio el camino sin retorno: la piedra que los había detenido largamente. Miró después hacia adelante y hacia arriba: del lugar donde ahora se hallaban había, hasta el borde, unos trescientos metros; y el borde era el fin, la libertad, el término del viaje. Sintió sofocarse. Todo podía ser intentado, excepto retroceder.

Pusieron el féretro en tierra. Por la barranca se encallejonó el ruido del helicóptero, de los helicópteros. Eran dos, uno detrás de otro, y pasaron a cincuenta metros encima de ellos. Rebul sintió cómo el suelo temblaba bajo sus pies. Sufrió un nuevo temor: que se desprendiera, también allí, arrastrándolo, arrastrándolos, una parte del talud, angostísimo y, al parecer, no muy sólido. Para su alivio, las máquinas no retornaron.

—Si está pensando en que puedan sacarnos de aquí con el helicóptero, olvídelo, Padre Castro... No hay, véalo, un metro cuadrado plano para que aterricen...

—¡Oh...!

—Sigo esperando que me diga qué hacer, usted que es el de la prisa...

El general Medina buscó en la ginebra una posible solución, una buena respuesta a lo que Rebul preguntaba. También Deschamps y Porcela consultaron, minuciosamente, la cantimplora. Mientras el arzobispo Castro urdía itinerarios de emergencia, bebió Balda e invitó a Rebul.

—Que sea para ti la felicidad... —deseó.

Rebul sacudió la cantimplora, ya sin peso. El ruidito que el líquido produjo fue débil, mínimo. Echó para atrás la cabeza, como si estuviera tragándose un par de aspirinas. Se dejó anegar por el licor dulzón y caliente. Lo que alcanzó a beber fue más de lo que esperaba... Se ahogó. Empezó a toser.

—Cuidado, Miguel...

Seguía tosiendo. A cada acceso, resbalaban silenciosamente unos chorros de tierra amarilla, algunas piedras. Contra todos se ensañaba el sol. Descomunal, quizá de un metro de largo, bien cebada, pétrea y mansa, una iguana verdosa cruzó el camino un poco más allá de la roca. Inmóvil, parte del paisaje, se puso a mirarlos con ojos que no eran de este tiempo.

Balda le lanzó un pedrusco, que pasó muy lejos. Engastada en la roca, solar, la iguana continuó observándolos.

—Bueno, señores, hay que hacer algo para salir de aquí...

—Le costó trabajo a Rebul pensar las palabras, organizarlas, decirlas de corrido, con mucha seguridad, para que no advirtieran los demás, escuchándolo hablar trabajosamente, qué tan ebrio se había puesto en el último minuto. Mamá decía: "Para no insolarte, mójate el pelo o busca una sombrita..."

El médico Porcela, que seguía cavilando una solución, empezó de pronto a sonreír; a reír después, cada segundo más fuerte, hasta que su risa terminó siendo una irritante carcajada. Había encontrado, como por efecto de una revelación, el sentido de La Palabra; de la última que pasó a través de los labios de Eugenio Olid antes del estertor, de la inmovilidad, de la muerte;

(y lo vio, monito empavorecido, acurrucado en el regazo de Sofía Vaquero, hurgando desesperadamente entre los senos que nunca manaron leche; lo vio alzar el rostro hacia el de ella y buscar piedad en los ojos de ella: rógarle con los suyos, que se opacaban, que lo salvara una vez más; y al encontrar en el severo rostro sólo silencio, sólo venganza, al convencerse por lo impasible de su actitud que ella, ahora, nada haría por ayudarlo, ni tampoco correría a llamar al médico, padeció una última cólera: gastó lo que de fuerza y de vida le quedaba para susurrar La Palabra, y ésa fue:

—¡Cerdos...!)

En opinión de Porcela, al murmurarla no estaba recordando, como todos al principio supusieron, aquel brumoso amanecer de medio siglo antes cuando, pastor que aún no conocía mujer, emprendió de Avemaría a Nueva Castilla, a través de esta misma barranca, un viaje del que retornaría una vida más tarde: hoy, metido en el féretro que los obligaba llevar a hombros; cuando Olid murmuró: "Cerdos" estaba pensando ("y la hipótesis es plausible, señores; estarán de acuerdo") no en los siete que Gervasio Orellana había vendido, y cobrado ya, al señor Galicia, y que Eugenio debía entregar en "Los Tres Compadres" —sino en ellos, en los siete que son ellos: sus amigos de siempre, sus servidores, "las víctimas; sí, las víctimas de sus injurias, de sus majaderías, de sus órdenes perversas, de sus caprichos..."

—Cerdos comemierda, cobardes y ruidosos, felices porque

nos daba ocasión, oportunidad, permiso, de humillarnos ante él y agradecérselo... Eso fuimos para él, no más que eso quería él que fuéramos... y el muy cabrón no quiso irse sin que lo supieramos por si no nos habíamos dado cuenta...

Solemne, reverberó la voz del Padre Castro:

—Visto cómo nos hemos comportado todos, don Eugenio demostró qué buen conocedor de nuestras miserias, qué buen tasador de hombres, fue toda su vida...

Todas, entonces, como si fueran las bocas furiosas de un solo cuerpo, se pusieron a gritar, a discutir, a parlotear simultáneamente. Rebul no entendía las palabras ni lo desproporcionado de su agitación. "Cerdos. Pedazos de mierda somos todos. Lo importante, para que duela menos, es admitirlo" Ahora estaban ofendidos los muy miserables. Le bastaba vérlos gesticular, negar, rebatir, golpear sus puños uno contra otro. Escupir. Patear las piedras. Darle puntapiés al polvo, a la caja. Los oía pero no los escuchaba ¿o debía decir que los escuchaba sin oírlos? Rafael Balda era el único tranquilo de ellos: simple nebulosa. Lo que le daba expresión a su sonrisa ¿era sarcasmo? "Que se vaya al carajo. Mío es el poder. Que todos se batan en el estiércol: Erika, Rafael, Porcela, Deschamps, el general Medina, Sofía, Sebastián. El cura puñetero de Castro y también, antes que nadie, El Hijo de la Gran Perra, don Eugenio Olid Orellana..." Se le metió en el recuerdo un relámpago: su padre, Carlos Rebul y Barrientos, derrumbado sobre la mesa, la cabeza rota por el disparo; en su mano el pliego con la advertencia jamás olvidada: el último consejo, el mejor de cuantos de él recibiera: "Cuidado con Olid. Cuidado".

No recordó (y nunca volvería a hablarse entre ellos del asunto) si había sido él quien empujó con el pie, barranca abajo, el féretro de Eugenio Olid; sí habría de recordar siempre que todos, incluido el Arzobispo, empezaron a reír, a reír desordenadamente, mientras, con esa lentitud que sólo es posible hallar en los sueños, caía al pozo negro del abismo que los amenazaba la caja humilde. el orgulloso ataúd de pobre con el que el muerto quería pregonar la soberbia de su modestia; tampoco olvidaría el comentario ¿de Balda, de Sofía, de Castro, de Medina, de Héctor Deschamps, de Porcela, de él? cuando, al cabo del último rebote, las tablas se

astillaron y lo que dentro llevaban quedó aplastado en la profundidad.

—Si todos estamos de acuerdo en que nuestro querido don Eugenio era un perfecto hijo de puta ¿qué caso tenía seguir cargando con él?

Apagadas las risas, enjugadas las lágrimas que esas risas provocaron, sobrevino la resaca de la tristeza; probablemente los remordimientos y una especie de secreto temor. Antes que Sofía se lanzara a llorar, Rebul encontró húmedos sus propios ojos. Una cierta dificultad le entorpecía la garganta. Aun Porcela estaba conmovido, asustado. Patán, el general Teófilo Medina Irigoyen se sonó con los dedos. El arzobispo Castro se miraba las uñas. Balda parecía no estar allí. Casi frente a todos, Deschamps meaba sin vigor.

Y fue Deschamps, abotonándose, quien primero formuló la pregunta que ninguno quería hacer:

—¿Qué vamos a decirles... allá arriba?

Los dos helicópteros volvían, enmedio del aire, por el centro de la cañada. El ruido de sus aspas ahogó, si algunas hubo, las respuestas. Se alejaron, dejando abandonado tras de sí el silencio.

Ahora todos lo miraban y él, desde el más allá de una ebriedad que nadie censuraría sin riesgo de ser castigado, los miró también: constituían un friso de ingratos en el que se veía seis veces repetido.

—Ordene, *don* Miguel, ¿qué debemos decirles?

La voz de Miguel Rebul sonó plenamente a voz de jefe:

—Se les dirá la verdad...

Balda hubiera querido preguntarle a qué verdad se refería. Prefirió no hacerlo. Miguel tendría, para quienes allá arriba lo interrogaron, la explicación adecuada, conveniente, indiscutible.

—¿Seguimos, Miguel?

—Seguimos, sí.

Fue el primero en saltar por encima de la roca que, de todos modos, no hubieran podido vencer con el féretro a

cuestas. Ya no sentía miedo. Solamente ansia de llegar arriba. Lo imitó Rafael Balda.

—¿Ayudamos a los otros?

—Deja que se las arreglen como puedan...

Ellos dos, tan rápidamente como lo permitían las condiciones de la brecha, se adelantaron. Por costumbre, o quizá porque la senda era muy angosta, Rafael Balda iba unos pasos atrás de Miguel Rebul.

méxico: 1960-1973
cuernavaca: 1974

(Viene de la solapa anterior)

fiel; el clérigo, bondadoso en el modo de frotarse las manos, maestro en la técnica de acallar su conciencia y justificarlo todo; el militar, pronto al gatillo, siempre al servicio de la gran burguesía; los profesionistas pequeñoburgueses capaces de vender, entre otras cosas, su primogenitura; los jóvenes tecnócratas, listos a recibir la herencia, dispuestos a usar El Poder... El lector se enfrentará a una regla de tres: Nueva Castilla es a una próspera ciudad de provincia latinoamericana, lo que Eugenio Olid es a...

Su autor ha dicho: *Es el* RETRATO HABLADO *de una persona que llega, a como dé lugar, a la cumbre de la riqueza y el poder. Es el* RETRATO HABLADO *del hombre que no deja que ningún obstáculo le desvíe de su camino. Para reunir su fortuna y poder ha comprado y vendido a sus semejantes, ha mandado matar, aterrorizar y corromper...* Sí, también es el RETRATO HABLADO de la corrupción...

RETRATO HABLADO es el libro número veintiuno publicado por LUIS SPOTA, el escritor mexicano que desde sus primeras novelas ha demostrado ser, ante todo, un narrador formidable.